GUIDO DA VERONA

MIMI BLUETTE
FLOR DE MI JARDIN

≈ NOVELA ≈

MUNDO LATINO
MADRID

SAINZ

OBRAS DE GUIDO DA VERONA

El amor que vuelve (1908).

150.000 ejemplares (1).

La que no se debe amar (1910).

220.000 ejemplares.

La vida comienza mañana (1912).

155.000 ejemplares.

El caballero del Espíritu Santo (1914).

70.000 ejemplares.

La mujer que inventó el amor (1915).

145.000 ejemplares.

Mimí Bluette, flor de mi jardín (1916).

180.000 ejemplares.

El libro de mi sueño errante (1919).

100.000 ejemplares.

Súeltate la trenza, María Magdalena (1920).

150.000 ejemplares.

Mi vida en un rayo de sol (1922).

(Primera edición.) 50.000 ejemplares.

---

(1) Número de las ediciones italianas.

MIMÍ BLUETTE, FLOR DE MI JARDÍN

NÚM. 2136

Es propiedad.
Derechos reservados para todos los países.
Copyright by «Mundo Latino», 1922.

Tipografía Yagües.—Doctor Fourquet, 1.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

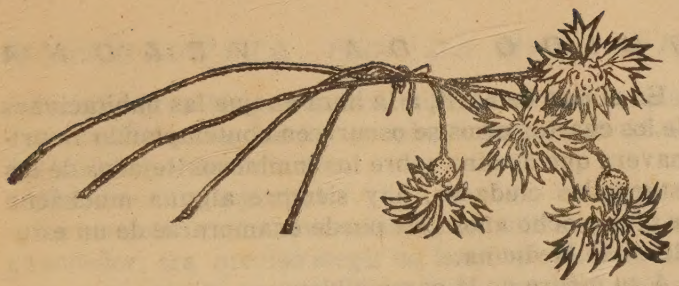
·GUIDO·DA·VERONA·

MIMI·BLUETTE
(FLOR·DE·MI·JARDIN)

~ NOVELA ~

TRADUCCIÓN·DE·A·SAPELA

EDICIONES·MVNDO LATINO
MADRID



La primera vez que perdió su virginidad fué una tarde del mes de abril, por uno de esos casos fortuitos que les suceden a las vírgenes, las cuales, por naturaleza, están destinadas a dejar de serlo.

Tenía entonces cerca de diez y ocho años; era bella, fresca, y se amaba a sí misma. Se quería tanto, que no tuvo fuerza suficiente para impedir que otro la amase al mismo tiempo.

Ese otro fué, por casualidad, un estudiante de Medicina, joven delgado y amarillento, que usaba lentes. Llevaba, además, una camisola que casi nunca estaba limpia, con los puños deshilachados y abombada la pechera mal almidonada.

Así que, a primera vista, producía la *confortable* impresión de un tuberculoso. Le faltaba un colmillo.

Estaba preparando la tesis de la licenciatura, en estilo danunciano.

Para ella, aquel hombre representó el amor, la fuerza irresistible del primer amor.

En el mes de abril, a la hora en que las habitaciones de los cuartos pisos se oscurecen contemplando la primavera que declina sobre los luminosos tejados de las estupendas ciudades, hay siempre alguna muchacha de diez y ocho años que puede enamorarse de un estudiante de Medicina.

A su madre no le pareció bien.

Su madre vivía de la pensión de un banquero hastiado; regalaba corbatas a un maestro de esgrima; era conocida por su torneado seno, y cuando encontraba a alguien que quería pagar a buen precio el capricho de comprobarlo, no le decía que no.

Su madre tenía una hermana que ayudaba a las mujeres al fin del noveno mes, y, a veces, aun antes.

Ambas la aconsejaron que se revirginase.

En aquellos días, el estudiante de Medicina se licenció, se mandó poner un colmillo postizo y partió.

Los amantes se despidieron, en el rellano de la escalera, con una pequeña sonrisa, como dos personas correctas entre las cuales no ha pasado nada.

Ella pensó dulcemente que su madre tenía razón.

Fué a casa de su tía la comadrona, a pasitos menudos, llevando un ramito de *muguets* en la grácil cintura, cubriéndose el amable rostro con una sombrilla.

Entonces el hastiado banquero sintió renacer, por la hijita de tal madre, el amor entibiado de su jubilada pasión.

Era un hombre de más de cincuenta años, convencido de que el dinero es la poesía de la vida.

Expidió un *chèque* contra su propia banca. Le mandó hacer un bonito equipo, se presentó con un brillante en un estuche, y se apropió, con algún trabajo, su segunda virginidad.

Pero a veces los banqueros echan mal sus propias cuentas. Él no se había apropiado nada, y la joven fué virgen por tercera vez.

¡Qué buena muchacha!

Pero aquella tercera vez era preciso entregarse a un conocedor; era preciso elegir un hombre que pudiese, con elegancia y para toda la vida, ser «su primer amante».

Había un Irresistible.

Aquel Irresistible se vestía, casi indudablemente, en Londres. No poseía menos de cuatrocientas corbatas; coleccionaba bastones y bastoncitos de todas clases; llevaba monóculo, y se fingía conde.

Se pasaba la vida haciendo el Irresistible. Todas las mujeres bellas de la ciudad habían dormido con él; algunas, realmente; otras, en sueño.

Las muchachas casaderas buscaban un novio que se pareciese al Irresistible.

Las mundanas se entregaban de balde al Irresistible.

Las señoras maduras, esas que frecuentan con asiduidad el Instituto de Belleza, seguramente hubiesen pagado muy a gusto las gracias del Irresistible.

Pero él era un hombre inmaculado; no aceptaba un céntimo. Al contrario: pagaba siempre con ramos de flores, y daba, además, su propio retrato con dedicatoria.

El Irresistible sabía leer de corrido en el corazón de la mujer. Era tan experto en psicología femenina, que, en su presencia, enmudecían los más sagaces conocedores. Inscribía anualmente en su inventario media docena de vírgenes, lo cual es un buen número, porque, en nuestros tiempos, las vírgenes son difíciles de encontrar. Pero, a lo que parece, el Irresistible las encontraba muy fácilmente.

Cierta noche, en un teatro, al lado de su jactanciosa

madre, ella lucía con modestia un lindo traje, regalado por el banquero.

El Irresistible, después de asaetearla con la llama de su terrible monóculo, se volvió hacia sus amigos para decirles que la rubita de la tercera fila era, indiscutiblemente, una magnífica muchacha.

Todos estuvieron de acuerdo en considerarla como una magnífica muchacha.

El Irresistible mandó la florista del teatro a ofrecerle lo más encantador de su cestillo celestinesco.

Harto sabía aquella florista cómo se ofrecen ramos de flores a las señoritas—con madre—a caza de marido. Al fin del espectáculo, cerca de la salida, el Irresistible, de corbata blanca, las invitó a cenar.

La gentil mujer del seno clásico tuvo, naturalmente, que responder:

—¡Qué ocurrencia! Realmente es imposible, amabilísimo señor.

Sin embargo, se dejaron acompañar hasta el portal de su casa. Y lo que más le gustó a la virgen fué el saludo que les hizo el Irresistible describiendo en el aire una curva perfecta con su guante blanco y su sombrero de copa.

En la escalera, la astuta madre dijo a la virgen:

—Con esos tipos, querida mía, es preciso estar alerta, para no resbalar sobre un canapé...

En respuesta, la virgen no dijo nada. Quizá porque aquel gran peligro no le producía excesivo temor.

El primer día dieron un paseo sentimental.

El segundo se dejó sobar en un coche cerrado.

Al tercero, muy empolvada, fué a confesarle que era virgen...

La tarde del último día, el consumado Irresistible llegó a convencerse, ¡dichoso él!, de que el hecho era

innegablemente cierto... Y, por tercera vez, le robó esa flor que los pedantes llaman virginidad.

Se enamoraron.

Aquella luna de miel declinó en el transcurso del segundo mes, cuando el Irresistible, que tenía por entonces un trabajo excesivo, se la cedió, con muchas recomendaciones, a un amigo adinerado.

Ella se quedó, realmente, un poco triste, por no saber los defectos que tendría el amigo acaudalado, que, a decir verdad, como hombre no le gustaba.

Era un señor lógico y serio, meticuloso como una diéresis, tétrico en el traje y con la barba hirsuta.

Por lo cual empezó a ponerle mansamente los cuernos con sus jóvenes y elegantes amigos, eligiendo a los que bailaban con más agilidad.

Porque ella sentía por el baile una pasión de verdadera enamorada, y la música de una orquesta le producía esa embriaguez que el poeta trata de expresar con el ritmo de la poesía.

Su madre le aconsejaba que fuese alguna vez, de cuatro a seis de la tarde, a las casas de citas.

Y esto porque el hombre adinerado, de barba hirsuta, era un poco roñoso.

La casa de compromiso es la última herencia pagana que quizá perdurará siempre en las catolicísimas ciudades. En ellas, como en Babilonia y Éfeso, la prostitución es sagrada para todas las mujeres. En muchos casos, la dueña es una buena madre de familia, que se confiesa varias veces al año y alterna con la pequeña burguesía. No es raro que sea más bella que sus bellas clientes; pero no resulta fácil hacerle pecar. Su marido es celoso, y, cuando éste no existe, hay siempre un amante fiero y enérgico que vigila su castidad y, sobre todo, sus ingresos.

La casa de compromiso es una escuela de filosofía: allí se aprende que la belleza debe resignarse al placer del primero que llega, y que para gozar las dichas del mundo es necesario siempre dejar el ideal en la portería.

Aquella linda muchacha que figuraba en el registro civil con el nombre de Cecilia Malespano, un buen día —y no por su culpa—se convirtió en Mimí Bluette.

Así como hay siempre un Irresistible, también hay siempre un pintor, uno de esos pintores que diariamente extienden un poco de cieno coloreado sobre una tela ortodoxa o católica, y sólo por esto llegan a ser conocidos, alguna vez célebres.

Aquel pintor copiaba el desnudo a maravilla. Era un maestro del desnudo y lo pintaba de un modo peculiar, tan peculiar, que antes hubiera habido que quitar la razón a la Naturaleza que a él. Un engreído crítico de Arte, de esos que han estado hasta en Francia, había puesto en boga el desnudo, la técnica del desnudo, la pastosidad del desnudo que empleaba aquel pintor. Las familias próceres se pagaron el privilegio de poner en su propia galería un chafarrinón de aquel pintor.

Las actrices de moda, esas que han inventado un

modo trascendental de expresar la interjección ¡ah!..., iban mansamente a su estudio y le tendían la mano desalentada llamándole: Maestro...

Las emprendedoras americanas alquilaban transatlánticos y llenaban sus bodegas con sacos de dólares para venir a que él las pusiese dentro de un marco.

Con las muchachas americanas cultivaba el semidesnudo.

Aquel pintor hablaba bien de Rafael Sanzio de Urbino.

Llevaba un sombrero tan excéntrico que no podía confundirse con ninguno, y se bañaba un domingo sí y otro no en la célebre pila de mármol de su celebérrimo piso. Aquella pila semejaba nada menos que un ataúd. El piso contenía otras maravillas de este género. El pintor tenía en casa una mujer de treinta años, desgreñada, celosa como una Euménide, pero que le administraba un purgante con farmacéutica alegría siempre que él perdía el apetito por los excesos alcohólicos.

El pintor buscaba modelos en los salones aristocráticos, en las casas públicas y en las botillerías.

Aquel era el único criterio justo que inspiraba su pintura.

Estaba preparando para la Exposición de Venecia cierto cuadro mucho más complicado que los habituales, y mayor, a decir verdad, porque no medía menos de dos metros por tres. Necesitaba cierto seno especial, absolutamente inédito; un seno como él lo ideaba para la figura de la protagonista. Después de visitar benévolamente varias docenas de ejemplares defectuosos, una noche, mientras bebía ginebra, le hablaron confidencialmente de la excelente estructura de los senos de Cecilia Malespano.

Se lo dijo un noctámbulo adormilado que sorbía el líquido de un color de fiebre amarilla, y que, después de esta confidencia, le propuso jugarse a los dados la bebida.

El pintor sacó nueve; el noctámbulo, tres. Perdió.

Pero al día siguiente el noctámbulo llevó a la bella muchacha al estudio del pintor, que afectuosamente la aconsejó desnudarse.

Era el más hermoso desnudo que el pintor había visto.

Era un seno perfecto, como él lo ideaba, aquel seno de familia de la madre Malespano, la que regalaba corbata sobre corbata a su batallador maestro de esgrima.

Aquellos senos brotaban del corsé con impetuosa erección, alejándose uno de otro con amplia y tranquila simetría. Miraban a todas partes con dulzura, pero con vigor. La torneada espalda los sostenía túrgidos y límpidos, cual dos maravillosos racimos de uvas.

El pintor se dignó sancionar:

—Está muy bien, querida chiquitina...

Y como después de mirar el seno se dió cuenta que más abajo y más arriba, de frente y de espalda, se iba de bien a mejor, aquel pintor escrupuloso rehizo toda la figura principal, blasfemando como un faquín porque Cecilia Malespano jamás se estaba quieta.

Además del precio convenido como modelo, por alguna otra cosa que él se quiso permitir, le dió un bellísimo anillo, que quizá valía poco, pero que, en compensación, era muy original.

Parece que había pertenecido nada menos que a un papa del seiscientos.

Los pintores, al asignar un título a sus propios cua-

dros, encuentran a veces las mismas dificultades que ponen en graves apuros a las bailarinas, a las actrices y a las *divettes* cuando están para elegir un sugestivo nombre de teatro.

El cuadro debía llamarse *El espejo de la felicidad* o *La felicidad de mirarse al espejo*, o sencillamente *El espejo*.

Mas, por fortuna, el pintor leía todas las novelas apasionadas que se publican en los periódicos diarios y semanales. Así, su mente leonardesca intentaba abarcar el movimiento literario contemporáneo.

En una de estas novelas de protagonista parisina encontró casualmente este bello nombre azul: Mimí Bluette.

Tanto le gustó el nombre, que, dicho y hecho, se lo aplicó al cuadro.

Cuando llegó la apertura de la Exposición, el pintor y la muchacha se fueron a Venecia.

Yo no sabría decir si recibió más elogios él o más visitas ella; pero el hecho indudable es el siguiente: que todos deseaban a Mimí Bluette.

Mimí Bluette no era Catalina II, y, cuando más, podía recibir dos veces al día, guardando el decoro necesario para no sufrir demasiadas advertencias del morigerado secretario del hotel.

Pero encontró remedio contra sus amonestaciones dejándose caer en brazos del susodicho secretario, apuesto joven políglota que gustaba mucho a las melancólicas extranjeras.

En cuanto a la afluencia, no halló más que un recurso: hacer subir estrepitosamente el disputado precio de sus besos.

Aquella resolución, al parecer tan sencilla, no se le ocurrió a la dulce Bluette, que era una buena mucha-

cha, poco interesada, de alma recóndita y de recóndita poesía. No tenía más que un solo amor: la danza; no vivía más que para un gran sueño: dejarse arrastrar por la música, llegar a ser algún día bailarina.

Quien le dió por casualidad aquel consejo fué cierto elegante gomoso que protegía a las muchachas inexpertas en los casos difíciles de su vida.

Mimí Bluette era una atolondrada. No siguió sino en parte los buenos consejos de aquel protector. A la clausura de la Exposición de Venecia, poseía muchos baúles llenos de costosos trajes, muchas sombrereras llenas de chucherías francesas extravagantes y floridas; alguna alhaja valiosa, a más de un bonito montón de dinero que le bastaba para llegar a ser bailarina.

Pero el Protector no la perdía de vista, y un día se permitió propinarle dos estupendos bofetones, porque, después de haber sido suya más de una vez, aquella noche, so pretexto de una jaqueca, le dijo que no.

Eran las primeras bofetadas que Mimí recibía de un hombre, y el caso le produjo más asombro que dolor. ¡Además, estaban bien dadas, sin preámbulos: primero, con la palma; después, con el dorso de la mano; tanto, que ella vió refulgir dos veces el prisma del brillante que el Protector llevaba en el dedo.

No supo qué contestar, ¡pobre Mimí Bluette!..., pero se dió cuenta de que la jaqueca había pasado como por milagro. Se miró en el espejo, se dió muchos polvos sobre la enrojecida mejilla, y después, mansamente, empezó a desabrocharse la blusa.

Sólo cuando estuvo en el lecho, cerca de él, estalló en un llanto interminable.

El Protector se conmovió. Tenía lindos cabellos negros que le caían sobre el oscuro rostro. Explicó a Bluette que la amaba, que estaba celoso de ella y que

la prefería incomparablemente a todas las mujeres de su vida.

Quizá no mentía en aquel momento.

Empezó a besarla, pero de ese modo particular con que sólo lo hacen los hombres acostumbrados a todas las mujeres, los hombres acostumbrados a ser amados por las mujeres.

Bluette abría los fulgentes ojos bajo las gruesas lágrimas; le miraba a través del rubio vapor de sus cabellos despeinados. Sentía haber sido maltratada; pero esto le producía una pasiva embriaguez física, un dolor de novedad, casi de agradecimiento.

No quería ser mujer para aquel amante hermoso y temible; pero se tendía, se tendía cada vez más, con insólita turbación, bajo aquella boca fuerte.

Él se adueñó el placer en el llanto; y, en efecto, ella lloraba de placer.

Se volvió curiosa respecto a él como una muchacha que leyese un libro de amor prohibido.

Se dió cuenta de su belleza viril, que antes casi no había notado, y con ojos inmóviles escuchaba el sonido de su voz ambigua, observaba la risa de sus blanquísimos dientes. Estaba allí, con ella, tendido como un cruel leopardo sobre su pequeña presa; solo con ella en la avanzada noche; presentía que era un hombre capaz de matarla, y esto le agradaba.

Le agradaba mucho una especie de oblicuidad que al reír adquirían sus ojos, negros como perlas negras; le gustaban mucho la robusta delgadez de su cuerpo flexible y aquel brazo musculoso que se hundía oprimiendo sus cabellos esparcidos en la profunda almohada.

Le hablaba con vivacidad, con evidencia, de otras mujeres que habían sido suyas, que se habían impuesto por él muchos sacrificios, que alguna vez se habían

disputado con acerbos celos, con pequeñas tragedias, su caprichoso amor. Le contaba estas cosas llanamente, con una especie de risueño fastidio, saltando con gracia de caso en caso, de un detalle a otro, del nombre de una amante noble al de una bailarina, entre los muchos países donde había estado, entre las aventuras más diversas, y todo ello con verdad.

De pronto, Bluette se dió cuenta de que los demás hombres, comparados con él, eran afeminados, de que a él no podía desobedecérsele, de que sólo él era un hombre.

Ya no se movía. Aquella ambigua voz la había sojuzgado; se imaginaba y envidiaba a las mujeres que habían sido suyas. Aun no había proferido una palabra. Se había dejado coger en silencio, ocultando su placer, haciendo casi un esfuerzo para cerrar todas sus venas a aquel amor, demasiado fuerte, que la asaltaba... Y después se había encogido entre los blancos hombros, bajo los cabellos rubios, para escucharle mientras hablaba. Mas, de pronto, le pareció estar ebria, haber perdido la memoria; creyó ser una mujer como las demás, enamorada y celosa de él...

De repente le echó los brazos al cuello, hizo un nudo consigo misma, y en silencio, con todas sus venas, le prometió: «¡¡Yo también!!»

Llegó una noche en que la chiquilla galante se dió cuenta de que era aún tímida e inocente como una muchacha casadera.

El protector se llamaba Max.

Aquel hombre lleno de experiencia le explicó que Italia es un país donde las mujeres hermosas se ajan sin hallar la merecida suerte. Entonces le enseñó diez vocablos franceses, hablándola con buen sentido de la alegre República transalpina.

Una noche tomaron el tren del Simplón. Para iniciarla en seguida en el estrépito, la compró en el puesto de periódicos de la estación el último número del *Frou-Frou.*

Para la mujer italiana, París es como el voluptuoso sueño de un fumador de *haxix.* Todas las mujeres del mundo pueden, hasta cierto punto, volverse parisinas, menos la tudesca, mujer implasmable, que dirá hasta la muerte: «*Sceu suis un beu amoureuse de fous cet soir...*»

Faltaban doce minutos para las dos de la tarde en el meridiano de Greenwich cuando Max y Bluette bajaron en el *Quai de la Gare de Lyon.*

Bluette entró en la capital en un taxímetro amarillo. En la primera encrucijada faltó poco para que perdiera su dulce vida bajo un camión gigantesco que se movía por las angostas calles soplando y bufando como un ciclópeo *mamut.*

Se hospedaron en una vieja y célebre posada parisiense que se asoma a una calle napoleónica y cuyos pasillos parecían los bastidores de un teatro de tercer orden.

Pero una camarera con cara de manzana, como las mujeres de Picardía, le preguntó amablemente:

—¿A qué hora hay que llamar a un artista para ondular a la señora?

Ella repuso:

—*Merci, bonjour*—y se sintió feliz como una parisina.

Mirando a diestro y siniestro, buscaba por todas partes la torre Eiffel. Cuando la vió comprendió al fin que París se parecía un poco a sus postales ilustradas. París era una ciudad como todas las demás. Un poco mayor y con la torre Eiffel.

Cuando Max le enseñó la famosa *rue de la Paix*, ella se echó a reír, como si Max quisiera gastarle una broma. En la plaza de la Opera su protector le dijo que en aquel momento se hallaba en el centro del mundo. Bluette miró alrededor estupefacta, con el aire de quien, estando en el Ecuador, buscase un signo cualquiera que se lo hiciese visible. Pero los bulevares, por la noche, trastornaron su imaginación. Le pareció de pronto verse arrastrada en la vorágine de un inmenso *carrousel* y girar, girar, sobre un círculo sin fin, entre el carnaval de una ciudad ebria, en vehículos de montaña rusa que volasen en medio de un castillo de luz. Miraba a las mujeres asombrándose de que, de cerca, fuesen algunas viejas y feas, cursis y pobres. Miraba a los soldados republicanos de pantalones de púrpura recordando las plumas de gallo de sus airosísimos *besaglieri*. Observaba los escuálidos rocines de los coches de punto y los blancos delantales de las camareras de café. Se preguntaba por qué iluminaban todas las calles con emblemas de palabras incomprensibles, trazadas en las paredes y sobre los tejados. Por un lado, la cabeza de un cocinero; por otro, la barrigota

de un adulto que se dejaba apretar el ombligo por el índice de una modistilla; girándulas de llamitas, proyectores, cinematógrafos aéreos, signos interrogativos y admirativos, palabras en todos los idiomas: «*Maxima Maximum chez Dusausoy-Bouillons Maggi-le Matin sait tout-la Revue de l'Alhambra-Rouli Rouli... Crémieux... Luna Park... habille bien-Le Matin... Michelin... Galeries... Polin... sait tout...*»

Aquel vertiginoso baile perduró en su cerebro un par de semanas; luego empezó a comprender que todo aquel desorden tenía una absoluta coherencia. ¿Cuál? Quizá la más sencilla: la de ser París.

Max, en poco tiempo, le hizo conocer a todas las personas más conspicuas de la capital: a Mimyss d'Houby, «*qui avait perdu son gant*», o sea, que había perdido cinco mil francos al mes del perfumista Houbigant; a Florina-Bey, que tenía crédito en la Embajada turca; a Jennie, Minnie et Lélie, Sociedad en comandita, de la cual era gerente un émulo de Max: el vizconde Juan Pinal-Kennedy, llamado Juan Kiki. Después, a Boblikoff, ex domador de osos, que amaestraba actualmente a un par de menores; a Micaello, creador de un vals *chaloupée*; a García Pois-lourd, o García Poilu, boxeador fracasado; a Luciano Lucienne y a Petit-Béguin, machos en el doble sentido.

Estas honradas personas iban a cenar al bar de la Gran Rouquine, mujer que tenía un pasado. Allí coincidían todos, desde Mimyss a Petit-Béguin, y, además, gran número de *clubmen* amigos de los extranjeros, *jockeys* de cartel que tenían algún *finish* especialmente agradable por «Florina» o por «Minnie», yeguas de raza; *bookmakers*, bailarinas, *dandys*, noctámbulos, dibujantes, espiritistas, compositores de *couplets*, críticos de arte afiliados a la sífilis, consumidores de ginebra y de

cocaína, adolescentes que hablan con la cordura de un ataúd, compradores y vendedores de joyas antiguas, espadachines que prestaban su nombre en todos los asuntos enrevesados, príncipes del Cáucaso y condecorados del Missisipí, ex *maîtres d'hôtel* que, despojándose de la honrada levita, campaban con mucha afabilidad explotando a los extranjeros; profesores de billar, ajedrez, *puzzles* y patín; además, todos los innumerables imbéciles para los cuales, durante el almuerzo y la cena, toca la pieza favorita el escorbútico cíngaro.

Mimí Bluette aprendió muchas cosas en el bar de la Gran Rouquine. Ante todo, alguna frase de *argot*.

Max le había enseñado *su* francés; pero, desgraciadamente, tuvo que olvidarlo.

Bluette, cuando supo el *argot*, comprendió que cada uno de aquellos extraños tipos armonizaba con la necesidad de campar su vida. Así, perdió la idea provinciana de que era casi un hurto no el robar, sino el hacerse regalar a la fuerza todo lo que lleva en la cartera un forastero borracho; la idea de que Luciano Luciénne y Petit-Béguin resultaban estomagantes por aquel poco de pintura que se daban en las mejillas, o Juan Kiki un canalla por tener un sesenta caballos de la marca «Jennie-Minnie-et Lélie», o la Gran Rouquine una alcahueta vengativa y terrible porque era amante de un comisario de policía.

¡Pequeñeces!... Aquella buena gente hacía prosperar su pequeño comercio, ayudándola a pagar las contribuciones al Gobierno y escarneciendo el estupor de los buenos provincianos.

La Gran Rouquine, siempre que podía hablar a solas con Bluette, le decía con insistencia, mordiendo la boquilla de su largo cigarrillo ruso:

—*Fi!... t'es une gourde!*

Y aquel *Fi!.. t'es une gourde* brotaba de sus sutilísimos labios como el venenoso silbido de una viborilla.

Bluette no sabía lo que quería decir *une gourde*. Cuando se lo explicaron, miró de frente a la Gran Rouquine, con sus ojos atónitos y redondos. ¿Una idiota? ¿Por qué?

—*Plaque le ce macaroni que fait tant d'esbrouffe! T'es assez bien fichue pour marcher sur tes pattes! Fi... lá!*

Tal fué el consejo de la Gran Rouquine.

La Gran Rouquine estaba disgustadísima por tener tanto pecho como las tobilleras tuberculosas. Tenía unos muslos tan largos que parecía estar en pie sobre dos muletas; una fisonomía de cera con dos verdes ojachos de gato, y, además, aquella mata de cabellos rojos que le revoloteaban alrededor de las sienes con un color de maldad. Tenía una voz hueca y sonora, requemada por el ardor de los cigarrillos rusos. Decían que, durante su vida, había dado dos pinchazos con un estilete, como se clava una aguja de hacer media en un ovillo de lana.

Pero, por gratitud, la policía le había permitido abrir el bar.

Limka, violín segundo de la orquestita cíngara, el famoso Limka, checo de Batignolles, era hermano suyo; esto es, hijo de su madre. Respecto al padre, ni Limka ni la Gran Rouquine sabían nada positivo.

Un primo de Limka era el *Regisseur* de Montmartre.

Le recomendaron a Bluette. El *Regisseur* le puso un dedo bajo la barba.

—*Faut achalander, ma poule!..*

«*Achalander? Achalander?*» Tampoco Max sabía lo que significaba.

El fracasado boxeador García-Pois Lourd, aunque tampoco era aborigen, dió la explicación:

—*Eh, bon Dio!*, eso quiere decir atraer clientes. *Achalanderr, achalanderr, quoi!...*

Micaello, creador de un vals *chaloupée*, aceptó el encargo de hacerla, en pocas semanas, la primera bailarina de la Scala. Era un buen muchacho, ágil como una pelota, con ojos de sarraceno.

—*Et tou me payeras quand tou auras plous de gallette... Ze ne suis pas compatriote pour rienn, ze ne suis pas!...*

Cuando aprendió el *cake-walk*, la *saillor's-dance*, la *chaloupée* y todo lo demás, Jennie-Minnie-et Lélie le propusieron hacer un número juntos: Micaello, vestido de negro, y ellas cuatro, vestidas con el blanco de su cutis.

En tanto, Max y Juan Kiki habían descubierto a una americana oxigenada y robusta, a la cual explotaban en comandita.

El número blanco y negro alborotó a aquel respetable público, y aunque las otras tenían más escuela, la que gustó fué Bluette.

El *Regisseur* la incluyó en la revista; después, la llevó a cenar. El *Regisseur* era un hombre escrupuloso que pagaba el champaña seis francos menos del precio de la lista y decía al mayordomo:

—*Voyons, Ernest, ne m'embete plus avec ta cousine! Si elle ne parvient pas a relever son gros derrière, qui lui tombe sur les mollets, comment veux-lu que j'en fasse une Commère.*

A Bluette le dijo:

—Pequeña mía, no te doy nada, pero tampoco te pido nada, lo cual es muy *gentleman* por mi parte.

Bluette se echó a reír, pasándole su ligera mano por la calva.

Únicamente le rogó que le proporcionase papel, pluma y tintero, porque quería escribir dos palabras a su madre.

«Querida mamita: Al fin he llegado a ser una *etoile;* dentro de poco seré lo que en París se llama una *vedètte*, es decir, una estrella de primer orden. Dinero tendría mucho, si no me lo hubiera secuestrado metódicamente mi buen amigo Max. Pero no importa, porque la semana que viene «entraré en mis muebles», como se dice aquí, o sea que he encontrado un gran industrial que me pone casa y me compra automóvil. Si deseas venir a París, adviértemelo en seguida, porque encargaré al tapicero un bonito dormitorio de estilo Liberty, donde dormirás admirablemente. Pero te ruego que no traigas también al maestro de esgrima, porque no sabría dónde ponerle y porque aquí los encontrarás mucho más elegantes que el tuyo. El Gran Industrial es uno de los hombres más ricos de París. Tiene cuarenta y siete años; es viudo. Tiene dos hijas casaderas; una amante vieja, pensionada, que le cuesta un sentido; aun es un hombre guapo, afeitado completamente, y parece un inglés. Esta noche me ha enviado un hilo de perlas, enroscado en el asa de una cesta de orquídeas. Estoy cenando con el director de mi teatro, un buen diablo, siempre alegre, que me protege y que me quiere.

»Adiós, mamita; te manda un beso tu

»*Bluette.*»

El hilo de perlas del Gran Industrial ocasionó la definitiva ruptura entre Max y Bluette.

En aquellas semanas de carreras todos los favoritos se dejaban ganar; no había medio de obtener un buen pronóstico; Max perdía, perdía una fortuna y tenía una deuda pendiente con Juan Kiki. Quería empeñar el hilo de perlas de Mimí, como la había despojado de todo lo demás. Hubo entre ellos una violenta escena doméstica, y a las tres de la madrugada la vieron llegar muy nerviosa al bar de la Gran Rouquine. La rodearon. Bluette comenzó el relato. Pero era prolija.

—Y, en fin, ¿ese collar?—preguntaba la Gran Rouquine con su voz cavernosa y requemada.

—*Zut!*, déjame hablar...—respondía Bluette.

—Déjala hablar, la Grande—insistió Boblikoff, ex domador de osos, con su voz de fenómeno de feria—. Harto comprendes que aun tiene sus perlas... sin lo cual hubiese graznado como una becada: «Ese grandísimo marrano me ha robado mis perlas, me ha robado mis perlas...»

—¡Cállate, Koff. Me revientas—repuso Bluette—. Como ya no soy una estúpida, había entregado mis perlas a Lélie para que ella me las guardase.

—Si me hubieras elegido a mí—interrumpió Boblikoff—, no hubieses tenido tantos disgustos.

Petit-Beguin estaba sentado casi en brazos de Dorée d'Arnac, una de las más bellas mujeres de París, que le acariciaba el lustroso cabello color de caoba, quizá enamorada de él porque se dedicaba a su mismo oficio.

Florina-Bey disputaba con un compañero de revista llamado Patricio Audel.

Poco después entró Max, ceñudo, con los dientes apretados. Sin mirar a nadie, se puso en un ángulo con los codos sobre la mesa.

Bluette se acercó a él con la visible intención de reanudar la disputa. Los demás la siguieron, y colocados uno detrás de otro, parecían prontos a la defensa de Bluette.

—Bien; te digo que puedes hacer tu equipaje y largarte cuando quieras—manifestó Bluette puesta en jarras—. Hace quince meses que me explotas, y no te he dicho nada porque soy buena...

Los oblicuos ojos de Max se clavaron en ella con risa maligna. Después miró fija y velozmente los rostros de los circunstantes; pero se dió cuenta de que le eran hostiles.

—Sí, buena... Todo el mundo lo puede decir; pero ya estoy harta, *mon bellâtre*. ¡Vete con tu momia americana! Si tiene capricho por ti, que se lo pague. En cuanto a mí, te digo: «¡La barba!» Y cuando Bluette dice: «¡La barba!...», *Zut!*, *mon petit*, es para siempre.

—*Mordieu*, la tórtola tiene razón — dijo Boblikoff con voz de bajo profundo.

—¿Eso crees?—preguntó Max, venenoso como una cerasta.

Y poniéndose en pie de un salto, aferró por un brazo a Bluette, señalándole la puerta:

—*Vas-y tuot droit, et rentre!*

Bluette trató de soltarse, hundiéndole en la muñeca sus diminutas uñas. Entonces Max le dió tal bofetada, que seguramente la hubiera hecho rodar por tierra a no intervenir oportunamente los inmensos brazos de Boblikoff.

Se produjo gran confusión. Las mujeres defendían a Bluette; los hombres, por razón de principio, vacilaban antes de decidirse a ir contra Max. La Gran Rouquine, sin soltar el cigarrillo, gritaba, con su voz cauterizada:

—¡Eh, tú, asqueroso, matón! ¿Quieres largarte de aquí? Si no, silbaré para que te detengan.

Bluette lloraba apoyada en el hombro de Boblikoff; Limka, golpeando con el arco la caja del violín, se multiplicaba para restablecer la paz:

—Vamos, señores, señoras: un poco de silencio.

Y creyendo que la música podía contribuir a calmarlos, atacaba el tango melancólico de *La noche de Garufa*.

Pero resultó inútil hasta *La noche de Garufa*. Max, retorciendo entre sus rudos dedos la muñeca de Bluette, no escuchaba a nadie. Bluette, colgada con la otra mano del cuello de Boblikoff, dejaba que le tirase del brazo cual si fuese el cordón de una campanilla.

—¡Sálvame, Koff!...—rogaba Bluette en voz baja.

—*Mince!* ¡Digo que la dejes!—rugió Boblikoff, palideciendo.

—*Fous-moi la paix, cosaque!*—blasfemó Max.

Entonces, con el brazo izquierdo, Boblikoff levantó ligeramente a Bluette, y, como un gigante que quisiera poner en salvo a su niña, la colocó a sus espaldas, quedando delante de ella como un baluarte. Casi al mismo tiempo, con el brazo derecho, descargó tal puñetazo, que el cuerpo de Max, doblado en dos, hendió el seto

de personas que los rodeaban, y fué rodando contra el biombo que ocultaba la entrada del bar.

Permaneció en tierra algunos minutos, y parecía muerto. En un silencio casi trágico, se le acercó la Gran Rouquine y le tocó con la punta del pie para hacerle moverse.

Entonces Max se movió. En un relámpago, sacó del bolsillo un pequeño revólver, y, alzándose sobre un codo, disparó dos tiros a Boblikoff.

El gigante sólo tuvo tiempo para ocultar la cabeza entre los brazos; después se abalanzó con un movimiento que parecía el de un hombre herido. No lo estaba, y se arrojó sobre Max como una catástrofe de carne.

¡Quién sabe el camino que siguieron aquellas dos balas! Pero no tocaron a nadie. La primera desconchó la pared; la otra se hundió en la anaquelería del bar, rompiendo solamente una *Vieille Chartreuse.*

Petit-Beguin, con un valor imprevisto, se lanzó también sobre Max para ayudar a Boblikoff a desarmarle.

En tanto, la Gran Rouquine había salido a la calle y silbaba con un pequeñísimo pito de oro que llevaba pendiente de un collar entre otros dijes.

Después volvió a entrar.

—*Tiens le fort, Bob! Voilà les flics!*

La policía estaba ya en la puerta, y en aquella ocasión, el verla produjo a todos tranquilidad y aliento. Max no podía sostenerse en pie; le parecía tener el estómago destrozado.

Cuando llegó el momento de incoar el proceso verbal:

—*Mais quel' procès verbal!*—bromeó la Gran Rouquine—. Ese pobre Max ha bebido de tal modo, que va a echar las tripas. *Fichtre!..., et ma Vieille Chartreuse? Oh, la, la!... C'qu'il est bath quand il est poi-*

vre!... S'pas, Max, que t'en a bu un coup de trop? Écoute bien ce que dit la Grande... Quand tu seras dégrisé, tu n'auras qu'à répondre au commissaire: «Voyons! Quelle foutaise!... J'en avais une telle pochetée!... Le rigolo est parti seul...»

Y Limka, golpeando con el arco el violín, inclinando sobre el hombro su hocico de irresistible, roído por las viruelas, para poner las cosas en su punto, volvió a atacar el tango melancólico de *La noche de Garufa*.

En la avenida de Kléber, entre la calle Villejust y la de Boissière, el Gran Industrial, rasurado y viudo, la puso «en sus muebles».

Marta d'Aussolles, la amante jubilada del Gran Industrial, también tenía piso; pero en la otra orilla del Sena, en la calle de Médicis, junto al jardín del Luxemburgo.

Cuando entre dos amantes de un gran industrial corre, al menos, un río, hay esperanza de vivir en paz.

Así fué.

Marta d'Aussolles había comenzado su vida en el Palais de Glace; probablemente la acabaría en la calle de Médicis. El inmueble en que habitaba era propiedad suya: pequeño, pero elegante. En el primer piso vivía ella; en el segundo, un juez; en el tercero, un militar retirado. En la planta baja había tres tiendas que rentaban mucho. Poseía también una modesta propiedad

en Normandía, su país natal. Allí se llamaba Teresa Bouguereau, como su padre. Mantenía, además del viejo Bouguereau, a dos hermanos, a dos hermanas, a tres tíos y a cinco sobrinos. En su juventud había ejercido la profesión de gustar al Gran Industrial; ahora ejercía la de aburrirle. Y así estaban resueltas: cinco, más tres, más cinco, además de la suya propia; en total, catorce vidas.

Mimí Bluette, que no tenía el buen sentido de Marta d'Aussolles, no pensó en lo porvenir; aunque por entonces el Gran Industrial quizá le hubiese regalado hasta la columna Vendôme.

Para llegar a ser una Marta d'Aussolles hacen falta muchas generaciones. Bluette, pobre, pequeña, bella, italiana, no era quizá más que la antecesora.

Se dejó regalar, con mucha alegría, un *limousine* fosforescente, un montón de abrigos de pieles siberianas, los costosos modelos de Béchoff-David y de Susana Talbot, los severos estuches de Lacloche y de Cartier. Nada pidió; todo le pareció bien; lo agradeció.

Marta d'Aussolles hubiera pedido el doble; todo lo hubiera encontrado mal; no lo hubiera agradecido.

Bluette, con su límpido corazón de transalpina, sólo esperaba que llegase pronto su madre, la del seno célebre, para mostrarle todas aquellas maravillas.

Entre otras cosas, le hubiera hecho conocer a Mauricio, *maître d'hôtel*, impecable como un diplomático; después, a Linette, la doncella de las medias de *voilé*, con las uñas esmaltadas, con un delantal todo muselina y encajes.

Ahora, a lo largo de los bulevares nocturnos, se veía una profusión de anuncios luminosos: *La Cigale: Mimí Bluette; Gaumont-Palace: Mimí Bluette dans ses danses.*

Los cinematógrafos murales proyectaban sobre el telón de los tejados opuestos la semidesnuda belleza de Mimí Bluette.

Micaello había partido con Minnie, deshaciendo el famoso trío; ahora Bluette tenía un compañero de baile, americano, taciturno, sobrio, casi enamorado de ella, casi honesto. Se llamaba Jack Morrison. Le había dicho con sencillez:

—*Believe me, dear Friend...* Miguel baila como un cartero.

Le creyó. Empezó nuevamente sus lecciones de danza con Jack Morrison, adiestrador de ultramar, que, por fin, le proporcionó una instrucción perfecta.

Cuando supo bailar con toda su alma de irresistible danzarina, Mimí Bluette se dió cuenta de que, aprisionado en sus finos tobillos, oculto en ella como el perfume en una flor, tenía también un sueño de belleza, y comprendió que el baile era su poesía. La Naturaleza la había concebido en un ritmo de música; su modo de moverse era una danza involuntaria e ingénita.

En cambio, a menudo bailan los que fueron concebidos en un momento de desafinación, como escriben los que parió la Naturaleza en un instante de angustia.

París es grande porque sabe conocer los valores y porque devuelve en alegría la belleza que recibe. A los hombres como a las mujeres, a los santos como a las prostitutas.

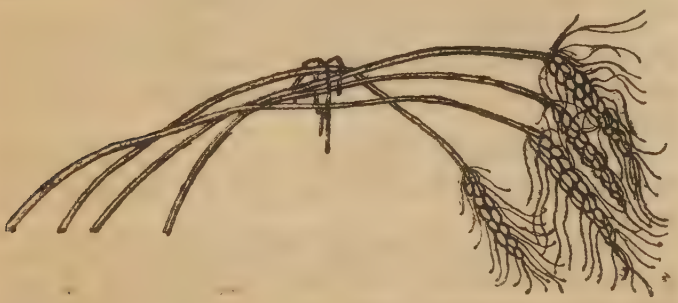
París no tiene fronteras; es la felicidad del mundo.

Entre nosotros, Mimí Bluette quizá hubiese servido para vender un helado mixto o algún jarabe de guindas al público de los teatros de variedades, donde se grazna en todas las cadencias el perpetuo *ritornello* napolitano; París formó su más límpida, su más divina danzadora; le regaló todo el oro que irradiaba del es-

plendor de sus finos cabellos rubios; tendió bajo sus ligeros pies un deslumbrante tapiz de sol para hacerla danzar en el escenario de su gran alma, entre el rumor de su vasta gloria; porque nadie puede regalarse a s. mismo con delirio y plenitud, si no encuentra una gloria donde posar el pie.

Primero la acogieron sus rufianes cosmopolitas; después la miraron con benevolencia algunos de sus hombres, quizá inmortales.

Y, finalmente, es preciso comprender que, ante la felicidad de la vida, una verdadera danzadora vale aún más que un triste poeta.



—Sí, mamá; como ves, este *limousine* es mío; estos brillantes y estas perlas son mías; pero no empieces a asombrarte por tan poco, o no acabaremos nunca.

Estaban en el vestíbulo de la estación. Bluette llevaba un traje de primavera.

—Vaya despacio por las encrucijadas, Roberto—dijo al mecánico—. Y meta en cualquier parte ese equipaje; estorba.

La máquina, silenciosa, resbaló, escabulléndose entre los peligros de la calle como un barco-mosca entre los grandes navíos del Sena. Vagamente recordaba

Bluette su primera entrada en la capital cierta tarde vibrante de ruido, que ya le parecía tan distante en su recuerdo como la historia de su primera virginidad. Con mirada lejana volvía a ver en el mismo sitio aquel enorme camión fragoroso que estuvo a punto de atropellarla, y veía de nuevo a Max, involuntario artífice de su gran fortuna. Desde aquella vertiginosa tarde, habían pasado veinticinco meses... ¿Y Max? ¿Dónde estaba Max?

Había vuelto a partir, había desaparecido; quizá estaba preso; quizá viajaba por el mundo con su momia americana...

Mimí ya no iba al bar de la Gran Rouquine.

Boblikoff había insistido en que Bluette correspondiese a su enérgica protección; Bluette le había quedado reconocida... Un par de veces por delicadeza, pero nada más.

¡Pobre Boblikoff!... Era tan enorme, que, para una mujercita como ella, hubiera sido un verdadero estorbo.

Catalina, la madre del seno clásico, llegó con el propósito de permanecer en París poco más de un mes. Pero, de semana en semana, la buena mujer se sentía *aparisinada* de tal modo, que se le esfumaba el perfil del maestro de esgrima, y escribía a su hermana, la comadrona: «¡Figúrate! Mi bella Cecilia no quiere dejarme marchar.»

Esto era una gran mentira, porque Cecilia-Mimí se hubiera librado con mucho gusto de aquella madre importuna que, después de haberla ensalzado y servido en los primeros días con el estupor de una criadita, ahora adoptaba, sin escrúpulos, aires de ama de casa, que la preocupaban mucho.

Aquella florida y batalladora madre de Cecilia ni si-

quiera respetaba a su dulce Bluette. Al contrario: la criticaba.

—¡Oh, si en mis tiempos hubiese recibido la inspiración de París!...—solía exclamar.

¿Quién sabe? Quizá hubiese llegado a presidenta de la República.

Cierto que empleó menos tiempo que su hija para aclimatarse en aquel ambiente, como si hubiese nacido en él. Se dió cuenta de que en París las mujeres de cuarenta y cuatro años logran aparentar treinta.

A tan placentera suposición contribuye, en gran parte, el *Institut de Beauté*, verdadero instituto clínico de la magia moderna, donde los senos flácidos y las indelebles arrugas se curan maravillosamente por autosugestión.

Como la belleza estriba en el modo de mirarse al espejo, el hombre que ideó el primer instituto de belleza fué, sin duda, un gran ironista.

Pero las mujeres deberían erigirle un monumento y los hombres también, porque, si una amante se imagina que aun puede parecer joven, generalmente hasta consigue serlo.

Lo que hicieron con Catalina en el Instituto de Belleza no es para dicho.

La convencieron de que necesitaba quitarse dos dientes sanísimos porque eran un poco oscuros, y ponerse dos de porcelana.

Se puso dos de porcelana.

La enviaron a una corsetera, que le hizo un corsé que distribuía el seno, el vientre, las caderas y lo demás como una ecuación de primer grado.

Ella, dentro de aquel corsé, volvió a contemplar la forma que tenía su cuerpo durante el viaje de novios.

Le vendieron una careta de caucho para refrenar la papada.

Se puso todas las noches la careta de caucho.

Le aconsejaron que se volviese medio rubia y medio roja.

Entonces conoció los milagros del agua oxigenada y de la tintura de alheña.

Le dijeron que podía fácilmente hacerse crecer las pestañas y devolver la tersura a su piel por medio de los masajes más complicados.

Se dejó pellizcar, flagelar, manipular, encerar, frotar de tal modo, que su cutis, mórbido por tradición, llegó a ser realmente el de una niña.

Y en cuanto a las cejas, le pareció que se le habían alargado.

¡Oh, si hubiese podido verla tan refrescada su calamitoso maestro de esgrima, aquel ágil maestro de esgrima que había costado a sus ahorros tantas chalinas revoloteantes, aquel inolvidable maestro todo punta y fondo que turbaba los sueños de su canónica edad!...

¡Pobre Catalina Malespano, momentánea soltera de cuarenta y cuatro años, convertida en soltera histérica por obra del *Institut de Beauté!*...

Era forzoso encontrar un remedio.

Lo encontró. Aunque con escándalo de Bluette.

Mauricio, *maître d'hôtel*, impecable como un diplomático, era tan robusto como un maestro de esgrima. Tenía canas en las sienes, pero negro y bien peinado el cabello del cráneo, partido por una raya rectilínea.

Todas las noches, Mauricio le preparaba una taza de manzanilla, antigua costumbre.

Una noche la manzanilla se enfrió en la mesita.

En tanto, Bluette bailaba en el escenario de Marigny, y jamás hubiera osado concebir, en su cándida inocen-

cia, una sospecha tan grave. Pero Linette, la doncella de las medias de *voilé*, una noche, al desnudarla, se lo dijo con mucha gracia:

—Señora, ¿padece su madre dolor de riñones?

—¿Por qué, Linette?

—Todas las noches llama a Mauricio para darle masaje, que, a veces, dura demasiado tiempo, señora...

Interrogada al día siguiente, de improviso, la semirubia y semiroja Catalina Malespano, afirmó sencillamente que Mauricio era un hombre de buena familia, aunque venido a menos, desgraciadamente.

Por otra parte, ¿había medio más agradable para aprender el francés?

Cierto que había otro, pero lento y fatigoso: el que el Gran Industrial, con suma dulzura, había impuesto a Bluette.

Alguna vez los hombres de Francia escogen a sus amantes entre las aventureras callejeras, y las abandonan frecuentemente cuando se han convertido en verdaderas señoras. Mas, para ellos, es un verdadero sufrimiento el vivir con una mujer que carezca del amable arte de entenderlo todo y de hablar con vivacidad, y como se viene al mundo para adiestrarse en la finura del vivir, creen que el amor no impide educarse.

Así, las hijas de Montmartre o del Bois de Vincennes, llegan a poder sostener una conversación con los académicos.

El mismo ambiente de París es una escuela de improvisación, y las alumnas más inteligentes tienen tiempo entre el baño y la hora del té, entre la hora del té y la del teatro, para escuchar, en bata, la monótona voz de una profesora vieja, aficionada a los caramelos, o de un profesor provinciano que vive en el Barrio Latino.

Eso hizo Bluette, que, por instinto, era curiosa, inteligente y dócil como una verdadera mujer.

Al Gran Industrial le disgustaba su vestigio de acento transalpino, y aun más la tranquila ignorancia que revelaba en todas las materias del saber cotidiano.

Era un hombre tan persuasivo, que hubiera inducido a una monja a bailar el tango.

Mimí Bluette no sabía resistir a la dulzura.

Y precisamente él hizo venir a una vieja y lunática profesora, aficionada a poner a sus discípulos este lindo tema heroico-sentimental:

Il y avait la guerre en Algérie. Mademoiselle X était fiancée à un sous-lieutenant des spahis, qui tomba au champ d'honneur. Racontez..., etc.

Era su propia historia.

Más tarde, le hizo dar lecciones con un joven licenciado, incolocable, escuálido, erudito, con mucha caspa, que tenía la manía de abrirse camino en la capital.

Le recordó de un modo extraordinario a aquel estudiante de Medicina que le produjo el primer estremecimiento.

Fué en el mes de abril, a la hora en que las habitaciones de los cuartos pisos se oscurecen, contemplando la primavera que declina sobre los luminosos tejados de las estupendas ciudades.

¡Qué lejos estaba! Bluette rió. Le parecía un sueño.

Y aprendió que el verbo *s'en aller*, en el imperfecto de subjuntivo, dice *que je m'en allasse, que nous nous en allassions, que vous vous allassiez, qu'ils s'en allasent...*

Y aprendió que *Pépin le Bref fonda la dynastie des Carlovingiens...*

Leyó a Chateaubriand, Renan, etc.; lo cual le hizo

volver con mucha alegría a la literatura de los cónyuges Willy.

Si no se hubiese dejado sorprender con cierto Hubert Normand, joven dramaturgo de mucho porvenir, quizá el Gran Industrial hasta se hubiese casado con ella.

Pero, ¡pobre Bluette!, apagar su ardiente juventud en la sombra de un marido viejo... ¡qué pesada melancolía!...

Indudablemente, no le amaba. Era un pasatiempo de su dulzura, un natural repliegue de su curiosidad. El futuro académico Hubert Normand era en aquel invierno la aventura de moda. Y, como Dorée d'Arnac, una de las más hermosas mujeres de París le había echado los brazos al cuello una noche en un *cabaret;* realmente, no había razón en el mundo para que Mimí Bluette fuese con él más severa que su émula y amiga Dorée d'Arnac.

Pero prefirió que no ocurriese en un *cabaret*, y esta fué su equivocación. Porque el Gran Industrial quizá hubiese perdonado más fácilmente.

Y así no perdonó.

Quien le prestó el pequeño servicio de participárselo fué la de la otra orilla, o sea Marta d'Aussolles, que tenía reservada en su hogar de Normandía a una fres-

ca pariente suya para las distracciones del Gran Industrial.

En tales circunstancias, el bueno de Jack Morrison le dió un consejo oportuno:

—No es muy grave que la deje, *Bliouette*—manifestó con su tranquilo laconismo, llamándola como siempre, *Bliouette*, en gracia al acento americano—. Véngase conmigo a Londres. Bailaremos en el Hipódromo. *C' est la Season*.

—Bien; iremos si quieres, *mon brave Jack!*

Siete horas de viaje. La Mancha. John Bull que se enamora y exalta ante el escenario del Hipódromo. En el camerino de Bluette, las pálidas rosas de Henley, las flores suaves y tranquilas de la primavera inglesa. Llegan los bellísimos émulos de Lord Brummel a acariciar con sus ojos de inocentes a la bailarina de Francia, Mimí Bluette. Jack Morrison actúa de intérprete. Jack Morrison está un poco celoso... a la americana: con la pipa entre los dientes, apretada la boca. Es un continuo ir y venir de asiduos al encantador saloncito de Carlton Hotel. Un día, sobre una bruñida bandeja, presentan la tarjeta de Lord G. A. M. F. B.—precede el nombre.

La tarjeta de un inglés parece un manual semafórico.

La de un alemán es un diploma universitario.

La de un sudamericano es una tentativa de reconciliación con la madre patria.

Lord G. A. M. F. B.—precede el nombre—, era un hombre que tenía sobre cada cosa su punto de vista.

Por eso quiso tener uno hasta sobre Mimí Bluette, la cual había aprendido a hacerse pagar muy caro sus puntos de vista.

Jack Morrison amenazó con marcharse, y aquel día —aunque era americano—tenía lágrimas en los ojos.

Pero Bluette estaba segura de que Jack se resignaría.

Y así fué.

Lord Alfabeto empleaba un modo muy distinto del Gran Industrial para hacer las mismas cosas. Porque estaba por medio el Canal de la Mancha.

En efecto: no dió valor a su cultura, pero insistió, con mucha gracia, sobre varios perfiles, hasta que, por ejemplo, logró persuadirla de que las ostras de Colchester superaban en mucho, tanto a las de Ostende como a las de Marennes. Además, le hizo saber que los americanos son, quizá, un pueblo respetable, pero que no hablan bien el inglés. Por esto no debía fiarse demasiado del intérprete Jack. Le advirtió que el pueblo de Londres finge acostarse a las doce y media, porque, después de esta hora prohibitiva, quiere la ley que los ingleses aparenten que ya no les gusta la ginebra. Y le hizo apostar muchas libras esterlinas por caballos que, por término medio, ganaban de cada tres veces, dos.

Lord Alfabeto no era ni viudo ni casado; por esto carecía de prole. Se había enriquecido mucho en las colonias. Ahora descansaba. Es decir: aquel lord en descanso era de una actividad sorprendente. Hombre hermoso, de rostro correcto y noble; tenía una manera peculiar e impasible de burlarse del universo. Con Mimí Bluette gastó un diluvio de libras esterlinas, delicadamente; pero se burló de ella.

Mimí creyó hacer otro tanto.

Y quedaron buenos amigos.

Sólo cuando volvió a cruzar la Mancha advirtió que llevaba en sí misma, de Inglaterra, una vida naciente.

A nadie se lo dijo, y mucho menos a su madre. Pero permaneció tres días en el lecho, creyéndose enferma. Bluette se preguntaba con estupor cómo esto no le había pasado antes. Su asombro inicial se convirtió poco a poco en un singular espanto.

Hacia la noche del tercer día empezó a preguntarse de quién podía ser el hijo. Había estado cuatro meses en Londres. Al principio le pareció que debía llevar en su seno a un incipiente lord Alfabeto. Después recordó que también podía ser un pequeño Jack. La duda casi le produjo placer. Claro que no estaba enamorada de Jack, pero le quería mucho.

Mientras daba vueltas a estos congojosos pensamientos, entró en su cuarto la rubia Catalina para preguntar a su hija si quería comer. Bluette ocultó la cabeza entre la sábana y contestó contrariada que no la aburriese.

En cambio, mandó a llamar al bondadoso y lacónico Jack.

—Siéntate ahí, Jack.

Ahí quería decir en el lecho, cerca de sus desnudos brazos, en el sitio vacío que dejaba su cuerpo alzado sobre un codo. Sus bellísimos cabellos, mal peinados, se enredaban en los encajes de las dos almohadas. Encendió un cigarrillo, y después de aspirarlo un par de veces, lo puso sobre los labios de Jack.

La bombilla eléctrica trazaba un círculo de oro sobre los cabellos de Jack. Sus anchas y bien modeladas espaldas parecían supeditarse con trabajo a su constante costumbre de tener las manos en los bolsillos.

—Jack, ¿por qué no me abrazas esta tarde?

Él la miró sin responder; después se acarició la punta de la nariz; por fin manifestó:

—Berton ha dicho que, si aceptamos la contrata para Ginebra, nos dará cincuenta luises por noche.

—¡Al diablo tú y Berton! Te pregunto por qué no me abrazas.

—Porque estoy disgustado con usted, *Blouette*.

—¿Es eso cierto, mi pobre Jack?

Entonces le besó en los ojos, y se echó, riendo, sobre las almohadas. Con él no tenía pudor; su arrugada camisa se abría como la cáscara de una castaña, destacándose aquí y allá, bajo el leve velo de la tela color de Bluette, la mórbida erección del seno heredado.

—¿Estás enfurruñado, Jack?

—Es que usted es muy mala, My Blu.

—¿Mala? ¿Por qué?

Jack se volvió de pronto con uno de sus ágiles y deliberados movimientos de bailarín. Apoyóse sobre el tendido cuerpo de Bluette y empezó a acariciarle suavemente los senos, con la casta impudicia con que suele hacerlo el que alisa una hermosa cabellera.

—¿Tiene usted fiebre, My Blu?

—¿Fiebre? Nunca, jamás.

—¿Quizá le hace daño la torcedura del tobillo?

—Nada de eso. Mira mi pie.

Y, sacándole de las ropas desordenadas, le movía con agilidad, como una manita venosa. Él se volvió, cogió el pie por su mórbida curvatura y lo retuvo entre las palmas cual si experimentase un delicado placer.

—Entonces, ¿por qué está usted acostada?

—Acércate, Jack... Acércate..., tengo que confesarte un gran secreto. Pero muy bajo, al oído... O mejor..., cierra la puerta, desnúdate y ven a acostarte en mi cama.

Jack miró el reloj: eran las seis y tres cuartos; le pareció que la hora no era a propósito; pero metió de nuevo el reloj en el bolsillo y fué a cerrar la puerta.

—Dos vueltas a la llave, Jack. Sin ellas puede abrirse lo mismo. Ya sabes que mi madre es muy curiosa.

Jack se quitó la chaqueta, buscó dónde dejarla y, al fin, la tiró al suelo. Jack estaba contentísimo, y sus ojos brillaban porque My Blu no solía ser tan amable con él. Le importaba poquísimo conocer aquel secreto misterioso. En general, las confidencias de las mujeres le parecían desdeñables.

—My Blu, estoy en vías de idear una nueva danza. Ya verá: ¡pasos extraordinarios!

—¿De veras? ¿Otro vals?

—No; un Rag-Time.

—¡Oh, un Rag-Time!... Entonces me levanto y vas a enseñármelo.

—Sí; levántese, *Bliouette*.

Jack tenía puestos aún los pantalones. My Blu estaba en camisa. Calzóse un par de zapatos de piel de antílope, sin ponerse siquiera las medias. Se hizo con las trenzas un grueso nudo en la nuca. En el suelo yacía la ropa de Jack; no toda: algunas prendas estaban sobre el lecho.

Como hacía siempre cuando empezaba a enseñarle un baile nuevo, la abrazó fuertemente, con dulcísima brutalidad. Después, la retuvo entre sus brazos y empezó a hacerle dar vueltas. Para marcar el tiempo silbaba el aire de *How do You do, Miss Rag-Time.*

Bailar un nuevo baile era para Mimí Bluette lo que para ciertas mujeres tener un amante nuevo. Lo comprendía en seguida. Aquel *Rag-Time* la enloqueció. Le pareció *foolish and sweet*, loco y dulce, según la definicion de Jack.

Como todos los bailes, fué a acabar en el lecho.

—*Jack, mont petit*—dijo media hora después My Blu, pasando los dedos entre los cabellos de oro del americano—; me preocupa una cosa... Este chiquillo, ¿es un pequeño súbdito del presidente Roosevelt, o del rey de Inglaterra? ¿Sientes lo que se llama la voz de la sangre?

—Grave pregunta—repuso Jack. Después reflexionó. Afirmó por último —: Me alegraría mucho que fuese mío.

—A mí también. En el fondo, lo prefiero.

—Es una amabilidad por su parte, My Blu.

—Pero, mira: como no hay comprobación posible, estaré siempre acosada por esa duda.

—*Yes, très grave*—repitió por segunda vez el lacónico Jack.

My Blu le dijo que le diese un cigarrillo. Encendía cuarenta o cincuenta al día, sin dar más que un par de chupadas.

—Dime, Jack: ¿crees que debo dejarle nacer?

—Según, My Blu. Si acepta usted mi proposición, sí; si no, no.

—Es decir... ¿Casarme con usted, Jack?

—*Quite right*, My Blu!—repuso con brevedad casi rabiosa.

Bluette le miró a los ojos en silencio durante un instante; después dijo:

—No tengo ganas, Jack.

El americano se encogió de hombros.

—Muy bien. Entonces es un hijo de lord.

—Sin duda... un pequeño lord. Pero sé amable, Jack: levántate, coge la pluma y escribe lo que voy a decirte.

Y como Jack dudase, le empujó fuera del lecho.

Oyéronse entonces los nudillos de la madre Malespano golpear discretamente la puerta. Bluette, excitada, le contestó de mala manera:

—¿Me haces el santísimo favor de dejarme en paz, que estoy aprendiendo un paso de Rag-Time?

La santa mujer se marchó tranquilamente.

—Escribe, Jack. Bien o mal, poco importa; con tus prodigiosas faltas de ortografía o sin ellas, poco importa. Yo misma copiaré la carta. Escribe: «Querido amigo: Tengo algo que decirle...» No, borra. «Querido amigo: Deseo decírselo sin demasiados rodeos...»

—Despacio, despacio—rogó Jack, que bailaba mejor que escribía.

—«...rodeos» (Dos puntos; mayúscula.): «Estoy encinta de usted, lo cual interrumpe mi carrera, sin contar...»

—*Pooh!*, *indeed!*—blasfemó Jack, tirando la pluma—. ¿Qué hacer ahora que no podrá usted bailar?

—No se bailará; es muy sencillo—respondió Bluette afablemente—. ¿Has escrito?

—No he escrito nada, *Blioutte*. Cambio de opinión. Ese chiquillo no será un lord ni un bailarín. No habiendo nacido aún ese chiquillo, puede que...

—¡Chist!... Escribe y déjame maniobrar.

Jack repitió:

—«...mi carrera, sin contar...»

—«...sin contar que el tener un chiquillo» (coma), «para una mujer soltera» (coma), «es la mayor desgra-

cia que puede ocurrirle.» (Signo de admiración; no: puntos suspensivos; no: admiración. En fin: como quieras.)

—Comprendo—dijo Jack, poniendo uno tras otro todos los signos que le habían mandado—. Desea que lord se case con usted.

—Jack, eres un asno. Escribe y calla: «Un aborto me sería imposible, porque...» No; es un poco brutal... Escribe. «¿Qué hacer? No quisiera causarle preocupaciones; pero estoy fuera de mí... El médico me ha dicho» (coma) «que por tener un defecto en la matriz» (coma) «llegaré difícilmente a un feliz término; pero que el intentar cualquier manipulación sería fatal para mí.»

—¿Quién es el médico que dice esos disparates?

—Jack, eres un asno. Siempre vale más tener un defecto en la matriz.

—¡Ah!...

—¿Y por qué pronuncias un «¡ah!» tan abierto y con una voz tan gangosa? ¿No hemos estado en Londres? Me parece que, al menos, podías corregir tu acento transatlántico.

Ahora My Blu entendía de pronunciación. Pero Jack se encogió de hombros y repitió con su francés yanqui:

—«*...serait «fetell» pour moi.*»

—(Punto.) «Querido: ya me conoces y harto sabes que en Londres he mandado a paseo a todos tus amigos. Apenas llegada a París, debía tener la...» (puntos suspensivos); «pero, ¡nada!» (signo de admiración). «No he querido escribirte sin hallarme segura. En fin: estoy loca; no sé qué resolver, y no abandono el lecho hace siete días...»

—Tres días.

—¡La barba! ¡He dicho siete! «...y, si no vienes en seguida, iré a Londres tan pronto como me lo permita

el médico. Bien sé que eres un *gentleman*, y, además, tal vez quieras un poco a tu pobre *petite*

Bluette.»

—Ahora relee lo que has escrito, Jack.

El obedeció. Bluette se acariciaba la barbilla.

—Lee otra vez, Jack.

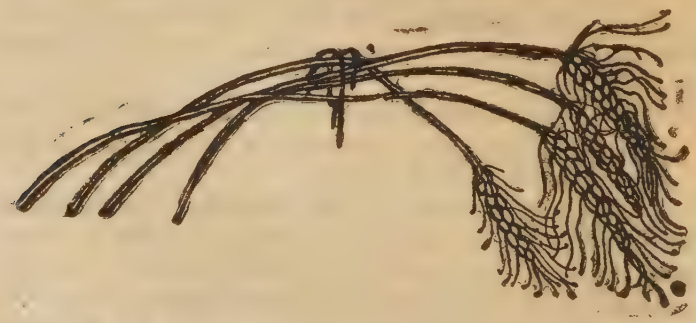
El obedeció nuevamente. Entonces Bluette echó al aire las sábanas.

—¡Has escrito aquí verdaderas barbaridades, Jack! Rasga en seguida esa obra maestra y dame la pluma. Voy simplemente a enviarle un telegrama.

—¿A qué romperlo? Esta carta es admirable.

—Repito, Jack, que eres un asno. El Rag-Time es una cosa, y la literatura, otra. Dame una hoja de papel y vuelve a vestirte de prisa; vas a ir a Telégrafos.

El inventor de un paso de Rag-Time obedeció dócilmente.



Cuando llegó a París lord Alfabeto, que era un puro gentilhombre, las cosas complicadas se arreglaron como por encanto.

Le asignó una cuantiosa renta vitalicia; dijo amablemente que los hijos son, muy a menudo, una indemostrable opinión materna; rogó que pusiese al que había

de nacer, si era varón, el nombre de Patricio; si hembra, el de Leonor; después, con un gabán casi amarillo, volvió a cruzar la Mancha.

La Mancha es un canal que impide a los ingleses ser neurasténicos como los continentales.

Entonces, el quizá Patricio, al tercer mes de incubación, resolvió no venir al mundo. Desapareció, por no causar molestias a su madre, con un acto de abnegación del que sólo fué testigo un discípulo joven de Doyen.

El quizá Patricio era una criatura esplenética, que decidió emigrar del mundo sin tomarse siquiera el trabajo de elegir un sexo, por tedio a la vida.

Hizo bien. Porque había comprendido que, en el fondo, todo se reduce a elegirse un sitio en el cementerio.

En tanto, My Blu se había enriquecido. Poseía «sus muebles», a más de un encantador palacio hacia los Campos Elíseos; muchas alhajas, un horror de trajes, un tesoro en encajes antiguos y todas las maravillas femeniles que producen los gloriosos talleres de París. Contaba con sus rentas profesionales y, por último, con la renta vitalicia otorgada en premio de su fatigosa maternidad.

Era una criatura feliz. Parecía una orquídea cultivada en una cálida estufa, y hasta exhalaba perfume. Entre las venas de su dorada piel había luz de alma que emanaba fragancia. París, la Magnífica, la había acostumbrado a una suntuosidad llena de milagro y de vértigo, como el alma de aquella ciudad sin fronteras.

Había otras quizá más bellas, quizá más inteligentes que Bluette; pero Bluette estaba de moda, y la moda es una gloria que no puede examinarse a la luz de la crítica. La moda es el verdadero poder, que decretan las

muchedumbres por un plebiscito, por una especie de curiosidad colectiva que alguna vez hace surgir de la nada hasta el ingenio. La moda es el caso fortuito que rige el pensamiento, el arte, la belleza, la vida en suma. No siempre estuvo de moda lo que fué grande; pero siempre brilló cierta grandeza en torno de los caprichos de esta universal deidad.

Quizá la misma obra maestra no es otra cosa que el figurín más expresivo de una moda ultrapasada; las mismas religiones no son más que una modalidad ilógica y mudable de vestir, con una estofa decente, la peligrosa desnudez del alma.

Y Bluette, que no alimentaba sueños de conquista, que había nacido para danzar con poesía y para doblegar sus flexibles riñones bajo el peso de un amante; Bluette, que no movía un dedo para guiar su propia suerte, llevaba consigo, de un modo extraño, el favor de aquella divinidad.

Las cosas sucedieron poco a poco, con orden sapiente. Si Bluette lo hubiera hecho a propósito, no lo hubiese conseguido nunca.

Por ejemplo: sin duda había en París muchos financieros que tramaban negocios tortuosos y adiestraban el dinero a emigrar de los bolsillos ajenos; pero ella fué amada precisamente por aquel que, además de circundarla de un lujo vanderbildiano, le regaló un escándalo clamoroso, uno de esos periódicos escándalos, tan necesarios al divino París como el gran premio de Longchamps. Porque la Audiencia es el primer teatro de la metrópoli, y los jueces del Sena son artistas no menos admirables que el admirable Le Bargy. En Francia se ha llegado a encontrar en el crimen un elemento de utilidad social. Otros países intentan hacer lo mismo; pero sus escándalos carecen de cordura y de

alegría. También otros países pretenden crear a Mimí Bluette; pero es trabajo perdido. Mimí Bluette es una flor del ambiente parisino, aunque alguna vez venga de Ultramar o de Ultraalpes.

El Financiero robó porque probablemente sus negocios no le permitían dejar de hacerlo; pero todos dijeron que había robado por sostener la suntuosidad de Bluette.

Y el día menos pensado ella vió su propio retrato expuesto en los escaparates fosforescentes, proyectado en los cinematógrafos, publicado en las revistas y en las primeras páginas de los diarios de Francia.

Enjambres de periodistas solicitaron entrevistas de la famosa My Blu, y algunos se tomaron la molestia de inventarle biografías extraordinarias, que ella, a la mañana siguiente, sentada en el lecho, empezó a leer con gran estupor.

Actualmente los periodistas suelen sacar de la nada biografías tan verosímiles, que los mismos protagonistas se convencen poco a poco de haberlas vivido.

Mimí Bluette esperaba tranquilamente que hallasen medio de mandarla durante algunos meses a vivir en la frecuentada reclusión de San Lázaro; pero los susodichos jueces del Sena prefirieron dejarla llevar libremente los deliciosos modelos de la *rue de la Paix*. Libremente, por decirlo así, porque era el tiempo de la falda trabada, y las mujeres se veían obligadas, al menos por la calle, a abrir las piernas mucho menos de lo necesario.

El financiero ladrón tuvo la amabilidad de dejarse meter en la cárcel. Pero poco después, un escrupuloso ministro de Gracia y Justicia ordenó la revisión del proceso y, como de costumbre, se esclareció que el pobrecillo era el ciudadano más íntegro de la República y que hasta se había perjudicado en sus intereses.

A estas alturas ya no le era lícito a Bluette bailar las danzas que inventaban las demás. Un empresario la convenció de que se exigía originalidad a sus pies.

Era justo; y Bluette asintió, por lo mismo que sus ligeros pies no carecían de facultad inventiva. Mas ahora se arrepintió de haber dejado marchar mohino y sombrío, en compañía de una elástica bailarina irlandesa, a su bondadoso y lacónico Jack.

—Poco importa—pensó el empresario, que hubiese contratado hasta al general del ejército de la Salud con toda su *troupe* si el público lo hubiese querido—. Poco importa, My Blu. Buscaremos otro inventor.

Fué al domicilio de un fabricante de bailes y le rogó que le enseñase lo que tenía en el comercio.

Había bailes de todas clases: hechos y a medida.

—A medida—prefirió el empresario—; no sólo a medida, sino que luego es preciso destruir el figurín.

— Muy bien; entonces tráigamela aquí para que la vea.

Y le cortaron encima cinco o seis danzas que la calzaban como guantes.

Pero lo que hizo resplandecer su gloria fué el inolvidable *My Blu*.

Todo París comenzó a bailar el *My Blu*.

El *My Blu* era un baile antiquísimo; parecía de origen caldeo; pero muchos opinaban que procedía de las antiguas civilizaciones mejicanas. Se editaron volúmenes sobre aquel glorioso *My Blu*. El delegado apostólico informó a la Santa Sede; se dijo que se publicaría una encíclica *De My Blu*. Y, en tanto, se pronunció un discurso en la Academia de los Inmortales.

Bluette se asombraba de que sus pies tuvieran semejante omnipotencia; verdad es que el *My Blu* se bai-

laba con todo el cuerpo, y era tanto más eficaz cuanto más desnudo se bailaba.

Por este detalle, hasta la arrubiada madre Malespano quería aprender el *My Blu*. Por la noche, en su cuarto, hacía ensayos asiduos frente al espejo con el impecable mayordomo Mauricio. Éste la torturaba con escenas de celos, porque la insaciable madre Malespano coqueteaba simultáneamente con otras juventudes.

El amor de un mayordomo es un amor que tiene la ventaja de estar a mano; pero, desgraciadamente, carece de lirismo, y con el tiempo, hasta de energía. El amor de los maestros de esgrima es infinitamente más acometedor.

Aquella blonda madre Malespano se había vuelto la mujer más chismosa de toda la vecindad; en casa no dejaba en paz a nadie; la servidumbre prefería marcharse a obedecer sus caprichos. Menos Linette, la doncella de las medias de *voilé*, que, jactándose de la protección de Mimí, no dejaba de responderle a menudo en el mismo tono.

Linette tenía un hermano, apuesto joven, atrevido, que se había dado a conocer en la metrópoli ganando una famosa carrera de motocicletas. Pero eso era historia pasada.

Con el tiempo, Honorato Messanges, el hermano de Linette, había cambiado de deporte. Se había convertido en noble de provincia, y exhibía en la tarjeta la corona de su condado. Es decir, se hacía llamar Honorato Messanges, conde d'Olonzac.

Cuando nadie se encarga de hacer conde a un hombre que necesita ostentar blasón, es natural que el pobre diablo se esfuerce en ennoblecerse a sí mismo. De todas maneras, aquel amable conde d'Olonzac, si real-

mente no había nacido de lomos aristocráticos, hacía la misma vida de los que poseen, entre otras riquezas, hasta un árbol genealógico; y por su semblante, sus modales, sus costumbres, parecía indudablemente un auténtico d'Olonzac. No era muy alto—quizá un palmo más que Linette—y, como ella, tenía los cabellos bien distribuídos, rizosos y brillantes. Fino y mórbido en toda su figura, sus movimientos poseían la misma gracia un poco femenina de la procaz Linette; pero, en cambio, sus ojos negrísimos brillaban con vehemente masculinidad.

El señor d'Olonzac tenía la fortuna cogida por los cuernos, como el guía de su famosa motocicleta; y como el condado no le producía rentas, sabía obtenerlas sin escrúpulos de otras muchas canongías.

No ganaba el pan con el sudor de su frente; pero alguna bella mujercita sudaba por él. Al señor d'Olonzac le vestía un sastre inglés; fumaba los gruesos «favoritos» del príncipe de Gales; almorzaba en pijama en su *rez-de-chaussée;* tomaba el té en el hotel Ritz y cenaba en Paillard. De cuando en cuando, tenía un automóvil; de cuando en cuando, le vendía. Durante algunos meses tenía una amante; después se dejaba raptar por otra; generalmente toda su vida dependía de los caprichos y de la suerte de sus variables admiradores.

Indudablemente incurriría en un error quien le confundiese, por ejemplo, con cualquier Boblikoff, Max o Juan Kiki. Estos mantenidos y protectores de baja estofa no gozaban de la estimación del prójimo; en cambio, el señor d'Olonzac era un rufián elegante que gozaba, hasta cierto punto, de la estimación del prójimo. También hay otros de más alto grado que no sólo gozan de incondicional estimación, sino que hasta son llamados a juzgar en asuntos de honorabilidad.

La vida es, indudablemente, el más divertido *vaudeville* a que pueden asistir los hombres.

Así, un buen día, el señor d'Olonzac subió las escaleras del palacete en que habitaba Mimí Bluette. En el descansillo se abrochó los botones de sus perfectos guantes color de canario, tiró el cigarro y tocó el timbre.

Linette fué a abrirle con un delantalito que era una maravilla, de muselina y encajes. Viendo a semejante doncella, cualquier *gentleman* de buen gusto se hubiera detenido en la antesala. Pero el señor d'Olonzac, quizá porque estaba oscuro, cruzó el dintel sin mirarla.

—¿Qué desea el señor?—preguntó Linette.

—Pase mi tarjeta a la señora—respondió el conde alargando su cartulina blasonada, sostenida entre el pólice y el índice de su perfecto guante color canario. Entonces fué cuando Linette le reconoció.

—¿Pero eres tú, Roré?

—*Hein*...—exclamó el conde mirándola fijamente. Después reconoció a Linette y se echó a reír—. Sí, soy yo, yo mismo, Linette. ¡Oh, *lá*, *lá*, que aturrullada estás! Verdaderamente..., mira, también a mí me parece chusco.

—Y a mí—dijo Linette. Después arrugó su nariz petulante—. Pero lo que me preocupa es averiguar el motivo que te trae a nuestra casa.

—¿Vuestra casa? ¡Toma!, ¿cómo dices eso?

—Nuestra casa quiere decir la casa de madame. Porque bien ves que vivo en su casa.

—Eso es lo que no sabía. De todos modos, Linette, es preciso no chistar, *hein!*

—¿Qué dices?

—Que es preciso fingir que no nos conocemos; soy el conde d'Olonzac y tú no eres más que Linette.

—¿Nada más que eso?

—¡Claro!

Linette metió las manos en los bolsillos del delantalito y le contempló con admiración.

—¡No andas mal de cinismo, Roré!

—Cierto, querida mía—. Después barbotó de un modo absolutamente inteligible—: ¡No me faltaba más que tener la mala pata de encontrar a mi hermana en casa de Mimí Bluette!

—*¡Pauvr'petit*, hay que compadecerte!... En fin, sepamos: si vienes con miras sobre mi señora, nada tienes que hacer aquí.

—Linette, monina, hace más de quince minutos que me tienes en la antesala. Esto no le sucede todos los días al conde d'Olonzac. Ya hemos hablado bastante; te ruego que pases mi tarjeta a madame Bluette.

Linette quiso replicar; pero el conde añadió rápidamente:

—Si no, contaré a madame cierta historieta que no te honrará mucho. Porque ya sabes que el pobre Godineau...

El pobre Godineau, Miguel Anselmo, de treinta y tres años, amaestrador de perros sabios, había sido el primer desliz de Linette. Ahora pagaba en la reclusión su extraordinaria habilidad para domesticar los perros, las muchachas y las cerraduras ajenas.

Linette enrojeció al acordarse del pobre Miguel.

—Entonces, ¿pretendes realmente que te introduzca a presencia de madame?

—En cuanto a introducirme, lo haré por mí mismo—corrigió el conde con mucho donaire—. Como te he dicho, no tienes más que pasar mi tarjeta.

Linette dudaba.

—¿Irás al menos a ver a mamá si te hago este pe-

queño favor?—preguntó, con una voz henchida de filiales reproches, la graciosa Linette—. Hace seis meses que no se te ha vuelto a ver por casa.

El conde d'Olonzac hizo una mueca.

—Sin duda, sin duda iré... un día que tenga tiempo—. Después se encogió de hombros—. ¡Oh, Dios mío, qué cargante resulta cuando se es el conde d'Olonzac tener una hermana doncella!

—*Sale fripouille!*—le respondió Linette, alejándose rápidamente con su tarjeta.

En aquel momento Mimí Bluette estaba ocupadísima estudiando una combinación para la ruleta, combinación que le había vendido en veinticinco luises un tal Filipescu, grafólogo, espiritista y licenciado en cierta universidad rumana. Mimí Bluette tenía sobre la mesita una ruleta pequeña y tres o cuatro pliegos atestados de cifras complicadas. La bolita daba vueltas; con aquella combinación se ganaban sumas cuantiosas, por lo cual Mimí Bluette estaba de excelente humor.

—Señora, hay uno que se apellida el conde d'Olonzac. He aquí su tarjeta.

Y con cierto desprecio dejó la tarjeta sobre la mesa.

—¿Cómo que «se apellida»? ¿Es ese el modo de anunciar a nadie?

—¡Ah!... No sé, señora. Tiene el aspecto de un... Mas puede ser que me engañe. Si quiere la señora, le haré pasar.

—Sin duda, porque le conozco.

—¿La señora conoce bien a este conde d'Olonzac?

—Pero, ¿qué puede importarte eso, Linette?

—¿A mí?... Nada, señora.

—Pues, ¿entonces?

—Entonces voy a decirle que la señora le espera.

Volvió de mal humor, con paso rápido; se acercó hasta ponérsele debajo de la nariz, y recitó:

—*Madame fait dire a monsieur le comte d'Olonzac que madame attend monsieur le comte.*

—¡Ya era hora, monina! Te ruego que la próxima vez seas más breve.

Y entró.

Se había convertido realmente en el señor d'Olonzac. Ya no había ni un rasgo de la cara, ni un pliegue del traje que recordase al ex corredor de motocicletas. Hasta hablaba con una pronunciación exquisitamente afectada, y parecía descender directamente, no del cuarto piso en que habitaba la madre de Linette, sino de una indiscutible página del almanaque de Gotha.

Sólo sus malignos y bellísimos ojos seguían siendo los de Roré, y éstos gustaban más que nada a la caprichosa My Blu. Ella se dejaba cortejar en broma por el señor d'Olonzac y quedaba subyugada por los ojos de Roré. Harto sabía quién era el amante de Finna, el amante de Léa la Roseraie, el amante de Fred Chinchilla... Pero lo único que le interesaban precisamente eran los ojos de Roré.

El señor d'Olonzac le hizo una visita breve, cumplida, elegante; le dió un resbaladizo beso en la mano, casi azul, y salió de la sala con su paso de gato.

Bluette tocó varias veces el timbre para que le acompañaran; pero el impecable mayordomo había salido a compras para la madre Malespano, y Linette fué quien le condujo de nuevo a la antesala.

—Si no vas a casa de nuestra madre, te jugaré una mala pasada—le dijo malignamente.

—No lo intentes, monina—repuso con dulzura el satisfecho Roré.

Linette vió desaparecer detrás de la puerta el múltiple reflejo de su elegante chistera.

Y My Blu pensaba: «¡Imbécil! No ha comprendido que yo estaba en uno de mis días *à béguin*. ¡Dios sabe lo que estos hombres tienen en la mollera! En fin, volvamos a ensayar esta martingala de Filipescu...

Hizo correr la bolita, que en aquel momento cayó en el número 27.

El número 27—como todos saben—es rojo, impar, y pasa.

Cuando Fred Chinchilla supo que Roré d'Olonzac había ido a visitar a My Blu, se clavó en las palmas de las manos las uñitas, rojas como la sangre; rechinaron sus dientecitos de marta, y dijo en una jerga explícita: *Nous allons voir enfin si cette gueuse de Bluette va réussir a me souffler ce salaud de Roré.*

Fred Chinchilla hacía saber que había nacido en No ruega y había llegado a estar de moda un año en que se llevaban mucho los abrigos de piel de su nombre. Tenía precisamente los ojos de un azul ceniciento, con reflejos grises y plomizos, como la chinchilla, y para estar más en carácter se hacía mantener públicamente por el propietario de una gran peletería, caballero de la Legión de Honor, casado, divorciado, recasado y

con prole. Todos los años, al acercarse el invierno, Fred Chinchilla exhibía el abrigo de pieles de moda. Aquel año se había puesto en boga *la fourrure de singe*, a pesar de lo cual seguía siendo Fred Chinchilla.

Estaba bien formada, con un ligero peligro de obesidad; los cabellos, color de estopa dorada; las pestañas, de una largura y espesor exagerados, sobre los ojos noruegos, mórbidos, cual si fuesen de piel. Roré había sido su amor durante seis meses. Pero, en aquel semestre, Fred Chinchilla había gastado tanto, que el riquísimo peletero se vió obligado a decirle: «Querida, habrá que despedir al instante a ese d'Olonzac. No sospecha ese querido conde que las pieles se venden muy mal este año.»

Y Fred Chinchilla estaba a punto de hacerle caso, cuando Roré, en vista de que los abrigos de pieles marchaban mal, pensó en aproximarse a Mimí Bluette, que administraba, por medio de su más fuerte accionista, una casa de neumáticos muy en auge.

Las mujeres, salvo casos muy raros, no aman al hombre por sí mismo, y en esto quizá tienen razón. Pero le aman según un hombre gusta o gustó a otra, y en esto, indudablemente, están equivocadas. Porque el error de una sola produce el error de todas. Cada mujer trata, en primer término, de sobrepujar, en los sentidos y en la memoria de su amante, el prestigio de las que la han precedido. Los celos, que tanto halagan al hombre, son realmente unos celos de índole femenina, o sea una cuestión de amor propio entre mujer y mujer.

Roré, cuando ganó la famosa carrera de motocicletas, encontró probablemente una caprichosa que le puso buena cara. Desde aquel día el amor le transportó en sus brazos, y poco a poco le empujó hasta el umbral de Mimí Bluette.

Mimí Bluette le hubiera dedicado, todo lo más—como decía—, una de sus *journées à béguin;* pero mediaron los celos de Fred Chinchilla, y, naturalmente, las cosas cambiaron de rumbo. Fred Chinchilla se había dejado atrapar por culpa de Léa la Roseraie; ésta, por culpa de Finna, y Finna, porque Mary Dhjynn, la loca Mary Dhjynn, se había disparado un tiro en las ballenas del corsé el día que Roré no volvió a ocuparse de ella.

Así van las buenas ovejitas, una tras otra, en fila, como decía en el trescientos el insepultable Dante, que siempre encuentra medio para estar de actualidad.

En tanto, el señor d'Olonzac se permitía enviar diariamente a la bella My Blu grandes ramos y perfumadísimas cestas de flores locuaces; después la llevó a tomar el té; luego, al teatro; a continuación, a cenar, y por fin la llevó al irresistible tálamo que presenció los amores noruegos de Fred Chinchilla.

My Blu era una mujercita de nervios ultrasensibles, que no sabía resistir mucho al fuego de la pasión; por eso tomaba filosóficamente el amor de sí misma y el ajeno. Se dejaba conquistar, generalmente, por un detalle que le gustaba; pero en seguida olvidaba con una ligera sombra de melancolía. Era un poco inerte, un poco descuidada, quizá un poco irónica, al dar un sentido y un valor a los acontecimientos que entretejían su vida. Jamás había buscado la suerte, y la suerte se divertía con ella como con un juguete precioso; jamás había buscado el amor, y el amor zumbaba en torno suyo continuamente, sin ser grave, ni peligroso, ni serio, pero casi semejante a un revoloteo de incesante voluptuosidad. Su bella carne sentía la alegría naturalmente, como un rosal siente la primavera. Luego, de

pronto, su mente se olvidaba, arrastrando alguna partícula de su perfumado polen. Era una mujer vendida, y, sin embargo, jamás pedía nada. Jamás hacía un verdadero cálculo, ni aun respecto a los amantes a quienes no se entregaba por placer. La riqueza, el derroche, el lujo habían llegado a ser costumbres cotidianas de su vida, y algunos hombres se habían arruinado por ella sin que Bluette lo advirtiese. No deseaba nada que no tuviese un fantástico precio; pero siempre había quien pagase por ella, con tal de que se dignase mostrar las cuentas a algún rico enamorado. En su pequeño palacio tenía tesoros, y muchas veces ni siquiera recordaba quién le había ofrecido, en un día de pasión, aquella riqueza inestimable.

Un viejo administrador, M. Bollot, le fué más fiel que el amante que le había conferido el cargo; venía todos los fines de mes a pagarle las rentas y a explicarle el nuevo empleo que debía darse al capital. Monsieur Bollot bebía metódicamente dos copitas de Kümmel; le acariciaba los rubios cabellos con la bondadosa sonrisa de un viejo papá; volvía a poner los cartapacios en su deteriorada carpeta de cuero, y medio encorvado por una enfermedad a los riñones, le decía antes de irse:

—Querida mía, si usted me necesita ya sabe que vivo rue Taibout, 47, au deuxième. No hay ascensor.

Y se marchaba, poniéndose en el ojal una flor de los jarrones de Bluette.

Si no hubiese tenido suerte, hubiera sido muy fácil que aquella hermosa muchacha cayese en manos de un bribón que hubiese vuelto a dejarla en la calle sin llegar a haber comprendido, ¡pobre Bluette!, lo que significa una administración. Pero M. Bollot era honrado a machamartillo; vigilaba aquella fortuna como si fue-

se propia, y era capaz de discutir un par de horas, con su testarudez de viejo reumático, por aumentar en un mísero escudo el capital de Bluette.

Todos querían a Bluette; en eso estribaba su fortuna. Había en ella algo que parecía decir a la gente: «He nacido para agradar a quien me mira.» Hablar con ella o verla vivir equivalía a experimentar una de esas sensaciones primaverales que sólo producen las flores y las criaturas bellas. Su voz, la sonrisa que irradiaba todo su ser, los colores inherentes a su carne, la sencilla gracia de sus movimientos y no sé qué profunda, pero dulce sensualidad, difundida, entrelazada en cada espacio de su vida, y aquel carácter infantil que parecía transparentarse de su juventud como el color del sol a través de un límpido vaso de agua; en suma: todo su ser era de tal modo, que, al estar junto a ella, se experimentaba una fresquísima alegría.

Había caminado entre el vicio; mas parecía que no había llegado hasta su corazón.

Muchos hombres habían pasado por su juventud, y quizá no había amado a ninguno. Max la había aturdido; los demás, la habían proporcionado alguna turbulenta y complicada hora de placer; sólo el bueno de Jack, el inventor de un paso de *Rag-Time*, había sido para ella algo más que un amante: casi un pequeño, despreocupado, inconsciente y ridículo amor. ¡Pobre Jack Morrison! Recordaba que había sido bueno con ella, que para ella había sido una especie de rudo y dulce hermano, que alguna vez se había enjugado una lágrima de prisa con el revés de la manga, y, en fin, que ningún otro danzador sabía bailar como Jack. Aun conservaba algún retrato suyo esparcido por la casa y otro en el dormitorio, sobre una repisa, donde siempre había algunos ramitos de frescas flores. Alguna vez,

al irse a acostar, le decía, como en broma: *Good night, mon vieil imbécile de Jack!...*

Había sido el único que la había amado por sí misma, y casi le parecía que, desde Ultramar, a través de la inmensidad solitaria, aquel rubio bailarín la enviaba un perfume de poesía.

Así, pues, el señor d'Olonzac la llevó al tálamo de Fred Chinchilla y empleó modales tan afectuosos, que Bluette, pensando en la horrible fama de Roré, se convenció de que aquel gallardo y hermoso señor d'Olonzac debía de ser un hombre calumniado por envidia.

—Mira—declaró a Linette, su confidente—: me gusta ese d'Olonzac porque es un hombre que conoce a las mujeres. Con él se adquiere pronto confianza...

Linette parecía enfadada. Aquella noche no quiso, como tenía por costumbre, darle consejos ni pedirle explicaciones. Pero como Bluette insistiese, manifestó su opinión:

—A mí, señora, me es antipático.

—*Fichtre!* Eres muy difícil... ¿Qué es lo que le encuentras de antipático?

—Todo y nada, señora. No es mi tipo; eso es todo. Y además le digo, señora, que tiene una cara de la cual debe desconfiarse.

Bluette se echó a reír. Ambas estaban frente al tocador. Bluette, sentada, mientras la peinaba Linette.

—Tiene tus ojos y tu frente, Linette. Mirándote en el espejo observo que te pareces a él de un modo asombroso. ¡Ay! ¡Diablo!... Me tiras del pelo...

Linette se puso roja como una educanda, y, para ocultar el rostro encendido, dejó caer, a propósito, un gran paquete de horquillas.

Por entonces, un día de carreras, Fred Chinchilla tuvo la suerte de encontrarse cara a cara con Mimí Bluette. Al principio se dijeron una infinidad de frases corteses, alabándose el traje, el modelo del sombrero, y pasearon juntas un poco, pues, aunque rivales, sabían que hacían muy buena pareja. Por último, se pusieron de acuerdo para apostar sobre el mismo caballo. Pero, después de haber discutido detalladamente el jinete, el peso y las condiciones del terreno, cuando sonó el botasillas, Fred dijo de pronto:

—Pero no te felicito, Bluette.

—¿Por qué, Fred?

—Ya sabes que he hecho grandes sacrificios por ese hombre, y tú...

—¿Qué hombre?

—¡Vamos! Roré.

—¡Ah! Roré, Roré... Harto ves que me es indiferente...

—No es eso lo que se cuenta ni lo que «él» cuenta.

—¿Qué dices?

—Digo que Roré se jacta un poco en todas partes diciendo que ha tenido que ceder a tus insinuaciones.

Bluette se apoyó sobre la sombrilla con tal nerviosidad, que casi la partió.

—No quieras hacerme creer esas patrañas. Si hay alguien que me denigre, querida mía, ese alguien eres tú, precisamente tú.

—¿Yo, Bluette?

—Te digo que sí. Pero ya que la ocasión se presenta, fuerza es confesar, Fred, que «yo» no le he hecho insinuaciones, porque «yo» no estoy acostumbrada a esos grandes sacrificios de que hablas... Y, en fin..., *¡zut!* Hasta la vista, Fred.

Giró sobre los talones, y, para molestarla, fué en busca de Roré.

En aquel momento el señor d'Olonzac observaba a ambas con los gemelos, desde lejos. Y, complacido por aquella separación un poco brusca, se volvió a discutir sobre elecciones con la liberalísima mujer de un diputado clerical.

Entonces, como todas las mujeres que deben adoptar una grave resolución, Fred Chinchilla se dirigió al tocador para darse, delante del espejo, un poco de carmín en los labios y de polvos finos en las delicadas mejillas. Se aseguró también cinco o seis alfileres, mientras la encargada de aquel departamento, una mujer jovial y panzuda, le confió en voz baja:

—Hoy, señora Fred, tengo un buen pronóstico para la sexta carrera.

—¡Vete al cuerno! Ya me has hecho perder treinta luises con tus malditos pronósticos.

—Hoy vamos a desquitarnos, señora Fred. Mire: yo misma voy a jugar estos dos escudos. Ya ve si estaré segura.

—Harto conozco tu pronóstico. Vas a jugar a *Bib Lalo*, porque lo monta Head.

—¡Oh, no, señora Fred! Le doy a usted *Bib Lalo* a cinco contra uno, porque es demasiado largo para él, sin contar con que Head y *Bib Lalo* nunca han sabido entenderse.

—En eso tienes razón. Ese Head me trae mala pata.

—Entonces habrá que jugar por *Maid Marian*, tan cierto como soy *dame de propeté*. Y si *Maid Marian* no le proporciona diez contra uno, no vuelva usted a darme un céntimo de propina, señora Fred.

—*¿Maid Marian?* ¿Ese penco viejo?

—Ya verá usted el penco viejo. Bob, el entrenador, ha jugado él mismo cien luises en casa del *book* Cliffton. En fin, señora Fred: no olvide que le proporcioné *Roule-tabosse*, y hoy le indico *Maid Marian*. Haga lo que le digo y no tendrá más remedio que darme las gracias.

—Pues bien, Judith: voy a hacerte caso una vez más. Pero, si aun me haces perder estos diez luises, que, con los otros, serán cuarenta, a fe mía que no han de quedarte ganas de volver a darme tus pronósticos.

—De acuerdo, señorita Fred.

—Y si gana *Bib Lalo,* vendré a arrancarte la peluca.

—Bien, señorita Fred. Hoy está usted arrebatadora. ¿Es de Worth ese lindo *tailleur?*

—Nada de eso; es de Green. Y el sombrero, de Lewis. Sin embargo, los *tailleurs*, en general, me hacen un poco más gruesa...

—¡Oh qué idea, señorita Fred! ¿Acaso desearía usted ser un mondadientes esterilizado como la *petite* Estelle? Espere; un alfiler más, y quedará perfectamente.

Entonces Fred Chinchilla fué en busca de una persona que le urgía encontrar. Era el hijo del fabricante de neumáticos, o sea del rico y condecorado patrono de Mimí Bluette. Aun de lejos, no era difícil reconocerle por su elevada estatura y por su perfil aguileño. De un padre rechoncho y de una madre gallinácea, había salido así: largo y flaco, con una constitución de sanatorio, sobre dos piernas desproporcionadas. Mostraba

poca aptitud para la industria de neumáticos; pero, en cambio, era un experto jugador de *chemin de fer*, tenía libre acceso en todos los escenarios, guiaba un cien caballos, contraía deudas con seriedad de prohombre y se regalaba todas las primicias que brotaban en los establecimientos de Montmartre.

—¡Eh, Víctor!—dijo Fred Chinchilla, tirándole de la manga, porque estaba hablando con otros.

—¿Es usted, Fred?

—Yo soy.

—¿Toda de color escarabajo?

—Parece que eso trae suerte...

—Arrebatadora.

—Oiga, Víctor: Tengo un pronóstico de los más seguros; pero no me pregunte de quién procede. Es un secreto.

—¡Oh! ¡Oh!

—Se lo proporciono en reconocimiento de los cien luises ganados, gracias a usted, anteanoche en el Círculo. Ya sabe que soy buena compañera.

—No lo dudo, Fred—respondió amistosamente el larguirucho príncipe heredero del caucho.

—Pues bien, es éste: En la sexta carrera apueste por *Maid Marian*. Ponga cuanto lleve en el bolsillo. Y no tendrá más remedio que darme las gracias.

—*¿Maid Marian?* ¡Hum!... No lo creo.

—Como usted guste. Buenos días, Víctor. Tengo mucha prisa.

Dió unos pasos para marcharse; pero retrocedió y volvió a cogerle por la manga.

—¡Una palabra aún, Víctor, en absoluta confianza! Bien sabe usted que d'Olonzac, ese canalla de d'Olonzac, ese famoso cochino por quien he tenido también debilidades...

—¿Y bien?

—A fe mía, dígale a su padre que resulta ridículo, en resumidas cuentas.

—¡Oh! En cuanto a mi padre, harto sabe usted que estamos reñidos. Pero ridículo, ¿en qué?

—¡Ah, querido mío, por muchos neumáticos que venda, si d'Olonzac anda de por medio!...

—¿D'Olonzac? Pero, ¿de qué se trata? No comprendo una palabra.

—¿De veras? ¡Oh! Entonces perdóneme. Es una *coladura*... Yo le creía al corriente...

—Al corriente, ¿de qué?

—De la noticia de que habla todo el mundo; es decir, de que Bluette...

—¿Bluette? ¿Qué hace? ¿Se divorcia de mi padre? ¿Mi querido padre la ha plantado por fin?

—Todavía no, mi pobre Víctor. Pero tanto peor; y, pues he comenzado, es preciso que termine. Roré se ha arreglado con Bluette. Bluette está loca, y lo que resulta, en suma, es que el padre de usted sostiene a Roré...

El elástico príncipe heredero del caucho dió entonces un salto que le alejó un par de metros de Fred Chinchilla. Después comenzó a soltar un aluvión de pintorescas blasfemias.

—Sí, mi pobre Víctor. Le regatea a usted, que es su hijo legítimo, veinticinco luises, mientras Bluette le arruina y Roré arruinará a los dos.

Después abrió la sombrilla y se alejó diciéndole:

—De todos modos, no olvide a *Maid Marian*, porque es dinero seguro.

Roré, tendido sobre un diván con la cabeza en las rodillas de Bluette, despeinado a causa de lo que acababan de hacer, le explicaba con volubilidad que había nacido para hombre de negocios. Según él, Mimí estaba mal administrada. El viejo M. Bollot, si no era realmente un ladrón, al menos era un imbécil. Por otra parte, él, d' Olonzac, había tenido el capricho de enterarse un poco de las cosas; él, d'Olonzac, sabía que algunos meses antes el viejo Bollot había casado a una sobrina, dándole una dote de casi cien mil francos. Ahora bien: como el viejo Bollot no poseía más que una reducida pensión del Gobierno y sus pequeños rendimientos profesionales, era evidente que la lucida dote procedía del dinero de Bluette. Además de esto, él, d'Olonzac, sabía que el capital de Bluette rentaba, poco más o menos, la cuarta parte de lo que debía rentar, porque el bueno de Bollot se entretenía, por no estar vigilado, en hacer préstamos grandes y pequeños a sus propios amigos, sobre hipotecas menos que seguras; y, en fin, hasta se dedicaba a la usura por cuenta propia, como había sabido, por medio de secretos informes, él mismo, el benemérito señor d'Olonzac...

Si Bluette le hubiese dado un pequeño poder..., dos líneas, sólo dos líneas ante notario, él, d'Olonzac, hubiera logrado fácilmente duplicarle en seis meses las

rentas, y aun triplicarlas después; él, d'Olonzac, que no había heredado más que deudas y gravámenes de su padre, el conde, tenía en la actualidad un patrimonio floreciente... Él, d'Olonzac, había nacido con la protuberancia del hombre de negocios.

Bluette, un poca aturdida por lo que acababan de hacer allí, sobre la amplia y mórbida piel de oso del Canadá, le escuchaba con una sonrisa negligente, sin darle ni quitarle la razón, porque la mujer, por instinto, siempre tiene una confianza muy limitada en los que manejan su dinero. No estaba completamente segura de que fuese honrado M. Bollot, pero estaba absolutamente persuadida de que el señor d'Olonzac era un simpático granuja. Simpático, indudablemente, sobre todo cuando estaba echado sobre las pieles de oso del Canadá.

Pero la negligencia de Bluette estaba compensada por la atención de Linette, que, como todas las doncellas de estilo, miraba y escuchaba detrás de la puerta, sin perder un gesto ni una sílaba de aquella íntima siesta.

Si no hiciesen esto esas pobres doncellas, ¿cómo iban a conocer y, por lo tanto, a amoldarse al carácter de sus ásperas señoras?

Después entró la madre Malespano, la cual, viendo en el suelo la piel desarreglada, la puso en su sitio con el pie. Llevaba aquel día un precioso traje celeste que le hacía parecer una rubita loca, gracias al oxígeno del Instituto de Belleza. La madre Malespano mostraba una mimosa simpatía por el señor d'Olonzac, y al respirar delante de él, hinchaba de un modo impúdico su bellísimo seno.

Él no se movió. Bluette, tampoco. La blonda Catalina sentóse, montando una pierna sobre otra, cerca del *canapé*.

Entonces se vió aún mejor que Mauricio, el impecable mayordomo, no era persona de mal gusto. La rubia Catalina daba en todo la razón al señor d'Olonzac. Según ella, la Providencia era quien mandaba a su casa a aquel apuesto joven para vigilar un poco los amaños del viejo Bollot.

Pero Mimí no podía tolerar que la blonda Catalina viniese a meter baza en sus asuntos. Le atacaba un poco a los nervios aquella madre escandalosa y cuentera que ni siquiera se contentaba con el mayordomo, y había empezado a cometer, allí mismo, en el barrio, gran número de impúdicas infidelidades.

Así que, apenas su madre quiso darle un consejo, Bluette refunfuñó:

—Ya te lo he dicho, mamá; si quieres que marchemos de acuerdo, no te mezcles en mis asuntos.

—*¡Ah, bon Diô, bon Diô, quel mauditt caractère!* —respondió la blonda Catalina con su francés lombardo.

Roré, cambiando de mejilla sobre la rodillas de Bluette, tendió una mano, sonriendo, hacia la madre Malespano, mientras repetía:

—¡Querida amiga!... ¡Queridísima amiga!...

La rubia Catalina prodigó a aquellos delgados dedos una caricia casi viscosa, y tanto se hinchó, que su bellísimo pecho no volvía a su sitio.

—Mamá—prosiguió Bluette—, realmente no sé por qué te obstinas en seguir aquí. No has llegado ni a aprender el francés ni a pasar una semana sin provocar un disgusto...

—*L'écoutez vous, l'écoutez vous monsié le comte di Lonzac?... El dire che ze l'adore comme la prounelle de mes yeus!*

—Señora, es usted aún demasiado bella para que la

obedezca Bluette—repuso con falaz galantería el señor d'Olonzac, guiñando un ojo a Bluette, que sonreía.

La blonda Catalina enrojeció de placer.

—*¿Que voulez-vous, monsié le comte? N'est pas ma fotte si ze resiste encore un pé!...*

—Mamá, realmente debías hacer lo que te he aconsejado: preparar poco a poco tus baúles, meter en ellos todo lo que necesites, y volver por fin a tu casa.

—¿A mi casa? Bien sabes que no la tengo.

—Quiero decir a casa de tu hermana, por de pronto. Después volverás a poner una nueva casa, bonita, cómoda, en la ciudad o en el campo, como tú quieras. Yo te mandaré cada mes todo el dinero que puedas necesitar; si quieres te mandaré también a Mauricio para que te sirva a maravilla..., y ya ves, éste es el único medio de que ambas podamos ser felices.

—¡Hija ingrata!—exclamó la rubia Catalina arreglándose un bucle de sus cabellos postizos.

—¿Por qué ingrata, mamá? Vendrías a París algunos meses al año, por ejemplo, durante la primavera, y yo te mandaría, en paquete postal, todos los regalos que suelo hacerte cuando estás aquí.

Diciendo esto acariciaba la boca y los ojos de Roré, fumando distraída, con la cabeza apoyada en el respaldo del diván.

—Sin contar—prosiguió—con que tú, mamá, eres aún una hermosa mujer, y si te aburres podrías hasta volver a casarte.

—Cierto que no soy vieja y que tampoco soy de despreciar—confesó la madre Malespano contemplando de reojo su hermoso cuerpo—. Pero, mira, casarse es una cosa seria, porque hoy día casi todos los hombres, por fas o por nefas, tratan de que los mantengan...

El delicado señor d'Olonzac cambió nuevamente de mejilla sobre las rodillas de Bluette, y sonrió tranquilamente.

—Pero, pero—terminó la blonda Catalina—lo que me aconsejas no es completamente estúpido, y quizá uno de estos días adoptaré una resolución.

—¡Bravo, mamina! Y decídete pronto, porque ya sabes que dentro de un mes debe comenzar mi *tournée*.

Apenas salió el señor d'Olonzac, Linette, que había escuchado escrupulosamente, hizo acopio de valor, entró en la estancia donde estaba su ama y empezó a llorar copiosamente, porque tenía el corazón tan apretado que no podía más.

Al principio Bluette la miró estupefacta; después la aferró por las muñecas, que Linette apretaba contra su rostro, y no cesaba de preguntarle, conmovida, qué había sucedido. Las lágrimas caían sobre el lindo delantal de muselina, densas, veloces, rodando como perlas. Aquella pobre Bluette, que tenía un corazón de niña, viéndola llorar y no consiguiendo sacarle una palabra, sentía casi casi necesidad de llorar con ella. Se imaginó que le habría ocurrido una desgracia de familia; que quizá tenía un amor desgraciado; que qui-

zá estaba encinta, como suele ocurrir, contra todas las previsiones, o que le habían robado sus ahorros, o que había prendido fuego a alguna caja de Valenciennes... Pero a cada una de sus preguntas Linette sacudía en silencio la cabeza y lloraba cada vez más. Entonces la hizo sentar en el diván, como si la dueña fuese ella, y le acarició lentamente los cabellos.

—Dímelo todo, Linette... No tengas miedo. Si has cometido una falta, te perdono; si tienes cualquier contrariedad, te ayudaré de todo corazón.

Entonces Linette balbuceó:

—Es por usted, señora, por quien lloro...

—¿Por mí, Linette?

—¡Claro que sí! Porque es preciso que se lo diga todo en seguida... y sin esperar más.

—¿Decirme qué, Linette?

—Sí, sí... Porque usted, señora, ¡es tan buena!... Y la quiero tanto, señora... Mientras él no es más que un libertino cualquiera, un miserable cualquiera... Sí, señora. Y mi deber es decírselo antes de que se enamore de él.

—Pero, ¿de quién hablas, Linette?

—Bien lo sabe usted, señora... Hablo de ese falso conde d'Olonzac, el cual no es más que...

—¿Qué, Linette?

—Pues bien: no es más que ¡mi hermano! Sí, señora; sí, señora, mi propio hermano; la desesperación de mi anciana madre; un tipo asqueroso, señora.

Bluette retrocedió dos pasos y cruzó las manos con un ademán nervioso. Linette se había puesto en pie, pero oscilaba como si hubiese perdido el equilibrio. Después de una pausa que duró algunos instantes, Bluette, repentinamente avergonzada, fué a mirarse en un espejo, y preguntó:

—Pero, ¿es verdad? No está mal eso que me cuentas, Linette—. Luego añadió, como hablando consigo misma—: Después de todo, nada cambia porque sea tu hermano. Harto sabía que no era conde... Sin embargo, le creía d'Olonzac.

—Tampoco es d'Olonzac, señora.

—¿Qué es entonces?

—Se llama Messanges, como yo; Honorato Messanges; ni una pizca más. Al principio fué mecánico; después se hizo corredor de motocicleta... Vive, al parecer, a costa de las mujeres...

—Pero—exclamó con fingimiento—, ¿lo sabes de seguro, Linette?

—¡Sí; todo el mundo lo sabe, señora! Sólo que, con su título de conde, se le acepta sin recelo y logra que le reciban en todas partes. Es una pura crápula, señora. Además, ya la había puesto a usted en guardia.

—En efecto: me dijiste que no era tu tipo... Pero eso no tenía importancia, ya que, por el momento, era el mío.

—Ese es el peligro, señora. Y como he oído que quiere intervenir en sus asuntos, cueste lo que cueste, y aun exponiéndome a su venganza, se lo he dicho a usted, creyendo obrar bien. Sin duda la señora ya no querrá tenerme a su servicio...

Bluette, que se estaba empolvando, tiró al suelo la borla con un repentino ademán de ira.

—Oye, Linette. Sal de aquí por de pronto. Porque me has puesto nerviosa y me fastidias. No me gusta que se ocupen de mis asuntos, porque no soy una niña y sé a qué atenerme. Recoge la borla en seguida, sécate los ojos y vete.

Cuando ya Linette estaba en la puerta y a punto de marcharse, con la frente inclinada, Bluette añadió:

—¡Y cuidado si soplas a tu hermano una palabra de lo que me has dicho!

—Bien, señora.

—Ni a tu hermano ni a nadie.

—Bien, señora.

—Y si notan que has llorado, di que tienes penas...

—Bien, señora.

Ya estaba en el pasillo, cuando Bluette volvió a llamarla:

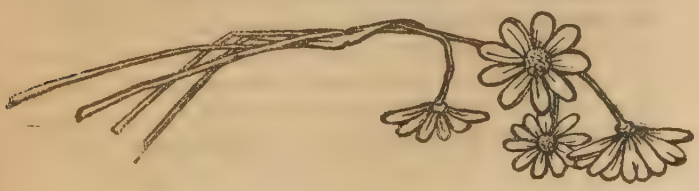
—Ven, Linette. He hecho mal en reprenderte, porque eres una buena chica, y te lo agradezco. Pero te has equivocado al creerme tan tonta. Porque, sea d'Olonzac o Messanges, sea o no tu hermano, hacen falta diez como él para poner en peligro el corazón de Mimí Bluette.

—Estoy muy contenta, señora.

—Yo parezco alocada porque es más cómodo; pero no lo soy, te lo aseguro.

Linette le cogió un brazo desnudo y se lo besó con efusión.

—Si le he hecho caso es porque estoy harta del viejo fabricante de neumáticos. Pero he encontrado *mieux que ça*, Linette. Sólo quería hacer rabiar a Fred Chinchilla... Y además..., además..., eso no te importa, Linette; pero te aseguro que resulta extraordinariamente bien cuando no lleva encima ni su chaqueta ni su d'Olonzac.



Mieux-que ça era un hombre político aspirante *in pectore* a la presidencia de la República. El ex abogado *Mieux-que-ça* había nacido en un rincón de provincia, como todos los que consiguen hacerse tomar en serio en la capital. París es un terreno de conquista, donde difícilmente hace fortuna la gente que tiene demasiados escrúpulos y la que, por mantenerse firme en sus principios, acaba por carecer de toda maleabilidad.

El abogado *Mieux-que-ça* no tenía ni sombra de principios:

En cuanto a escrúpulos, tenía los que son compatibles con la tolerancia de un hombre de ingenio.

Las cosas que hizo en treinta años de carrera fueron las siguientes:

Cambió de partido cinco o seis veces.
De mujer, solamente dos.
De amante cambió muchas.
Como secretario, engañó a su jefe.
Como abogado, engañó a sus clientes.
Como especulador, a sus accionistas.
Como hombre político, a sus electores.
Como hombre de gobierno, a la República.

Pero su gran astucia hizo que los varios partidos a que perteneció le mantuvieran el voto.

Las dos mujeres divorciadas le lloraron.
Las amantes abandonadas no le guardaron rencor.
Su jefe se convirtió en secretario suyo.
Los clientes afluyeron en mayor número.
Los accionistas le confiaron nuevos capitales.
Las dos Cámaras le hicieron ministro.
La República prometió elegirle presidente.

Era un hombre ágil, hábil, maleable, que, sencillamente, había sabido recorrer su camino.

Por tanto, el señor d'Olonzac sufrió la desilusión de ver que Mimí Bluette, a pesar de los hechos gravísimos puestos en su conocimiento, seguía teniendo una absoluta confianza en la administración del viejo Bollot.

Este hecho decidió al sutil señor d'Olonzac a buscar de nuevo las gracias de la quisquillosa Fred Chinchilla. Al mismo tiempo, el comerciante de neumáticos, que, naturalmente, no podía luchar con un ministro de Industria y Comercio, retiró sus credenciales. Mas, por consolarse del abandono, hizo tapizar las esquinas de la capital con un cartel de anuncio que otorgaba a sus neumáticos la preferencia del público, gracias a la sonrisa de una mujer que se parecía impúdicamente a Mimí Bluette.

Y la doncella de las medias de *voilé* siguió siendo el doméstico ángel custodio de la ministra Mimí Bluette.

Por consiguiente, ahora se abría ante ella lo que acostumbra a llamarse «un horizonte político». Sus manitas, casi azules, podían arrojar algún dado en el cubilete de la suerte republicana; en los Departamentos y las Colonias aleteaba el perfume de su oculta y leve soberanía. Si hubiera tenido la protuberancia del Gobierno, que hizo ilustres a tantas ninfas Egerias de la política francesa, la prodigiosa Mimí Bluette, creadora del *My Blu*, tal vez hubiese podido pasar a la historia como la amante del general Boulanger, o, al menos, en compañía de esa admirable inspiradora o aspiradora llamada madame Steinheil.

Pero ella entendía muy poco de gobierno, y el ministro no logró despertarle ninguna afición hacia la polí-

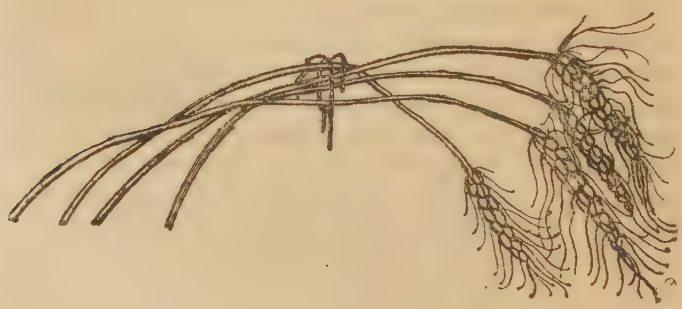
tica ni hacia los hombres que se disputan el Poder. Soportaba a su excelencia como había soportado al comerciante de neumáticos, como había soportado al Gran Industrial y a todos los demás que se habían interesado por ella, observando para hacer lo que podía en bien del país, porque muy a menudo los asuntos de un ministerio dependen del modo que su excelencia el ministro ha pasado la noche.

La industria y el comercio de la República no podían menos de ensalzarla.

En su calidad de ministra fué delegada, por entonces, para representar a la República en las sábanas borbónicas de un joven rey catolicísimo a quien festejaba París.

Más tarde, un gran duque neurasténico distrajo, en sus mórbidos brazos, la imperial melancolía de su alma eslava.

Y permaneció en el cargo hasta que cayó del Gabinete, abandonando la política para entrar en el amor.



Fué en invierno, en una blanca noche de invierno, cuando, de improviso y con su corazón virgen, se enamoró la divina Bluette.

Alguna vez volvía al bar de la Gran Rouquine para encontrarse de nuevo entre los compañeros y compañeras de otro tiempo, y, a menudo, cenaba allí con gran alegría, en las noches de libertad, cuando no bailaba o cuando su excelencia el ministro tenía la amabilidad de dejarla en paz. Allí, en el pequeño bar, era acogida como una reinecita, y apenas entraba Mimí Bluette, todos se soliviantaban. La Gran Rouquine, con su mata de cabellos rojos, con sus ojachos de gato montés, con su voz sonora y ronca, requemada por el ardor de los cigarrillos rusos; la Gran Rouquine, mujer que tenía un pasado, seguía siempre detrás del mostrador, para tener a raya a su famosa clientela.

Al verla entrar, saltaba, como un payaso con muelles surge de una caja cerrada; corría a su encuentro y le daba dos terribles besos, estrechándola entre sus brazos de bruja.

Limka, el segundo violín, checo de Batignolles, atacaba el *My Blu*.

Y como, en el fondo, Bluette no había nacido para tratar con ministros ni para saborear la frialdad de un socio cualquiera de la *rue Royal*, Mimí Bluette, que había vivido entre ellos, se encontraba muy bien entre aquella simpática granujería, entre aquellos briosos y sinceros bribones que valían poco menos que ciertos respetables jesuítas afiliados a las ligas de moralidad pública.

Para ella el bar de la Gran Rouquine representaba una distracción, y, en cierto sentido, un reposo en su vida de forzosa comediante, casi un rincón de antigua e inolvidable familia, donde podría hallar un refugio en la hora del peligro, cuando, por azar, el mudable juego de la suerte hubiese castigado su rápida y gloriosa prosperidad.

Aquella Gran Rouquine, larga de muslos, exhausta de senos, con el rostro de cera, la quería, ¡quién sabe por qué!, pero la quería. Si un día, por desgracia, hubiera necesitado un luis, Limka, checo de Batignolles, seguramente se lo hubiera prestado. Florina Bey, aunque vestida por una modistilla de Billancourt, tenía, indudablemente, más espíritu que Fred Chinchilla, y Boblikoff, el terrible Boblikoff, ex domador de osos, la amaba invariablemente con pasión resignada y humilde.

Allí, en el bar equívoco y elegante, adonde acudían tantos ladrones y tantos perdidos; allí, donde la miseria y la nobleza bebían las mismas drogas en los mismos vasos;donde la prostitución vieja y la aun no desflorada cenaban en el mismo velador a los acordes del *My Blu;* donde, en las tardas horas de la noche, cuando los clientes serios, esto es, los que pagan, se habían ido, García Pois Lourd, boxeador fracasado, se jugaba una horchata al *picchetto* con el efebo Juan Kiki, mientras la Gran Rouquine echaba las cuentas de caja. Quizá allí el mundo era peor en apariencia que en realidad, mientras, muy a menudo, en otras partes, el mundo es peor en realidad que en apariencia.

Precisamente aquella noche el ministro había salido para representar al Gobierno de la República en no sé qué Departamento; le había mandado el último beso por telégrafo, y obsequiado, afable, admiradísimo, había partido a las nueve en punto por la estación de Lyon.

La única que no admiraba a aquel hombre era Mimí Bluette, y es que Bluette le conocía íntimamente.

El ministro es el hombre menos amado que existe en la tierra. No es joven; emplea siempre un tono declamatorio y ciertos ademanes burocráticos; no es despreocupado, no es libre, no puede ser celoso; es demasiado autoritario para que se le tome como pasatiempo;

está muy a la vista para ser temido. Generalmente paga con dinero del Estado, y escribe cartas de amor que parecen protocolos de cancillería.

El de Industria y Comercio es un ministro que no tiene el menor prestigio sobre la mujer, porque su ministerio carece de atributos especiosos y de ceremonias teatrales.

Sólo es menos decorativo que el de Industria y Comercio el de Correos y Telégrafos; respecto al de Bellas Artes y Cultos, no se comprende bien qué es lo que hace. Pero, en general, no se comprende bien lo que hace ninguno de los ministros.

De todas maneras, por las precitadas razones, Mimí Bluette estaba mucho más alegre cuando su excelencia viajaba por los Departamentos; y aquella noche, a pesar de la nieve, decidió ir al bar de la Gran Rouquine.

Ni siquiera quiso emplear su propio automóvil; mandó llamar un desquiciado taxímetro para forjarse la ilusión de ser aún una pequeña parisina en libertad. Cuando se ha llegado a la cumbre del propio sueño, la perfecta alegría consiste en retornar a sus principios. Y como somos absurdos, si por azar la vida nos reintegra a la humildad pasada, el bien perdido asume a nuestros ojos un lejano color de felicidad.

Bluette, en el vehículo tambaleante, veía nuevamente y con exactitud la remota tarde en que pobre y trasoñada llegó a la estupenda capital. Recordó el baile vertiginoso que apareció ante sus ojos en los grandes bulevares la primera noche: *Crémieux... Luna Park... habille bien... Le Matin... Michelin... Galeries... Polin... sait tout...*

¿Y Max, dónde estaba Max?

Quizá en la cárcel, quizá dando vueltas por el mundo, quizá convertido en un caballero..., ¿quién sabe?

En tanto, la nieve, sin viento, caía copo a copo, adquiriendo el color de los faroles, la forma de las casas, buena, blanca, leve. Una especie de cándido silencio envolvía el rumor de la capital. Pobres viejas trotacalles marchaban desalentadas por las afueras.

Su corazoncito se oprimió. Sentía casi piedad, en aquella noche de nieve, hacia todas las criaturas que no fuesen bellas y felices, que no viviesen en un ambiente tibio como ella.

¡Mimí Bluette!... ¡Se llamaba Mimí Bluette!... Y el pronunciar su propio nombre casi le producía una alegría íntima, sutil.

A través de los empañados cristales veía brillar las casas, hundirse las calles, como corredores de luz, en el dédalo de los barrios oscuros; veía las plazas desiertas, los cúmulos de sillas amontonadas con las patas al aire en las terrazas de los cafés, los largos entierros inmóviles de los coches de punto, los cinematógrafos lanzando sobre la nieve irisaciones violeta, los edificios públicos, tétricos y solemnes como prisiones; los barrenderos, semejantes a filas de deportados, amontonando la nieve; los llameantes vestíbulos de los teatros, y todo aquello era un poco suyo, un limbo de su alma; cualquiera que hubiese hecho daño a alguna de las cosas que veía en aquella blanca noche de invierno, también le hubiese hecho daño a ella.

En el bar de la Gran Rouquine fué recibida, como siempre, con alborozo y ruido.

Petit-Béguin, que cenaba *tête-à-tête* con un extranjero de aire de bajá, se levantó exprofeso para besarle la mano. Esto, aun tratándose de Petit-Béguin, era ciertamente una galantería.

Jennie-Minnie-et Lélie, que aunque un poco envejecidas seguían formando inseparable trío, le dispensa-

ron una gran acogida en previsión de que Mimí quisiese pagarles la cena. El *bookmaker* Cliffton, interrumpiendo la lectura del *Faris-Sport*, le envió un seco cumplimiento inglés, que equivalía, probablemente, a una invitación. Pero ella se colocó en la última mesita, junto al mostrador, y así podía hablar mejor con la Gran Rouquine.

En tanto, Limka tocaba el *My Blu*.

Había ya centenares de *My Blu*; todo rascacuerdas, murguista o aporreateclas, procuraba poner en boga el suyo. Pero Limka, checo de Batignolles, tocaba el clásico *My Blu*, el primero, el que había sido creado para la divina Bluette.

Aquella noche la Gran Rouquine estaba vestida de verde, de un verde verdísimo, y tenía alrededor del cuello un boa negro, de un negro negrísimo, que le sentaba bien a la cara, fría como la electricidad.

Aquella noche había mucha gente, y la Gran Rouquine dirigía todo el servicio con la llama de sus ojachos verdes. En tiempos de Bluette no tenía el bar más que aquella sala y unos entresuelos, donde se jugaba a juegos de azar. Pero ahora las salas de la planta baja se habían multiplicado, aunque conservaban una ambigua disposición de laberinto, y seguía junto a la entrada aquel famoso biombo contra el cual rodó Max al recibir el formidable puñetazo de Boblikoff. Allí estaba también el mismo Boblikoff, que debía de haber llegado a ser algo en la administración del local, aun conservando un respetable aspecto de cliente.

Buena cocina, mujeres bellas, apuestos jóvenes, atmósfera de mala vida elegante, despacho clandestino de enervantes y afrodisíacos; he aquí algunos de los medios que habían servido a la Gran Rouquine para poner de moda su establecimiento.

Al pronto, Mimí Bluette sintió ganas de comer ciertos *moules-marinière* que vió pasar, humeantes, en la sopera de *terracotta*.

—¡Cuidado!, son muy pesados por la noche—le advirtió amablemente Sanderini, personaje de levita, gran consumidor de pajas *Negri-Pipoz*, y que probablemente ejercía algún otro oficio, además del de pasar seis o siete de las veinticuatro horas en el bar de la Gran Rouquine.

Sanderini era delgado cómo el tifus, reluciente como el esmeril a causa de su levita. El rostro se le hundía en la boca, dejando asomar solamente una nariz ridícula y un mentón que parecía la nariz hacia arriba. Sanderini hacía todo lo que cualquiera se proponía hacerle hacer: desde llevar curiosos a ver los cuadros vivos, hasta a surtir de barajas preparadas y arreglar una audiencia con el arzobispo de París. Si le invitaban a cenar, comía con mucho gusto; si le invitaban a beber, bebía aún con más gusto; por su cuenta, el amable Sanderini hacía un gran consumo de pajas *Negri-Pipoz*.

A pesar de su consejo, Bluette, glotona, comió *les moules-marinière*. Sanderini, sentado en un taburete junto al mostrador, se limitó a probar cinco o seis. Los encontró salados, porque tenía un espíritu crítico, y además, porque, habiendo dado la vuelta al mundo, no carecía en nada de experiencia.

En tanto, Boblikoff vino a cortejarla; mandó subir de la bodega un *Barsac* memorable, que sentaba muy bien con *les moules-marinière*.

Mimí estaba distraída.

El *jockey* Perry, que ensangrentaba el plato con la chuleta llameante, la aburría, hablándole con la boca llena desde la mesa del *bookmaker Cliffton*.

—*Tu vas voir*—dijo la Gran Rouquine con su voz requemada—, *ils vout foutr'de la Worcester Sauce même dans l'omelette-confitures*!

Mimí sonrió. Pero Sanderini lanzó tal risotada, que amenazó caerse del taburete. Aquella risotada atrajo a la mesa de Bluette a la propia Florina Bey, que empezó a referir una larguísima historia que no le interesaba a Mimí, porque Mimí estaba distraída.

Entró Luciano Luciènne, que por afectación vestía traje de mañana, con esa excentricidad característica de los prostitutos. Iba bien pintado, y se dió polvos bajo la barbilla y un poco de saliva en las fuertes cejas, haciendo esto no sólo sin ocultarse, sino delante del espejo del fondo. Después echó a andar, contoneándose para parecer lo más dulce posible.

—¡Pobre Luciano Luciènne!—pensó Bluette—; ya está en la desfloración. Tiene un poco de barriga; además, se nota al momento que lleva bisoñé para ocultar la calva.

El coronel Pistafer, *clubman* de pergamino, a quien todos llamaban *mon Colonel*, cenaba con dos menores que, hasta entonces, sólo poseían un brazalete de plata cada una y aun llevaban las trenzas sueltas por la espalda. Pistafer no hubiera impedido, ciertamente, a aquellas buenas muchachas seguir siendo vírgenes hasta que les pluguiese; Pistafer padecía de la vejiga, y lo menos cinco o seis veces durante la comida se veía obligado a abandonar la mesa para «ir a lavarse las manos», como decía con mucha seriedad. Pero en seguida Limka, checo de Batignolles, atacaba *le refrain du Colonel*, mientras los músicos cantaban a coro:

Mon Colono, mon Coloni,
mon Colonel va faire pipi!

Ryff exponía sus bosquejos en el biombo; Gorgonel improvisaba cuartetos por una copa de champaña; la india Sita, vestida de serpiente fosfórica, bailaba la danza del opio; el periodista Linnée Ledoux, entre una botella de *whisky* y un montón de patatas fritas, meditaba, indudablemente, su timo semanal; Minnie, la más linda del famoso trío, esperaba seducir a un alemanito aparisinado; Mohammed preparaba el café turco para una pandilla de bellas americanas.

La gran Lison, meretriz impenitente, nutría con sustanciosos alimentos a su pequeña y anémica Lulú. Cenaban juntas en una mesita apartada, demostrando claramente que el viejo Adán había sido un personaje inútil en la historia del género humano.

—Esa pobre Lulú—dijo la Gran Rouquine—, ¡qué aire tan agotado tiene! Un día u otro Lison va a hacerle entregar el alma...

—Eso es cosa de gustos—replicó Bluette—. A mí, por ejemplo, su vicio no me dice nada.

—Es que usted es una verdadera mujer—exclamó Sanderini, que pellizcaba, sin aparentarlo, toda la cena de la indulgente Mimí.

—¿Usted cree, Sanderini? ¿Usted cree?

—¡Pardiez si lo creo! Y la felicito, querida mía.

—¡Cállate, *vieille chandelle!*—gruñó la Gran Rouquine.

—Tengo mis principios, la Grande, y no me gustan las mujeres que no muestran afición hacia nuestro sexo.

—¿Es que tú tienes solamente un sexo?—le espetó la Gran Rouquine despectivamente.

—Pues bien, la Grande, siempre estoy aquí; si alguna vez le apetece...

Mimí sonreía con las comisuras de los labios; aque-

lla noche Mimí parecía trasoñada, y aunque continuamente daba sorbitos en su copa de champaña, la dominaba realmente una especie de intranquilidad nerviosa y distraída. Había algo que visiblemente la aburría, la turbaba, le producía un malestar o una perplejidad inexplicable.

Por último se volvió al mostrador de la Gran Rouquine para preguntarle:

—Pero, ¿quién es ese hombre sentado frente a mí, cerca de Cliffton, y que tiene un rostro tan extraño?

La Gran Rouquine no podía verle bien desde su sitio, porque tenía delante una pila de cajas de habanos; pero poniéndose en pie y mirando al hombre de que hablaba Mimí, le respondió también en voz baja:

—¡Bah! Es un cualquiera; a fe que también me intriga. Tiene, realmente, una cabeza extraordinaria.

—¿Le conoces?

—Nada de eso. Le veo a intervalos. Viene, come, lee periódicos extranjeros, observa todo lo que pasa con esos ojos de magnetizador, con ese aire de extravío que le hace tan simpático. El *maître-d'hôtel* me ha dicho que se llama Castillo.

—¿Es español?

—¡Yo qué sé! Habla el francés como yo. Habla, además, todas las lenguas, porque una tarde le oí charlar con un ruso, y cuando Mohammed le sirve su café, conversan afablemente en turco.

—¿Sabes que es un hombre hermoso?

—Indudablemente..., si crees que los hombres ganan algo con ser hermosos...

Bluette adoptó un aire de capricho, un aire casi tímido, casi furtivo, y dijo en voz baja a la Gran Rouquine:

—¡Cuánto desearía conocerle!

Por lo visto el ilustre Sanderini tenía un oído finísimo, porque repuso con la boca llena:

—No hay nada imposible cuando se cuenta en el número de los amigos a un tal Sanderini, *suceur de pailles*.

—*Mouche-toi, veille bronchite*!—le dijo con insolencia la Gran Rouquine.

Pero Bluette se mostró confusa, cual si tornase a sus ojos todo el pudor de una olvidada y casi lejana castidad. Bebió un largo sorbo y respondió al amable Sanderini:

—¡Qué malo es usted! Nada le importaría ponerme hasta en ridículo. Además, he dicho eso por reírme, Sanderini... Le ruego que no haga nada.

—Conformes, conformes. Pero, qué, ¿dejará usted volver a la cocina, casi intacta, semejante *gélinotte* tan blanca y tan bien cebada? Sería una grave indelicadeza.

—Permítame servirle un ala, querido Sanderini.

—La probaré por *gourmandise* y por complacencia; pero mi estómago está averiado. Pienso purgarme mañana.

—Muy bien, querido amigo. En tanto, écheme champaña. Porque, mire usted, deseo ponerme muy alegre..., muy alegre... Pero, ¿adónde se ha ido Florina?

—Florina tiene que representar su número inmediatamente. Ha ido a disfrazarse de mujer desnuda, traje que le sienta admirablemente, porque está bien formada.

Pero estas frases de Sanderini la interesaban muy poco, y el buen diablo comprendió que valía más respetar su distracción.

Entonces Mimí hizo una cosa muy encantadora.

El extranjero la miraba, y ella miraba al extranjero. En un instante que nadie la veía, levantó la copa de champaña, la copa que brillaba como una flor de cristal entre sus dedos diminutos—y esto fué lo más encantador que hizo por el desconocido—: primero le mandó una sonrisa; después se acercó la copa a los labios, echó hacia atrás la frente, cerró los ojos y bebió a su salud...

Florina-Bey estaba a punto de comenzar su número.

Él, a su vez, respondió haciendo lo mismo; pero lenta, naturalmente, sin el menor asombro. La sonrisa nacía en su rostro sin alterar las facciones; nacía en sus firmes ojos, relucientes como el acero de los revólveres empavonados.

Ya no era joven: debía de estar cerca de los cuarenta años, aunque su piel bronceada conservaba un terso color de juventud. Fornido, delgado, ágil, mostraba un singular aspecto, mezcla de *gentleman* y de *cow-boy*. Algún reflejo blanco se deslizaba entre sus cabellos negrísimos; sus ásperos bigotes, cortados a la inglesa, imprimían un signo de rudeza en su rostro casi delicado.

La divina Bluette sintió súbitamente la alegría de guardar en el alma y en los sentidos un secreto. Experimentó esa alegría sutil, irritante, hilarante, esa alegría punzante y fresca cual la espuma del champaña, que embriaga el ser como un afrodisíaco cuando se recibe la primera sonrisa de una persona que agrada.

El amor nunca es más que un prolongado recuerdo de este instante.

Entonces ella gozó plenamente el placer de sentirse bella, de irradiar luz de todas las fibras de su cuerpo joven, de contener en cada vena, como un adormecido estremecimiento, su perfumada y ardiente feminidad.

Tenía casi veintisiete años la divina Bluette, y jamás se había enamorado más que en broma. En lo profundo de su ser habló algo que hasta entonces había estado mudo, y, de improviso, se dió cuenta de que hubiera sabido entregarse a un hombre, a un amante imaginario, como hasta entonces jamás se había entregado la divina Bluette. Le miraba subyugada, un poco confusa, cual si aun tuviese un no sé qué de adolescente, sintiendo al mismo tiempo una sorda irritación contra sí misma, unos sordos celos de aquel hombre que era sencillamente un desconocido, una bella y fugaz sombra que se deslizaba ante su copa de champaña.

Si él hubiese venido a cogerla para llevársela, ella, sin protestar, se hubiera ido con él. Hubiera ido con él a través de la nieve, por las calles oscuras del París adormecido, sin hablarle, pero estrechando su brazo, hundiendo los zapatitos escotados en la blanda nieve, ocultando su fría barba en el cuello del abrigo de piel, rociado de copitos de nieve. Y hubiera ido con él adonde quisiera llevarla, silenciosa, sin mirarle, como una dulce niñita obediente, sólo porque no podía resistir al placer de estar a su lado, sólo porque ningún hombre había sabido nunca hacerle pensar en el amor como le hacía pensar en el amor el rostro indefinible de aquel desconocido.

Y Sanderini afirmaba:

—Le aseguro, la Grande, que si Florina tuviese tanto ingenio como bellas nalgas, Florina-Bey sería, por lo menos, Florina-Bajá. Pero la pobre jamás ha sabido contraer deudas ni hacérselas pagar, lo cual, para una mujer, equivale a estropear su carrera.

—*Tu me rases, vieux coquillage!*—declaró la Gran Roúquine con su voz requemada.

En tanto, Mimí bebía su copa de champaña con deli-

cia, poco a poco, fijando los ojos en el cáliz para contemplar el rubio líquido que desaparecía.

Lejanos recuerdos renacían felizmente en su confuso pensamiento; limbos de deseo, desprendiéndose de ella como pétalos de una rosa, tornaban con perfume a envolver sus venas; páginas de amor, hojeadas con voluptuoso, pero incrédulo placer, pasaban con apariencias de realidad por su sobrexcitada memoria, y como bajo el poder de un sutil afrodisíaco, se creía en su ardiente lecho entre los brazos de aquel amante desconocido. Le miraba con insidia, y al mirarle casi temía que pudiese adivinar su recóndito pensamiento.

Mas, de pronto, él mismo se levantó y vino a elegir un cigarro al mostrador de la Gran Rouquine. Sanderini le cedió amablemente su propio taburete y no esquivó el trabar conversación dándole un buen consejo:

—El ser un gran fumador me induce a recomendarle esos grandes Corona claro, cuya hoja es tan satinada como la voluptuosa piel de los Créoles... No hallará usted mejor cigarro en todo París. Cuando estaba en la Habana...

Y narró tan bellas historias relativas al país del cigarro habano, que, en compensación, el extranjero acabó por ofrecerle uno.

Todo esto sucedía junto a la mesa de Bluette, mientras Bluette, confusa, presenciaba el espectáculo. Después del número de Florina-Bey, un negrito con roja levita bailaba, tocaba y hacía reír con las dobles suelas de sus endiabladas botas. El negrito resbalaba y tamborileaba con los pies sobre el entarimado, rociado de arena, haciendo acrobatismos admirables, sin perder nunca el compás. Las bellas americanas, exaltadas por el ritmo de aquellas músicas nacionales, palmoteaban con entusiasmo, arrojándole marengos de oro.

En aquel instante decía Sanderini:

—En efecto: soy de origen italiano, pero he nacido en Chartres y he hecho mis estudios en Ginebra...

—*Toi, mon vieux*—interrumpió la Gran Rouquine—, debes haber hecho tus estudios en la Nouvelle, porque basta mirarte para comprender que vienes de presidio.

—La Grande tiene el genio un poco vivo—observó con dulzura el óptimo Sanderini. De todos modos, soy en realidad de origen italiano, como indica mi apellido, y licenciado en Derecho, si la señora lo permite.

—Lo indudable es que has pasado a través del Código penal como el hilo a través de la aguja. Respecto a tu origen, los pillos como tú no tienen ninguno. Has nacido Sanderini y reventarás Sanderini, espero que uno de estos días.

—Me hostiga, querido señor, me hostiga. ¿Sabe por qué? Porque, indudablemente, tiene *un bèguin* por mí.

La Gran Rouquine se echó a reír.

—*Tu en as du toupet, vieille camelote*!

—De todos modos, caballero—prosiguió Sanderini—, si desea conocer a una verdadera italiana de nacimiento, aunque hoy en día sea la más deliciosa de nuestras parisienses, voy a presentarle a la señorita Mimí Bluette, entusiasta de los hombres *d'esprit*. Oiga un instante, señorita Bluette: Tengo el honor de presentarle a este caballero, llamado Castillo, que desde hace cinco minutos me honra con su amistad.

Mimí se volvió con prontitud; no supo qué responder; enrojeció levemente e hizo un pequeño saludo.

Entonces el óptimo Sanderini, después de permanecer con ellos el tiempo que creyó necesario para ayudarles a vencer el azoramiento de las primeras palabras, pensó que, como premio de su trabajo, ya podía

contar seguramente con un par de marengos arrancados de tan amable modo a la generosa Bluette. Y su natural complacencia le indujo a dejarlos escrupulosamente solos.

La Gran Rouquine fué de la misma opinión, y sin decir nada y con el aire más natural del mundo, trasladó su puesto de cajera precisamente al ángulo opuesto del mostrador.

En tanto, el óptimo Sanderini escrutaba por todas partes, con ojos de lince, para decidir cuál era el mejor velador donde tender sus cautas redes. Y como le pareció que las clientes más munificas de la noche eran precisamente aquellas ruborosas americanas, hizo una buena provisión de pajas Negri-Pipoz, y con el cigarro de Castillo entre los dientes, fué a ocupar un huequecito libre, junto a la mesa donde se alineaban en filas numerosas las vacías botellas de *Pomery drapeau Américain*.

Sin duda el óptimo Sanderini tenía una singular predilección por las mesas alegres en que brillan y vuelan con facilidad los marengos de oro.

Y entonces los dos permanecieron allí, juntos y mudos, con los labios en el borde de la copa de champaña.

Alguna vez la soledad imprevista llega a convertirse en un verdadero trabajo, en una verdadera dificultad. Bluette, por hacer algo, daba vueltas en torno de su muñeca a los pesados brazaletes, contemplándolos con atención. Castillo, como buen fumador, observaba con insistencia la ceniza de su Corona claro, excelente cigarro en verdad.

Él, en tanto, no le decía nada.

Bluette, la divina Bluette, tan ingeniosa, quizá por imitarle, tampoco encontraba palabras. Tal vez temían ambos que lo primero que dijeran fuese una tontería.

Pero Bluette le miraba.

Él no.

Él se mantenía firmísimo, con la frente inclinada; los hilos blancos de sus cabellos brillaban entre las negras ondas. Llevaba en el dedo anular una sola sortija con una esmeralda intensa, como un brillante verde; en el botoncillo de la camisa, una perlita negra; entre el pulgar y el índice de la mano derecha tenía una profunda cicatriz que le subía hasta la articulación de la muñeca.

Bluette le miraba detenidamente, como una mujer mira al hombre que desea conocer. Algo ambiguo, inexplicable, se agitaba en torno de aquella fisonomía, cual si fuese la atmósfera visible de su espíritu el color de su oculta voluntad.

Por fin, él dijo esta frase importante:

—Sé que la llaman My Blu.

—En efecto: me llaman My Blu... Sí, señor; me llaman My Blu. También me llaman Bluette y Mimí Bluette, cuando quieren ser pedantes. Sí, señor. Lo que resulta extraño es que se escriba My Blu y se pronuncie My Blou... En todas partes hay gentes que no saben Gramática.

—My Blu es muy bonito...

—¿Eso cree? Pues yo no encuentro nada de extraordinario en ello. Y usted, ¿cómo se llama, si no es indiscreción?

—¿Es que usted me pregunta mi «verdadero» nombre?

—Nada de eso.

—Pues bien: me llamo Hilaire Castillo.

—¿Hilaire? ¿Hilaire?... Pero sobra algo en ese nombre de fraile viejo. Mire, por ejemplo, yo preferiría llamarle sencillamente *Laire*...

—Acepto.

—Gracias. Entonces écheme champaña, monsieur Laire.

—*Voilá*. Primero, su copa; después, la mía. Voy a beber a su salud, My Blu. Porque es usted, desde hace tiempo, la única mujer que me gusta...

Bluette miró la espuma de la copa; brillaron sus ojos; mojó los labios, y, riendo, se echó hacia atrás sobre el respaldo, con una especie de vértigo sutil.

—Me dice una cosa que me produce extraordinario placer. No sé quién es usted. Pero, en fin, es muy amable, muy amable...

¿Qué pasaba por ella? No lo supo, no lo pensó, no quiso pensarlo; pero sentía algo semejante a la embriaguez que produce la música de una danza nueva, en aquella noche saturada de locura, cuando la felicidad encerrada en el alma parece tener un sabor en el borde de las copas, un trino en los arcos de los violines...

Nunca se había enamorado. Estaba bella, en toda su belleza, y sabía enamorarse en una noche. Él la envolvía con su mirada inmóvil; su turbada voz le producía una impresión de aturdimiento.

No eran más que dos deseos ante la hilaridad que emana de una copa de champaña; la poesía que hay en la vida, que hay en el amor: música de los sentidos en el alma, del alma en los sentidos; nada más.

Ella había pasado casi como una virgen entre su propio placer y el trabajo del placer ajeno; él venía, ¡quién sabe de qué vida!, solo, con los ojos juveniles, en que resplandecía un oscuro pasado. La había mirado por primera vez desde la mesa en que cenaba, entre la charla de Sanderini y el parloteo de Florina-Bey; la había mirado en silencio con sus ojos firmes, como se mira, con un placer casi lascivo, la rosa rociada, henchida de polen, que emana perfume...

Y, de pronto, le había parecido a ella que un largo beso de amante recorría su viva desnudez.

En silencio, se había ocultado tras el velo de sus largas pestañas, como para encerrar en sí misma, para ocultar en sí misma, aquel placer involuntario.

Había sentido nacer en su pudor un irresistible deseo de ser desvergonzada.

En el borde de la copa había intentado reprimir la tentación de parecer una hembra.

Le había sonreído.

Y ahora le hablaba aturdida, un poco inclinada hacia él, subyugada por su sugestión: ya suya. Le hablaba sin decirle nada, brotando las palabras como ademanes de la mano, ansiosos de acariciarle.

Análogamente, y más azorado aún, quizá más excitado, él hablaba con ella para decirle cosas indefinidas, para esclarecer, para ocultar, quizá para descubrir todo lo que sentía.

—Sí; la vi por primera vez en el teatro Michel. Aquella noche venía de muy lejos... Había en los movimientos de usted algo que nunca he podido olvidar. Además, Bluette, algunas noches la belleza de una mujer enerva todo el ser como el humo del opio. Aquella noche bailaba usted danzas lascivas o, ¿qué sé yo?... era usted quien resultaba lasciva... Mi vida es de las que no admiten la belleza. He cruzado a través de mil tempestades y he visto declinar el sol sobre todos los océanos de la tierra... Mi corazón está hecho para la distancia, como la proa de un gran velero... Pero tiene usted algo tan dulce para mí, y es tan bella, tan ingenuamente bella, tan lozana a mis ojos, que sentí una especie de instantánea embriaguez penetrarme hasta el fondo del alma... No podría explicarle todo lo absurda que esa turbación es en mí. Pero cuando abandonó el escena-

rio, me pareció que negros telones sofocaban de pronto la alegría de mi ser. Usted había exhibido aquella noche lo menos diez trajes, y cada uno me comunicaba la alegría de una caricia, me inspiraba una voluptuosidad diferente. Por desencantados que estemos, hay siempre una mujer que, con su belleza, puede devolvernos nuestra primera juventud. Para mí, esa mujer es usted. Me ha gustado de tal modo, que no me he atrevido a intentar conocerla. Pero usted, Bluette, desde esta noche, ha llegado a ser mi locura; sí, ésta es la palabra, Bluette: mi verdadera locura...

Ella le escuchaba sin sonreír, un poco pálida, cual si todo aquello le causase un daño profundo. Escuchaba con las manos juntas, apretadas contra la boca, mirándole sin pestañear; le escuchaba maravillada e inmóvil, con toda el alma condensada en el borde de aquel feliz estupor. Después dejó caer las manos, y dijo lentamente, con una especie de desfallecimiento:

—Es la primera noche de mi vida en que me creo feliz por ser bella...

Y sobre su oscuro traje, más azules que un alba del mes de mayo, perfumadas con un perfume de Coty, le sentaba bien, casi junto al hombro, en el forro de un gran cuello de cebellina, aquellas flores del sol en los campos, aquellas flores que siempre la acompañaban, que casi se parecían al color de sus ojos, al color de su alma fragante...: las flores de lis de Mimí Bluette.

Entonces, sobre aquellas manos extendidas hacia él, a través del mantel brillante, Laire posó ligeramente una de sus manos, y sintió en todo su ser contraerse el haz de sus nervios con intenso dolor, henchido de alegría, cual si por vez primera hubiese percibido su blanca desnudez.

La mano de Bluette era sencilla como su espíritu:

parecía casi transparente; tenía en su color una expresión de felicidad. Aquellas uñas sutiles, demasiado brillantes, demasiado rojas, prestaban a toda su mano una expresión de ingenuidad, como el excesivo carmín dado en broma sobre el rostro de una niña. Aquellas manos tenían la tibia alegría dorada de un rayo de sol.

Los brazaletes cayeron sobre las muñecas cual pesadas cadenas; las oprimieron rumorosos, y después callaron. Las dos manos permanecieron así, quietas, bajo el peso de su caricia, dichosas de poder entregarse a él con aparente castidad, como hubieran querido hacerlo, en un acto de invencible dedición, sus largos brazos semidesnudos, la tibia espalda, el dulce seno combado por una amplia respiración, su ardiente boca húmeda y todo su cuerpo, casi desnudo.

Le amaba. Era la primera vez que amaba. Casi por milagro se había convertido en un amor. Le parecía muy sencillo dejarse acariciar así. Le amaba repentinamente, por el áspero placer que le producía, por su rostro tranquilo y cansado, por su voz distinta a todas las que había oído. Le había dicho con embriaguez, como nadie le había dicho aún: *Depuis ce soir, Bluette, vous etes devenue ma folie, ma veritable folie...* Y aquellas mismas palabras que, al calor de su voz, parecían encerrar lo infinito, le causaban una especie de temor, un estremecimiento físico de exaltación espiritual. *Ma folie...*, breve y ligero sonido de tres sílabas que llegaban hasta ella de boca de un desconocido, y venían de lejos, de la aventura fortuita, que se encuentra en las ciudades nocturnas, ¡quién sabe!, quizá de la tragedia; ¡quién sabe!, quizá de unos labios que no las habían pronunciado jamás...

Callaron.

La música de los violines acompañaba una desvergonzada canción pederasta del efebo Juan Kiki.

Las americanas, horrorizadas, apretaban los amplios abanicos contra las bocas rientes. *Mon Colonel* pellizcaba a las semivírgenes sentadas a su lado.

—*Et alors, Bluette?*

—*Et alors, monsieur Laire?*

—¿Y si nos fuéramos de aquí?

—¿Adónde?

—¿Qué importa?

—Vamos.

Retiró las manos y llamó al camarero.

—¡Pronto! Mi abrigo y la cuenta, Héctor.

Después añadió:

—Me ha servido usted esta noche una cena bastante ilógica.

—¡Oh, madame!...

Su cena costaba una futesa: ciento treinta y dos francos.

—Y, además, dos luises—explicó en voz baja el escrupuloso Héctor—que el señor Sanderini me debe hace cuatro semanas. Me ha dicho que se los pida, si le era a usted igual.

—Sí, me es igual... Pero, de todos modos, dígale que prefiero dar por mí misma sin que me sableen—repuso Bluette, envolviéndose en el abrigo de pieles que le traía el turco Mohammed.

Salieron juntos entre las despedidas rumorosas de aquella honrosa compañía.

—Fi!...—silbaba la Gran Rouquine—. ¡Bluette va a hacer una estupidez!

Y Limka, checo de Batignolles, guiñando el ojo a sus cíngaros de chaqueta roja, tocaba con maestría, con ímpetu, las notas capciosas del antiguo *My Blu*.

Después de un centenar de metros, Castillo bajó el cristal para decir al mecánico:

—*Allez au Bois de Boulogne et marchez tres doucement.*

Él le miró como se mira a los clientes execrables, alzó el cuello de su abrigo y contestó:

—Bien, *m'sieu!*

La nieve, sin viento, caía sobre la ciudad en tranquilas estrías verticales, propagando un temblor en la blancura de la electricidad; se acumulaba en los alféizares de las ventanas, como para obstruirlas; formaba largos diques inaccesibles en el borde de las aceras. El automóvil caminaba sin sacudidas por el dédalo de los barrios desiertos, por los blancos anfiteatros de las plazas, marchando leve, casi tácitamente, sobre aquel elemento mórbido, que los faroles envolvían en un ancho alón descolorido en las zonas de oscuridad.

—Monsieur Laire, casi tengo frío... Esta piel me hiela.

Entonces se acercó a ella aún más, hombro con hombro, inclinando la boca sobre su aliento, casi para aspirarla como a una flor.

En torno de las luces de las Tullerías, la nieve se arremolinaba con blancura fuliginosa, danzando vertiginosamente como un enjambre de mariposas nocturnas en torno de una hoguera. Las amplias molduras de los edificios encastillaban de blanco la noche invernal; pesadas almadías de niebla bogaban sobre el Sena invisible; allá, en la otra orilla, largas filas de globos eléctricos asaltaban fatigosamente la inmensa remota nube. Los palacios de nieve, los jardines escuálidos, vigilaban la tumba excelsa del gran emperador; el Arco de Triunfo señalaba un límite confuso en la distancia de los Campos Elíseos.

—Creo que estamos locos, monsieur Laire. ¡A las once de la noche, y en enero, dar un paseo por el Bosque! ¡Qué idea! ¿No es cierto, monsieur Laire?

La tibieza del ambiente interior producía en los cristales una especie de sutil esmerilado, a flor de hielo, y tortuosos arroyitos de gotas que se paraban ateridas.

—¿Vive usted en París, monsieur Laire?

—Casi nunca.

—¿Es usted francés?

—Mi madre era francesa; yo... yo no soy de ninguna parte.

El aire que respiraban estaba saturado del perfume de Bluette.

—¿En qué hotel está, monsieur Laire?

—Tengo un pisito, casi siempre vacío, casi siempre cerrado, allá, en el barrio de Luxemburgo.

—¡Oh, qué extraño!

—¿Qué es lo que le parece extraño, My Blu?

—Lo que usted dice.

Fuera, tras el esmeril de los cristales, desfilaban los árboles muertos, bajo el peso del manto de nieve. A lo lejos se destacaba la barrera del Bosque.

—¿No me cuenta usted nada, monsieur Laire?

—En efecto: no le cuento nada... ¡Es estúpido!

—Yo me asombro de estar aquí... ¿Y usted?

—Yo no me asombro; pienso únicamente que sería preferible no estar.

—¡Oh! Pues no soy de su opinión, monsieur Laire.

—¿Qué quiere usted, Bluette? La dicha es lo único que debe temerse en la vida. En cuanto a la desgracia, ¡qué importa!..., llega todos los días..., se acostumbra uno a ella y se ríe. Pero amar lo que se ama es un lujo que algunos hombres no deberían permitirse.

—¿De veras? Indudablemente eso es filosofía, porque no comprendo nada. Usted va a imaginarse quizá que soy una mujer muy fácil, pero...

—¡Oh, no, Bluette! Sé muy bien que esta noche..., sí, que esta noche está quizá imperceptiblemente conmovida...

—Lo estoy intensamente, más intensamente que nunca... Es la primera vez, se lo aseguro, que Mimí Bluette se pasea de noche con un desconocido.

Él calló un instante; después dijo, cambiando de tono:

—Sí, Bluette; harto sé que tiene usted un amante.

—¿Un amante?... Sí, tengo un amante. Eso no es un secreto para nadie.

—Pero, ¿usted le ama?

—He aquí una pregunta inútil.

—¿Usted le ama, Bluette?

—Absolutamente nada, monsieur Laire; absolutamente nada.

Él aferró voluntariamente su mano y la estrechó en silencio. Entonces ella prosiguió con voz afable:

—Aunque, según parece, es un gran ministro, puedo asegurarle, monsieur Laire, que, a pesar de su talento, me abruma.

Dejóse caer sobre él con turbada pereza, y creyó necesario afirmar por segunda vez:

—Sí, me enerva. Hay cosas inexplicables.

Él rió con un ímpetu casi cruel de felicidad. En la penumbra del coche, sus blancos dientes centellearon. La envolvió, la circundó, la encerró entre sus brazos rudos. Inclinándose sobre su aliento, la llamaba con embriaguez:

—¡My Blu!...

—Laire..., monsieur Laire...

—Estoy ebrio... Es una locura que me persigue. Desde aquella noche, desde aquella noche de vértigo, sus voluptuosas danzas han embrujado todo mi ser. Me repito que no debo amarla, Bluette, y, sin embargo, la amo. ¡Qué locura!... Necesito de usted... Todas las noches la acaricio en mis sueños... ¡Qué locura! Es usted para mí una criatura de música y de sol... Mi última copa de champaña, mi último ramo de rosas... ¡Qué locura!...

Ella no hizo más que inclinar hacia atrás la cabeza, aturdida, como en el momento en que las venas sienten la más fuerte voluptuosidad; y así, echada, tendida, con la roja boca húmeda, buscaba su ardiente aliento.

Y él le decía:

—Soy de esos hombres a quienes la belleza no produce gran inquietud; nada en el mundo me parece serio, y hasta el ingenio, hasta el talento me desaniman o me irritan. Sin embargo, cuando vi a usted, Bluette, comprendí que era la belleza, mi belleza, lo que para mí constituye realmente la belleza. He recorrido el mundo sin ver jamás una mujer que me pareciese tan hermosa. ¿Qué quiere, Bluette? Cuando la contemplan mis ojos hace usted brotar la primavera en mi alma.

Bluette no respondió; alzó los brazos trastornada, le envolvió en la tibieza de su cuerpo y le besó.

En la gran floresta blanca, los gigantescos esqueletos de los árboles sostenían aludes de nieve; el lejano iris de los arcos voltaicos encendía estrellas blanquísimas en los témpanos de las fuentes; sólo el esfuerzo del motor interrumpía el aterido silencio del Bosque; pasaban, como las escenas de un cuento del Norte, los lagos llenos de nubes, los hipódromos desiertos como estepas, las granjas cerradas, las cascadas inmóviles,

convertidas en un solo témpano, y parecía que, entre tanto invierno, jamás renacería la primavera, la inolvidable primavera del Bosque, embalsamada por las violetas, las acacias y las resinas, en que cada brizna de hierba casi se convierte en una flor, cuando, en las noches de mayo, en anchos nimbos de serenidad, desciende el cielo para perfumarse, y el Bosque túrgido se satura de voluptuosidad primaveral, subyugando al París dorado sobre el cual lanza, en manantiales de música, el río de su enorme respiración.

Y esto era poesía.

Poesía fortuita, que nacía del vicio nocturno de una gran metrópoli; poesía libre de todas las falsedades, desnuda como el amor, absurda y sencilla como el amor.

Un hombre y una mujer: dos verdaderas almas, dos verdaderas lujurias que iban en busca de un lecho en el blanco París adormecido.

No tenían más historia que una sonrisa disimulada tras el borde de una copa de champaña.

Esto era poesía.

Porque, entre las mil criaturas que, en las aventuras

de la vida, desfilan ante nuestros ojos, es siempre una sola, es siempre una desconocida, la que enamoradamente agrada a nuestro deseo.

Cuando atravesamos una calle, cuando nuestros distraídos ojos vagan sobre la multitud, los sentidos, escrutadores como un vigía, buscan a la mujer amada por nuestro amor. Cuando se llega a una ciudad extraña, cuando se entra en una casa desconocida, cuando se pasa a lo largo del muro de un monasterio, cuando se penetra en un barrio de prostitución, los sentidos, escrutadores como un vigía, buscan a la mujer amada por nuestro amor. Lo mismo ocurre en los cementerios y en los teatros, en la proa de los navíos que parten y detrás de las ventanas cerradas.

Pero no creáis en el amor lógico, en el amor exento de locura, ni en el que ve nacer los propios capullos como hilos de tierna hierba en el surco de un sembrado. Esa es una flor de cálida estufa, perfecta, pero sin perfume.

No creáis en el amor lento, en el amor casto, en el amor que se devana como un ovillo, que se enreda como una madeja, que gira en torno de sí mismo como un ratoncillo alrededor de su cola.

Esto es lo que los literatos se obstinan en llamar psicología.

No creáis en las novelas de amor que emplean trescientas páginas para llevar al lecho a sus protagonistas, y menos en los escritores eucarísticos que tienen la buena costumbre de no llevarlos jamás.

No creáis en las mujeres singulares que se distraen en parecer tan complejas como el teorema de Pitágoras, ni en esas terriblemente fastidiosas que retardan siempre su caída, esperando llegar a ser una segunda madame Bovary. Son, indudablemente, mujeres a quienes gusta hacer perder el tiempo.

Y no creáis tampoco en los amantes que poseen teorías sobre el amor, ni en los que, en minuciosos diarios, van registrando las intemperies de su espíritu, como oscilaciones barométricas; no creáis en el amor paciente, en el amor que resiste, en el amor que no puede enamorarse en una noche; no creáis, os lo ruego, en el análisis químico del sentimiento ni en las frías hipocresías de los amantes, que se sirven del ideal como de un cinturón de castidad.

Porque todo esto quizá tiene una música, pero, realmente, no es poesía.

Solamente lo que la vida hace nacer en vosotros como nace una rosa en la primavera, transformando, naturalmente, todo el ser en perfume, cuando para vosotros, con vosotros se arremolina de voluptuosidad el infinito, sólo esto, en el amor de los hombres, es verdadera poesía.

Durante dos días y dos noches no volvió a su casa. Únicamente había telefoneado a Linette:

—*Si on me demande, Linette, il faudra dire que je suis absente.*

—*Oh!.... c'est vous, madame? Allô! Allô! Ecoutez, madame...*

—*Zut!*

Y la pobre Linette, la doncella de las medias de *voilé*, se echó a llorar ante el mal educado aparato, que callaba de improviso.

Durante dos días y dos noches había estado con él perdidamente, con él en su oculta casa, besándole hasta matarse, como siempre que el amor se convierte en una locura.

Sobre la nieve del mes invernal se había alzado, las dos tardes, un cálido sol.

Aquella casa estaba escondida en una callejuela tranquila, de esas que los ediles razonables van borrando poco a poco.

A lo lejos se veía surgir la columna de Julio, de la plaza de la Bastilla.

Pero cenaban aún más lejos, en las fondas de las afueras, en las tabernas de Montrouge y Malakoff.

Volvían a pie entre las sombras, de noche, hablándose bajo. Bluette veía en los cinematógrafos resplandecer con caracteres de llama el luminoso anuncio de su alegre nombre—*Mimí Bluette*—o surgir sobre los muros, en los múltiples carteles de los teatros, su rostro sonriente, entre mazos de flores de lis *Mimí Bluette*.

Le amaba. Con él se volvió pequeña, modesta, humilde como una muchacha de barrio.

A veces miraba con simpatía a aquellas lindas muchachas del barrio cuando pasaban al lado de su novio, y creía comprender la poesía, creía amar con un afecto repentino a aquellas esbeltas muchachas, humildes y bien peinadas, que apresuraban, bajo el vuelo de la modesta faldita, el ligero pie.

¡Mimí Bluette, la rosa de las rosas, la flor de las flo-

res!... ¡Toda aquella ciudad inconmensurable, aquella delirante ciudad del milagro, había pronunciado su nombre!... Ahora, yendo del brazo de su amante, el inmenso rumor de París le parecía una música lejana y casi le oprimía el corazón un modesto temor, un humilde deseo de no ser reconocida.

Mimí Bluette, la bailarina que tenía los más sedosos cabellos y el pie más gentil de Francia; Mimí Bluette, que tenía el alma y los ojos azules como sus flores de lis; Mimí Bluette, la criatura que parecía nacida en un ritmo de música, la extranjera llegada de Ultra-Alpes con su límpido corazón de transalpina, sentía de improviso la alegría de no ser ya nada, de no mirar a nadie al rostro, de no amar más que a él.

Durante dos días y dos noches le entregó inagotablemente su cuerpo, le envolvió en sus enmarañados cabellos, le estrechó entre sus brazos tenaces, se contorsionó con él hasta el delirio, con desesperada felicidad, pareciéndole que cada aspiración de alegría debía dejar en sus facciones una huella de perpetuo goce.

Le dió su fragancia, rociada y violenta; le impregnó de sí misma como una flor que empolva con su polen el tembloroso cáliz que fecunda.

Le hizo sentir con los labios, con el regazo y con su total belleza, que una mujer verdaderamente enamorada es la más embriagadora fuerza de lo infinito.

Le aturdió, como un suavísimo veneno inflama en los ojos limbos de paraíso.

Por fin volvió a su casa, una mañana en que las calles oscilaban ante sus ojos marchitos.

Era una mañana friísima, límpida, casi temblorosa. La ciudad adquiría un color de témpano; las formas de

las cosas, de los hombres, parecían tener un contorno de hielo.

Cuando sus espejos familiares la miraron al rostro, se encontró cambiada. ¡Pobre Bluette! ¡Qué sueño tenía aquella mañana! ¡Qué cansada estaba! ¡Qué feliz era! ¡Pobre Bluette! Hubiera dormido hasta la noche en su amplio lecho; después, se hubiera vuelto con él, de nuevo con él, perdida allá en la lejana calle. Pero la enfurecía un pensamiento único: tener que contestar a quien le preguntase: «¿Dónde has estado?»

Había estado en la felicidad, nada más. Y esto no podía expresarse con palabras.

Pero Linette, la doncella de las medias de *voilé,* no muy severa y también joven, fué la única que lo comprendió por instinto.

Vió sus ojos marchitos, y no dijo nada.

Vió sus trajes ajados, y no dijo nada.

Vió que su cuerpo cansado estaba henchido de una insólita felicidad, y silenciosamente sonrió, porque también ella, con su corazón de veinte años, sabía comprender la poesía de tornar una mañana, ajada y bella, después de dos días de amor.

Cuando ambas estuvieron en el cuarto tocador, Bluette le puso una mano en el hombro, la miró a los ojos y le dijo:

—¡Oh, mi pequeña Linette! ¡Si supieras lo dichosa que soy!...

Entonces dos gruesas lágrimas cayeron de los ojos de Linette.

—Pero ¿estás llorando?

—Sí, señora, lloro. ¡He estado tan inquieta por culpa suya!... No sabía qué hacer. Usted me había respondido: «*Zut!*»

—Es cierto; te dije «*Zut!*» porque no tenía tiempo

para explicarme mejor. Enjuga tus ojos, Linette, y desnúdame.

Estaba a punto de confiarle su secreto, mientras Linette le desataba y quitaba los zapatos, cuando la blonda Catalina entró, en bata de lana, despeinada y gruñona, como están las mujeres maduras antes de someterse a la restauración matinal.

—¡Ah, diantre! ¡Gracias a Dios que estás aquí!

Bluette lanzó un largo, voluptuoso y complicado bostezo, a cuyo término dijo con naturalidad:

—Buenos días, mamita. Te ruego que me mandes preparar un buen café con leche, con los *brioches* calientes, porque tengo hambre.

—¡Ya te voy a dar *brioches!* ¿Puede saberse dónde has estado estos días?

—He estado fuera, mamita; fuera... fuera...

—¿De veras? Y ahora, querida, ¿estarás fresca?

—¿Fresca? ¿Por qué?

—Te advierto que Su Excelencia regresó ayer, mejor dicho, regresó ayer por la mañana. Ha venido aquí lo menos cinco o seis veces. Y pregunta a Linette qué ira de Dios ha habido con el teléfono. Hasta las dos de la mañana, ¿me comprendes? Él, tan cortés, había perdido la cabeza y casi se insolentaba conmigo: «¿Bluette? ¿Bluette?...» ¡Qué sabíamos de Bluette! En suma: quería llamar hasta al jefe de policía.

Bluette se echó a reír con más fuerza, mientras la doncella le quitaba todo, hasta la camisa.

—¿Y aun te ríes? ¡Bonita insolencia! Es una historia que acabará mal.

—Oye, mamita: hazme traer los *brioches*. O, si no, vé tú por ellos, Linette. Me muero de hambre.

—¡Ya! ¡Naturalmente! ¡Cuando se hacen las porquerías que haces tú!...

—Estás un poco loca, querida mamita...

—¿Eso crees?... Ahora, cuando venga Su Excelencia, te convencerás.

—Cuando venga Su Excelencia le dirás que duermo y que necesito que no me despierten.

—¿Eh...? ¡Un cuerno! ¡Decirle que duermes y que necesitas...!

—Sí, que no me despierten por lo menos hasta las cinco; porque estoy cansada, muy cansada, y me importa un pito todo el Ministerio.

—¡Ah...; pero si a ti no te importa, a mí, sí! Y no me resulta que por tus puercos vicios ande en lenguas hasta el decoro de la casa.

—¡Nada menos!

—Sí, eso: el decoro, la posición oficial que ocupamos y la renta mensual que te da. No quiero perderla por tus porquerías, ¿has comprendido? Y cuando venga Su Excelencia, me harás el santísimo favor de levantarte en seguida o, mejor aún, recibirle en la cama, explicándole, con una disculpa plausible, esa linda idea de ausentarte durante dos días sin decir nada a nadie.

Mimí, arreglándose con un ancho peine los enredados cabellos, se puso a canturrear dulcemente:

«Les mains des femmes,
je les proclame,
sont des bijoux
dont je suis fou!»

—¿Has entendido, Mimí?—proseguía la madre—. No me sulfures.

—*...je le proclame...*

—Pero ¿dónde has estado? ¿Puede saberse dónde has estado?

—... *dont je suis fou!... oouu!...*

—¡Canta, canta! Pero debo decirte que una insensata como tú jamás hará carrera.

Bluette dejó caer hacia atrás la gran madeja de sus cabellos, que le llegaban a las rodillas, y empezó a quitar del peine los que se le habían caído.

En aquel momento llegó Linette, llevando en una bandeja el café con leche y los tibios *brioches*. Bluette cogió uno antes de que Linette hubiese preparado el servicio, y, con la boca llena, reía mirando a su madre.

—¡Mira qué buen color!—dijo la rubia Catalina—. Las ojeras te llegan hasta la boca, y estás que parece que vuelves de una misa negra. Si sigues a este paso, quisiera ver cómo estarás a mi edad.

—¿Me encuentras fea, mamita? ¿Sabes lo que he hecho? Nada... He sido buena, buena... En una calle que tú no conoces, en una casa que tú no conoces, con un hombre que tú no conoces... Pero, ¡qué exquisitos *brioches!* Pruébalos tú también, mamina.

Obedeció. Sentóse ante su linda hija, que devoraba los tibios *brioches* untándolos de manteca. En tanto, Linette, con sus ágiles manos, recogía por detrás del respaldo de la butaca aquella madeja de cabellos rubios, y los peinaba suavemente.

—¡Toma, mamita!—le dió medio *brioche* reluciente, bien preparado—. ¿Verdad que son buenos?

—¡Vaya una novedad! Los *brioches* son *brioches*, la manteca, manteca, y tú, ¡una estúpida! ¿Qué hay de extraordinario en comer lo que comemos todas las mañanas?

—¡Eh, Linette, más despacio! El que tenga mucho pelo no es una razón para que me lo arranques a mechones.

—Es que está muy enredado, señora.

—Mil veces te lo he dicho, Bluette; sé menos presumida y hazte la trenza, aunque no te acuestes sola; porque hay hombres que no saben moverse sin apoyar los codos sobre nuestros cabellos.

—¡Pues tú los has conservado, mamina!

—Yo no he hecho nunca las tonterías que haces tú. ¡Perder un ministro por pasar unas horas con un amante... es ridículo!

—Oye, mamita: hazme una confidencia, pero realmente una confidencia sincera... ¿Cuál es el hombre de quien has estado verdaderamente enamorada? ¿El que se apoderó de tu alma y cuerpo apenas le viste?

—¿Yo? ¡Pero qué estúpida! He tenido muchos.

—No, uno: el más fuerte; el que, si piensas en él, tiemblas aún.

La blondísima Catalina suspiró, cerró los ojos para recapacitar; luego se puso seria.

—Fué, si quieres que te lo diga, aquel perdulario a quien permití llegar a ser tu padre. Le quería tanto, que cuando me quedé embarazada de él, ni siquiera tuve el valor de decírselo por no preocuparle, y ni siquiera tuve el de acudir a mi hermana, que, como recordarás, es comadrona,

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó Bluette, mirándola con ojos agrandados.

—Sí, precisamente. Pero, ¿qué te importa ahora el saberlo?

—Nada, mamina. Era una simple curiosidad.

En aquel momento sonó un campanillazo largo e imperioso, con el cual solía distinguir el portero las visitas de Su Excelencia.

La rubia Catalina, atemorizada, se refugió en su propia habitación. Linette, sobrecogida, permaneció con el peine hundido en la cabellera de su ama.

—Pero, Linette, ¿es que estás perdiendo la cabeza? Dame mi bata y vete.

En seguida entro «Él». Traía cara de dictador cejijunto.

—Buenos días, *Excelencia*. Le creía en el Ministerio... ¿Usted aquí?

—Nada de burlas, Bluette. Vengo a saber dónde ha estado estos dos días y quién es el personaje con quien salió el domingo, a las once de la noche, del bar de la Gran Rouquine.

—¡Toma! ¡Ya le han informado! ¡Es admirable!

—Espero una respuesta, Bluette.

—¿Sí? Pues bien: he estado, indudablemente, con ese «personaje».

—*Petite coquine*—exclamó el ministro, acercándose con aire amenazador.

—¿Qué quiere?

—Parece que usted se propone tomarme el pelo, si no me engaño.

—Nada de eso... Le digo la verdad, puesto que me hace preguntas. ¿Prefiere que mienta?

—Quiero saber quién es ese hombre. En cuanto a lo demás, me tiene sin cuidado.

—Eso no le importa, señor ministro. Indudablemente, es un hombre menos grosero que usted.

—¡Hum! ¿Qué dice?

—Pues digo que le ruego, «Excelencia», que me deje en paz.

—Pero... supongo que bromea.

—Nada de eso, no bromeo. Desde esta mañana presento mi dimisión al Ministerio y me retiro a la vida privada.

—¿Habla en serio?

—Forzosamente... puesto que le he engañado. Lo

cual aun sería perdonable si no tuviese la intención de engañarle de nuevo todos los días, y hasta dos veces al día.

—¿Eso es todo lo que me dice para justificarse?

—Eso es todo.

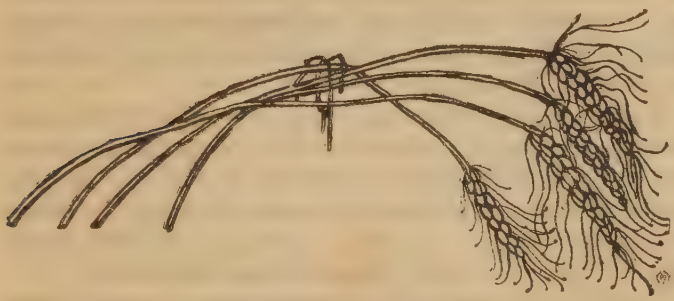
—A fe mía que no lo entiendo.

—Tanto peor para Su Excelencia. Yo tengo tal sueño, que me caigo, y le quedaría muy reconocida si me permitiera acostarme.

—Ya arreglaremos este asunto, Bluette.

—Cuando quiera Su Excelencia.

Era un hombre de Estado; no quiso insistir; salió.



Días de amor.

Soledad perdida y estupenda en medio de la ciudad vibrante de estrépito, en poder de aquel hombre desconocido, ella, con su ramito de flores de lis; pero ya no era Mimí Bluette.

Era una luz fiel en la sombra de su camino.

Desapareció la nieve; llegaron por el cielo transparente las nubes azules de los meses de primavera. Los árboles de los jardines se ornaban, durante el crepúsculo, con una transparencia de oro; en los tiestos de la gente pobre brotaba ya alguna flor, en los alféi-

zares de los cuartos pisos, bajo el alero. De cuando en cuando, sobre el río que cruza la metrópoli, pasaba una oleada azul; bajo los puentes, los presurosos barquichuelos corrían con hilaridad. Las más bellas muchachas de todos los barrios iban por la calle con la garganta desnuda.

Y llegó la primavera.

Sobre la ciudad, grande, rumorosa, declinó su nombre de hetera joven.

Los teatros ya no volvieron a verla resplandecer ante las baterías, sobre las alfombras rociadas de flores de lis, en que bailaba la inimitable danzadora. Ya no volvieron a verla las calles habituales, los hipódromos floridos en los días de primavera, los paseos matinales del Bosque, las reposterías de tarde que se llenan de gente a la hora del té.

Desapareció de las casas de modas, donde los maestros de elegancias reservaban para ella las joyas más raras del ingenio parisino; desapareció de las salas de los espectáculos nocturnos, donde al llegar suscitaba oleadas de alegría, batallas de flores, y en los trinantes violines, las cadencias del antiguo *My Blu*.

Nada logró triunfar de su voluntaria soledad; desapareció como había venido, semejante a un rayo de sol. Desapareció como caen las flores del árbol maduro, en una sola noche, dejando aún en el aire su inextinguible perfume.

Aquella límpida criatura, que fué bella hasta el punto de enamorar a una ciudad, supo llegar a ser bella sólo para un amante. Por él comprendió que toda mujer, cuando se enamora, quita realmente el sello a su intacta virginidad.

Había sido una mujer de placer, espléndida y libre, que se entregaba con la fría pasión, con la fría mímica

de sus danzas; se entregaba, a veces, con una especie de embriagada ilusión, como obedeciendo a la pujanza de su juventud. Mas ahora, de pronto, después de tantos años de vicio, conocía el pudor. Sí, conocía el pudor; quería tender un velo sobre su cuerpo divino, que habían poseído los tálamos y los teatros.

Y se llenaba de tristeza cuando él le decía una palabra que podía aludir a su pasado; porque el hombre jamás consigue comprender esa revirginidad del alma que representa la verdadera y quizá la única pureza.

Se excitaba cuando, en cualquier forma, volvía a reflejarse sobre sus conversaciones la historia de Mimí Bluette.

Nunca había sido muchacha; ahora llegaba a serlo. Ahora comprendía perfectamente el valor del velo blanco de las desposadas que se arrodillan ante el altar. Sobre el esplendor de sus cabellos no hubiera soportado el peso de aquella blanca transparencia; sin embargo, la consideraba como una poesía, como un candor de aquel sentimiento que había empezado a nacer en su alma.

Después de haber tenido a sus pies la ciudad más temible, ahora le gustaba inmensamente convertirse en una pequeña esclava. Se complacía en ocultarse, en sustraer a las miradas de la gente su tímida felicidad, en perderse entre la multitud desconocida, donde no se levantaba ni un susurro tras el surco de perfume que dejaba al pasar Mimí Bluette.

Su cuerpo, al danzar, al moverse, había representado el placer, había transmitido la voluptuosidad a los ojos, a los múltiples amores que la seguían. Había sido paganamente la belleza, la culpable, pero sagrada desnudez, donde todo deseo puede aplacarse; su cuerpo casi había sido una viva obra de arte, una gloria fugaz

de la ciudad voluptuosa. Y de pronto pensaba que no había danzado nunca, que no había sentido nunca ascender desde las salas tumultuosas el turbulento, impúdico, beso de la muchedumbre, que embriaga y exaspera; el beso tentacular de la multitud, que envuelve y agota.

Las flores de lis de Mimi Bluette volvían a ser lo que son en realidad: flores de sencillez escondidas en el trigo.

Ni siquiera sabía quién era aquel hombre. Se le había regalado la terrible ciudad resplandeciente, en una noche de embriaguez y de música. Sus brazos le habían estrechado con ímpetu sin preguntarle: «¿Quién eres?»

¿Quién era? Nadie, casi nadie; una abstracción realmente indefinible, realmente sencilla: el amor.

París le había prestado su verdadera hermosura; París la había enseñado a danzar, le había prodigado riquezas, la había sumergido, como un límpido cáliz, en su gran manantial de placer; París le había regalado con naturalidad la apoteosis, y ahora le imponía el amor.

Las ciudades estupendas nunca regalan nada desinteresadamente, ni aun a los emperadores.

Aquel hombre había cruzado el mundo, llevaba en

su corazón de nómada el polvo de todos los caminos. A través de toda la tierra, henchida de milagros, había arrastrado a la ventura su apesadumbrado espíritu de vagabundo.

En realidad, nadie sabía quién era aquel hombre. Quizá él mismo no lo recordaba. Había perdido su patria, perdido esas indefinibles apariencias que hacen que los hombres se asemejen a la tierra donde nacieron. La marea de todos los mares había petrificado una ola en su corazón; el sol había brillado en sus firmes ojos con el color de todos los arco iris.

Estaba cansado; tenía una oscura conciencia de haber llegado al término de su camino. En él se veía el declinar del alma, como en la concha de una fuente se ve surgir la oscuridad. Había llegado a Mimí, a través de una vida casi trágica, quizá ambigua, quizá airada. Aquel hombre llevaba consigo algún secreto, del cual no podía triunfar ni aun el amor.

Respecto a él circulaban mil patrañas, pues doquiera que pase el hombre no puede menos de soportar una definición. En torno del extranjero siempre hay un prójimo vigilante que siente necesidad de conocer su historia. Si un hombre carece de historia o no quiere contarla, ese prójimo la inventa. Se decía que era un aventurero, un desterrado; que una mujer trágica le había envuelto, hacia años, en un proceso clamoroso. La gran muchedumbre parisiense, que no olvida a nadie, recordaba haberle visto otras veces aparecer y desaparecer en el borrascoso dédalo de su vida. Pero era de esos hombres que tienen por contorno la sombra.

Había pasado por allí, por aquellas calles, con una mujer extraordinariamente bella, más incógnita y misteriosa que él. Quizá una hermana o una cómplice;

quizá una víctima, un ama o una amante. También se había dicho que era un espía político, un secreto agente de comités revolucionarios; se había afirmado, en fin, que era un oficial palatino, perseguido por celos imperiales.

De boca en boca le habían hecho ejercer todas esas profesiones que no es lícito escribir en la propia tarjeta. El, quizá, no era nada de esto. Sólo venía de lejos. Esta lejanía estaba contenida en sus movimientos, expresada en el color de sus ojos, vibrante en las resonancias de su voz. Venía de todo lo que en el mundo se llama «lejos».

Era un disperso de la gran multitud que se agrupa en torno a la sociedad constituída, un desterrado de los sentimientos que constituyen la historia de todos, un cansado y taciturno aventurero que llevaba en sí mismo, como único recuerdo, el polvo del gran camino.

Quizá tenía una casa en algún país remoto, y una mujer paciente que le esperaba todas las noches en alguna lejana ciudad.

Quizá en las profundas noches también él lloraba de melancolía y de remordimiento, pensando en la distancia intransitable que le separaba de su vida.

Era un hombre hermosísimo, fuerte, enjuto, rápido. En su rostro escrutador se adivinaba que en otro tiempo había existido la serenidad. Ahora su sonrisa no encontraba los pliegues adecuados entre las rebeldes facciones, y con sólo iniciarse parecía forzarle a un insólito trabajo. Su vida era modesta, casi pobre, con repentinas liberalidades. Nunca juzgaba de nada. Jamás decía: «Eso está bien; eso está mal»; pero en cambio hablaba de todo como un espectador frío y cansado.

Se comprendía que había en él una especie de cólera reprimida, una especie de opaco dolor, de inmóvil rebelión, que ya no le atormentaba. Lo único que parecía volver a prestarle un alma era realmente Bluette. Quizá le había confesado la verdad la primera noche al decirle: ... *vous êtes ma dernière coupe de champagne, mon dernier bouquet de roses... quelle folie!...*

Verdaderamente, ¡qué locura encerrar aquella hermosa criatura joven, perfumada, embriagadora, en su corazón terrible de hombre a quien ya no le queda ningún camino! Verdaderamente, ¡qué locura para ambos aquel amor que los oprimía con una especie de alegría funesta, de turbulenta y medrosa felicidad, cual si caminasen juntos hacia la sima y el vértigo de un peligro distante!...

Alguna vez, oyéndole hablar con su voz grave y sonora, producía la impresión de un hombre que hubiera metido en un saco su propia alma y fuese a ofrecerla por dos cuartos al primer trapero de la calle. Quizá era un ser que había valuado bien el sentimiento de la palabra «vivir».

Por esto era un hombre perdido.

Cuando para los demás, de cada fosa, de cada estercolero, surgían auroras, para él, sobre la tierra infinita, sobre las infinitas ilusiones de los hombres, había declinado para siempre, ¡para siempre!, la poesía.

Hablaba de ordinario con tranquila y fría hilaridad; miraba a los hombres sin amarlos, sin odiarlos; escuchaba con indulgencia sus enormes tragedias fútiles; perdonaba sin bondad sus miserables pecados; ya no deseaba ni tener ingenio, y consideraba como un engañoso juego de paciencia el enorme trabajo mental que derrochan los hombres para dar un sentido importante a esta vida que no lo tiene.

Quién sabe dónde, quién sabe cuándo, había recibido en pleno corazón un choque brutal, como una puñalada dada con un estilete por los hombres o por la fortuita borrasca de los acontecimientos, y luego había empezado a caminar, a caminar por la ancha tierra, oculto en una equívoca sombra, en un ambiguo misterio que excitaba la curiosidad de las gentes.

Vió en el aire denso de los crepúsculos, cuando las estupendas ciudades se alzan como islas de lo infinito, las locomotoras, envueltas en nubes, hundirse resoplando bajo las fuliginosas marquesinas de las estaciones. Vió—en las límpidas mañanas, cuando la tierra, ya próxima al navegante, no es más que una franja de humo en el temblor del sol—resplandecer de pronto el puerto bajo la transparente montaña, avanzar la tierra contra la proa como una apoteosis de lo infinito.

Y vió nacer los ríos, los tumultuosos ríos bárbaros que descienden rebotando sobre el granito inaccesible, henchidos por el lejano estuario; y vió los gigantescos Alpes correr sobre los continentes como oleadas de peñascos, elevarse después poco a poco, agotando su fuerza ciclópea, disminuir en vastas zonas montuosas habitadas por los árboles, habitadas por los hombres, y, al fin, perezosos, tenderse casi adormecidos sobre la tierra surcada de colinas, donde crecen flamantes mieses y donde, una en pos de otra, se persiguen sobre la pendiente de los Alpes caídos las victoriosas ciudades...

Tenía todo lo que en el mundo tiene por nombre «lejos».

Como navegante de océanos, llevaba en el alma, henchida de espacio, el amor de la estrella más lejana.

Era un hombre desterrado de todas partes, un nómada a quien ya no le quedaba camino.

Su Excelencia entró en el despacho con un paso de primer cónsul victorioso, y tres o cuatro veces seguidas apoyó el índice sobre el botón del timbre de la mesa. Aun no se había difundido entre las cuatro paredes la sonora furia del diminuto badajo, cuando el barbudo y panzudo relieve de un condecorado secretario se encajaba con obesidad en el hueco de la puerta.

—Vamos, monsieur Pétimel... Ya podía estar aquí cuando vengo.

—Los timbres corren más que los pies del hombre, señor ministro.

—Y usted es siempre un implacable sofista, monsieur Pétimel. Hágame gracia de su verbosidad y llame por teléfono a ese idiota de jefe de policía para preguntarle si quiere tener la amabilidad de venir aquí in-me-dia-ta-men-te. ¿Me entiende usted, monsieur Pétimel? Dígale que venga a galope tendido.

—El jefe de seguridad de París espera hace casi media hora. Estaba a punto de irse, cuando he reconocido, a través de la plaza, la bocina ministerial del *limousine* de Su Excelencia.

—En efecto, monsieur Pétimel, he venido a pie, y no por la plaza. Pero cese de ensordecerme las orejas con su horripilante voz, y haga pasar a ese amable monsieur Ardouin.

—En ese caso hay que convenir en que las bocinas

de automóvil se parecen como dos gotas de agua... En cuanto a monsieur Ardouin, he hecho bien en retenerle.

—Ha hecho bien, monsieur Pétimel..., y que el diablo cargue con usted.

Tal era la despedida que obtenía generalmente el metafórico secretario Pétimel, condecorado con la Legión de Honor.

Poco después entró el jefe de Seguridad, hombre de aspecto seco y neurasténico, que hacía pasear continuamente entre los labios un resto de palillo, y que al sonreír fruncía las arrugas del rostro con una mueca especial, cual si tuviese picor en los pómulos.

—Buenos días, monsieur Ardouin. Es usted muy amable por haber venido —dijo el ministro con afabilidad—. Le ruego que se siente.

—Desgraciadamente, señor ministro, no tengo nada importante que comunicarle.

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Todavía no?

—Todavía no.

Naturalmente, como jefe de policía, el irritable monsieur Ardouin no se preocupaba ni en sueños del orden, de las buenas costumbres, ni de la seguridad pública parisiense. Los ladrones, los malhechores, los sátiros, los tahures y los encubridores de prostitutas eran precisamente los que justificaban la razón de ser de sus funciones de jefe de policía, y, por lo tanto, seguardaba bien de mover un dedo para impedir que estas buenas gentes se dedicasen con toda comodidad a su dichoso tráfico.

Para el jefe de policía—como, en general, para todo funcionario del Estado—el ciudadano de menos importancia es el que no sirve para nada y del que no se habla siquiera, es decir, el hombre honrado. Casi parece

un a injusticia; pero cuando se piensa que los ciudadadanos honrados están, poco más o menos, en la proporción del uno por ciento, se comprende que no es posible sacrificar a la comunidad en bien de tan exigua minoría.

Por lo tanto, el jefe de seguridad tiene ocupaciones muy diferentes a la de pisar los talones de los malhechores o desenredar aceleradamente los novelescos enigmas de los crímenes pasionales, que, en tanto, sirven admirablemente para llenar las timoratas columnas de los periódicos cotidianos. En todo caso, de esas pequeñeces se ocupa en los ratos perdidos.

Lo que debe hacer, ante todo, un buen jefe de policía es obedecer ciegamente las órdenes políticas que recibe de su ministerio; después, proporcionar informes secretos por cuenta de los grandes establecimientos bancarios; estar en óptimas relaciones con los jefes de las sociedades proletarias; secundar la justicia, en la medida y el modo que a la justicia le conviene; impedir o provocar un determinado escándalo, una determinada manifestación de la voluntad popular; hacer coincidir los resultados de una pesquisa con el éxito previamente establecido; hacer que la ley sea respetada por quien debe respetarla, o burlada por quien tenga permiso para burlarse de ella; y, en último extremo, procurar que los ladrones, los asesinos y los ofensores de la moral pública no excedan del número que las estadísticas conceden para el consumo de una gran ciudad.

Porque es de todos conocido que el cálculo estadístico va llegando a ser la piedra filosofal de la ciencia moderna.

No es, pues, una profesión fácil la de jefe de policía. Nótese, además, que también el amor de los ministros,

grandes duques, príncipes de la sangre, parlamentarios y huéspedes conspicuos, está, generalmente, confiado a la celosa vigilancia del jefe de seguridad.

Por esto no se asombrará nadie de que, entre tantos accesorios quebraderos de cabeza, le quede poquísimo tiempo para ocuparse de su profesión.

Este era precisamente el caso del irascible monsieur Ardouin, a quien Su Excelencia llamó precipitadamente a su despacho la famosa mañana en que Bluette le presentó su dimisión ministerial.

—¿Quiere hacerme un favor, monsieur Ardouin?—le preguntó el ministro con insólita cortesía.

—A sus órdenes, señor ministro.

—Se trata de un asunto privado, pero que, indudablemente, puede relacionarse con los intereses de la República.

Cuando un ministro hablaba de «los intereses de la República», monsieur Ardouin sabía, sin más explicación, a qué atenerse. Contestó, por lo tanto, con su voz henchida de respetuoso malhumor:

—Haré cuanto pueda serle agradable, señor ministro.

—Pues bien, amigo mío, es muy sencillo. Cierto individuo, de conducta muy sospechosa, respira actualmente el aire de París. Usted hallará medio para que ponga pies en polvorosa.

—Yo le trinco—dijo con catilinaria elocuencia el jefe de policía.

—Despacio—corrigió con diplomático aplomo el glorioso ministro de Agricultura y Comercio—. Despacio, querido monsieur Ardouin. La medida debe adoptarse de acuerdo con la Justicia, porque todo abuso es siempre perjudicial.

—Eso se comprende, señor ministro. Hágame el favor de decirme el nombre de ese individuo.

—Eso es lo que ignoro por ahora.

—En ese caso, yo se lo diré. Se llama, o se hace llamar, Hilario Castillo, y durante tres días y tres noches ha sido el capricho de la bellísima bailarina Mimí Bluette.

Era un modo gracioso, pero enérgico, de hacer notar al ministro su condición de excelencia cornuda. En realidad, como jefe de policía no hacía más que cumplir con un estricto deber.

—¿Castillo... dice usted? Sí, sí; eso es, Castillo; eso es — repetía el ministro, no sabiendo qué actitud adoptar.

Después terminó como hombre de ingenio:

—En fin..., no seré ni el primero ni el último, ¿verdad, monsieur Ardouin?

—Es lo corriente, señor ministro.

—Bien, le confío este asunto; pero deseo que se proceda de un modo legal y suavemente, para evitar que se divulgue.

—Cuente conmigo, señor ministro.

Mas, a pesar de la conjura de un ministro y un jefe de policía, el supuesto Castillo seguía domiciliado y libre en París. Era la tercera vez que el lunático Ardouin, presentándose en el despacho de Su Excelencia, le declaraba, con una especie de maligna satisfacción, que faltaban los requisitos necesarios para echar legalmente al *indeseable* Castillo.

—¿Qué quiere, señor ministro? Tenemos en los archivos un legajo de los más novelescos, concerniente a este personaje; pero me vería muy apurado para decirle qué es lo que ha hecho en realidad.

—¿Es posible?

—Como se lo digo, señor ministro. Está fichado por todas las policías del mundo, pero nada positivo existe

contra él, y Scotland Yard no está mejor informado que la policía de Berlin o la *Questura* de Roma. Hace años que se le vigila; pero bien lo sabe, señor ministro: nadie es más irreprochable que un hombre vigilado.

—Vamos, monsieur Ardouin; creo que bromea usted.

—Nunca me lo permitiría, señor ministro.

—¡Pardiez! Usted está obligado a saber quién es, de dónde viene, cuál es su oficio y de dónde saca sus recursos.

—Aun a costa de perder mi cargo no podría responder a ninguna de esas preguntas. Hace años que se pasea por el mundo, haciendo, poco más o menos, en todas partes lo que hace en París.

—¿O sea?

—O sea: absolutamente nada. Husmea..., se diría que husmea el ambiente; pero sus actos, sus relaciones, su correspondencia, nada tienen de comprometedor. Le he hecho seguir durante semanas enteras; actualmente puedo asegurarle que no se ocupa más que de la señorita Bluette.

—¡Ah!...

—Hace cuatro días cobró un *chèque* de tres mil setecientos veinticinco francos en el «Crédito Lionés». Procedía de Varsovia y había sido girado por un tal Louwoievich. Ese Louwoevich es un comerciante de muebles; pero, como usted ve, esto no es una pista importante.

—¿Y eso es todo lo que puede decirme de él?

—¡Ay! Eso es todo..., bien a pesar mío. Ya le he dicho que hace cinco años se le creyó el mal espíritu del proceso de la baronesa d'Elsoën; pero fué absuelto prontamente, y desde entonces este hombre ha hecho viajes por mar.

—¡Muy bien!—exclamó el ministro con voz tétrica.

—Yo mismo he intentado obtener confidencias de la señorita Bluette. Le he enviado una encajera, muy hábil en este género de sondeos, y puedo asegurarle que la señorita Bluette no sabe una palabra más que nosotros.

—¡Muy bien!—repitió el ministro con voz aun más tétrica.

—Y, en fin—concluyó el jefe de seguridad—, insisto en mi primera opinión: si usted quiere, yo le trinco, y le expulso por razón de Estado.

Era una sutilísima ironía, casi un opaco sarcasmo en la boca burocrática del escrupuloso monsieur Ardouin.

—No—respondió furioso el ministro de Agricultura y Comercio—. Que el señor Castillo vaya a hacerse ahorcar adonde quiera. Y Bluette también. Personalmente, no deseo más que el camino recto. La legalidad, ante todo.

—Muy bien, señor ministro. Sin embargo, cuando le convenga, le trincaré.

—Pues bien, monsieur Ardouin: ¿quiere usted creerme? Se produce en mí un fenómeno psicológico. Desde que nos ocupamos de ese señor Castillo se me ha hecho simpático y casi siento impulsos de nombrarle jefe de cualquier cosa en el ministerio.

—No vaya a nombrarle jefe de seguridad, porque yo perdería mi puesto, lo cual me pondría de muy mal humor, Excelencia—dijo, lanzándole un dardo monárquico, el jefe de la policía republicana.

En aquel momento la venturosa Francia pagaba, con escrupulosa puntualidad, sus impuestos gubernativos.

—¡Si finge usted no reconocerme, *Bliouette, that is not right!*

Bluette, que aceleraba el paso creyendo tener que habérselas con un perseguidor callejero, se detuvo delante de un escaparate y permaneció algunos momentos mirándole fijamente al rostro.

—¡Toma! ¿Eres tú?

—*Yes!* Soy yo.

Al verle, casi se le llenaron de lágrimas los ojos.

—*Oh, mon brave Jack!...*

—*My dear Bliouette!...*

Y permanecieron algunos instantes con las manos unidas, sin hablar. Después, ella recuperó la voz para preguntarle:

—¿Qué haces aquí, Jack?

—Bailo en Marigny, con dos compañeras americanas.

—¡Anda, pues no lo sabía!

—*Yes.* Me han dicho que ha dejado usted el teatro y que, según parece, se ha vuelto un poco *foolish.*

—Sí; indudablemente, estoy un poco loca. Pero me alegro de estarlo. Ven, sigamos.

Se cogió de su brazo, como años antes, y echaron a andar.

En las nocturnas aceras de París, la inmensa muchedumbre se renovaba con alegre alboroto; la nube de electricidad, suspendida en el aire, arrancaba de los rostros de los transeuntes una especie de blanco fulgor, semejante al relampagueo fosfórico que producen los escaparates de perlas falsas.

—*Mon brave* Jack, no puedes figurarte lo que me alegro de volver a verte.

—Y también yo. *I have never forgotten, My Blu.*

—My Blu está muerta actualmente—repuso Bluette con ligera y sonriente melancolía.

—Entonces, ¿es cierto que ya no baila?

—Sí, es cierto, Jack. Mas esto, a pesar de todo, me causa pena.

—¿Sí? ¿Le causa pena?... ¡Muy bien! Supongo que no será por largo tiempo, *Blioueffe*.

—¡Dios lo sabe!... Ahora me parece que será para siempre.

—¡Qué tontería!—interrumpió el americano encogiendo sus anchos hombros—. Eso nunca es para siempre.

—Tuvieron que detenerse detrás de un seto formado por la muchedumbre. Una cuádruple fila de automóviles obstruía la encrucijada; enjambres de vendedores de periódicos corrían entre los motores pregonando las noticias de los diarios recién publicados. En el haz profundo de las calles opuestas se veía, a lo lejos, resplandecer, como larguísimos canales de llamas, los escaparates centelleantes.

Bluette, apoyada en su brazo, caminaba silenciosa, recogida en sí misma, cual si el rumor de la calle fuese la música de una de las danzas que habían bailado jun-

tos. Al lado de aquel honrado y sencillo americano, creía volver a ser, como en otro tiempo, la bailarina de París, Mimí Bluette.

Al fin consiguieron cruzar la calle. Mimí exclamó:

—¿Ves, Jack? Volvemos a encontrarnos... Pero no somos los mismos...

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—Todo, *mon brave* Jack: los ojos y el corazón.

—Me han dicho que usted ha tenido mucha suerte desde que nos separamos.

—Sí, mucha suerte. He llegado a ser muy rica. ¿Y tú?

—Gano bastante. He comprado en los Estados Unidos una pequeña propiedad para mi anciana madre.

—¡Eres un buen muchacho, Jack; un buen muchacho!

—¡Oh!... ¡Si es muy sencillo! Los bailarines americanos son a veces gentes bien educadas.

—No es tan sencillo; he conocido a algunos que eran unos granujas.

—*All right*; también yo.

—Mira, Jack, cuando estoy contigo me parece que estoy con un hermano. Eso me conforta el corazón.

—También a mí.

—Entonces, la próxima vez te contaré muchas cosas que no cuento a nadie.

—Como quiera, My Blu.

—Sí; porque si te las dijera en seguida parecería que no me ocupo más que de mí, lo cual no es correcto. Sólo te preguntaré una cosa: ¿Me encuentras tan bonita como antes?

—*Yes*, muy bonita.

—¿Cómo siempre?

—Lo mismo. Sólo que, de primera intención, nadie

diría al verla: he ahí una bailarina. Y eso ¡es una lástima!

—¡Diablo!... Pero ¿en qué consiste que hablas el francés menos bárbaramente que antes?

—Usted se burla siempre de mí, *Bliouette*.

—Nada de eso. Lo he notado.

—Bien, sí. Me lo ha enseñado una miss del Canadá.

—*Fichtre!* ¿Una miss bailarina?

—Sí, por cierto.

—Muy *chic*. Entonces, ¿estás enamorado?

—¿Enamorado?

—Sí. Eso puede ocurrirle a todo el mundo.

—Eso no sucede más que una vez... Pero bien sabe usted que eso ha parecido ridículo. Si usted no lo hubiera encontrado ridículo, ambos tendríamos hoy nuestro *home* en los Estados Unidos, cerca de mi anciana madre. Pero seguiríamos bailando, puesto que nuestra naturaleza está hecha para bailar.

—¿Eso crees, Jack? ¿Crees realmente que nuestra naturaleza está hecha para bailar? ¿También la mía?

—Absolutamente, *Bliouette*. Su cuerpo de danzarina no ha nacido más que para seguir una música, y todo lo que intente en otro sentido, nunca podrá tener éxito.

—Siempre te lo he dicho, *mon brave* Jack: tienes mucho corazón, pero no eres inteligente. Por eso cuando hablas siempre dices tonterías.

—*Quite right. Voilà My Blu!*

—Sí, tonterías. Y no debes expresarte más que con monosílabos. Entonces eres admirable.

—Jack se echó a reír; sus bellísimos dientes resplandecieron.

—Jack...

—¿My Blu?

—Estoy muy a gusto contigo.

—Es porque he sido su compañero de baile. Le enseñé *mon temps*. Y este tiempo es una especie de complicado mecanismo muy difícil de olvidar.

—Tal vez sea por eso, Jack. Dices a veces cosas muy profundas. Lo cual sólo sucede cuando no se es inteligente. En fin, dime: ¿tienes danzas nuevas?

—Sí que las tengo.

—Desearía que me las enseñases.

—Si quiere...

—Ven a mi casa mañana a las cuatro. Charlaremos. Ahora te dejo.

—¿Me deja usted? ¡Oh!... ¡Ya me deja usted!

—Sin duda. No vamos a cruzar París de este modo. Al paso que vamos tardaríamos media hora larga...

—Ya lo veo.

—¿Qué es lo que ves? ¿Qué es lo que ves, Jack, con esos ojos de pescado frito?

—Veo, *Bliouette*, que me han contado la verdad a decirme: «Está enamorada como una histérica, y para ella todos estamos muertos y enterrados.»

—Hay exageración en lo del entierro... Pero es verdad que le amo.

—¿Usted le ama?... ¿Sí?... ¿Con verdadero amor? —preguntó, mirándola fijamente con ojos agrandados e inmóviles...

—Más que con amor, Jack... ¡Le amo con locura! Por él me he convertido en lo que la mujer no es más que una vez en la vida: en una cosa suya... Jack, tú eres mi hermano; es preciso que te diga la verdad.

Él bajó la cabeza y no replicó. Parecía que en su perfil rectilíneo se esculpía un dolor inmóvil, una especie de resignada melancolía.

La calle centelleante marchaba al encuentro de las nubes descendentes. Sobre el dédalo de su movimiento descargaba el alma eléctrica de la muchedumbre y abrasaba como un corto circuito.

Ella se apretó nuevamente contra su brazo, que había soltado, y repitió con dulzura:

—Sí; tú eres mi hermano, Jack..., y no debes ofenderte porque yo le quiera...

—Hay que ser dichoso, *Blioutte*. Eso es lo importante... Lo demás sólo es una comedia.

—Sí, tienes razón: lo demás sólo es una farsa. Pero yo no soy dichosa... Y, mira, te lo digo a ti, Jack, porque eres mi hermano...

Hacía algún tiempo que la blonda Catalina padecía la nostalgia de rehacer un asalto con el óptimo florete de su maestro de esgrima. Al mismo tiempo, ardía en deseos de volver, durante algunos meses, a Italia para hacerse la parisina.

Sus tiernos vínculos con Mauricio, mayordomo impecable, se habían aflojado gradualmente por la única razón de que al diligente «maestro de casa», ya muy canoso cuando empezó a prepararle aquellas famosas tazas de manzanilla, se le había vuelto el pelo casi blanco.

Ella, que, por el contrario, seguía siendo con pertina-

cia rojo-blonda, gracias a los milagros de la Academia de Belleza, no podía mostrarse indulgente con aquella nevada, y la cabellera de sarraceno de su gallardo maestro de esgrima refulgía más que nunca en su ardiente pensamiento. La idea de que la viesen sus amistades lombardas, aparisinada como una *canzonetta* napolitana puesta en boga por los violines de Montmartre; la idea de asombrar a toda la clientela de su hermana—integérrima comadrona con título—por sus ricos trajes, por sus abrigos y por las pieles que le había regalado Bluette; la tentación de intercalar charlando con aquellos provincianos algunos giros franceses entre los dialectos hablados con lentas cantilenas. allá, en el dulcísimo valle del Po, todo esto reunido le produjo tal impaciencia de volver a cruzar los Alpes, que ya París le disgustaba tanto como el encanecido mayordomo.

Además, como buena madre no quería seguir presenciando las locuras de Bluette, loca de atar según ella... Y, además, con tal geniazo, que ya no era posible hacerle ni la más pequeña observación.

Desde que estaba empringada con aquel maldito Castillo, celoso como un turco y, de seguro, más fullero que el amable señor d'Olonzac, no había modo de hacerla entrar en razón.

Bien: que hiciese por cuenta propia la tontuela sentimental. En cuanto a ella, por no presenciar semejantes desdichas, cerraba sus baúles y se marchaba. ¡Dejar a un ministro para enamorarse de aquel individuo que, hasta ahora, no le había mandado ni un triste ramo de claveles, era una idea tan boba que, para ponerla en práctica, realmente era preciso llamarse Mimí Bluettel ¡Dichosa hijita! ¿Por qué no había de mandarle al diablo con sus pretensiones de gran turco? ¿Amor?... Pero

¡qué amor! «Ese, ¿quieres que te lo diga?, ese te abandona en mitad de la calle y vuelve a marcharse por el mundo, dejándote con un palmo de narices.»

Al oír tales discursos, Bluette la miraba blanca de furor. Deseaba contestarle una grandísima insolencia, de esas que se estilan en los escenarios...; pero no se atrevía porque era su madre.

—Oye—le respondía—, sólo te pido una cosa: que no te ocupes de mis actos. Manda, marimangonea, pon lo de arriba abajo, ordena y desordena cuanto se te antoje. Únicamente no te ocupes de mis asuntos.

—Pero, ¿no comprendes que te arruinas, hijita?

—Si me arruino, peor para mí. Será que mi placer consiste en arruinarme. ¿A ti qué te importa?

—¡Muy bien! Entonces, me voy.

—¿Acaso te he pedido que te quedes? No lo creo. Al contrario, te he dicho: haz un bonito viaje a Italia, mamita. Yo te mandaré todo el dinero que necesites, todos los muebles que te gusten... Si quieres llevarte hasta a Mauricio, te lo regalo... En vista de ello, ¿por qué no te vas?

—Te juro, Mimí, que, si aún conservases a tu ministro, es decir, si todo estuviese en orden como antes, no esperaría a mañana para irme. Sé buena, Mimí; telefonéale... Verás cómo vuelve al instante.

—No te preocupes. ¡Hay tantos ministros!... Cuando quisiera intervenir en el Gobierno de Francia, encontraría otro.

—¡He aquí la ingenua! Ella cree...

—No creo nada. Pero te ruego, te suplico que me dejes en paz. Si no, ¿sabes lo que haré? Irme de hecho a vivir con mi amante a su casa, y no volveréis a verme.

—¡Oh, para lo que estás aquí! Vienes a mudarte, y escapas. Es una linda manera de estar en tu casa.

—Quizás. Pero es la manera que me gusta. Así te quedas de ama. ¡Y aun te lamentas!

—Ya comprenderás que me aburro, chiquilla mía. No hay nada que hacer de la mañana a la noche en este bendito París. Por eso os enamoráis como estúpidas.

Bluette sonrió al oír tan extraordinaria opinión.

—¿Y de qué os enamoráis?—insistía la rubia Catalina—. Del más despreciable de todos los que tenéis a mano. ¿Y qué encontráis en ello de fatal? ¡Dios lo sabe!

Hizo una pausa, y, humedeciendo en el labio superior los pulpejos de los índices, se alisó cuidadosamente los largos arcos de las cejas. Después exhaló de su clásico seno un gran suspiro, equivalente a la experiencia de toda una vida, y terminó:

—¡Ay, hijita!... ¡Es una verdadera lástima que no puedas prestarme tu edad por quince días! Te enseñaría cómo se emplea la juventud y lo que supone llamarse Mimí Bluette.

—¿Has sido tú quien me ha hecho llegar a ser lo que soy?

—Ha sido la suerte, monina; nada más que la suerte, y tú la derrochas. El día que llegaste a París, lo mismo podías acabar en las casas de Montmartre que llegar a ser Mimí Bluette. Has sido Mimí Bluette, pero no creas que lo has sido por ti misma. Es la suerte, preciosa; nada más que la suerte.

—¿Pues entonces?—preguntó Bluette sin protestar.

—Entonces, ya que no te ha costado ningún trabajo obtener sus favores, haz siquiera algo para impedir que te abandone.

—¿Sabes lo que voy a hacer por de pronto?

—No lo sé; pero, seguramente, una tontería.

—Ahora salgo, voy a Cook, te compro un billete,

fijo tu sitio en el *sleeping*, y dentro de un par de días, tú, mamita, te marchas. ¿Estamos de acuerdo?

Los ojos lejanos del maestro de esgrima triunfaron del amor materno y la indujeron a decir que sí. Pero después la asaltó un pensamiento, y añadió:

—Mira, Bluette: Si fueses una muchacha razonable, tomarías dos billetes, dos sitios en el *sleeping*, y dentro de un par de días vendrías conmigo a Italia. No sabes el bien que haría a tu espíritu una bocanada del aire de tu país.

—¿Mi país? ¡Pero si mi país es éste! Ni aun me acuerdo de haber tenido otro.

—¡Qué horror! Crees parecerte a esta gente; pero, en realidad, tienes un alma tan parisina como la mía. He aquí por qué siento miedo cuando me dices: «Estoy enamorada.» Si me lo dijese una de ellas..., ¡pchs!, no sería nada grave. Ellas son más inteligentes, más razonables, y siempre es otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué?

—Nada... Sería un amor, pero otro amor. Más fuerte si quieres, más importante, pero siempre un amor de París, o sea con un poco de todo, como la *bouillabaisse*.

Bluette se echó a reír, mientras la blonda Catalina continuaba:

—Te digo la verdad, Bluette. Ya que has hecho fortuna, ya que has exprimido como un limón a esta ciudad peligrosa y te has apropiado todo el placer que podía darte, ya que aun se acuerdan de ti como de un rayo de sol, yo, en tu lugar, haría una cosa muy sencilla, muy hábil: desaparecería.

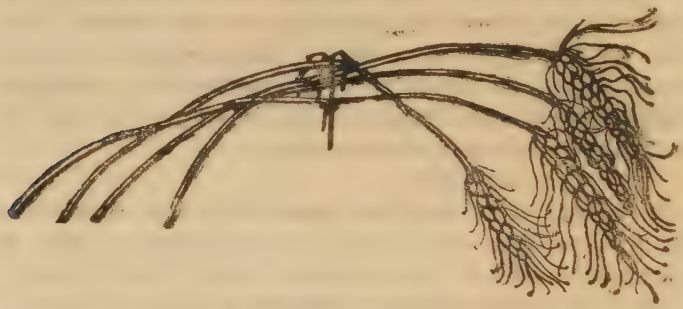
—¿De veras?

—Sí, de veras. Es una ciudad que, el mejor día, se venga. Has tenido suerte; dale las gracias y volvamos a casa. Soy casi una ignorante, pero te aseguro que no

me equivoco. El aire está envenenado aquí; al menos para nosotras, está envenenado. La fortuna, en París, es como el dinero ganado a la ruleta: jamás se consigue sacarlo fuera de la sala.

—¡Qué extravagancias dices, mamita!

—¿Extravagancias?... Haz lo que quieras. Recuerda únicamente que tu madre te lo ha dicho. Por mi parte, estoy contentísima de volver a mi casa, y si quieres encargar un puesto en el *sleeping*, te ruego lo elijas de modo que esté en la planta baja, porque me acuerdo que, al venir hacia acá, me pusieron cerca del techo, y no pude cerrar los ojos desde el Simplón hasta aquí...



—Sí, Jack; me ama, pero jamás ha consentido en poner los pies aquí; me ama, pero no conozco su verdadero nombre; me ama, pero jamás me ha dicho lo que será de nosotros la semana que viene.

—¡Pobre *Blioueltel* Me causa pena...

—Te equivocas, Jack. Al contrario: le estoy reconocida. Me embriaga. Es mi morfina, mi frasco de éter. Si mañana me propusiera, por ejemplo, matarme con él, en su cuartito..., lo haría, Jack. Lo haría casi sonriente, sin que me temblase el corazón...

—*All right*, *Blioueltel* Eso se llama una brutalidad.

—Jack, llámalo como quieras. De todos modos, es amor. Es algo que yo ignoraba antes de conocerle.

—Me han dicho que le encontró en el bar de la Gran Rouquine.

—Sí, en el bar de la Gran Rouquine; una noche de nieve.

—*Ahô!...*, una noche de nieve... *It must have beeb very splendid!*

—¿Por qué dices *ahô?...* Eso no existe en el Diccionario, y, además, es tan yanqui, que me horripila. ¿Te molesta que haya sido en una noche de nieve?

—Me molesta que mi danzarina de otro tiempo pierda la cabeza por uno de esos desconocidos que se arrastran en el bar de la Gran Rouquine.

—¡Tonto!... ¡Oh, perdón..., quise decir *flûte!*

—*Flûte ou pas flûte*, ese hombre no es el que le conviene, aun teniendo ganas de enamorarse.

—Escucha, Jack. Ante todo, te ruego que no pongas las suelas sobre mis almohadones de terciopelo, porque los estropeas, y que no atormentes a ese cojín, que no te ha hecho daño... Prefiero que fumes la pipa. Después...

—*Yes? You permit?*

—Sí, *je permit;* apéstame la casa todo lo que quieras. *Je permit.* Además, te ruego me digas cuáles son tus quejas contra *ce monsieur.*

—Desde luego, no le conozco.

—¿Entonces?

—Entonces creo que debe existir alguna razón para que todo el mundo me diga: «Esa pobre *Blioueffe*, ¡qué triste fin!»

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todos.

—Muy bien. Puedes responderles a «todos» que me

burlo de su compasión. En apariencia, vienes a mi casa para enseñarme danzas nuevas; pero creo que sólo vienes para hacerme llorar.

—Ya que no está el aporreador...

—En efecto, tarda. Pero es que el pobre vive lejos. Rue des Fermiers... No sé dónde está. ¿Sabes tú dónde está la rue des Fermiers?

—Eso no es cosa mía. No soy cochero de punto. Soy bailarín.

—¡Oh, perdóname! *Indeed!* Y ¿cómo se llama la nueva danza?

—*Byrigo-step.*

—¿Dónde se baila?

—En ninguna parte. Es una creación.

—¿Difícil?

—Para usted, no.

—¿Por qué?

—Porque es usted bailarina, buena bailarina.

—Gracias. Entonces, ¿pretendes que dicen «¡esa pobre *Blouette!*»...

—Sí. ¡Qué triste fin!

—¿Y dicen «fin»?

—*Yes:* fin.

—¿Las mujeres?

—Y también los hombres. Todos.

—Y ¿por qué? ¿Es que una mujer está acabada porque se enamore?

—A veces, sí.

—¿También lo crees tú, Jack?

—Sí, un poco.

—¿Por qué?

—No se está obligado a saber la razón de las propias ideas.

—Bien; sigue.

—No tengo nada más que decir.

—Entonces, enséñame el *Byrigo*, sin música.

—Si usted quiere...

—No; espera. Cuando vuelvas a hablar con esa gente, es preciso que les digas: «He visto a Bluette. Es completamente feliz.»

—¿A qué decir mentiras? No es indispensable. Puede uno callarse.

—En fin... Te confieso, Jack, que mi única pena es no bailar.

—¿Y por qué no baila?

—Le haría sufrir... Es muy celoso.

—Eso es ridículo.

—No; es justo. Hay cosas que no puedes comprender, porque te han puesto, Jack, el cerebro en los talones. Por eso te sirve para bailar, pero no para ser un psicólogo.

—Sería preciso ver lo que vale más: la psicología o la danza. Oiga, *Blíouette;* tengo que hacerle una pregunta.

—Hazla.

—Me ha dicho usted que él jamás ha querido poner los pies aquí. ¿Por qué?

—¿Por qué?... Es muy sencillo. Dice que prefiere tenerme en su casa, aunque su pisito es mucho más modesto que el mío.

—Sí. Pero, ¿la razón?

—Acabo de decirte la razón. ¿Estás sordo?

—Usted me ha dicho que su casa es más modesta, pero no me ha explicado la razón que a él le impide venir aquí.

—¡Dios mío! ¡Cómo me aplanas, *mont petit!* Pues la razón es muy sencilla. Indudablemente, es porque en mi casa no se encontraría a gusto. Tú, en mi casa, te

encuentras a gusto, y la prueba es que me aplastas los terciopelos, me apestas el aire, me vas a quemar cualquier cosa. El, por el contrario... ¿Comprendes?

—*Ahô*... No comprendo nada.

—*Zut, alors!* Y, sin embargo, ¡es tan sencillo! Oye, Jack. Procura ser todo lo inteligente que puedas; voy a explicártelo. El, desde luego, no es un hombre como los demás...

—¿No? ¿Qué es lo que es? ¿Le falta algo?

—Jack, no te hagas el chistoso. Tú, que eres tan adorablemente estúpido, no pretendas ser un hombre espiritual, ¡por amor de Dios! Además, te prevengo que es un hombre hermoso, de una hermosura verdaderamente noble; uno de esos hombres que hacen a la gente volver la cabeza cuando pasan.

—Me lo han dicho.

—¡Toma! ¿Te lo han dicho? Me alegro mucho. Y, además, no es como todo el mundo: tiene sus ideas. Cuando dice no quiero tal cosa, no la quiere. Es muy sencillo. ¿Me he explicado?

—Tal vez.

—¿Cómo tal vez? Atiende. No silbes. ¿Es la música del *Byrigo* lo que silbas?

—*Yes. Byrigo-step.*

—Muy bonito. Adivino, por ella, cómo la bailarás. Pero, ante todo, quiero hacerte comprender la razón que le impide venir aquí. Mi casa y todo lo que encierra me lo han dado mis amantes. ¿Lo entiendes?

—*Ahô*... Eran admiradores del baile de usted.

—Perfectamente. Pero a él, como es muy altivo, de una ciega altanería, eso le molesta y aplana... En suma, que no viene.

—¿Es él quien le ha contado esa linda patraña?

—Me fastidias, Jack. Sí; me fastidias soberanamente.

—¿Se le ha agriado el carácter, *Blouette?*

—Pues bien: te confieso que no es él... no; no es él quien ha buscado ese pretexto, porque, en fin, hablamos muy poco de estas cosas.

—Entonces, ¿se lo sugiere su imaginación?

—Eso es, mi imaginación. Mejor aún: mi certidumbre. Me he dicho: «Como no debe de ser rico y yo soy muy rica, como no debe de ser feliz y yo soy tan feliz, como...» ¡Oh! Pero, ante todo, ¿a qué derrochar tantas palabras para hacerte comprender una cosa tan clara?

—He comprendido.

—¿Has comprendido?

—*Yes.*

—Entonces eres más inteligente que yo. Porque te confieso que jamás he podido comprender este asunto.

—¡Bravo, *Blouette!* Jamás ha sido usted lógica, y esto es su mayor encanto.

—No te rías, Jack. Son cosas de las cuales no cabe reírse. Convéncete de que toda la lógica no es, en general, más que un artificio. Me contradigo, porque soy sincera. No hay nada más ilógico, más contradictorio, que la sinceridad. Me ama y le amo: eso es lo único cierto... Lo demás, no tiene importancia. Qué, ¿sigues silbando?

—*Yes. Byrigo-step.*

Byrigo-step.

Un nuevo modo de apoyar los pies en el pavimento y de poner música al propio equilibrio, improvisando un poco de poesía con la suela de los zapatos.

Esta no es solamente la definición de un baile; es también la definición de todas las tentativas que hace el hombre para marchar a compás con la vida.

El baile divierte por creer que tiene alguna importancia armonizar un movimiento con un sonido, como se cree que hay algo de verdad cuando se consigue que las letras del alfabeto vayan a tiempo con lo incognoscible.

Indudablemente, en el pensamiento del hombre hay un anhelo de música, un anhelo de poesía. Y, en el fondo, esta necesidad no es más que una tendencia hacia el límite. Pero en la vida real sólo existe el grado de música y de poesía puramente imprescindible a las formas inferiores del pensamiento.

El hombre de verdadera inteligencia pierde la dirección y supera a la humana poesía.

Cuando se ha llegado a poseer el conocimiento, el hombre ve con claridad simplicísima que la invención de un nuevo baile o de una nueva metafísica representan, poco más o menos, la misma futilidad. En la última es el pensamiento quien hace nuevos equilibrios; en la primera es el esqueleto; pero en ambos casos, para valorar una y otra es forzoso empezar por admitir la importancia intrínseca, o sea olvidar lo fundamentalmente cómico de ambas.

Es difícil sostener que un sistema filosófico, un libro de jurisprudencia o un poema épico son cosas mucho más serias que el *Byrigo-step*.

Nos *parece* esto porque aun estamos encadena-

dos dentro de nuestros sistemas, que no son más que pirámides, laberintos y círculos de letras del alfabeto.

El ápice de los sentidos que el hombre transmite fuera de sí tiene por nombre *fantasía*.

Mas para algunos hombres llega un instante en que la misma fantasía enferma como un árbol decrépito. Está cansada de inventar la belleza de las cosas que carecen de ella, cansada de admitir con dogmática fe la importancia de todo lo que no existe.

Se extingue.

El color vuela del mundo como de un agua muerta el color del sol que declina. Lo infinito se oscurece y se para: llega el crepúsculo, muere la fantasía.

Entonces, sobre los nervios saturados no tienen ya vigor los afrodisíacos espirituales que sirven para prodigar al hombre las innumerables mentiras de la vida; y únicamente la comprensión domina a las demás facultades del ser, la comprensión árida y sarcástica, la oscura risa del intelecto que ha superado al ideal.

Pero es muy difícil explicar a quien no la nota la sensación de fría hilaridad que produce entonces el espectáculo del mundo. Es difícil, porque para entenderlo hay que desembriagarse, hay que libertar el propio cerebro, los propios sentidos, del humo de todas las drogas artificiales que impiden al hombre ser formidablemente sencillo.

El sentido crítico destruye la vida.

Byrigo-step.

El día 31 del mes, a las cinco en punto, apareció, como de costumbre, el cronométrico monsieur Bollot. Jadeaba un poco, a consecuencia del asma senil, cuando depositó sobre la mesa de la antesala su vetusta cartera de cuero descolorido. Su típico rostro de notario de la Regencia, con bigote y perilla de viejo mosquetero y cabellera de plata, que se hinchaba bajo la anticuada solemnidad del sombrero de media copa; su rostro, surcado de arrugas, pero donde aun brillaban los colores de la juventud, sonrió familiarmente ante el rubio encanto de Linette, la doncella de las medias de *voilé*, que se afanaba por quitarle el abrigo.

—Buenos días, monina. Corre un viento de abril que agudiza el reúma. ¡Ay, Linette; si no fuese tan viejo, me gustaría hacerte el amor!...

—No es usted tan viejo, monsieur Bollot. Al contrario: hoy tiene usted un semblante magnífico.

—¡Cumplidos! ¡Siempre cumplidos! Al menos, eso agrada. En fin... ¿cómo está la señora?

—La señora no está en casa. Pero, seguramente, volverá pronto. Ha salido después de almorzar, diciéndome: «Hoy, a las cinco, vendrá monsieur Bollot. Si tardo por casualidad, ruégale que me espere.»

—Entonces, esperaremos. Y, para abreviar la espera, vamos a charlar un poquito los dos en el salón.

—Con mucho gusto, monsieur Bollot. También yo deseo decirle algo.

—¿Sí? Démonos prisa...

Cogió la cartera y los guantes y anduvo a menudos pasos, con esa especial oscilación de equilibrio que tienen los niños y los viejos.

Un sol de oro flameaba en los muebles de la sala de Bluette.

—Por de pronto, aquí tiene usted su salario—dijo el viejo administrador escrutando en las divisiones de su atestada cartera—. También tiene usted aquí su aguinaldo de Pascua: es un regalito que le hago yo personalmente, y nada tiene que ver con el aguinaldo de la señora.

—Mil gracias, monsieur Bollot.

—No hay por qué darlas. Procede de las economías de la administración, y, como usted es tan fiel, me parece muy justo.

—Me hace enrojecer, monsieur Bollot—exclamó la gentilísima Linette, guardando el dinero en el bolsillo de su delantal de encaje.

—Ahora no olvide que acostumbro a beber una copita de Kümmel al llegar y otra al marcharme. Sírvamela, Linette, y hablemos.

Linette daba vueltas en torno de aquella sonriente canicie, mientras con sus dedos de color de polvos le ponía al lado la copita de su licor preferido. Ella con sus cabellos rubios, él con su perilla de canoso mosquetero, parecían tan honrados y amables, que el verlos hacía pensar en las buenas estampas de hace tantos años que ilustran algunas antiguas fábulas inglesas.

—Lo que tengo que decirle, monsieur Bollot, es muy breve. Usted sabe que quiero a mi señora más que a mí misma.

—Lo sé, Linette.

—Pues bien, monsieur Bollot: usted es quizá el único hombre a quien ella respeta y a veces escucha. Le ruego que haga algo para abrirle los ojos, para devolverle la razón... Le aseguro que la señora se ha vuelto loca.

El viejo administrador tardó algún tiempo en responder; después dejó la copita de néctar y se secó cuidadosamente los labios humedecidos.

—Ya lo sabemos, Linette. Y harto comprende que le hemos dicho nuestra opinión. Aunque, para ser justo, ese hombre no mina su fortuna. Ese hombre, sea quien sea, hasta le hace economizar... Eso es innegable.

—Tal vez, monsieur Bollot; pero la economía no lo es todo en el mundo.

—Siempre es mucho, Linette; porque demuestra que hay orden en el alma. Pero ¿por qué te afliges de ese modo? Que sea él o que sea otro, ¿no da lo mismo?

—De ningún modo, monsieur Bollot. Le prevengo que cualquier día va a pasar algo muy grave. Estoy segura. Vea usted, monsieur Bollot. Los otros, casi siempre personas distinguidas, eran a veces sus caprichos, a veces sus esclavos, pero, desde luego, nada serio; lo que toda mujer como ella debe tener...: amantes, en suma. Ella casi no los quería; eran ellos los que la amaban. En cambio, está loca por éste. Le aseguro, monsieur Bollot, que está loca y, además, que no es feliz.

La copita de Kümmel temblaba ligeramente entre los blancos dedos del señor Bollot.

—¿Es malo con ella?

—¡Qué sé yo! Desde que la señora le trata puedo afirmarle que no es la misma. ¡Líbrela usted de ese hombre, monsieur Bollot! Oblíguela, usted que puede. Pero llévesela muy lejos, muy lejos, porque estoy segura de que uno de estos días va a pasar algo muy grave...

—¿Qué temes?

—¡Qué sé yo! Sin duda, una desgracia. No he visto a ese hombre más que de lejos y en secreto; porque quizá sabrá usted que no viene nunca por aquí. Su cara no me tranquiliza, monsieur Bollot. Es una de esas cabezas que tienen al mismo tiempo algo de hermoso y de temible. No me extrañaría nada si una mañana viese aparecer su retrato en la sección de crímenes de los periódicos...

—¡Oh, oh! ¡No vas poco lejos, Linette!

—Esa es mi opinión. De todos modos, no exagero al decirle que la señora pierde con esto su salud y su carrera. Respecto al dinero, monsieur Bollot, puede que se evapore como todo lo demás.

—La hablaremos, la hablaremos. Cálmate, Linette.

—Oiga, monsieur Bollot. Desde que ese extranjero se ha mezclado en nuestra vida, esta casa no es casa. Siempre desierta, siempre sombría. La señora pasa los días con él; luego viene para cambiarse de traje y se va de nuevo hasta la siguiente mañana. Ha adelgazado terriblemente, monsieur Bollot, y cuando la ayudo a bañarse no parece la misma. Madame Catalina prepara cada tres días sus baúles; pero después los deshace. ¡Pobre mujer! No está tranquila. Actualmente no hay nadie que se atreva a poner los pies en esta casa. El único que viene aún, de tarde en tarde, y que espera largas horas, es ese pobre Jack...; ya sabe usted, su

antiguo compañero de baile. Hablamos, hablamos en el guardarropa o en la baranda, porque él fuma en su pipa un tabaco que huele mucho. ¡Ese pobre monsieur Jack!... ¡Si usted supiera lo amable que es! Hay veces que a los dos se nos abrasan de lágrimas los ojos.

El viejo Bollot, contagiado también de la emoción, contemplaba con fijeza las últimas gotas de licor en el leve cáliz de fino cristal. Después se rascó la garganta, y repitió:

—La hablaremos, Linette; esté usted tranquila.

Aquel plural que usaba con pompa en su dulce humildad, era una especie de costumbre profesional, que parecía envolver su corazón de padre en la toga del jurisconsulto.

—No basta con hablarla, monsieur Bollot; porque le responderá, con más cortesía, lo mismo que a mí: «Déjame en paz, Linette.» Hace falta energía. Energía o o astucia. Sí, monsieur Bollot: astucia. Usted, que es tan instruído y tan bueno, hágale comprender su locura y busque un medio cualquiera para volverla al buen camino.

—¿Por ejemplo?...

—Pues bien: ante todo, puede hacerle reflexiones, como otras veces, en un tono paternal. A menudo la he visto palidecer un poco y morderse los labios cuando le daba usted consejos. A usted le escucha. A veces se rebela; a veces empieza a gritar: «¡Dios mío, Dios mío, qué ideas tan atrasadas, papá Bollot!...» Pero cuando usted se marcha, por la noche o al día siguiente mientras la visto, la señora me dice de pronto: «Realmente, tenía razón ese bondadoso monsieur Bollot. Sus ideas están anticuadas, pero son justas; haré lo que me dice.»

—En efecto, en efecto, querida Linette; tengo experiencia y no hablo más que por su bien.

—Sí; por eso debía usted darle una orden. Mire usted, monsieur Bollot: ¡una orden! Por ejemplo: «Tal día, usted, yo y Linette—usted, yo, Linette y monsieur Jack—, partiremos para tal sitio.» No importa dónde, con tal que sea muy lejos.

—¡Admirable, Linette! Pero es mucho más fácil decirlo que lograrlo.

—Le confieso que la idea no es mía. Es de monsieur Jack. Como tiene la costumbre de ir y venir a América, encuentra muy cómodo arrastrarse de un punto a otro de la tierra. Pero mi idea sería otra muy distinta.

—Veamos: ¿cuál es tu idea?

—Yo, si fuera usted, iría directamente a casa de ese señor y le diría: «Monsieur Castillo—así se llama—; monsieur Castillo...» En fin: no sé precisamente lo que le diría; pero de seguro le diría algo que le conmoviese, si es un hombre honrado.

—¿Y si no lo es?

—Le diría otras cosas a propósito para espantarle. Porque, después de todo, somos tres: usted, monsieur Jack y yo, dispuestos a defender a la señora con todas nuestras fuerzas. Pero, ¿quiere usted que se lo diga, monsieur Bollot? Es extraño, absolutamente extraño y, sin embargo, estoy persuadida de que, a pesar de todo, él también la ama...

—¿Quiere usted que se lo diga, Linette? Soy casi de su misma opinión...

—¿Entonces?

—Entonces, hija mía, has de convencerte de que todo sería inútil... Soy viejo y no he tenido nunca nada muy grato en mi vida, que ha sido lenta y monótona

como el *tic-tac* de un péndulo; pero, al menos, sé por experiencia que, entre todas las falsas ilusiones de la tierra, una sola es verdadera, una sola llega a embriagar maravillosamente nuestra alma... Cuando dos seres se aman, todo lo demás se vuelve pálido, como si el sol no lo iluminase...

—¡Oh, qué lindas cosas dice, monsieur Bollot!...

Mis cabellos blancos son los que las dicen. Mira: yo perdí mi amor cuando tenía veinticinco años, y después... Vamos... Sírveme otra copita de ese excelente Kümmel y, en vista de que tarda la señora, voy a ir pagando sus salarios a la servidumbre. Desde luego, lo tuyo está arreglado. Di a los demás que los espera monsieur Bollot.

Y mientras se alejaba rápida y seria, con sus piececitos bien calzados, que relucían sobre la alfombra, el viejo notario, levantándose trabajosamente, comenzó a sacar de la voluminosa cartera los pliegos administrativos, sembrados de una pedante escritura simétrica; después, uno a uno, los sobres amarillos, dentro de los cuales sonaban los marengos, los escudos y la calderilla de los salarios mensuales.

Mientras esperaba se puso a hacer una última comprobación, refunfuñando:

—«Mauricio... Mauricio, *maître d'hôtel*, 125, ciento veinticinco...» ¡Vaya un derroche, caramba! No acierto a comprender por qué han de tirarse seis luises y cien sueldos al mes, para pagarse el lujo de tener un *maître d'hôtel* que no hace nada de la mañana a la noche, y que ni siquiera está en su puesto cuando tiene que abrirme la puerta...

Un día desapareció.

Sin decirle una palabra de adiós, sin mirarse en el color de sus ojos, de improviso, con el alma destrozada, una mañana de luz intensa desapareció.

Antes de que le aferrasen, antes de que la oscura tragedia de su vida llegara a un epílogo ostensible, en silencio, con el corazón desgarrado, triunfó de su delirio, y partió.

Había venido de un mundo lejano; volvía a partir por el lejano mundo, por el muerto camino por donde marchan los hombres que llevan consigo, como sombras, un definitivo dolor.

Había llegado hasta ella envuelto en una historia oscura; la había aprisionado en su sombra; se había dejado embriagar por última vez, embriagar con el perfume de su boca, con el perfume de sus flores de lis... Después, sin mirarse en el color de sus ojos, taciturno y cruel como los nómadas, reanudaba la marcha por el camino infinito.

Salió por última vez de su casa desierta una mañana de mayo.

Aquella casa estaba escondida en una callejuela

tranquila y vieja, de esas que los ediles razonables van borrando poco a poco.

A lo lejos se veía la columna de Julio surgir de la plaza de la Bastilla.

Se tambaleó.

Todas las ventanas de París brillaban cual si tuviesen en los haces de luz de los cristales una felicidad de fuego.

¡La amaba! ¡La amaba!

Sí, pero era demasiado tarde... ¡Demasiado tarde!...

Era forzoso partir, desaparecer.

La terrible ciudad estupenda lanzaba a lo alto, en la mañana primaveral, la potencia de su infernal paraíso.

Todas aquellas casas, aquellas ventanas, aquellos limbos de cielo, le parecían serenos como los ojos de Mimí Bluette. ¡Mimí Bluette!... Este nombre se destacaba entre el rumor de París. Era la belleza de todas las cosas que contemplaban sus ojos, el alma sonriente de la vida.

Sí; ¡adiós..., adiós para siempre; inexorable, terriblemente, con desesperación, adiós!...

Vaciló. Dió dos, tres pasos...; la calle caminaba. La distancia era una fuga. ¡Mimí Bluette! ¡Mimí Bluette!... Los vertiginosos rumores de la ciudad lanzaban a rebato por el aire dorado aquel nombre feliz. Las altas calles se empinaban hacia el cielo; torbellinos de multitud giraban con fragor en la blanca inmensidad. Había sido su última copa de champaña, su último cestillo de rosas... ¡Qué locura!...

París, la Magnífica, templo y sepulcro del ideal; París, flor de la tierra, en aquella mañana de mayo era bella como una mujer joven, que, enamorada, se mira en el espejo al levantarse. Sus plazas atestadas, hen-

chidas de tumulto, reían cual si fuese un día de fiesta. Los más herrumbrosos tejados, cargados de gloria, intentaban reencender en el esplendor del sol de mayo su antigua novedad.

Y él sentía el corazón tan pesado como una piedra de molino.

¡Mimí Bluette! ¡Mimí Bluette!... Era rubia como el trigo cuando está más maduro, en el estío refulgente. Tenía un alma límpida y perfumada como su sedosa cabellera cuando la soltaba para acostar sobre ella su perfecta desnudez.

... Caminar, caminar por sendas que no tornan jamás...

París cantaba; París, la Grande, tenía en cada ventana una flor. El río más maravilloso de la tierra, de aguas amarillentas por el fango, besaba a la Basílica de Francia.

Oía tocar a rebato las invisibles campanas de Notre-Dame. Las cien basílicas del Sena respondían en la mañana de primavera. Las campanas, tocando a rebato, cantaban: «¡Mimí Bluette!... ¡Mimí Bluette!...»

Sí; había sido su último paraíso...

Caminar, caminar por sendas que no tornan jamás.

Ella encontró la puerta cerrada, y, antes de llamar, la golpeó con el mango de la sombrilla. Golpeó repetidas veces; miró después la frágil sombrilla, temiendo haberla roto. Entonces tocó el timbre; oyó distintamente correr por las habitaciones internas el velocísimo culebreo eléctrico de la llamada, y esperó.

Esperó.

Entonces llamó dos, tres veces; pero no oía acercarse su paso rápido sobre la alfombra.

«Ha salido. ¿Por qué habrá salido?»

Nada tenía de singular este hecho; sin embargo, era la primera vez que sucèdía.

Por escrúpulo de conciencia llamó por última vez. Miró a lo alto, por la escalera vacía; miró hacia abajo, hacia el primer rellano desierto, y, con el corazón inquieto, bajó en busca de la portera.

La portera de aquella casa era una persona casi inencontrable. Dios sabe lo que tenía que hacer allí o en la vecindad; pero en su garita, poco iluminada, no había más que un reluciente gatazo inmóvil, sentado como los perros, y que se parecía enormemente a un animal disecado.

Bluette miró si estaban allí las llaves del piso. No estaban.

El gato empezó a mirarla fijamente, con una inmovilidad siniestra que la atemorizó.

Dieron las tres. Las campanadas del reloj se dilataban como oleadas de sol en el brillante espacio. La hora sesteal zumbaba. La casa, la calle, el barrio, trabajaban con sordina.

De pronto invadió su alma un gran presentimiento de desventura. Le pareció que él no sólo estaba distante, sino que no estaba ya. Quiso sentarse y esperar;

pero sintió un sutil, inexplicable temor. Salió, cerró la puerta de cristales de la portería, e, irresoluta, no supo qué hacer.

El gato reluciente la miraba con sus magnéticos ojos redondos, color de azufre.

Entonces empezó a andar por el patio. Por fin encontró a la portera, que tenía en la mano una plancha. La interpeló:

—Madame Greuze... Dígame, madame Greuze, ¿dónde están las llaves?

—¿Las llaves del entresuelo? No lo sé. ¿Ha mirado en la garita?

—No están allí.

—Entonces es que monsieur Castillo se las ha guardado.

—¿A qué hora ha salido?

—A fe que no se lo puedo decir. Esta mañana, a las ocho, había dos cartas para él; a las nueve ya no estaban.

—¿Dos cartas? ¡Pero si no las recibe nunca!

—Estoy segura de que esta mañana había dos. Perdóneme, señora; pero mi plancha se enfría.

Ella permaneció inmóvil en el patio, contemplando su propia sombra, que se dibujaba en el sol. Después alzó los ojos hacia el entresuelo, como para interrogar a aquellas tres ventanas que daban al patio. Pero estaban desiertas, henchidas de silencio, de inmovilidad, y se caldeaban al sol. Retrocedió con gran angustia hacia la garita de la portera, que estaba planchando.

—¿De dónde eran esas cartas? Tal vez se habrá fijado usted.

—Ciertamente. Eran de París. Por lo menos una de ellas tenía uno de esos grandes sobres con membrete

que emplean en las oficinas del Ayuntamiento o de los Ministerios.

—¿Qué membrete?

—No lo he leído, señora. Lo siento. Ya comprenderá que tengo un quehacer enorme.

—Gracias.

—A su disposición, señora.

Bluette salió a la calle y echó a andar. Daba diez pasos hacia un lado, diez hacia otro; es decir: recorría a ras del muro toda la longitud de la calle.

En frente, en la otra acera, el sol caía con vehemencia sobre el escaparatito de un relojero. La calle, tranquila, mecía a sus escasos transeuntes.

Y anduvo durante media hora hacia arriba, hacia abajo, a lo largo de la pared, con los ojos fijos en los dos extremos de la calle. Su trémulo corazón de enamorada ya no latía; no sentía más que un principio de vahido, más bien una pequeña, íntima, profunda herida. Después, maquinalmente, volvió a subir la escalera hasta el rellano del entresuelo, y, aun sabiendo que era inútil, se decidió a llamar por última vez.

El mismo rumor desierto recorrió velozmente las mudas estancias.

Bajó fatigosamente. Salió. Un temor ilógico, pero profundo, asaltaba su tímido corazón.

Pensó: «Ahora volverá.» Y siguió andando por la acera. Pero un pesado cansancio oprimía sus tobillos de bailarina, cual si todas las articulaciones hubiesen perdido de pronto su natural milagro de equilibrio y agilidad.

Aquella ausencia no podía ser fortuita. Había salido hacia las nueve de la mañana, llevándose las llaves; ya atardecía; se veía a los dependientes atareados, a las sutiles mecanógrafas, pensativas, tornar a casa con

una sensación de libertad, a lo largo de las límpidas aceras.

Pero, ¿dónde estaba? ¿Qué camino seguía? ¿Cómo encontrar a un desaparecido entre el torbellino de aquella inmensa ciudad, que tenía calles borrascosas como ríos y alzaba terriblemente de sí misma, de su infinita fuerza, un pesado fragor de océano?

Ella, en realidad, no conocía ningún detalle de su impenetrable existencia.

Sin poder explicarse el porqué de esta incertidumbre, una voz, en lo profundo de su espíritu, le decía que no volvería jamás.

A cada rumor de ruedas procedente del extremo de la calle sentía latir el corazón tan fuertemente, que por un largo instante perdía la respiración. Pero siempre eran transeuntes desconocidos; no veía su frente sombría y amplia, su ruda gentileza, sus luminosos ojos de nómada, que tanto la habían enamorado.

¡Pobre Mimí Bluette!... ¡Pobre pequeña, blonda, Mimí Bluette!...

Se hacía tarde; el esfuerzo del crepúsculo pesaba sobre la centelleante ciudad. Ya no daba el sol en el escaparatito del relojero, y podían leerse a distancia los nítidos anuncios colgados en la vidriera:

Montre Oméga. Or garanti, 18 carats.
Chronomètres. Réparations.

Y mirando y andando, pensaba: «¿Cómo habré estado tan ciega? Durante estos últimos días tenía en los ojos algo muy sombrío... Ayer por la noche me dijo: «Te amo, Bluette...» Bajó la cabeza, y ambos lloramos. Anteayer vi que revolvía en sus baúles... Antes sus baúles estaban llenos; los últimos días estaban

casi vacíos. Pero no me atreví a curiosear, porque ¡con él he sido siempre tan tímida!...

La calle se poblaba de gente más veloz; un obrero, al pasar, le susurró casi al oído: *La belle fille!*

Pensaba: «¿Es posible que no haya dejado ni una palabra para mí? ¡Qué necia soy! Sin duda, sin duda ha enviado una carta a mi casa.»

Echó a andar tan rápidamente que casi corría. De pronto la invadió la esperanza. La alegría de la vida refluía sobre ella.

Cogió un coche; pero iba infinitamente despacio para su impaciencia. Apenas vió un taxímetro, empezó a agitar la sombrilla; el conductor se detuvo. Saltó dentro de él y se asomó a la ventanilla, como para acelerar, con su loca impaciencia, los esfuerzos del motor.

Ninguna distancia de París le pareció nunca tan larga.

—*Vite!, vite!, vite!*...—decía continuamente al mecánico, golpeando el vidrio con los anillos.

Y la vieron entrar en su portal cual si fuese perseguida. No tomó el ascensor. Voló por la escalera.

—¡Linette, Linette! Dime: ¿dónde está la carta?

—¿Qué carta, señora? ¡Dios mío, qué pálida está! ¿Qué tiene, señora?

—La carta, la carta, te digo. ¿No hay una carta, un billete para mí?

—No, señora.

—¿Y no ha telefoneado nadie?

—Nadie.

Se desplomó sobre una silla, bajó la cabeza y calló.

—Señora—preguntó Linette cogiéndole una muñeca—, ¿qué ha sucedido?, ¿qué ocurre?

Pero no respondía.

Después de algún tiempo, levantó los enloquecidos ojos y dijo con voz opaca:

—Ha partido.

—¿Cómo partido? ¿Sin decirle nada?

Ella apoyó las manos sobre el pecho, sacudió hacia atrás el peso de los cabellos y repitió:

—Partido.

Pero al cabo de un instante se puso en pie con una energía convulsa.

—No, eso no es posible—dijo duramente—. No es posible. ¡Pronto, pronto, Linette! Manda buscar un cerrajero y que mi *auto* esté dispuesto en seguida.

—Un cerrajero, ¿para qué?

—Para abrir una puerta. Corre tú misma con el automóvil, sin vestirte... *Vite!, vite!*

—Pero señora...

—Te ruego que no me preguntes nada. Harto ves que me muero de angustia...

Linette obedeció.

Un cuarto de hora después el cerrajero esperaba en la portería. Le hizo subir al lado del mecánico.

—Ven conmigo, Linette; no me dejes sola...

—Voy a ponerme el sombrero y el abrigo.

—Sí, pero date prisa.

En aquel momento la blonda Catalina volvía de su paseo vespertino todo lo fresca y juvenil que puede estar una mujer de su edad. Y como al mismo tiempo Linette salía del portal, Mimí no la permitió ni acercarse a la ventanilla.

—Mamita, luego, luego te lo explicaré... Ahora tengo prisa.

Y la dejaron en la puerta, mientras los dos parlanchines niños del portero le tiraban de la falda elegante y le preguntaban descaradamente:

—¿No hay bombones para nosotros esta tarde, madame Catalina?

No los tenía; pero permaneció cerca de media hora allí, en el portal, haciendo conjeturas sobre lo acaecido con el sapientísimo y majestuoso portero.

En tanto, los escasos comercios de la calle lejana y tranquila se habían iluminado con pálida electricidad. Algunos transeuntes charlaban en el borde de la acera; otros, cansados de la jornada, pasaban, sin volver la cabeza, a lo largo de la pared.

En la garita, el reluciente gatazo de la portera miraba inmóvil hervir una olla sobre el fuego.

Subieron.

Ante todo, ella tocó el timbre; después, el herrero hizo saltar rápidamente la cerradura.

Bluette, con ojos inmóviles, miraba las manos callosas del obrero. Le dijo:

—Vaya en mi automóvil. Haga en seguida una llave nueva. Désela al *chauffeur*. La espero.

Y oyó su pesado paso bajar por la escalera sacudiendo el manojo de ganzúas.

No se decidía a entrar.

Linette estaba tan cerca de ella que sus codos se tocaban.

—No tengo valor, Linette... Tal vez se habrá matado... Voy a encontrarme con su cadáver...

—Llamemos a alguien, señora; yo también tengo miedo.

—No, calla. Eso no es posible... Ha partido..., partido...

Entraron; cerraron la puerta. La antesala estaba oscura; pero un rayo de luz caía sobre el cristal de un cuadrito. La sombría casa parecía infinitamente profunda.

Bluette buscó, a lo largo de la jamba, la llave de la luz eléctrica; pero, en su gran turbación, su mano temblorosa no acertaba a encontrarla. Al fin, Linette consiguió encender. Vieron que el perchero estaba vacío.

Tres grabados de cacerías inglesas pendían de la pared; sobre la mesa había una bandeja de cobre y un florero de cristal con algunas flores, ya marchitas, que había llevado Mimí Bluette.

De pronto, como una loca, echó a correr por la casa... Miró, buscó, escudriñó... ¡Nada, nada, nada!

Había partido para siempre, partido como un verdadero nómada, partido sin decirle adiós.

En aquel momento subió la portera.

—No me parece prudente lo que ha hecho, señora. Cierto que usted es aquí casi la dueña...; pero si él ha cerrado es porque no quería que se hiciese saltar la cerradura.

—Sí, sí, madame Greuze... Sí, sí, madame Greuze...

—Habrá que escribirle que lo ha hecho usted sin mi permiso. Porque soy yo, es decir, somos mi marido y yo quienes estamos encargados de su cuarto.

—¿Escribirle? Pero, ¿adónde?

—Quizá usted lo sabrá. Yo no sé nada. Además, no hay que asombrarse; casi siempre se marcha así.

—¿Volverá, madame Greuze?

—¡Qué sé yo! Pasa muchos meses sin volver; una vez su ausencia duró más de dos años. Recibíamos puntualmente el alquiler, incluso nuestro salario. Esta vez, ni salario ni alquiler: nada. No ha pagado nada. Pero ahí están sus baúles. Venga a verlos, señora. Tres baúles que han dado la vuelta al mundo. ¡Mire cuántos rótulos! Cierto que a veces han venido a buscarlos ocho días después de su marcha.

—¿Quién viene a buscarlos?

—Un hombre de edad que se llama Dmitrieff.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. Castillo me dijo una vez: «Abra usted siempre a monsieur Dmitrieff», que estaba con él. Sin duda un extranjero.

—Si esta vez viniese por aquí, es preciso no dejarle marchar sin llamarme por teléfono. Esto para usted, madame Greuze.

—¡Dos luises! ¡Es demasiado, señora!

—Le daré mucho más. Pero hay que seguir mis órdenes al pie de la letra. Cuénteme todo lo que sepa, todo, hasta los menores detalles. Recuerdo, por ejemplo, que tenía dos grandes sacos de viaje; no están aquí. ¿Cuándo se los llevó?

—Tal vez durante la noche; porque estoy bien segura de no haberlos visto sacar.

—Yo misma estuve aquí hasta las dos de la mañana; después, me acompañó. ¡Oh, le ruego que procure averiguar algo, madame Greuze.

—Desde luego, desde luego; interrogaré a todo el mundo. Pero no llore, señora. Volverá, estoy cierta... ¡Es usted tan hermosa!...

Ella seguía inmóvil y pálida; las lágrimas caían de sus ojos sin que le temblasen las pestañas; caían cual si perdiese toda el alma poco a poco en cada gota de llanto.

—Sólo tengo una cosa que decirle; pero usted lo sabrá, sin duda—concluyó madame Greuze—. Hace cerca de un mes vinieron unos agentes de policía y me hicieron muchas preguntas sobre su vida y costumbres. En seguida previne a monsieur Castillo; pero se echó a reír encogiéndose de hombros. Supongo que se lo habrá dicho a usted.

—No, madame Greuze.

—¡Ah!... Vinieron dos veces. Y ayer, poco después del mediodía, recibió la visita de un señor grueso de largos bigotes y abrigo *beige*, que pretendió subir a pesar de la consigna. Un señor muy desagradable y arrogante. Seguramente un parisién.

—Deme más detalles, madame Greuze. Es preciso que yo le encuentre.

—¿Detalles? No sé... Si vuelve por casualidad, telefonearé a usted. Por mi parte, después de irse hice una reflexión, aunque un poco arriesgada.

—¿Cuál?

—Me dije: «Es un acreedor de monsieur Castillo.» Porque venía en la actitud de las personas que reclaman dinero.

Linette estaba sentada en el borde de una silla, pálida e inmóvil, sujetándose con una mano la otra, que no sabía dónde poner.

Así pasaron tres días. La bárbara Ciudad Resplandeciente le había robado su amor. El presente venturoso que le hizo en una noche de nieve y de música, volvía a quitárselo en un día de sol. Para vengarse de haberla embellecido y enamorado, ahora, de pronto, sin siquiera decirle «¡prepárate!», mataba en su corazón la

felicidad. Lanzaba un repentino soplo de tragedia sobre sus cabellos rubios; ajaba, deshojaba con airada violencia, las sencillas flores del campo, las flores de lis de Mimí Bluette.

Se dió cuenta de que París la Grande cantaba, brillaba, giraba en torno de su inmóvil espanto como el *carrousel* de una terrible fiera.

Se llamaba Mimí Bluette, y estaba más desesperada que las biltroteras, las muchachas errantes por las calles nocturnas, cuando las rechaza el asilo y duermen bajo los puentes. Se llamaba Bluette y no tenía ni una flor.

Hizo cuanto pudo para encontrar al desaparecido; pero inútilmente. La distancia era implacable; del lejano silencio no llegaba ni una palabra.

Vivió en aquel piso largos días, de la mañana a la noche; buscó, escudriñó, volcó todos los muebles con la esperanza de hallar un indicio que pudiese guiarla hasta él.

Nada. Todo lo que encontraba sólo servía para aumentar la sombra. Lo único de que se dió cuenta fué de que era extremadamente pobre, porque lo había vendido todo.

Entonces pensó, desolada, en su propia riqueza, que le hubiera ofrecido como se ofrece, a cualquiera que lo pide, un vaso de agua; su riqueza vacía y abrumadora, que ya no serviría para nadie.

Comprendió que quizá la miseria, la vergüenza de una pobreza altivísima, le habían obligado a reanudar el camino del destierro.

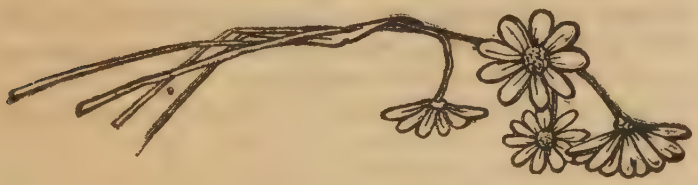
¡Quién sabe! Quizá tampoco era ésta la razón.

Era, en el amplio mundo, un disperso, un caminante, uno de esos hombres sin historia, cuya oscura vida no puede comprenderse.

De pronto le asaltó un pensamiento anhelante: ¡Encontrarle!... Decirle: «Toma; este oro es tuyo; esta riqueza que me abruma es tuya. ¿Por qué no he sabido adivinar tu pobreza? ¿Por qué no me lo has confesado, Laire? ¿Quizá has temido humillar tu frente tan altiva? Pues bien, debías haberme dicho: Sé pobre también tú. Déjalo todo. Ven conmigo; trabajemos.»

Una sofocante alegría instantánea..., y más tarde pensó: «Es preciso, es preciso que le encuentre.»

Era Mimí Bluette; tenía riqueza y hermosura, fascinación y libertad: esta potencia encantadora debía bastarle para volver a encontrar a un hombre.



—¿Qué desea la señora?—le preguntó con arrogante urbanidad el malhumorado monsieur Pétimel.

—Haga pasar mi tarjeta al señor ministro.

—¡Oh!... Le prevengo, señora, que tendrá que hacer, por lo menos, una hora de antesala. Hay doce personas antes que usted.

—Por lo visto no me reconoce monsieur Pétimel.

—Perdone, señora; no tengo más que un par de lentes, y está bastante oscuro. Espere un poco, espere un poco...

Hablando así, se encajó en la nariz, ya cargada por las gafas, un par de gruesos lentes convexos, con armadura de concha, y se puso a mirarla de cerca, mientras su amplio rostro, naufragando en la gordura, parecía flotar para iluminarse de estupor:

—¡Oh! Pero ¿es usted realmente? ¿No me equivoco? ¿Es usted, señorita Bluette?

—Estoy casi segura... Sin embargo, mire usted bien, monsieur Pétimel.

—¡Al fin!... ¡Después de tanto tiempo! ¡Qué grata sorpresa! ¡Me figuro la cara que va a poner el señor ministro!

—Y ahora, ¿quiere usted pasarle mi tarjeta?

—Ciertamente, señorita Bluette. Y siendo usted, puedo asegurarle que las doce personas quedarán reducidas a un delegado de provincia, poco importante, pero muy pesado, del cual se desembarazará el señor ministro en algunos segundos, tan pronto como vea la tarjeta de usted. Voy corriendo. ¡Siempre es usted la mujer más bonita de París, señorita Bluette!..., aunque un poco demacrada... Voy corriendo.

—Bien, corra usted, monsieur Pétimel, porque tengo mucha prisa.

—¡Oh! ¡Cuánto la hemos echado de menos en esta oficina! Se han pasado muy malos días a causa de su dimisión. Además, a Ministerio caído, Ministerio repuesto... ¡Ay, la política!

—Pero corra usted, monsieur Pétimel.

—Perfectamente; voy corriendo.

Fingió acelerar el paso cuanto podía; pero, antes de llamar a la puerta del ministro, quiso recorrer todas las oficinas para propalar la extraordinaria noticia.

—¡Crisis!, ¡crisis!—susurraba junto a todas las mesas, sofocando un gorgoteo de risa en su gruesa papada.

Al fin se presentó en el despacho del ministro y, viéndole discutir acalorado sobre reformas agrarias con el delegado provincial, el adorable monsieur Pétimel se inclinó sobre el oído de Su Excelencia y dijo, con voz que podía haber oído un sordo:

—Señor ministro: ahí está, como por milagro, la señorita Mimí Bluette, que ruega la reciba en seguida Su Excelencia para un asunto urgente.—Después añadió con un tono de cómico de la legua—: Se le nota en los ojos que debe de haber llorado...

Su Excelencia se puso blanco, rojo, purpúreo; se agitó, miró a la cara al delegado, al secretario, y, por último, no sabiendo qué decir, se acarició la rotunda calva.

Por fortuna el delegado era un hombre de ingenio y, viendo la confusión del ministro, procuró abreviarla cuanto pudo.

Cinco minutos después, la nerviosa campanilla de Su Excelencia invitaba a Pétimel a introducir en el despacho ministerial a la impaciente suplicante.

Su Excelencia esperaba en pie, apoyado en la mesa, inmóvil y erguido con cierta magnanimidad. Estaba turbado y se mordía un labio con el borde de los dientes.

—Cierre la puerta, monsieur Pétimel. No estoy para nadie. Puede retirarse.

Mimí Bluette se dirigió hacia él con las manos extendidas, que él no tocó.

—Siéntese usted, señora—dijo el ministro con un gesto a lo marqués de Priola.

—No me guarde rencor, se lo ruego—suplicó Bluette—. ¡Soy tan desgraciada, tan desgraciada!...

Él la miró en silencio mientras Bluette se sentaba en una poltrona, con una especie de abandono y de cansada humildad.

Quizá aquel hombre la había querido sinceramente; quizá aquel ambicioso escamoteador, aquel tenaz politicastro, ya casi viejo, había perdido con ella, no sólo a la más hermosa bailarina de París, sino a una rubia

y juvenil criatura que irradiaba en su alma algún soplo de primavera.

—¡No me guarde rencor!—repitió Bluette como un susurro.

—Eso no tiene ninguna importancia—repuso él con tono sarcástico—. ¿Le ha sucedido a usted alguna desgracia?

—Sí; estoy enamorada como una loca de un hombre que ha desaparecido.

Y los ojos de Bluette le miraban a la cara, firmes, desesperados, con intensa luz.

Él permaneció algunos instantes pensativo; después hizo un gesto y se encogió de hombros.

—Bien puede ser, puesto que usted lo dice. Pero no descubro en este eclipse nada que me concierna. No soy responsable de las personas que desaparecen.

—¡Sí, lo es usted!, ¡lo es usted! Le ruego que no juguemos con las palabras. Después de todo, no soy más que una pobre mujer... Tenga un poco de piedad.

—¿Qué significan esas palabras? Le aseguro que me es imposible seguirla en ese terreno. ¿Es que quizá cree usted...?

—No sé si debo creerlo, pero es innegable que me lo han dicho.

Él sintió un repentino sobresalto, ostensiblemente contenido. Respondió:

—¡Jamás he sido un malvado, Bluette!—Después añadió—: Ni cuando he sentido la tentación de serlo.

Ella le miró a los ojos; despues calló.

—Le doy mi palabra de honor, Bluette; no soy yo quien le ha obligado a partir.

—Gracias.

—No debe darme las gracias, porque, en efecto, he estado a punto de hacerlo. Ya hace tiempo de esto. Y,

sin embargo, usted había sido muy brusca, muy cruel conmigo, Bluette. Pero en el momento en que había de pronunciar un sí, en que no tenía más que hacer un signo con la cabeza... comprendí que podía luchar sin cuartel con un adversario de mi talla, pero que era mezquino ensañarme con usted. Y no lo hice, no lo hice, Bluette. Si no me cree, puedo presentarle pruebas.

—Gracias, gracias. En este momento estoy segura de usted. Y aun estaba segura de antemano, puesto que me he atrevido a llamar a su puerta. Me parece que, a pesar de todo, aun es usted para mí un verdadero amigo.

—No, Bluette; eso no. Para usted ya no soy más que un extraño. Preferiría, sin duda, verla dichosa en vez de triste; pero soy un hombre como los demás, y hay heridas cuyas cicatrices son siempre muy sensibles.

—¡Sea bondadoso! No acreciente mi pena. Si supiese lo que pasa por mí, comprendería lo que sufro. Hace una semana que corro como una loca a través de París, dando mil pasos, preguntando a diestra y siniestra, prodigando el oro a manos llenas... He lanzado en todas direcciones catervas de detectives. He corrido a las oficinas de policía, a las estaciones, a las agencias de viajes. ¿Quiere usted creerme? He estado hasta en la Morgue a ver los ahogados y los suicidas... Pero ¡nada! Nada en ninguna parte. Ese hombre ha desaparecido sin dejar huellas. Y estoy agotada, pierdo la cabeza; necesito a toda costa, a toda costa, que alguien me ayude... Y he acudido a usted sin reflexionar, pero ciegamente segura de que mi desesperación le dará pena.

—Le aseguro, Bluette, que pudiera parecer ironía el elegirme en tales circunstancias.

—A otros, quizás; entre nosotros, no.

—Dejemos eso. ¿Qué puedo hacer por usted, Bluette?

—Ayudarme.

—¿Ayudarla? ¿Yo? Pero ¿cómo?

—Harto sé que es usted un hombre omnipotente. Si tuviera interés en averiguar adónde ha ido ese hombre, lo sabría usted en el acto, quizá mañana, y no le costaría más que dar una orden por teléfono a los que tienen obligación de obedecerle.

—No lo crea. No soy un *bureau de renseignements*, querida amiga. Se lo digo, aun prescindiendo de todo lo demás.

—¡Qué pena! Usted mezcla su amor propio en lo que me va la vida.

—No, no. Además, ¡no emplee frases tan trágicas!

—No son trágicas. Estoy herida de muerte en mi orgullo; sí, sobre todo, en mi orgullo, y le pido un favor, pequeño para usted, casi sin importancia. Pero usted se niega... ¡Tanto peor! *Au revoir*, «*Excellence*»!...

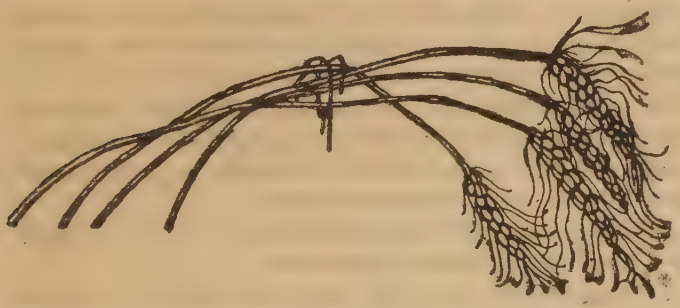
—Dice usted de un modo muy gracioso: «*Au revoir*, «*Excellence*»!... En vista de que muestra tal empeño en ello y de que aun la quiero un poco, mi pobre Bluette, me pondré en ridículo todo lo que usted quiera y telefonearemos juntos al jefe de seguridad para que lance sus más finos sabuesos sobre las huellas de ese fugitivo que se llama... ¿cómo se llama exactamente?

—Hilario Castillo, señor ministro.

—Evidentemente es un nombre falso.

—¿Cree usted, señor ministro? De todos modos, nunca he sabido otro.

Y el ministro de Agricultura creyó sinceramente que el áspero prefecto de policía conseguiría pescar aquel cadáver entre los remolinos del Sena.



—*Voila encore un embetement qui n'est pas ordinaire!*—blasfemó con voz biliosa el irascible monsieur Ardouin, apenas respondió al mensaje telefónico del ministro de Agricultura y Comercio.

Su pequeña figura estaba sepultada detrás de una mesa enorme, entre una montaña de legajos burocráticos y un mar de órdenes que recibía diariamente de ministerio de Justicia.

La fisonomía, casi cesárea, del jefe de la oficina republicana, le contemplaba desde la pared opuesta con una sonrisa dictatorial, pero exenta de asoladora majestad.

Uno y otro parecían burlarse de su propio oficio.

—Felicito a ese bribón de Castillo por no caer nunca en mis garras. Si no, ya le haría pagar todas las molestias que me ocasiona. ¡Encantadora jornada! Como si no tuviese nada que hacer para matar el tiempo, he ahí esa calabaza de ministro, que me proporciona una enquisa sobre el ex amante de su ex querida. ¡Encantadora jornada!

En el colmo del malhumor, se quitó de la boca y tiró su inseparable mondadientes.

Pero como el prefecto de policía no puede eximirse

de obedecer al ministro de cualquiera de los ministerios, el agrio señor Ardouin fué a buscar en el archivo el legajo del supuesto Hilario Castillo. Sacó una confusa notita, redactada con su ilegible letra, y después ordenó que fuese transmitida sin pérdida de tiempo a todas las comisarías civiles y forenses, lo mismo que a las capitales de los Departamentos.

Entonces sacó otro mondadientes del bolsillo, empezó a roerlo poco a poco, y terminó:

—Después de todo, tiene razón ese diablo de Castillo. Gracias a su profesión de fantasma, no hay nadie que le fastidie, ni aun el jefe de policía.

Transcurrieron varios días de laboriosas pesquisas, al término de las cuales el señor Ardouin pudo advertir al ministro que, al fin, habían encontrado la pista del desaparecido Castillo, y que, en pocas horas, podían someterse a un examen riguroso las informaciones recibidas. Al mismo tiempo hizo que Mimí Bluette le entregase los retratos que poseía del desaparecido, y la citó para la tarde en el despacho del ministro de Agricultura.

Puntual como un funcionario, a la hora convenida

compareció el señor Ardouin. Una risita de complacencia orlaba su boca sardónica. Su primer saludo fué para la hermosa mujer; el segundo, para el ministro. Después se quitó los guantes, y comenzó:

—Monsieur Hilario Castillo disfruta de perfecta salud. En este momento se halla en camino del interior de Argelia, después de haber hecho la travesía en un paquebot de las Mensajerías Marítimas.

Mimí Bluette le miraba con sus grandes e inmóviles ojos de hipnotizada; pero no tuvo bastante aliento para dirigirle una pregunta. El señor Ardouin prosiguió:

—Ayer, señor ministro, estuve a punto de declararle mi impotencia para encontrar a ese hombre, cuando una idea repentina surgió en mi cerebro. Fué el recuerdo de un famoso noruego desaparecido en circunstancias casi análogas hace unos diez años. La Policía se esforzó en buscarle a los cuatro vientos; pero todo fué inútil. Seguía inaferrable. Cierto día estalló un gran escándalo en la Legión Extranjera. Abrióse una enquisa, que el ministro de Justicia tuvo la bondad de confiarme. En suma: descubrí a mi hombre bajo el uniforme azul del legionario, ostentando los galones de sargento y condecorado con muchas medallas. Aquí, entre nosotros, era un hombre muy ilustrado, muy aventurero y nada escandaloso. Porque la Legión es un plantel en que están mezclados idealistas y galeotes, príncipes y vagabundos.

—Siempre he sido muy escéptico respecto a esas leyendas, mi querido monsieur Ardouin...

—Es la pura verdad, señor ministro. Y lo innegable es que allí todos se convierten en héroes. Esos hombres, que se enganchan casi siempre con un nombre supuesto; esos hombres, que no tienen patria ni estado

civil bien definidos, resultan magníficos soldados, y allí se encuentran personas que se dejarían matar diez veces antes de confesar su verdadero nombre de familia. Pero, en fin, poco importa. Hablo de esto para decir que la historia del noruego iluminó de pronto mi espíritu. En vista de que en ninguna parte podían descubrirse huellas de su paso; en vista de que los hombres no desaparecen como las nieblas, me dije: «¿Por qué no ha de haberse alistado en la Legión Extranjera?» Sin pérdida de tiempo, me puse sobre la pista, y, en el tercer *Bureau d'enrolement*, en el Belleville, comprobé que el 17 de mayo, a las nueve de la mañana, un tal Laire...

—¡Es él! ¡Es él!...—comenzó a gritar Mimí Bluette, sacudida por un invencible temor.

—Sí, señora. Sobre este punto no hay la menor duda. Es, real y verdaderamente, la persona que a usted le interesa. Se ha alistado bajo el nombre de Laire, súbdito *galicien* (1), de treinta y nueve años, sin ningún documento... Se ha alistado por cinco años, y ha querido partir el mismo día...

«*Sidi-bel-Abbés; premier Régiment Étranger...*»

La calle cantaba. París volvía a ser para ella la maravillosa ciudad de su reino. Del rumor de la vida afluían a ella hilaridad y gozo, música y perfume.

(1) De Galicia o de Galitzia.—N. DEL T.

«Sidi-bel-Abbés... Sidi-bel-Abbés...» Caminaba rápida y ligera, dejándose casi arrastrar por la irresistible potencia de la muchedumbre, aturdida, pero feliz, entre el tumulto fragoroso de las calles, entre el gentío de las encrucijadas, brillantes aún por el crepúsculo. Y le parecía verle allá, en la distancia imprecisable, en el sueño de sus claros ojos henchidos de cielo, resplandecer bajo los oasis de Argelia y los amplios cuarteles árabes enjabelgados deslumbradoramente. Andaba con ligereza, libre de la angustia de los pasados días como de la opresión de una horrible enfermedad; andaba llevando su corazón juvenil como se lleva a la ventana, hacia el rayo de sol primaveral, una plantita florida. Al fin le había encontrado, conocía su distante refugio, se imaginaba el luminoso camino para llegar hasta él.

«Sidi-bel-Abbés... Sidi-bel-Abbés...» El Africa bárbara dormía sin sombra entre los huracanes de sol, devastada y centelleante, allá donde todo abrasa.

¡Cómo reían, cómo resplandecían las calles de París en aquel atardecer! ¡Cuánta gente, al pasar cerca de ella, susurraba, cual si quisiera acariciarla: «¡Toma! ¡Si es Mimí Bluette!...»

¡Mimí Bluette!... Había sido para ellos, para todos, una flor voluptuosa del jardín de París; había regalado a todos ese extraño recuerdo de sí misma, casi un imaginario contacto con su blanca desnudez... Había sido para ellos, para todos, un placer, una belleza de la vida, y cuando pasaba por las calles henchidas de multitud, parecía que cada uno de ellos sentía agitarse en el aire el aroma selvático de sus azules flores de lis.

Anduvo. Se encendían entre la claridad del crepúsculo los fosforescentes escaparates de las joyerías.

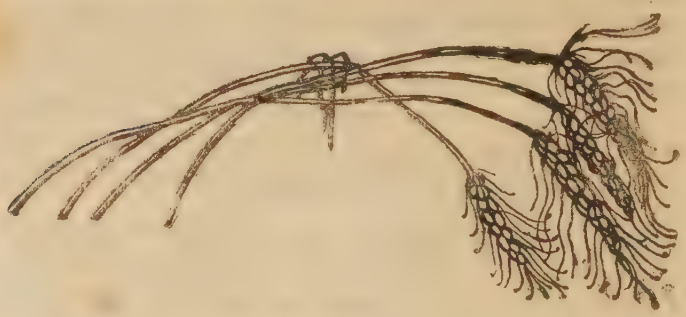
Una lanza de sol, invisible en el alto infinito, quebraba en iris de llamas en las vidrieras de la Opera.

Había llegado. Una fuga profunda, innumerable, de focos eléctricos, iluminaba las oficinas de *Tos Cook and Son*. Empezó a leer pacientemente, uno en pos de otro, los letreros de las distintas ventanillas.

«*Billets. Chèques. Excursions. Change. Nile Flotilla. Coupons d'hôtel. Renseignements...*»

Dejó la bolsita sobre la ménsula de la ventanilla, apoyó los codos sobre ella y se dirigió con tímida sonrisa al rubio y elegante inglés que se asomaba desde dentro sobre un montón de horarios y cupones, dispuesto a satisfacer su legítima curiosidad.

—¿Haría el favor de decirme el camino que hay que seguir para ir a Sidi bel-Abbés?...



El camino era largo, radiante, vertiginoso; estaba distante, como todos los caminos que van en busca de la felicidad. Y, sin embargo, hubiese recorrido el mundo entero con su leve pie, caminando sin detenerse, para hacer revivir un solo instante de poesía.

Entonces le parecía comprender todo lo que había sido incomprensible entre ellos. A nadie hubiera sabi-

do explicar el porqué de aquella fuga, y, sin embargo, en lo íntimo creía *sentir* la razón. Le parecía que un infinito amor hacia ella, demasiado altanero para humillarse, demasiado inconciliable con otras lejanas borrascas de su vida, le había abismado en aquel refugio de hombres acabados, quizá en busca de un sepulcro anónimo, allá, entre aquellos soldados de la aventura.

Sí; le había dicho la verdad aquella primera noche afirmándole: «*...vous êtes ma dernière coupe de champaña, mon dernier bouquet de roses... quelle folie!...*»

Ahora comprendía, en su trágica y desnuda sencillez, el altivo dolor de aquella alma, su desesperado destierro de la vida, su terrible corazón de nómada, ya sin camino.

En los últimos tiempos antes de abandonarla, la repetía todas las noches, casi como un augurio:

—Buenas noches, Bluette... No olvides que te amo, ¡que te amo!...

Y pronunciaba estas palabras con la voz de un hombre ya distante, con la voz de un hombre que nunca ha de tornar.

¡Pobre pequeña, blonda, Mimí Bluette!... ¡Cuánto le amaba! ¡Qué profundo cambio el operado en ella desde la noche que le vió en el bar de la Gran Rouquine y le sonrió su boca húmeda en el borde de la copa de champaña!... ¡Cuánta tormenta, cuánto estrépito en su corazoncito de danzarina, en su dulce alma del color de sus flores de lis!...

No sentía haber sido bella, deseada, poseída, y, sin embargo, le había dado su placer, a plenas venas, con un sentimiento de tímida novedad. Sólo en él había encontrado al amante; sólo con él había conocido esa total fusión de los sentimientos y del espíritu, esa estupenda embriaguez creadora, henchida de milagro y de

fecundidad, en que la mujer se da cuenta de que encierra en sí misma lo infinito.

Cuando estaba más embriagada y se sentía más femenina entre los brazos de su amante, la dominaba hasta la oscura tentación de sellar en su seno enamorado, con un dolor materno, la fugitiva voluptuosidad.

—Monsieur Bollot, no vale la pena de predicarme moral... Me iré, a pesar de todo. Deme el dinero que le pido, obséquieme con una linda sonrisa y espere pacientemente mi vuelta.

—Pero ¡usted me pide una suma absurda, hija mía! ¡Cien mil francos para ir a Argelia es un derroche, créame, un derroche!

—Y, además, los necesito en especie, billete sobre billete. Nada de *ehèques* ni de letras. No quiero tener que habérmelas con los Bancos africanos. Dese prisa, monsieur Bollot, porque nos iremos dentro de tres días.

—¿«Nos» dice usted? Y ¿con quién? ¿Va usted, por casualidad, en caravana?

—«Nos» quiere decir mi madre, Linette y yo. Mi madre no viene más que hasta Marsella, desde donde se irá a Italia. Linette y yo nos vamos a las orillas del Sahara, playa donde la vida es carísima.

—Bromea usted, hija mía. ¿Cree tener cien mil francos en su armario como si fuese moneda suelta?

—Pues bien: venda, hipoteque, busque un préstamo, haga lo que le parezca; pero en tres días está usted obligado a proporcionarme esa suma, ni un céntimo menos. Y ahora me despido, mi querido monsieur Bollot; porque, ¿ve usted esta lista? Son compras que tengo que hacer.

Se marchó. Jack la esperaba pacientemente delante del portal de monsieur Bollot. En aquellos últimos días su escasa locuacidad casi se había convertido en absoluto silencio. Bluette ni siquiera tenía tiempo de reparar en su tristeza. Le hablaba como a un hermano, contándole cuanto pasaba en su alma. Jack la escuchaba con irritada paciencia, sin mirarla, sin interrumpirla; al fin terminaba:

—Cuando una mujer ama a un hombre, es tiempo perdido.

—¿Qué quieres decir con esa sentencia tan inteligente?

—Quiero decir, *Bliouette*, que es tiempo perdido.

—Eres un gran filósofo, Jack; un gran filósofo.

Pero una tarde en que estaban, como en otro tiempo, en el dormitorio de Mimí, y ella, sin pudor hacia él, sólo llevaba descuidadamente una bata, Jack, de improviso, en silencio, la tendió sobre las almohadas, y, oprimiendo con su boca la tibieza de su cuello, hizo una tentativa, casi brutal, para poseerla.

Habían pasado algunos años; pero la amaba siempre como cuando bailaba el *My Blu*, como cuando tenía en sus ojos de transalpina toda la belleza deshonesta y dócil de la mujer de placer.

Pero ahora, hacía días, su ardiente juventud estaba henchida de soledad; un vacío y profundo malestar circulaba por sus venas.

Al pronto, bajo aquella violencia repentina, ella no comprendió; sólo sintió una confusa felicidad física al hallarse tendida sobre un lecho bajo el peso de un hombre que le oprimía el corazón, el regazo, el seno, y casi le quitaba el aliento en lo alto de la garganta. Pero después recordó, con un estremecimiento, que no era su amante, que era casi un hermano que trataba de ofender su renovada castidad. Un brusco dolor superó en sus venas a aquella involuntaria tentación de placer, y el choque fué tan rudo, que creyó recibir una herida, mientras su dócil cuerpo de mujer yacía sumergido en un principio de voluptuosidad.

No acertó a rebelarse, no gritó; volvió el rostro hacia otro lado y rogó con voz apagada:

—*No me fais pas de mal, Jack... Tu es mon frère, Jack, tu es mon frère...*

Luego estalló en su garganta una convulsión de sollozos, y de sus ojos, inmóviles, casi inertes, rodaron lágrimas brillantes sobre su hombro desnudo.

Entonces él la miró. La miró palidísimo, con ojos sombríos, perdiendo el valor para ofenderla. Porque también tenía un alma en sus claros ojos y no podía poseer a una mujer que lloraba.

Le invadió una horrible vergüenza y murmuró a flor de labio:

—Excúseme, *Blioueltе*...—Y desapareció.

Desapareció.

Ella permaneció largo tiempo en el lecho, entre el desorden de sus cabellos, tendida y desmayada.

En ciertos casos, la blonda Catalina no era agradecida.

Cuando Mauricio, impecable mayordomo, acabó de pasar a través de la ventanilla el último bulto de su numeroso equipaje—mientras, a la señal de partida, el blanco tren de la Ribera estiraba sus coches atestados—, lo único que supo decirle fueron estas palabras insuficientes:

—*Ne plôrez pas, mon pôvre Maurice, pour la raison que se m'en vais... Qui sait qu'un zour ou l'autre ze ne retourne!... Et puis, dans ce monde, il faut tout prendre avec un pé de philosophie!*

Mauricio no lloraba; pero estaba seriamente conmovido, y no podía olvidar de pronto que había calmado durante tanto tiempo sus nervios generosos, sirviéndole todas las noches, en su dormitorio, una taza de perfumada manzanilla.

En tanto, el tren se deslizaba sin sacudidas sobre los rieles relucientes. La blonda Catalina engastó en la ventanilla la gallarda riqueza de su seno clásico, y sonriendo al impasible mayordomo, le envió con la punta de los dedos su último beso de adiós. Después se

retiró al interior del compartimiento, lanzando un gran suspiro de alivio, mientras los gentiles ojos de Linette la miraban asombrados.

—*Tu as un pé de malinconie dans l'âme, pôvre Bluette!... Et moi viceversa ze me sens tout-à fait heureuse de quitter cette ville tant riche et tant déchantée, qui est, selon ma manière de voir, un immense bordel...*

Bluette sonrió tranquila bajo su oscuro velo de viajera. Pero Linette, a quien disgustaba el fraseo de la rubia Catalina y más aún el oír ofender a su hermosa ciudad, le respondió con voz sutil llena de enojo:

—Perdón, señora; yo soy parisiense y me apena oírle decir lo que dice de la ciudad más hermosa del mundo.

—*Oh, la, la!... Oh, la, la!... toi tu parles parce que tu as la bouche, Linetta mia! Qu'est-ce que ça veut dire «la plous belle ville du monde? Est-ce que tu as vu les ôtres avant de parler? Non, natourellement! Tu es une zeune fille sans expérience et tu veux mettre ta langue un pé partout! Moi, qui pourrais être ta mère, ze dis que c'est un bordel! Donc tu peux te fier, parce que ze vois les choses claires et ze n'ai pas comme qui dirait les tranches de saucisson sur les yeux!*

—Sí, señora—repuso Linette con burlona condescendencia.

—*Parce que tu dois savoir*—prosiguió la blonda Catalina—, *que chez nous, par exemple, il y a moins de belles choses dans les magasins, et on peut traverser le rues sans risquer d'y perdre une zambe; mais la vie dans notre pays est beaucoup plous natourelle, et on n'est pas frustes comme de vieilles savates à l'âge de trente ans! Paris, si tu regardes bien, c'est l'etiquette; mais le bon vin se trouve dans d'ôtres bouteilles. C'est*

ainsi, Linetta mia! Et souviens-toi que te l'a dit Caterina.

—Sí, señora—repuso Linette con un imperceptible bostezo.

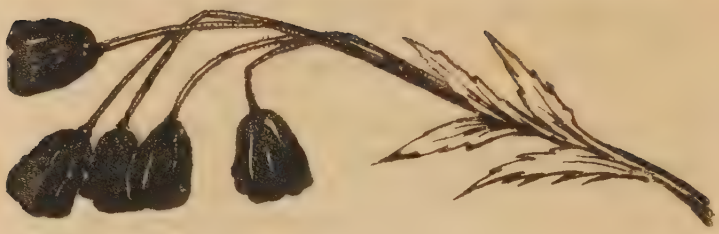
—Et toi, par exemple, tu n'as qu'à regarder ma fille. Quand elle est venue à Paris, c'était un bouton de rose, mais un de ces boutons de rose qu'on ne cultive pas au Zardin des Plantes, ni pas même à Saint-Zermain!... Or, tu peux la voir, si elle ne rassemble pas à ces têtes de cire qui tournent dans les vitrines des coiffeurs. Et puis, qu'est-ce quelle a eu de bon, après avoir été la reine de Paris? Un pé de galette? Oh, mais diable! les belles femmes en trouvent partout. Et encore, quoi? Une poignée de mouches!... Vieus voir un pé dans nos villes d'Italie, toi qui chantes: «Ze suis Parisienne! ze suis Farisienne!...

—Por de pronto, vamos al Africa, señora, y eso es también interesantísimo.

—Eh, voilà la belle histoire! Si ma fille en retourne, z'allumerai trois chandelles à la Madone! C'est encore un cadô de Paris ce mal de ventre dont elle est amoureuse! Car, si elle l'avait trouvé chez nous, ze parie ma tête qu'elle l'aurait envoyése promener, lui et sa Lésion Etranzère! Mais a Paris c'est très chic d'avoir des béguins pour des gigolos qui ne valent même pas un sou troué du Pape!

Bluette miraba con ojos fascinados desaparecer la veloz campiña.

Ahora, París la Estupenda se había disipado en su torbellino de relampagueante atmósfera; aparecía sin confines el verde milagro de la tierra de Francia.



—Adiós, adiós, mamita....—gritó ella una vez más asomándose a lo alto de la borda, mientras se alejaba el vapor.

Y le mandó aquel saludo con su voz que ya no podía ser oída, con sus ojos de muchacha llenos de lágrimas, con su largo chal de tul, que el viento agitaba en todas direcciones cual leve bandera.

La blonda Catalina permaneció en el muelle de la Joliette, abstraída, inmóvil, casi fea, casi vieja, mientras veía a su única hija perderse, confundirse en las azules lejanías del mar.

En aquel momento se acordó más que nunca de haberla llevado en sus entrañas, de haberle transmitido aquellos suavísimos cabellos rubios.

La tarde asaltaba con vehementes fulgores los mármoles y las cúpulas de la triunfal Marsella. La ciudad rapaz, espléndida, riquísima, parecía tener encadenados sus innumerables y velocísimos navíos, como una durmiente jauría de perros de presa.

El gran vapor de la Compañía Transatlántica, describiendo una ágil curva bajo los largos torbellinos de humo de sus dos chimeneas, salía al mar libre cantando con silbidos de sirena. Pero la bondadosa madre no podía moverse de aquel asfalto luminoso y negro en que le parecía percibir el movimiento rítmico del mar

En torno de ella se apretaba la intranquila muchedumbre, se apilaban enormes montones de mercancías; las blasfemias de los cargadores rimaban con el zambullido de los remos; el agua sucia chapoteaba, sin rumor de olas, contra los cimientos. Alzábanse grandes nubes oscuras, como por el estallido de una mina, allá, junto a los *doks*, donde los barcos fuliginosos vomitaban aludes de carbón.

Pero la pobre Catalina, que se había improvisado con los ardides de París una tardía juventud, no veía más que el leja no vapor de Bluette caminar en lo infinito con una estela de sol.

Un contenido sollozo hinchaba su clásico seno, y, con los ojos inmóviles, con los labios cerrados, lloraba solitariamente.

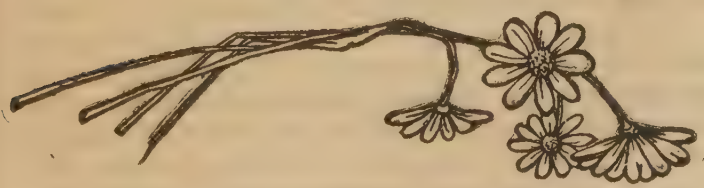
Los gruesos mosquitos de Marsella hicieron tanto ruido en torno suyo, que, de pronto, la despertaron.

—*Zout!*—exclamó en un postrero ultraje al habla republicana—. *Z'ai le mal de mer à force de plôrer... Courage, Caterina!*

Y retrocedió paso a paso, con la frente inclinada, hasta que se decidió a tomar un cochecito.

Su tren salía algunas horas después: no tuvo tiempo ni para apreciar la galantería de los marselleses.

Y, ciertamente, fué una lástima.



El vapor caminaba bajo las estrellas, surcando la clara noche mediterránea con un tranquilo rumor de velocidad.

Bluette contemplaba aquel mar que él también habría mirado.

Tan curvo parecía el firmamento, que ni siquiera podía distinguirse qué estrellas estaban realmente en el cielo y cuáles navegaban entre las espumosas olas lejanas. El África invisible exhalaba ya su perfume de tierra ardiente y bárbara en el tembloroso espacio. Se sentía respirar el desierto a través de la noche, aun henchida de fertilidad.

Las azules islas Baleares flotaban, cual grandes jardines marítimos, esmaltados de vegetación, envueltos en nubes de oscuridad y de perfume. Palma de Mallorca, embriagada por sus rosas, dormía en el profundo semicírculo de su bahía nocturna, entre un fantástico hormigueo de luces trémulas, que pendían de la costa cual ligeras guirnaldas.

Amanecía cuando aparecieron confusamente, entre las neblinas distantes, las cimas de la Gran Kabilia, nebulosos vértices de la bahía de Argel. Y después surgió lentamente el gran anfiteatro, bajo la custodia del sol naciente, cerrado en el extremo confín por la barrera ciclópea de la Kabilia y del Atlas.

Bluette miró con ojos llenos de aurora, y, al mirar, besó con su alma de enamorada la estupenda tierra que aparecía. Los montañas de Buzarea lanzaban a la altura azul la catedral de Nuestra Señora de África. Allá abajo brillaba con sus mil vértices la capital morisca del Mediterráneo, la antigua émula de Cesárea, la esclava de Pedro Navarro, por la cual lloró Doria

sus audaces armadas: Argel, la siempre invencible; Argel, la corsaria estupenda.

Semejante a una inmensa gradería de mármol blanco, descendía y se desplegaba entre un delirio de luz hacia el mar indolente. Sobre el más alto peldaño, la Kasba fanática de los antiguos soberanos berberiscos centelleaba, a través de la lejanía, como un incendiado palacio de cristal. Y Bluette vió, sobre las azuladas colinas de Mustafá, extenderse la perezosa dominación de la ciudad europea que mató para siempre el viejo laberinto y el legendario misterio de la ciudad mauritana. La nieve del alto Churjura parecía de una blancura inverosímil en aquel color de desierto.

Era un sueño, y Bluette, con su alma de enamorada, presintió que estaba a punto de entrar en el encanto de una gran poesía.

Era la pequeña bailarina de París, que iba en busca de su amante hacia las montañas azules de la Gran Kabilia, bajo el sol del continente vertiginoso, en el rojo delirio de África, saturada de maleficio y voluptuosidad.

La acogía, le salía al encuentro con su ciudad centelleante que parecía el último jardín de París, y, sin embargo, allí, ante aquel puerto, en el dintel de aquel mundo, la vida cambiaba de color.

Aun se veían suntuosos edificios europeos, hormigueantes avenidas, paseos sembrados de hileras de árboles, extendidos, cual anchas cintas, en el declive de los oteros; aun se veían, más allá de los suburbios, los brillantes rieles, salpicados por el humo de las locomotoras. Pero ella comprendió, con su alma de enamorada, que en aquella tierra indomable, en aquel África, donde aun existe la distancia, cada calle podía llamarse realmente un camino, porque todas se per-

dían, se desvanecían, parecían dirigirse, no hacia un lugar, sino hacia lo infinito, hacia ese peligro que constituye el único límite de los caminos: la Distancia.

Bluette se encaminó detrás de la gente que, en largas oleadas, se encauzaba por la escala de salida. Sus grandes ojos azules contemplaban el espectáculo de la Jetté Ieïr-ed-Dina con una especie de consciente sueño. Desde allí, el mar se extendía, entre relampagueos de sol, hacia el África más lejana.

Y era en el África más lejana donde la pequeña bailarina de París debía internarse, llevando su corazón ligero, pero intenso y perfumado como la música del *My Blu*. En el sol de la gran África bárbara era donde debía sumergir, como en un baño extenuante, su empolvada carne. También ella, la pequeña bailarina de París, acariciaba el errante sueño de llegar al desierto, hacia las azules montañas de la Gran Kabilia, hacia los firmes huracanes de sol sin ocaso, que devastan el trópico.

Argel, elevada entre el temblor del gran incendio posmeridiano, extendía su blanco esplendor sobre el anfiteatro del golfo, desde las canteras de mármol de Bab-el-Ued hasta los antiguos olivos de los jardines de Mustafá. Casi vertical en el espacio, el Fuerte del Emperador vigilaba inexpugnable aquel inmenso abanico de edificios; la mezquita de Diama Chedid, la antiquísima de Chamaquevira, la *zauia* (1) de Mohamed-el-Xerif, de Safir y de Sidi-Randana, concentraban toda la luz de aquel aire mahometano, donde usurpaban espacio, sin producir un relámpago, las obesas cúpulas cristianas de San Felipe y de Santa Cruz.

(1) Mezquita con derecho de asilo. Centro de instrucción musulmana.

Bluette, con su alma enamorada, contempló aquel prodigio, nuevo para sus ojos, mientras, un poco ebria y aturdida, se dejaba arrastrar por la oleada de la gente, en que se percibían las ásperas sílabas del idioma árabe y las orientales cadencias, las sonoridades impuras del francés argelino. Ante sus ojos hervía, con una especie de trepidación solar, la intensa vida marítima de la capital de África, mientras, recorrida en todos sentidos por la muchedumbre de todos los bulevares, la gran plaza del Gobierno, enlosada de llamas, bullía sonora, centelleante, alzando en el rectángulo de sus edificios en arco la estatua ecuestre del duque de Orleans. A un lado se erguían, como escombros de una fortaleza de peñascos, los escarpados del antiguo puerto de Argel, los glacis y las dársenas que se extienden por la áspera isla del Almirantazgo, y, desde allí, corría ligero, como una cinta flotante, el muelle de Ieïr-ed-Dina.

Él también habría andado sobre aquel asfalto relampagueante, habría visto resplandecer Argel entre una inmensa nube de sol. Como ella, habría pasado cerca de los cascos de los enormes transatlánticos, de las proas de los barcos de guerra, para bajar hasta la estación de Aga, donde el tren de Orán espera la hora de internarse a lo largo de los jardines de los suburbios, en la gran Argelia.

Y partió.

Partió con su alma de enamorada hacia la inmóvil África roja, henchida de silencio y de vértigo, donde hasta el alma se incendia en un terrible delirio de sol.

Partió.

Era un día fuerte y centelleante; sobre todas las cosas sumergidas en el aire, parecía temblar una invi-

sible malla de oro. Los jardines de los suburbios ardían como incensarios, exhalando amplias llamaradas de perfumes tropicales. La ciudad luchaba con estruendo bajo la potencia incendiaria del sol. Las ciclópeas fábricas de los hombres blancos, los talleres de Europa, depredaban, locos de sol, de trabajo y de avidez, la bárbara riqueza del continente africano.

Argel desapareció. Sobre la inmensa llanura de la Miticha, la velocidad silenciosa del tren difundía un insostenible temblor. La llanura argelina corría, como un mar desecado, hacia el Atlas azul de Blida. El sol abrasaba, hacía veinte siglos, el legendario sepulcro de la cristiana.

Bluette seguía silenciosa. Una tristeza grande, inexpresable, un luminoso sentimiento de dispersión, pesaba sobre su dulce espíritu.

Allí, la distancia era verdaderamente la distancia. Allí, los caminos también podían no llegar nunca. Y se sentía más lejos de él que en las calles de París al emprender el viaje. La fascinación de África la atormentaba, penetrando en su ser como una magia terrible.

Comenzó a declinar el día. Hubo en todo el infinito una vehemente sublevación de colores. El alma de las cosas rutilaba; todo resplandecía; resplandecían hasta los rumores.

Echó la cabeza hacia atrás; cerró los ojos; soñó. Estaba perdida; una velocidad irremisible la arrastraba a través del Atlas azul, entre tempestades de luz, hacia el desesperado desierto. Ya no era la enamorada bailarina de París, sino una pequeña nómada, en poder de lo infinito, que iría adonde la llevase el camino, quizá sin poder llegar a su meta jamás, jamás.

De cuando en cuando, como para asirse a la reali-

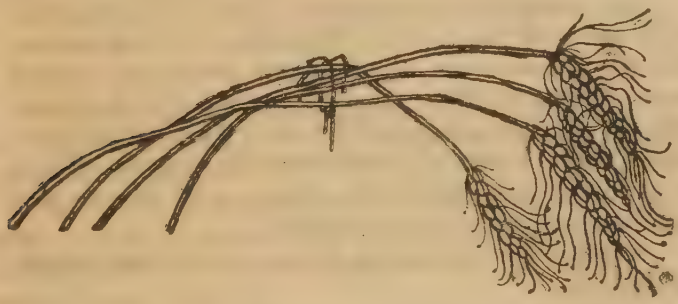
dad, colocaba una mano entre las de Linette, sentada junto a ella, y, en silencio, ambas dejaban que el tren llevase al destierro, en el gran peligro del camino, su indefensa juventud.

Ahora el Atlas ascendía en escarpados pedruscos desiertos, con algún perfume de naranjos, en torno a los *gurbis* (1) de los indígenas.

La voz *montmartroise* del afectado camarero corría por tercera vez a través del pasillo, repitiendo en todas las portezuelas:

—*Messieurs, Dames, le dîner est servi!... Messieurs, Dames, le dîner est servi!...*

En el África de la tercera República, saltaban bajo la uña de un árabe, entre los fuegos de la incendiada noche berberisca, los vivos tapones del champaña.



—Mira, Linette: Como ya estamos muy cerca de Orán, no nos queda más que hora y media de tren para llegar a Sidi-bel-Abbés. Piensa lo cerca que estamos de él. Me tiembla el corazón como el sedal de un pescador de caña. ¿Qué dices, Linette?

(1) Cabaña portátil, hecha de ramas, utilizada por los árabes. (N. DEL T.)

—¿Qué he de decir, señora? Creía que en Africa se viajaba en camello y en caravana... Pero veo que hay trenes de lujo como en la Costa Azul. Y mire, estoy verdaderamente contrariada.

—Eso depende de tu ignorancia, Linette. Porque si hubieras estudiado un poco de Geografía, sabrías que Argelia no es un país negro, y que Orán es uno de los puertos comerciales más importantes del Mediterráneo. Me han dicho que es muy *chic* ir a tomar baños de mar a la playa de Santa Teresa. Y, realmente, han puesto carteles anunciando por todas partes esta playa.

—En cuestión de propaganda, ese Félix Potin es extraordinario. He visto sus pomposos anuncios en muchas estaciones pequeñas donde no había más que carboneros.

—¿Qué tiene de extraordinario, Linette? Es su manera de colonizar los *gourbis*. Pero, mira: Esta gran ciudad tan soleada, que se despliega como una amplia capa leonada, es Orán, si no me engaño. Nos detendremos allí algunos minutos. ¡Dios mío! ¡Qué calor! Siéntate, Linette, y pon mi cabás sobre tus rodillas. Voy a darme en la cara un poco de colonia y de polvos, porque comprendo que estoy horrible.

—A juzgar por mí misma, debe de estar muy fatigada, señora.

—¿Fatigada, Linette? Pues no. No es esa la palabra. Me siento ebria, completamente ebria, y, sin embargo, podría ir mucho más lejos si fuese preciso. ¿Vendrías también tú?

—Sin duda, señora.

—¡Figúrate! Hora y media de tren y después Sidi-bel-Abbés, donde está su cuartel, donde está él mismo... Linette, ¡le veré esta tarde! ¡Ah, Dios mío! Cuando

pienso en ello, me parece que mi oprimido corazón no tendrá fuerza para latir...

—No se dé más polvos, señora. Con este calor no debe empolvarse tanto.

—¿Estoy muy despeinada?

—Según; para Africa, puede pasar.

—Además, me pondré un velo. Ya me siento musulmana. ¡Qué necio es atravesar sin ver nada tan pintoresco país! ¡Oh! Pero a la vuelta, como vendremos con Laire, nos desquitaremos. En todas partes iremos a ver las mezquitas y las bailarinas árabes. Me inspiran gran curiosidad estas mujeres, que deben de ser sabrosas y estar impregnadas de sol como los dátiles maduros. Te ruego, Linette, que no pierdas el bolso en que llevamos toda nuestra fortuna. ¿Qué haríamos si nos quedásemos sin dinero?

—Estoy segura de que la señora sabría salir del paso hasta en Africa.

—¿Eso crees?

—Sí, señora. Argel, después de todo, no es más que un *faubourg* parisién, y no faltarían hombres que la encontrasen bella.

—Es que no puedes figurarte las pocas ganas que tengo de serlo, Linette. Sin duda ignoras que, al decir esto, me molestas. Ya no soy la de antes: me he vuelto extrañamente púdica.

—Pero, señora, ¿no se ha fijado en esos tres o cuatro viajeros que no han cesado de pasearse por el corredor fumando grandes cigarros?

—Supongo que eres tú quien les gustas, Linette.

—¡Oh, sí! Vale la pena de que usted se burle de mí, señora.

—De todos modos, prepara los cien sueldos que he-

mos de dar al empleado del *wagon-lit*, porque llegaremos muy pronto a la estación.

—¡Ay! Señora, con este calor, es muy fastidioso volver a meterse en seguida en otro tren...

—¿Sabes lo que podría hacerse? Hora y media de tren supone cerca de setenta u ochenta kilómetros. Poco más o menos la distancia que hay al bosque de Fontainebleau. ¿No es eso?

—Señora, yo me pierdo en las distancias. Sé que para ir allí tiene una que disponer de todo un domingo.

—Pues bien: estoy segura de que no hay más de ochenta kilómetros hasta Sidi-bel-Abbés. Me lo han dicho en la agencia Cook.

—Muy bien; pero, señora, ¿qué importancia tiene el que haya ochenta kilómetros en vez de ciento?

—Una gran importancia. Porque, ¿sabes lo que vamos a hacer? En vez de meternos en un tren asfixiante, vamos a detenernos en un buen hotel y a tomar un baño tibio y perfumado, por el cual me vuelvo loca; también tú, Linette, tomarás un baño con agua de Lavanda; después descansaremos, nos pondremos ropa limpia y almorzaremos en un *restorán* para ver la cara de esos franceses de África, y, en tanto, el portero se encargará de alquilar un automóvil en un buen *garage* para que nos lleve, por la carretera, a Sidi-bel-Abbés. Tomaremos el aire y veremos el paisaje. ¿Qué dices, Linette?

—Digo que sería muy hermoso. Pero, ¿es que al menos hay carretera?

—¡Qué aturdida estás, Linette! ¿Cómo quieres que no haya carretera donde hay ferrocarril?

—En África no se sabe nunca... Además, eso debe de costar atrozmente caro. Y ya que tenemos billetes hasta Sidi-bel-Abbés...

—¡Vaya! Será como en todas partes: a franco por kilómetro. Ochenta y ochenta hacen ciento sesenta; hay que contar también el camino desde el *garage* y la propina del *chauffeur*. Si el portero no es un ladrón, debe de subir, poco más o menos, una decena de luises. Cincuenta daría yo con gusto por verle un cuarto de hora antes.

—Le digo, señora, que estamos en tierra negra y que es preciso no derrochar el dinero. Pero, desde luego, me sentiría tan dichosa como un pez zambulléndome en el baño.

—Entonces, está decidido. Dígame, señor revisor, ¿cuál es el mejor hotel de Orán?

—El *Continental*, señora, aunque el *Víctor* y el *Royal* no le van en zaga.

—Gracias. Iré al *Continental*. Pero, ¡diablo!, tienen ustedes unos mosquitos espantosos en este hermoso país.

—¿Eh? Sí, señora. Sin contar con que son muy malignos. Nada les atrae tanto como el perfume de una parisina...

Ahora el camino volaba, árido y libre, impetuoso como la felicidad. Orán moría distanciada entre una gran borrasca de nubes de oro, bajo la erguida, sutil montaña de Santa Cruz, que parecía un árbol de proa.

Impregnadas, saturadas de esplendor, desfilaban las viñas rojizas de Tlelat, las adelfas que florecen en la vertiente del Tesala, las ágiles barras que retardan la llegada al mar de los veloces y ligeros ríos africanos procedentes del Atlas. Pasaba, irisada y fastuosa, como la estofa de un telar árabe, la bella campiña de Argelia, que impregna el sol de una rutilante fecundidad. Pasaba, erguida y trémula, en el esplendor posmeridiano, el alma interna de la tierra, de la tierra ondulada que se arroja ardiendo a la desesperación, allá, en el infinito océano de sol, donde las blancas carreteras, trazadas por el hombre, se dispersan cual muertas orillas bajo el furor de la llama, en la perdida amplitud.

Y ella respiraba con una especie de embriaguez aquel aire un poco incitante que enviaba la cálida tierra a su nariz voluptuosa. Acurrucada en el profundo asiento de cuero, se dejaba arrastrar por la velocidad como por una potencia gloriosa que la acariciase todo el ser. Los semicírculos de oro de sus larguísimas pestañas temblaban de placer y de sutilidad, mientras, al choque del aire, como en un sueño estático, veía desaparecer la veloz campiña y el incendiado horizonte.

En la desesperada serenidad, el sol se extraviaba sobre el desierto invisible; las casas árabes desaparecían, casi borradas por el furor de la luz; las palmeras parecían envueltas hasta la copa por la espiral de una nube blonda. Se oían trepidar las ruedas, volando sobre la tierra volteada.

Un no sé qué de rojo, de angustioso, de bárbaro, penetraba en el azul espíritu de la pequeña bailarina de París: era el delirio del África, el vertiginoso maleficio de la tierra relampagueante.

¡Mimí Bluette! ¡Mimí Bluette!... Había sido la belleza y la música de los escenarios de la capital; había rega-

lado su desnudez, rociada de brillantes, en los teatros de la ciudad nocturna, donde una danza impúdica se convierte en el afrodisíaco de todos los abrazos. Y ahora llevaba su transparente alma de bailarina hacia la calamitosa belleza del trópico, mezclando a la respiración de la tierra interna su ligero y tenaz perfume de Coty.

¡Cuánta poesía en el alma de aquella grácil criatura, que iba por tierras de África en busca de un amante perdido!... ¡Cuánto sol vería con sus ojos de enamorada aquella bellísima criatura!...

De pronto aparecieron, con aguas repentinas, a lo largo del camino relampagueante, los ríos de la tierra interna: el Oued Sarno y el Mekerra, que se mezclan sin fragor bajo los ágiles puentes. Y apareció la llanura de Bel-Abbés, rosada, fértil, en el luminoso crepúsculo, como una opulenta campiña de la feliz Provenza. El Mekerra dibujaba, a través de las mieses llameantes y de los olivos azules, una larguísima estela de plata. El blanco y lejano dique de la ciudad cerraba el horizonte.

Ella sintió, de pronto, que el corazón le flaqueaba. Cogió una mano de Linette, y la estrechó, la estrechó. Después, con la punta de sus dedos fríos, tocó el hombro del mecánico y pronunció algunas palabras que se llevó el viento...

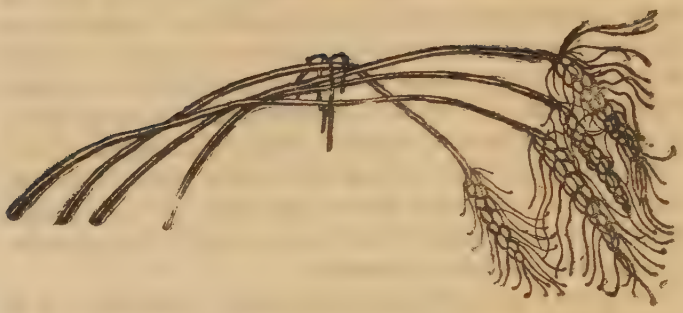
Pero él comprendió y se volvió:

—Sí, señora; estamos llegando a Bel-Abbés.

Entonces ella se echó sobre el respaldo, y permaneció inmóvil, estupefacta, cual si ya no tuviese vida.

En el aire suave flotaba el perfume de los olivos de Mascara. La puerta de Orán resplandecía, encuadrando un corredor de sol.

—¡Qué pálida está, señora!—dijo con temblorosa decisión la turbada Linette, la doncella de las medias de *voilé*.



Quizá por su activa naturaleza, quizá por la profunda simpatía que le inspiraban las transparencias de Linette, el mecánico no quiso abandonar a las dos viajeras en el umbral de la fonda. Cuando soltó el complicado, aunque sucinto equipaje de la parisina, quiso ayudar a los mozos del hotel a llevarlo al primer piso y a quitarle las empolvadas fundas. Las dos habitaciones no dejaban de tener cierto *confort* colonial; con los mosquiteros limpios y el color de los viejos muebles de nogal, recordaba las buenas posadas francesas de hace medio siglo.

La llegada produjo gran movimiento en el tranquilo Hôtel d'Orient et Continental.

El portero, alemán, naturalmente, y, por lo tanto, refractario a todo matiz, imaginó sin más, que se trataba de una suntuosa y riquísima *cocotte*. El director, un francés de la ribera de Provenza, con algo de sangre levantina, pensó al momento en algún disoluto oficial del cuartel de caballería. El mayordomo, que tenía cierto gran aire de casino de Deauville, no tardó mucho en presentarse con urbanidad en el umbral de la habitación para inscribir el nombre de la recién llega-

da en el registro de viajeros. Ella se quitó el velo y los guantes, y escribió de prisa, con lápiz:

Mimí Bluette. París.

Él leyó, releyó, miró detenidamente a la bellísima parisina, y, por último, no supo refrenar su natural estupor:

—Perdón, señora. ¿Dice aquí Mimí Bluette?

—Sin duda. ¿Por qué?

—Entonces, ¿será usted, por casualidad, la verdadera, la célebre señorita Mimí Bluette?

—No sé si soy la célebre; pero, de todos modos, soy la única Mimí Bluette que conozco. Prepáreme un té, helado si es posible, y como el *chauffeur* debe de tener sed, dele cerveza, si la quiere.

—Gracias, señora; beberé con mucho gusto—repuso el mecánico, dispuesto a colocar las maletas en distintos taburetes.

—¿Conoce usted la ciudad?—le preguntó entonces Bluette, que estaba poniéndose de nuevo su largo velo.

—Ni que decir tiene, señora.

—¿Sabe dónde está el cuartel del primer regimiento extranjero?

—En la calle de Tremecén, señora; no lejos de aquí.

—¿Quiere llevarme?

—Estoy a sus órdenes, señora.

—Le ruego que baje. Vamos en seguida.

Apenas salió y quedaron solas, Bluette se oprimió con ambas manos el corazón palpitante:

—¡Voy a verle, Linette! ¡Voy a verle en seguida!... ¡Oh, Linette! ¡Mi Linette!...

Y con un súbito arranque de íntimo abandono, la abrazó como a una hermanita:

—Ven; bajemos. No tengo tiempo de arreglarme ni de peinarme. Llama para encargar que nos sirvan abajo el té, y muy de prisa. Se me salta el corazón. Cada palabra me cuesta un esfuerzo; me ahogo. No te separes de mí cuando le vea, Linette. Cuando vuelva a verle será terrible. ¡Oh, no sabes, no sabes cuánto le amo!

En la planta baja todos los empleados de la fonda se alinearon para ver a Mimí Bluette. El director la abrumó a fuerza de cumplidos, mientras el mecánico de Orán, ya aplacada la sed, preparaba delante de la fonda su fragoroso motor.

Dos bellas mujeres, que ostensiblemente eran divas de algún próvido café concierto, tomaban el té con algunos oficiales y con un par de notables del Montmartre argelino. Un árabe con ojos semejantes a gruesas ágatas y la piel color de búlgaro, exhibía las costosas bagatelas de su bazar ambulante. Cuatro europeos discutían sobre negocios en una jerga mezcla de árabe y español.

Bluette salió sin vacilar. La recta calle de Proudhon, entre la puerta de Orán y la de Daya, tenía el aspecto común a toda subprefectura de Francia durante el imperio frigio de la tercera república. Algún grupo de legionarios caminaba por el borde de la acera con aire de hombres desocupados, cansados del agobiante clima, con las manos en los bolsillos, mirando de reojo a las muchachas que pasaban, aspirando con glotonería el humo suave que produce la rubia hoja del tabaco de Argelia.

Caía sobre las fachadas de las casas una azulada oscuridad; la vida provinciana del gran campamento

europeo turbaba, con su rumor posmeridiano, el perfumado silencio del cielo de África. Y el indígena paseaba entre aquella muchedumbre de invasores y de mestizos, como un intruso convertido en oculto amo.

Cuando llegaron en frente del cuartel, toda la calle de Tremecén estaba llena de soldados. La música militar se dirigía, entre una bandada de golfillos, hacia el jardín público. Por lo tanto, las nodrizas de Europa no se hubiesen aburrido en Sidi-bel-Abbés. La Francia de Mimí Bluette administra sus colonias como puede, pero nunca se olvida de distraerlas con músicas militares. Esta es, sin duda, una óptima determinación.

Ella bajó del automóvil con pie ligero, y pasó delante del centinela. Como hubiera seguido, sabe Dios hasta dónde—tal era su atolondramiento—, el cabo de guardia la detuvo. Se le puso delante, llevándose la mano a la visera:

—No entre, señora. Está prohibido.

—¡Ah!...

Le parecía imposible. Inmóvil en la puerta, hundía la mirada en el azulado patio.

—¿Desea ver a algún oficial, señora? Ya es muy tarde...

—No, a un legionario.

—¿A un legionario?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Laire.

—¿Laire?... No le conozco.

—Imposible. ¿No es éste el primer regimiento extranjero.

—Sí, es el primer regimiento extranjero, como usted dice. Pero vengo del interior y no conozco a todos. Es-

pere, señora; procuraremos que hable con el oficial de guardia.

—*Merçi, mon brave.*

El cabo se volvió y llamó a un legionario:

—¡Eh, tú, Gouin! Ve a llamar al teniente Silles. Le encontrarás en la cantina. Hay unas señoras que le buscan. Date prisa, Gouin.—Después se volvió amablemente a los visitantes—: No puedo decirles que se sienten, porque, como ven, no tenemos sillas. Lo sentimos. Además, el teniente Silles tiene las piernas largas.

Verdaderamente, el cabo de guardia no había exagerado: el teniente Silles ofrecía una extraña semejanza con un dromedario de carrera, y, como dicho animal, tenía en la barba, en los cabellos y en el color del rostro la misma rojiza rubicundez.

Presentóse con un rígido saludo militar, pronunciando un *mesdames* seco y lunático, sin dejar de mascar con la mandíbula huesuda un bocado de la comida que había interrumpido de mala gana.

Contempló a aquellas dos mujeres, de aspecto muy singular para un cuartel de Sidi-bel-Abbés; luego, con un gesto casi amable, les indicó que tuviesen la bondad de seguirle. Entró en una habitación pequeña, donde había un par de sillas, una mesita y una especie de otomana. Era, probablemente, la sala del oficial de guardia. Apestaba a cerrado y a tabaco fuerte.

Acercó dos sillas, las invitó a sentarse, encendió un cigarrillo, y, descubriéndose la híspida y ruda pelambrera, arrojó con desprecio el gorro sobre la perilla de la percha.

—A sus órdenes, señoras—dijo con voz rápida y ruda, que, como todo su ser, parecía abrasada por el sol.

—Soy Mimí Bluette, y ésta es mi doncella. Venimos de Francia, de París—dijo Bluette con tímida vacilación.

El no mostró el menor asombro ante el nombre ni la procedencia.

En tanto, Linette pensaba:

—He aquí un buen diablo a quien deben gustarle las negras.

—Pues bien, señor teniente—terminó Bluette, recobrando la desenvoltura—: he hecho tan largo viaje para volver a ver al hombre que amo.

—No tengo el gusto de conocerle; pero, de todas maneras, es admirable.

—Sí, en efecto, es admirable, señor teniente. Porque yo soy Mimí Bluette, la que ha bailado hasta delante de reyes, y mi amante no es más que un simple legionario.

—¿Su amante un simple legionario? *Bigre! C'est tout a fair kouss-kouss!* Perdón, señorita Bluette, pero es así como se habla en el Garb.

—Escuche, señor teniente. Se ha alistado bajo el nombre de Laire; sin duda usted le tiene a sus órdenes; está, probablemente, en este mismo cuartel; por eso le ruego, le ruego con toda mi alma... ¿No? ¿Es que usted no le conoce?

—¿Laire? ¿Laire?... Sí... Espere un momento. ¿Es uno que se ha alistado recientemente, hace unos dos meses?...

—Sí, sí, señor teniente.

—Espere. ¿Uno alto, pálido, con ojos casi verdes, de treinta y ocho a cuarenta años?...

—¡Es él! ¡Es él, señor teniente! ¡Oh, Dios mío, qué emoción tan espantosa! Déjeme verle sin tardar.

—Es que no está aquí, señora. Está lejos, muy lejos. Lo deploro.

Ella se había levantado con las manos tendidas hacia él, con la voz suspensa. Al oír aquellas palabras retrocedió vacilante, doblando la cabeza como si la hubiesen herido en el corazón.

El teniente Silles, muy confuso, buscó en sus bolsillos otro cigarro, y, después de encenderle, empezó a estirarse la ruda barba de macho cabrío:

—Sí, señora, es muy triste que haya hecho usted tan largo viaje para nada. Si, por ejemplo, hubiese telegrafiado...

—No podía hacerlo. Hay razones. Además, eso no importa. Me sobra el valor para ir, sea donde sea. Dígame dónde está, señor teniente, y eso es todo lo que necesito.

—Está muy lejos, en el interior, en el corazón del Guebli, mucho más allá de Colombéchar... Ya ve usted que sería una locura.

—¿Por qué una locura? Iré hasta Colombéchar. ¿Dice usted...? ¿Dónde está eso?

—¡Ah, pobre señora! Bien veo que es la primera vez que pone los pies en Africa. ¿De ese modo, con ese calzado y con esa linda *toilette* pretende usted ir hasta el Garb?

—Iré, señor teniente, iré. Hay momentos en que una mujer vale más que un soldado.

Y pronunció estas palabras con una sencillez tan tranquila, que el oficial de Africa la miró y no supo qué responder, porque se dió cuenta de que estaba delante de un gran amor. Después de una larga pausa, preguntó con voz casi amable:

—¿Y usted ha hecho este viaje? ¿Usted irá hasta allá abajo por ver a ese hombre? ¿Usted, Mimí Bluette?

—Yo, Mimí Bluette, iría al fin del mundo para volver a verle un solo día de mi vida.

—¡Ah!... Indudablemente, hay tipos que tienen suerte—barbotó el teniente Silles con increible malhumor—. Vea usted: hace cerca de nueve años que rueda mi joroba por estas asquerosas colonias, y no ha habido ni la sombra de una francesa que me haya enviado un huevo de Pascua ni un par de zapatillas bordadas. Me paso sin ello, porque he roto con la sociedad.

—¿También usted?—dijo Bluette con estupor—. Es lo mismo que Laire me decía a veces. Pero lo decía de un modo muy pintoresco: *J'en ai soupé des hommes qui connaissent leur cimitière!...*

—Eso es verdad, señora. Esta opinión podrá parecerle oscura, pero para nosotros es tan clara como el Evangelio. Por otra parte, ahora me acuerdo de ese hombre. Tenía condiciones para enamorar a una mujer tan hermosa como usted; pero tenía, al mismo tiempo, las pupilas febriles y melancólicas de los hombres que van a luchar al Garb marroquí. Además, él fué quien formuló la demanda y quien quiso marchar lo más pronto posible. Mire usted, nosotros somos los verdaderos hombres sin patria. Nos batimos lo mismo que si fuésemos a una diversión, porque, a falta de todo lo demás, tenemos una bandera.

—¿Cada uno de ustedes oculta un misterio?—preguntó Bluette con una especie de asombro infantil.

—Cada uno de nosotros es un verdadero hombre, mientras los otros no son más que polichinelas peligrosos. En suma: cuando se está aquí, es porque se debe estar; cuando se está aquí, es porque no se quiere volver. Por eso le aconsejo, señora, que retroceda.

—Teniente Silles—dijo Bluette sonriendo—: yo no soy la sociedad humana, ni le he hecho a usted ningún daño. Además, usted debe ser menos malo de lo que dice. Le ruego, por tanto, que me ayude cuanto pueda,

ya que no soy más que una mujer y tengo que ir tan lejos. Creo habrá adivinado que se trata, para mí, de un asunto muy grave.

—Si es para que se le haga volver del sur de Orán, no piense en ello, señora. El mismo coronel no podría hacer absolutamente nada.

—No quiero que se le llame ni que se le avise mi llegada. Lo que le pido es mucho más sencillo, teniente Silles. Tráceme un itinerario detallado del camino que hay que seguir para encontrarle, y recomiéndeme a personas que puedan serme útiles en tan larga ruta. Tengo, además, un salvoconducto del Ministerio. ¿Quiere usted ayudarme, señor teniente? Tal vez seré indiscreta; pero creo que nuestros mejores amigos son los que nos proporcionan lo desconocido y el azar.

—¡Oh, señora! Si no es más que eso, lo haré de todo corazón. Pero como es preciso que escriba una corta memoria con gran número de detalles, voy a ocuparme en ello esta noche y se la remitiré mañana por la mañana al hotel, si es que está en alguno.

—Sí, señor teniente: en el hotel Continental. Y cuente para siempre con la amistad de Mimí Bluette.

Y reanudó el camino.

El camino.

Había que volver a Orán y tomar el ferrocarril de Colombéchar.

Aquel día, el teniente Silles hizo en su obsequio una cosa graciosa. Después de acompañarla a la estación de Bel-Abbés y de saludarla con palabras muy lacónicas, de pronto, cuando ya estaba el tren a punto de partir, saltó al departamento, sin preocuparse de responder al empleado que cerraba las portezuelas, y se sentó entre ambas con la mayor tranquilidad.

—Después de todo, nada tengo que hacer; bien puedo ir hasta Orán y dar un vistazo al Mediterráneo.

Bluette sonreía, como si aquello le pareciese lo más natural; pero a la suspicaz Linette no le gustaban las maneras de aquel extraño teniente. Había dicho a su señora:

—Muy bien; vamos a cruzar el Sahara y aun el centro de Africa; pero temo, señora, que sus relaciones con los colonizadores no resulten muy fáciles. A fe que tienen unas caras que no auguran nada bueno.

—Como te has imaginado que le gustan las negras, le temes como a un ogro. A mí, por el contrario, ese teniente Silles me da mucha pena.

Sí; y mirándole bien al fondo de los ojos, a su duro y escuálido semblante, se veía en él, bajo el bronceado del sol, un color de infelicidad. Quizá era uno de esos hombres que la sociedad rechaza a sus confines, como los restos de los veleros hundidos hacia las orillas de un mar desierto. Y ahora Bluette, no sólo conocía esas tranquilas tragedias, sino que ella misma estaba impregnada de esa atmósfera de peligro y de irremisibi-

lidad que envuelve esas almas de aventureros. Ella misma cifraba ya en el mundo la última fidelidad en la sombra de una lejana bandera.

Cuando llegaron a Orán, cuando estuvo en el tren que debía llevarla hacia el interminable sol, Bluette se dió cuenta de que el oficial de Africa la miraba como la habían mirado una noche los ojos del taciturno extranjero, cuando por primera vez le sonrió su boca tras el borde de la copa de champaña.

Y entonces, con las pupilas deslumbradas por el inextinguible sol de Orán, volvió a ver, como en un sueño, la remota calle parisina: una pequeña calle tranquila, vieja, de esas que los ediles razonables van borrando poco a poco.

Se veía surgir a lo lejos la columna de Julio de la plaza de la Bastilla.

Realmente, eran dos hermanos, dos terribles hermanos, dos nómadas en el gran camino que envuelve el Africa vertiginosa en su perdida llama. Y el amor que sentía por el uno, por el más distante, le produjo un pequeño temblor al dirigir al que le acompañaba una palabra de reconocimiento y adiós.

Solos y parados en el blanquísimo asfalto de la estación, el oficial le dijo:

—¡Dios la guarde, señorita Bluette! Antes de conocerla, casi estaba persuadido de que no existía en la mujer lo que se llama un alma.

Ella inclinó la cabeza y no contestó. Permaneció inmóvil, comprendiendo que hubiera depositado un beso de hermana, casi un beso de enamorada, sobre aquella ruda frente que descollaba inmóvil.

Mimí Bluette: cualquier día este terrible sol blanqueará en cualquier parte mi esqueleto; no habré tenido para los hombres más importancia que uno de esos

meharis (1) que abastecen el desierto. Sin embargo, usted, que es tan bella y lozana, cuando esté de regreso en la otra orilla, entre gentes que conocen su cementerio, no deje de enviar alguna vez una linda sonrisa de su boca a este lejano teniente Silles...

—Le aseguro que va usted a hacerme llorar—respondió con un hilo de voz—. Mire: el tren está para salir; es preciso que suba. Hasta la vista, teniente Silles. Acepte este pequeño recuerdo de Mimí Bluette; él le salvará de los peligros allá abajo, en el Garb. Hasta la vista, señor teniente. Y ¡gracias, gracias!...

Se había quitado del dedo un anillito, y se lo regaló, casi a escondidas, al estrecharle la mano. El miró con sus ojos adustos aquella frívola bagatela, procedente de la rue de la Paix; lo estrechó con ansia entre los dedos, como estrecha el árabe en la palma de la mano la buena moneda; no acertó a decir una palabra ni a dirigirle una sonrisa, y saludó impasible a aquella mujer, como hubiese saludado a su bandera.

Después se volvió rápidamente, como para ocultar el azoramiento, y se le vió atravesar a grandes pasos la oblicua franja de sol.

Dentro de poco volvería, allá donde mueren todos los caminos, en el infinito y tranquilo delirio de la tempestad de sol... También a él, ya en camino del cementerio, Bluette, al pasar, le había regalado una flor.

---

(1) Variedad de dromedario africano, adiestrado para carreras rápidas.—N. DEL T.

Recorrió Argelia. Respiró, a través de las lagunas de la Macta, ese sabor de horrendo estrago que difundió el indómito Abd-el-Kader. Vió resplandecer las naranjas de fuego a lo largo de la orilla del Habra y pender los relucientes racimos de las robustas vides del país de Mascara. Durante largas horas la acompañaron las inmóviles y doradas plantaciones de tabaco; después, sobre la suave montaña, bajo el arco iris del ocaso, vió henchirse de crepúsculo los olivos azules de Saida, la feliz.

Y Saida pasó, con sus amplios jardines, con las límpidas aguas de su manantial, que brillan cual impetuosos arroyos entre los terraplenes de sus murallas desmanteladas. Y Saida, resplandeciente roca, joya de príncipes mauritanos, pasó como la última tierra que en el umbral de la arena intransitable fecunda el aliento del gentil Mediterráneo. Ahora salian al encuentro mesetas desiertas y ásperas, semejantes a ilimitados peñascales, donde sólo crece la escuálida tuya. Algún haz de esparto despuntaba entre las hendiduras de la piedra llameante.

Era el principio de la tierra interna del Africa, en que mueren los caminos. Y pasada Jalfalá comenzaba la estepa de esparto, el desértico país del espejismo. Se

veían lagos y ríos rutilantes; se veían barreras de fortalezas ciclópeas, oasis prodigiosos, florestas inmóviles, radiantes, larguísimas caravanas, rebaños pastando en praderas en declive, y todo esto aparecía, desaparecía en el monótono escenario del horizonte, furiosamente rojo. Y la estepa de alfa se extendía como un océano de hierba que corriese a la deriva, sin olas, hacia la perdida inmensidad.

¡Qué largo, qué largo camino!... ¡Qué infinita melancolía!...

«Mañana por la noche—pensaba su corazón—, mañana por la noche llegaré.»

Y el tren corría por el árido despeñadero de Xot Xergui, extraño paisaje de arena y de limo de arcilla, con las orillas planas, fangosas, ovaladas, que parecían caminar también.

La luna inflamaba con un brillo insostenible los cristales de sal, mezclados con la arena, y parecía correr entre la fosforescencia de un mar. El firmamento rodeaba el infinito con un delirio de estrellas.

Raros y mortecinos villorrios se sucedían a largas distancias como centinelas del hombre hacia la tierra nómada, ya sin hogares de piedra.

Unica y altísima, la montaña de Antar se elevaba sobre la llanura centelleante, donde empezaban a destacarse las primeras dunas. El desierto invisible prolongaba por Occidente, con lejanas ondas que apenas se movían, sus mareas de arena.

La noche estaba henchida de un espasmo tranquilo, de una magnética intensidad, casi de un polvo azulado que, atravesando el aire, se transformaba en luz. En las curvas, los fulgentes rieles relampagueaban como infinitas espadas.

Al surgir el alba—un alba estriada, milagrosa, como

si el mundo estuviese esmaltado de lapislázuli y de berilos—, pasó Ain Sefra, entre sus prados cubiertos de esparto y de drin, entre sus bosques de pistachos. La estación de Ain Sefra era una pequeña fortaleza; todo el burgo tenía la apariencia de un campamento militar; se veían cuarteles, bastiones, depósitos, y en todas partes el uniforme de los soldados coloniales, entre los pocos sudoraneses de testa bella y feroz.

Se estaba ya en los primeros limbos de la tierra móvil, en las cercanías del gran océano de arena que acecha y sepulta todas las obras del hombre. El artificial oasis de Ain Sefra intentaba poner un dique subterráneo—formado con los nudos de sus raíces—al periódico asalto de las dunas. Pero éstas corrían a ojos vistas hasta las laderas de las montañas del Ksur, trazando con su forma una especie de veloz inmovilidad que fulguraba con rayos y relámpagos bajo el implacable fuego del perpetuo mediodía.

Sol, sol. Llevaba ya en el alma el deslumbramiento de aquella enorme luz, el peso de aquella terrible materia solar, que se compenetra con todo y que puede encenderse como la llama que duerme en las moléculas de la yesca. Entonces comprendió que ella procedía de los países de sombra, de las tierras crepusculares, donde los ojos del hombre no están formados para ver el sol. Sólo aquí sabían los seres lo que es aquella potencia infernal y magnética, aquella tempestad inmóvil que incendia el infinito, aquella luminosidad insostenible, que destruye las formas bajo un diluvio de esplendor.

Ya no miraba, ya no escuchaba; se dejaba arrastrar por una especie de sueño, por un rojo y fatigoso delirio, en que sentía latir más fuerte, más fuerte, su tímido corazón de enamorada.

Y desfilaban los bellos oasis, las playas muertas, las solitarias *kubas* (1), los perfiles de lentas caravanas a lo largo de las huellas caravanescas, las dunas, rojas como el oro, que iban a asaltar el Atlas marroquí, los ríos sin agua, los prodigiosos despeñaderos de las montañas del Mograr, los valles color de azufre, todos arena y pedruscos, donde sólo crece la escuálida tuya.

¡Qué largo, qué largo camino!... ¡Qué infinita melancolía!...

Linette, rendida, exhausta, dormitaba quejumbrosa; de su frente despeinada corrían largos arroyuelos de sudor. Ardía el tren; el aire, casi rojo, producía una sensación de asfixia. Llevaban veinte horas encerradas en aquella prisión inflamada, y ya no había hielo en la despensa, ya no era posible refrigerarse con una copa empañada. Pocos viajeros llegaban hasta el fin de Colombéchar; casi todos habían bajado antes de Ain Sefra. Se apearon también los notables y los comerciantes indígenas que acudían al mercado de Figuig. Sólo quedaron algunos europeos, algún soldado y las dos viajeras. La hora sesteal se ensañaba con toda su llama; el mismo tren parecía efectuar un enorme trabajo para lanzarse a través de aquel sol. Hacia Occidente resplandecían las azules montañas del infiel Marruecos; una sensación de peligro y hostilidad gravitaba sobre la bárbara región. Las pequeñas estaciones parecían vivaques de tropa en un territorio en guerra; en las paradas, el oficial de guardia subía al tren para entregar voluminosos pliegos; se oían los canturreados saludos de las tropas acampadas a los legionarios que partían. Iban a combatir allá abajo; probablemente a

(1) Monumento elevado sobre la tumba o en memoria de un personaje venerado.—N. DEL T.

morir en la roja tierra de los nómadas, donde el sepulcro camina.

Y aquella gente no revelaba el más pequeño signo de perplejidad; ni siquiera volvía los ojos para ver de nuevo los altos muros de los jardines tropicales, saturados de embriagadores perfumes.

Era una gente sombría, que había perdido el alma —¡quién sabe dónde, quién sabe cuándo!—en el camino recorrido. La sociedad humana los había rechazado de su seno y caminaban en silencio hacia el perpetuo sol. Iban con ojos firmes, terribles soldados de aventura, números prodigiosos en los batallones de la muerte, a conquistar nuevos territorios, a segar nuevas riquezas, cifrando el último ideal en la sombra de una bandera en marcha. Secos y sobrios, taciturnos y violentos, el olor de la pólvora era el único perfume que realmente podía embriagarlos.

A aquellos hombres debía Francia su magnífico imperio colonial.

Ahora estaban en guerra; en las misteriosas *zauias* marroquíes, esparcidas por el insojuzgable territorio del Garb, los santones, los astutos representantes del sultán de Fez y los insidiosos emisarios de otros Gobiernos de Europa, sublevaban y armaban por todos los medios a las batalladoras tribus marroquíes para que se opusieran con reiteradas asechanzas al sangriento y paciente trabajo de la penetración francesa. Las residencias militares de Talsasa, Bu Anane y Abu Denib, al oeste de Colombéchar, en el áspero corazón del territorio berberisco, se hallaban bajo la continua amenaza de la agresión, mientras a lo largo del valle de Ued Zesfana, que corre al sur de Colombéchar, las avanzadas militares de Taguit y de Beni Abbés combatían, con cruenta fortuna, contra la insidia berebere.

Bluette miraba con una especie de hipnótica curiosidad el insostenible temblor de la tierra homicida que el tren surcaba entre los últimos rugidos de su carbón. Veía allá, en el fondo, la barrera de fuego del mediodía; aquellas tremendas nubes solares que sofocaban con su peso enrojecido el vivac de Laire...

De cuando en cuando consultaba las minuciosas páginas del teniente Silles; releía las cartas de presentación que él le había dado; contaba los kilómetros, las horas, los minutos. Lo que más atormentaba a las dos viajeras era una sed horrible, una sed morbosa, un dolor en todas las venas. El agua mineral, tibia y descompuesta, no las refrigeraba; pesaban los ojos, los brazos ya no tenían fuerza, el opresor esfuerzo de la respiración producía una sensación de vértigo.

En todas las paradas, los maquinistas, de aspecto terrible, saltaban del tren y se colgaban sedientos de los grifos de las fuentes.

Ningún rumor, ningún perceptible signo de vida; un silencio nefasto y lúcido rodaba, como los aludes de sol, sobre los contrafuertes de las montañas incendiadas.

Atardecía. Todo el hemisferio se inclinaba hacia el terrible Garb, la tierra de Occidente.

Vieron después el agua viva, saltarina, límpida, rumorosa..., y la pequeña estación de Colombéchar en el fondo del palmar.

La llegada de dos parisinas trastornó a aquel destacamento militar y a la escasa colonia europea. La noticia se esparció con increíble rapidez. Al apearse, el jefe de tren hizo sus confidencias al jefe de estación; éste habló con el graduado que recogía el correo militar; media hora después, toda la guarnición paseaba rumorosa y curiosa ante el umbral de la pequeña fonda de Colombéchar.

Era Montmartre que llegaba al linde del desierto, *la rue de la Paix* que hacía una visita galante a las equívocas callejuelas de Béchar.

El teniente Silles le había dado dos cartas: una «*pour monsieur Abel Jan, commercant en gros, qui s'occupera de vous former une caravane*»; la otra, «*pour le capitaine Maylho de Forrest, qui essayera de vous donner une escorte*».

Abel Jan poseía, en la calle principal de Colom, un emporio de mercancías de todas clases, una especie de Louvre colonial, donde Mimí Bluette podía surtirse de todo cuanto le faltaba para viajar en caravana. Sidi Abel, como solían llamarle en la región, era un digno hebreo de Orán, cargado de años y de familia, servicial, adinerado, listo.

No opuso demasiadas dificultades; movilizó una nube de hijos, y prometió, en lo que dependía de él, que la caravana estaría preparada completamente en tres días. Como caravanero indicó a un tal Josuf el Fukanila perla de los capitanes de larga ruta, el cual vino puntualmente a que le conocieran al siguiente día.

Era un berberisco de color de aceituna que, estando a pie, parecía faltar de su caballo. Seco, rígido como un mástil, hombre hermosísimo de tendones y músculos, con los ojos tan negros que emitían iridescencias como

el dorso de los escarabajos. Una barbilla rojiza y rizosa despuntaba como un moho en torno de la mandíbula enterrada. Envuelto en los pliegues de su caftan azul, le dirigió un saludo de primer cónsul:

—*Esselame halikume, lalla! Qua la salut soir sur toi, madame! Esselame halikume, lalla!*

Hablaba una horrible mezcla de árabe, de berberisco, de español y de francés; la miraba impasible, con una especie de respetuoso dominio. Había estado centenares de veces en Gurara, en Tuat, en Tidi Kelt; había ido más lejos aún, más allá del Sahara interminable, hasta las grandes selvas sudanesas, hasta las remotas caravaneras de Tombuctú; por eso el viaje de Taguit y Beni-Abbés le parecía una empresa fácil. En cuanto al precio, no quería discutir...

—Sidi Abel, tu amigo, fijará el precio justo, *lalla!*

Sólo exigía, para sus hombres y para sí mismo, cierta indemnización por caballería, sobre la cual Mimí Bluette no regateó ciertamente.

Durante los cuatro días que permanecieron en Colom, el capitán Maylho de Forrest hizo cuanto un caballero francés debe hacer por una mujer bella y joven. En primer lugar, la informó de que su legionario se hallaba precisamente en Beni-Abbés, destacamento militar que distaba de Colom doscientos setenta kilómetros en caravana. Le dijo que la región que tenía que recorrer para llegar hasta allí, no era ni agradable ni segura; le advirtió las molestias y peligros que debía arrostrar, por lo mismo que era dificilísimo proporcionarle una escolta. En aquellos días faltaban soldados; se esperaban refuerzos de Ain Sefra, pero no llegarían antes de un par de semanas. La aconsejaba que le esperase para hacer el viaje en su compañía.

—Capitán: Cuando se viene de tan lejos, es porque

se está decidido a llegar hasta el fin del mundo, cueste lo que cueste. Estoy dispuesta a ponerme en camino, aunque fuese sola, aunque fuese preciso ir sin un guía como Josuf. Además, esta noche le contaré mi historia...

Y se la refirió aquella noche, andando con él entre la frescura del palmar, mientras los ocultos algarrobos exhalaban llamaradas de perfume. Se la contó con sencillez, con un hálito natural de poesía, haciéndole sentir que también ella, como él, como todos los hombres de los batallones de África, llevaba en el corazón la herida incurable, el destino de ir lejos, allá, hacia el sol, donde mueren los caminos...

Era un hombre de cabellos grises, envejecido prematuramente; un desterrado en el cual quedaba el signo gentil de la raza. En la sonrisa, en el color de los ojos, en el sonido de la voz, casi tenía la transparencia de una escuálida y ajada bondad.

—Pues bien: sí, capitán; he sido una bailarina, una cortesana, un *bibelot* de carne, frágil y precioso, que subastaba París. Pero aquella noche, aquella terrible noche en que me desplomé en una silla en su casa desierta, me pareció de improviso que Mimí Bluette era una hermana muerta, y, por primera vez en mi vida, acerté a comprender el amor de María Magdalena... Por eso, no me diga que el camino es largo; dígame únicamente, como mi caravanero: «*Que le salut soir sur toi, lalla!...*» Partiremos mañana, al ponerse el sol...

—*Balek! Rod balek!*—tronaba con su estupenda voz el capitán de larga ruta, mientras golpeaba con el garrote a la chusma indígena que obstruía el paso de la caravana.

—*Balek! Bara balek!*

Los camellos de la vanguardia oscilaban sobre la caravanera, dejando atrás los tugurios de Béchar.

El residente había concedido diez hombres de escolta; el caid árabe había proporcionado otros seis. La caravana llevaba consigo provisiones, odres y cofres numerosos llenos de todo lo que el prudente Sidi Abel había creído necesario vender a la bella parisina.

Todo el villorrio había acudido a despedir a Mimí Bluette. Los oficiales habían adornado con ramas y flores su amplísima silla portátil, donde fué alzada en hombros, y la aclamaron reiteradamente cuando se levantó su camello. Lo mismo hicieron los sargentos para animar a la atemorizada Linette.

Y mientras la caravana se encaminaba larga, lenta, por los tortuosos callejones de Béchar, un galante trompetero tocó su ronca corneta, haciendo resonar, bajo aquel cielo de Africa, las cadencias del antiguo *My Blu*.

¡Francia, Francia divina y fuerte, que has regalado al mundo las más hermosas canciones!...

Y ahora la caravana se extendía larga, oscilante, por el camino de Taguit. Tras la barrera de los Alpes Atlánticos se hundía en los abismos otro día de sol.

—Tú, bella y valerosa, *lalla!*—decía el capitán de larga ruta—. Tú mandar; yo servidor, *lalla!* Tú jamás hablar con hombres caravana; yo sólo hablar con el alfanje. Cuando hambre, cuando sed, cuando fatiga, cuando sueño, tú decir a Josuf el Fukani. Josuf el Fukani querer todo bien *pra lalla*!

Y los grandes camellos marchaban sobre la lenta caravanera con su balanceo de animales creados para la distancia y el sol. Mirando con ojos humanos la huella interminable, adormecían con su paciencia el ritmo de la eterna caminata, semejantes a grandes veleros que bogasen por la centelleante soledad de un mar tranquilo. Siguiendo las órdenes de Josuf el Fukani, la escolta se dividió: ocho jinetes se alejaron al galope sobre la pista hollada y guiaron la marcha, manteniéndose a una milla de distancia del primer camellero; los demás seguían a la caravana. Josuf iba montado sobre un meharí velocísimo, de pelo casi aleonado, de cabeza colérica, capruna, ganchuda, y con el cuello parecido a un largo timón. Cuando Josuf quería dejar atrás la caravana, emitía un sonido gutural para advertírselo a su meharí, y éste, con un relincho de despecho, enfilaba la carrera plegándose hacia adelante y alargando el cuello, por lo cual producía la extraña impresión de un animal que corriese detrás de su hocico.

Poco a poco la tierra se convertía en un inmenso

brasero; toda huella de habitación, todo vestigio de árbol desaparecía. Todo, hasta el cénit, era un inmenso torrente de sol. El viento caldeado no tenía nada que sacudir; se caminaba por un mundo sin sombras. Un silencio peor que la muerte, resplandecía sobre aquella llama infinita.

El camino de la caravana era incierto, como un riachuelo que se dispersase poco a poco; aquí y allá empezaban a saltar ligeras nubes de arena; por Oriente avanzaban dunas esmaltadas de magníficos colores. Mimí padecía la enfermedad del camino, esa embriaguez de los sentidos y del alma que no produce ni aun el Océano. Creía estar encerrada en lo infinito más estrechamente que en una angosta prisión. Sola entre aquellos hombres salvajes, no sentía el menor temor; se había entregado al camino como la virgen embriagada se entrega al primero que llega sin siquiera preguntarle: «¿Adónde me llevarás?» Le hará daño, un daño estupendo... Esto es lo único que le preocupa.

Así le pasaba a ella. Únicamente quería caminar.

Con su alma de enamorada, una noche, en la París Babélica, se dijo sin temblar: «Caminar.»

Llevaba siempre en la frágil cintura su macito de flores de lis, perfumadas con un perfume de Coty.

Pero era casi un milagro: había llegado a comprender el amor de María Magdalena.

¡Qué largo, qué largo camino!...

Se acordó de la primera noche, cuando Max la llevó a través de las calles de París, y, como en sueños, volvió a ver resplandecer ante sus lejanos ojos de transalpina las girándulas de fuego: «*Maxima Maximum—la Revue de l'Alhambra—Rouli Rouli... Crêmieux... Luna Park... habille bien...—Le Matin..., Michelin..., Galeries..., Polin... sait tout...*»

¡Qué largo, qué largo camino! ¡Qué infinita melancolía!...

Y ahora estaban impregnados de sol. En sí mismos, en su propia materia, en sus propios átomos vivientes, los hombres, las cabalgaduras, las distancias, todas las cosas de lo infinito estaban impregnadas de sol. Hasta el Tiempo no era más que un espacio inmóvil lleno de sol.

Allí giraba lo infinito sin sombras. Allí, en el incendio, morían los caminos.

—Buen camino, buen camino, *lalla*! Animales fuertes, desierto tranquilo, bandidos árabes no *paquean*. Alá y mi brazo derecho siempre proteger a Josuf el Fukani. Yo haber dicho: «No hay peligro ir Taguit y Beni-Abbés.» Sidi Abel haber dicho: «No hay peligro.» Sidi Abel buen yudi; roba un poco, pero muy honrado. Oficiales Colombéchar muy magníficos, pero no conocer Guebli. Josuf el Fukani conocer Guebli y todos jefes oasis. Jefes oasis un poco ladrones, pero muy honrados. No hay peligro, *lalla!*

Llevaba, además de la carabina, las pistolas y el alfanje, un largo trozo de cuerda retorcida y nudosa para azuzar a los camellos y para acariciar familiarmente las espaldas de los camelleros, cuando reñían entre sí pegándose e injuriándose con una sarta de blasfemias en disputas que duraban kilómetros de camino.

Y decía a Mimí:

—Tú enferma, *lalla*. Josuf preparar buena taza té verde con menta y azúcar. Té marroquí muy magnífico. ¡Tú saborear bebida Mahoma! Vino, peligro; agua, peligro; *whisky* inglés, muy peligro; té marroquí, nada peligro, *lalla!* Yo preparar buena taza té verde. Beber con Josuf el Fukani.

Y pasaban las horas y pasaban los días, interrumpidos solamente, a larguísimas distancias, por el corto oasis de un escuálido palmar. Cuando aparecía en el más lejano confín del horizonte la aleonada sombra caótica de la selva que se delineaba, los hombres, oprimidos por el enorme delirio del sol, empezaban a aullar de alegría, a aullar de sed, mientras los mismos animales, cargados con un manto de moscas venenosas, husmeaban en el aire muerto el vestigio del agua subterránea.

—*Sebala! Sebala!*—gritaban los jinetes de la escolta—. ¡La fuente, la fuente!

Y tras una furia de voladoras crines, partían a galope hacia el oasis.

El grito liberador recorría la larga cinta de la caravana hasta llegar al más tardo mulatero, que aullaba también, agitando y apaleando su agotada cabalgadura.

—*Aine! Aine!*—¡El manantial, el manantial!

Las escasas tribus que vivían míseramente en los perdidos oasis del Guebli, se reunían fuera del palmar para ver llegar la caravana.

Desde la grupa de su meharí aleonado, Josuf, majestuoso y afable, parlamentaba brevemente con los jefes de tribu. Aquellas míseras gentes daban señales casi de veneración hacia el poderoso Fukani que hablaba la lengua de los *rumi* (1), el protegido de Francia, el amigo del bajá de Beni-Unif.

Las mujeres del Guebli, oscuras, con ojos en forma de almendra, crespas ya de vello sudanés, agotadas por una salvaje maternidad, venían a contemplar en silencio a la bella cristiana. Los chicuelos árabes se

(1) Cristianos.

apiñaban en torno suyo, desnudos, larguiruchos, relucientes como bellotas. Algún negro espantoso reía con su boca hasta las orejas, teniendo cada mano embutida bajo la axila del opuesto brazo, y formando así una cruz en el pecho, erizado por un vello fuliginoso.

La aromática leche de los pequeños rebaños era ofrecida por aquella mísera gente en anchas vasijas de madera de palma. Las muchachas de nueve años tenían los senos maduros y protuberantes como níspe-ros. En el rumor del agua naciente cantaba la música natural de la vida.

Después las bestias se alzaban perezosas, unas tras otras, en fila. Y en marcha bajo el sol, en el delirio, en el sol, sobre la cegadora arena, hacia el oasis más lejano.

De cuando en cuando, algún esqueleto de camello destacaba sobre el desierto tenaz sus costillas calcinadas, alguna calavera de hombre relucía como una esfera de marfil pulido entre las dunas, bordadas de mil arabescos, por los lejanos torbellinos del Jamsyn.

Un día, de improviso, cuando el espejismo del Guebli parecía elevar antorchas vertiginosas a la altura infinita, apareció una selva de pabellones de oro. Y era, en el escenario del horizonte, la mancha de las palmeras de Taguit.

Llegaron allá al declinar el día, cuando en el alto palmar se enredaban franjas de vapores casi violeta, y brillaban en el oasis, entre las tiendas esparcidas, los fuegos nocturnos del vivac francés.

No había allí más que algunos hombres y un oficial enfermo; los demás se habían marchado a combatir al turbulento Garb.

El oasis de Taguit era vasto, fuerte, deleitoso. En la horrenda parrilla de arena que le circundaba, sus pal-

meras, agobiadas bajo el peso de los dátiles maduros, sus hinchados bosques de azufaifos selváticos, la hierba blanda que en los alrededores de las fuentes brotaba rociada de gotas, producían a la exhausta fatiga de los caminantes nómadas una sensación de feliz sombra y de paradisíaca primavera.

La caravana descansó allí hasta el crepúsculo del siguiente día; después reanudó el camino lentamente.

Se penetraba entonces en un país de inquietas dunas; se caminaba con extrema lentitud entre la borrasca de sol. Hacia Occidente, hacia el terrible Garb, la oleada extrema del Sahara se empantanaba en la propagación de las mesetas, sepultaba, sofocaba en su muerta marea las últimas estribaciones del pedregoso Atlas.

Pero al otro lado, hacia el Guebli y el Xergui, levantando borrascas de sol bajo el curvo hemisferio, se veía el desierto nómada arrojar sus trombas de arena contra el dique cerúleo del antípoda centelleante. A los ojos del hombre, ninguna distancia podía igualar a aquella formidable amplitud. Sobre las crestas de las dunas tumultuosas se inflamaban, aquí y allí, prismas irisados. El viento rojo se enfurecía en la gran soledad; la sierra enviaba oleadas; caminaba el desierto.

Lentas, asustadas, casi rechazadas, avanzaban las bestias trabajosamente por la fugaz caravanera. Parecían andar bordeando una marea, encorvadas bajo el flujo próximo a llegar. Cerca y lejos, como la lluvia en un prado, la arena saltaba; una tiniebla roja se alzaba de tramontana contra el cielo, infiltrándose en la respiración y en los ojos como una humareda de sol.

En los extremos confines se veía, entre una claridad oblicua de cataclismo, las perdidas dunas marchar a la deriva.

Era aquella la vía del desierto, la vía del calamitoso Guebli, la vía de la tierra que no bebe jamás. Los animales, asaltados y temerosos, adquirían terriblemente la forma de su esqueleto; los hombres, alucinados, no hablaban ya. Se dejaban guiar, no por la borrada pista, no por su propia voluntad muerta, sino por una especie de instinto ulterior: el de buscar un camino donde ya no hay camino.

Anduvieron durante algunos días al borde de aquel prodigioso infierno. El caravanero era el único que no dormía nunca. Le bastaba aquel blanco alquicel para que la tempestad de arena no le hiciese daño. Llevaba el desierto en el alma; había nacido para la ruta del Sur.

Se puso al lado de Bluette, cogió por la brida su camello, y no la abandonaba jamás, ni de día ni de noche.

Cuando estaba más desfallecida, le envolvía la frente con un pañuelo húmedo; cuando el viento asaltaba con demasiada vehemencia las desgarradas telas de su baldaquino, él se colocaba en la dirección del viento y sorteaba el aire cual si guiase un velero..

Anduvieron tres días y tres noches entre los torbellinos de la borrasca; después, una inmensa calma se cernió sobre aquel mundo infinito.

Alguna duna más agil volaba aún en la lejanía, sobre el hormigueo de la llanura muerta; pero el océano de arena y de sol iba recuperando, a ojos vistas, su fulgente inmovilidad. Y por fin encontraron la senda incierta, a menudo borrada, que iba inclinándose poco a poco hacia el Garb, hacia la áspera y montuosa tierra de Occidente. A enorme distancia reaparecían las cimas azules del Atlas. Detrás, los nómadas salteadores de la Xauia urdían emboscadas y asesinaban a las columnas francesas, de igual modo que negaban los

impuestos y el servicio militar a los desautorizados funcionarios del Sultán de Fez.

El Fukani hizo avanzar la escolta y dió orden de disparar sobre el primero que vieran arrastrarse o tenderse entre las dunas. Los ligeros caballos berberiscos, sedientos y miserables, galopaban ya sin velocidad. La caravana se hundía y se destacaba siguiendo las firmes ondulaciones del terreno con un balanceo agotado, cual si ya no rigiesen las rodillas de los animales. Los mulos estaban llagados por el peso de la carga; negras manchas de millares de insectos los cubrían como costras hormigueantes; sólo los camellos, más delgados, más altos, más lúgubres, caminaban siempre con paso de bestias perpetuas, capaces de morir andando. El huracán abrasador había prolongado la marcha dos días más. En las odres, el agua estaba a punto de acabarse. El dromedario que llevaba los últimos sorbos fué alineado en el centro de la caravana, a la vista del Fukani, que, seguramente, no hubiese vacilado en aplacar con sus brillantes pistolas la loca sed de los amenazadores camelleros.

Y, por fin, una mañana, en la extrema ruta del Sur, vió iniciarse un confuso y azul dibujo como un jirón de niebla a ras del suelo, como un peñasco de aire en el ilimitado sol. Miró, miró antes de hablar; después dijo a la mujer, a quien nunca abandonaba:

—*Toi regarder petit couleur ciel droit dans le Gueblı; toi voir Beni Abbés, lalla! Beaucoup marcher, bessèfe marcher, lalla; puis arriver Beni-Abbés, où toi désir, lalla...*

Y después de quince horas, llegaron al lejano oasis, adonde la había llevado su gran amor...

Para nada.

Todos los caminos terminan en esta palabra, que domina el Universo: Nada.

Lo mismo le sucedía a ella, que había caminado con tanta belleza en pos de su pequeño sueño; lo mismo le sucedía a ella, que se había elevado con su alma de danzadora hasta conocer el amor de María Magdalena.

Para nada.

Los caminos van; son el principio de una distancia, el color del alma que se aleja; llevan mucho polvo, mucho sol; todos tienen una meta, pero no llegan jamás.

Un corazoncito de bailarina, enviando una sonrisa tras el borde de una copa de champaña, cierta noche de nieve, en la París Babélica, se había enamorado maravillosamente.

Para nada.

Exhaló amor como un rosal exhala perfume: para nada.

Se envolvió en elevación y música, como un jardín adormecido en el claro plenilunio de mayo se satura de poesía.

Para nada.

Un día la bárbara ciudad voluptuosa pasó sobre su corazoncito. Vasta y fuerte, con su tremendo peso, pasó sobre su corazoncito. París la Grande brillaba y giraba en torno de su inmóvil espanto, como el *carrousel* de una terrible feria. Lanzaba un repentino soplo de tragedia contra sus cabellos rubios; marchitaba, deshojaba con airada violencia las sencillas flores del campo, las flores de lis de Mimí Bluette.

Entonces partió.

Cruzó el mar, el mar nómada que oscila entre las doradas riberas, atestadas de violentos jardines.

Para nada.

Caminó sola por el Africa vertiginosa, entre los delirios de la tierra interna, hacia los torbellinos de los huracanes de sol. Caminó. Y las fuentes de los vagabundos aplacaron su turbulenta sed. Caminó. Puso los pies en la desértica tierra embriagadora, adonde, por la maldición del sol, no llega ningún eco del perdido mundo.

Le dijeron que él estaba aún más lejos, y fué más lejos, más lejos.

Para nada.

Llegó adonde guerrean y caen, bajo las armas, en la gran República, los soldados sin patria, la carne de cañón y de conquista, los soldados que van, con el alma ya desprendida del mundo, en pos del espejismo de una bandera en marcha.

Miró sus ojos, miró su espíritu, cóncavo y apagado como una órbita sin pupilas, y en la roja llama donde se agita la potencia del delirio africano, le pareció convertirse en su enamorada hermana. Porque ella también llevaba en el alma el color del destierro, el vértigo del camino más lejano.

¡Cuánto sol!... ¡Cuántas hogueras encendidas en el espacio..., y, por todas partes, hasta perderse de vista en el cerco del mundo visible, qué infinito centelleo!...

Para nada.

Como los caminos, como el desierto y el Océano, como la vida y la muerte, así su alma, el amor de su alma, caminaba hacia una meta ilusoria.

Para nada.

Se adormeció en el oasis perfumado, con el rostro reclinado sobre el blanco brazo. Las mujeres del Guebli, oscuras, con ojos en forma de almendra, crespas ya por el vello sudanés, venían a contemplar en silencio a la bella cristiana.

Era la bailarina de París, la que había prostituído su lindo cuerpo bajo los arcos eléctricos de los maravillosos escenarios, entre la música del fascinante *My Blu*. Era una joya de príncipe, una hetera para el vicio de un rey, la obra de arte humano que había subastado París; era la rosa de las rosas de los jardines de los Campos Elíseos...

Y ahora la arrastraban las vorágines de sol por los caminos sin sombra del terrible Garb. Por la noche, cuando el remoto Sahara tiembla con eléctrica oscuridad, cuando un horrible *spleen* retuerce las almas de aquellas gentes que desconocen su cementerio, ella se detenía en las blancas tiendas de los campamentos nómadas.

Alguna vez los había visto partir en columnas ágiles y compactas tras los meharís que transportaban las crepitantes ametralladoras; alguna vez, tornar en silencio, con la frente inclinada, como una grey diezmada por las traiciones de la Xauia. Alguna vez los había visto, en los días de *cafard*, en la cólera y la angustia del terrible *spleen*, encerrarse, con tremendos celos,

con ciega rabia, en su ser anterior; permanecer alejados, mudos, hostiles, tortuosos, cual bestias contagiadas, cual si los asaltase el tumultuoso recuerdo de aquel mundo que habían cerrado a sus espaldas, o los oprimiese hasta la garganta—¡quién sabe con qué sacudida, quién sabe con qué sombra!—un infinito pudor del alma, aun no adormecida.

Era la bailarina de París, la que había regalado a la Ciudad Babélica su leve corazón de danzadora, su pura y centelleante desnudez... Pero ahora encerraba en el alma el amor de María Magdalena y había atravesado el desierto para llevar al amante que amaba, en el transparente cáliz de su mano, un fresco sorbo de agua de manantial.

Y ni aun sabía quién era aquel hombre. Había llegado a ella a través de una historia oscura, de todo lo que en el mundo se llama «lejos».

Quizá tenía un hogar en alguna tierra extranjera y una paciente mujer que le esperaba, enamorada, en cualquier lejana ciudad.

Quizá, en las profundas noches, él también lloraba de melancolía y remordimiento, pensando en la insuperable distancia que le separaba de su vida.

Y ¡quién sabe cuántas veces, en la tierra sin sombra, donde el agua oculta no produce flores, donde la bandera de los legionarios tremola como una llama bajo el sol del terrible Garb, quién sabe cuántas veces le habría embriagado el alma aquel dorado perfume de poesía que desde las tierras crepusculares enviaban a su muerto corazón las flores de lis de Mimí Bluette!...

Los caminos van; son la forma de la velocidad, la música del destierro; están distantes, porque se dirigen; están quietos, porque no llegan nunca. Los caminos son el polvo del Tiempo: nada más; el polvo de una

distancia que jamás ha comenzado, que no terminará nunca: nada más.

Eso; y quizá aquel nómada lo sabía.

Cuando, para los demás, de todas las fosas y de todos los estercoleros nacían auroras, para él, sobre la tierra infinita, sobre las infinitas ilusiones de los hombres, había declinado para siempre, para siempre, la poesía.

Y por eso quizá, aquel nómada pensó que era preferible imitar al sol: dirigirse hacia el Garb, hacia la tierra de Occidente.

Caminar allá abajo, entre la llama donde declinan los caminos, con el alma sepultada en la sombra de una fortuita bandera.

Y dejó a los hombres sabios, a los hombres tranquilos, cuanto le habían dado: lo que se llama patria, lo que se llama hogar; algo que llevaba en sí mismo como una veste importuna: su nombre; algo, en fin, que le había enamorado demasiado tarde, demasiado tarde...: un amor.

Vivir o morir, eso no era lo importante; sólo quería separarse del hombre que había sido entre los hombres, poner lo intransitable entre sí mismo y su propio corazón. Dondequiera que le buscasen, en los diligentes registros del estado civil, hubieran dicho de él: «Desaparecido»; hubieran dicho de él: «Quizá no existe.»

Caminar en torno del hormiguero de los hombres sabios, de los hombres tranquilos, sin tener la propia existencia confinada en el encasillado de un pasaporte.

Que no hubiese nadie que, ni aun delante de su cadáver, pudiera decir quién fué.

No había ninguna patria en la tierra que le pudiese conceder esta horrenda libertad, más que el destierro

de los muertos que quieren vivir aún: la tropa, donde no se le pide al soldado más que saber morir.

¿Quién era?

«Laire.»

Laire: el sonido de una sílaba; cinco veloces letras del alfabeto... Era todo y bastaba.

Así los había a decenas allá abajo, en los regimientos extranjeros, en el delirio del terrible Garb.

A veces se les oía cantar por la noche.

Tendidos a la sombra de las rubias palmeras, hacia la hora en que se encienden los trémulos fuegos del vivac, entre el denso humo que sube inmóvil hacia el cénit vertiginoso, cantaban a voz en grito las monótonas nenias de los descansos, las oscuras canciones de Africa en la ergástula caminante.

Era quizá, para aquellos hombres, la última noche de vida, el último color de crepúsculo sobre aquella tierra sin tumbas ni hogares. Y mirando con fija maldición el enorme disco que se hundía como un vómer amoratado en el antípoda centelleante, con ira y con olvido cantaba, antes de hacerse matar, «la canalla gloriosa» de la Legión Desesperada.

Tal era la gente que jamás tendría sepultura.

Allá atrás, en las fronteras del desierto, habían dejado a los hombres sabios, a los hombres tranquilos; habían dejado hasta el cementerio.

Aquí, en el océano de arena, los blancos huesos de los muertos cambian perpetuamente de sepultura.

Los caminos van; son la pendiente del sepulcro, la etapa del camino que no existe; declinan como las horas del día; convergen todos en el desierto, allá abajo, hacia la tierra loca donde, entre los huracanes de sol, con el iracundo viento nómada, el sepulcro camina...

—Pues bien, señora: estoy desolado, desolado por lo que me dice; pero no me creo con derecho a mentir ni a evitarle este dolor, por cruel que sea...

En el oasis de Beni Abbés, en la dorada penumbra que llenaba la espaciosa tienda del capitán adjunto Letellier, Mimí Bluette se llevó convulsamente las manos a la garganta y permaneció inmóvil, mirando fijamente al hombre que le hablaba: un oficial descarnado, febril, sentado casi a ras de tierra sobre su lecho de campaña, y que, de cuando en cuando, levantaba la mano, con un movimiento mecánico, para tocarse la frente vendada.

Sobre dos cajones vacíos, un legionario escribía velozmente; otro recibía los mensajes del teléfono de campo. El oficial médico preparaba una fresca bebida de coñac, de hielo y de limón.

—¿Ha muerto?...—preguntó Bluette, con una voz que no se oía.

—En circunstancias singularmente heroicas, señora; la mañana del 23 de septiembre, de cara al enemigo.

Sus ojos vieron únicamente aquel instante de dolor vertiginoso; su cuerpo, inmóvil, nada sintió. La herida le traspasaba el corazón sin matarla; pero, desde aquel momento, sus dulces ojos azules no volvieron a ser los ojos de Mimí Bluette.

Después se tambaleó, abrió ligeramente los brazos, su cuerpo se plegó en dos, como un chal, y cayó en tierra de golpe, sin hacer ruido. El oficial médico no tuvo tiempo ni de alargar un brazo para sostenerla; el otro, el capitán herido, consiguió incorporarse con extraordinario trabajo, y, después de levantarse, la sentaron entre los dos sobre la camita de campaña.

Ella volvió a abrir los ojos y los contempló con su muerto corazón.

Entonces el capitán se sentó a su lado, con la barba apoyada sobre las rodillas, la espalda encogida en el ángulo que formaba la tienda sobre un alambre de acero, mientras el médico, un gallardo muchacho rubio con ojos de cortesana, los miraba silencioso, moviendo las pálidas manos.

En aquel silencio se oía el rasgueo veloz de la pluma sobre el rudo protocolo militar. En la distancia del oasis, a intervalos, cantando, golpeaba un carpintero. Las ásperas voces de los camelleros llegaban desde el profundo palmar.

Entonces el capitán dijo:

—El soldado Laire ha caído ante mis ojos, durante el combate que el 23 de septiembre sostuvieron nuestras tropas con los insurrectos de la jarka marroquí. También yo fuí herido aquel día, como usted ve. Su nombre ha sido incluído en la lista de los muertos, aunque no hemos podido rescatar su cadáver. A propuesta del jefe de su batallón, se le ha conferido la Cruz de guerra. Su medalla ha sido llevada a la sala de honor del primer regimiento extranjero. ¡Fué un valiente, señora; puede estar orgullosa de él!... ¿Quieres darme algo de beber, mayor? Me abrasa una sed horrible.

Con su mano delicada, el médico echó la bebida y le sostuvo la nuca mientras bebió.

—Habíamos partido por la noche, con las ametralladoras. Estábamos seguros de que nos atacarían. Nos habían dicho que pululaban en diversas direcciones del Garb. ¿Sabe usted? El Garb es, para nosotros, como el Bosque de Bolonia para las muchachas: hay sátiros, según parece. Éramos de trescientos ochenta a cuatrocientos; ellos, en cambio, son como la langosta: cuanto más se arrasa, acude más. Pero teníamos unas órdenes que... era preciso obedecer. Obedecimos. Sólo hemos vuelto setenta y tres, y era de ver en qué estado. ¡Oh!, bien lo sé, en París no lo dudan... ¿Los coloniales? ¿Y qué? ¡Vaya una cosa! Es su oficio *se faire zigouillier*! ¡Diantre, señora! Le digo que esos burgueses no se preocupan de nada más que del cinco por ciento y de monsieur Fallières: tal es su modo de entender la patria. Es cómodo, ¿eh? ¡Oh, sí por cierto, es completamente *kuss-kuss!*... Mayor, te ruego que me acerques la garrafa...

Bluette le escuchaba inmóvil, plegada sobre el ala que formaban sus largas rodillas, sola, aislada, con los ojos deslumbrados por el vapor del lejano sol.

—Pero él, ese valiente Laire, tenía aquella mañana lo definitivo en el alma. Marchaba con paso ligero algunas filas delante de mí, y su alta estatura era la más gallarda del batallón. Más que un bisoño, parecía un veterano. Los suboficiales me decían: «Capitán, parece un *dandy*.» Laire no había pronunciado cuarenta palabras desde su llegada. Tenía la esquivez de las personas que se confían a una brizna de hierba, pero que jamás dicen una palabra a sus compañeros. Le digo esto para demostrarle, señora, que le habíamos comprendido. Y a mí, por ejemplo, me parece muy natural que haya usted hecho por él tan largo viaje.

La nubecilla de humo del cigarro que fumaba el te-

niente médico permanecía suspendida en el aire como un largo velo.

—Sí, es seguro que, para todos los que formamos los batallones de Africa, llega un día en que llevamos en el alma lo definitivo. No había más que mirarle aquella mañana para comprender que aquel era «su día». El alba estaba roja como esos castillos de cerezas que exponen las fruteras del *faubourg* Saint-Honoré. Eso ayuda. Nada produce tanto deseo de volverse negro como esta luz escarlata. Marchaba la columna con las ametralladoras a la cabeza, procurando deslizarse entre los repliegues del terreno. El Garb, más allá de las últimas dunas, refulgía como una tierra volcánica, rociada de fósforo. ¡Es horrible! Allí, en aquel espasmo cegador, se comprende que puede matarse al hombre a fuerza de centellas. La tierra ascendía; en el horizonte se dibujaban colinas. Podía haberlas en todas partes, porque el terreno formaba altas ondulaciones. En un momento dado, sin ninguna razón aparente, presentí que estaban allá, que reptaban como las culebras, entre las asechanzas de esta tierra muerta; que iban a surgir por todos lados, con sus gritos salvajes. Señora: esa sensación, esa sensación de emboscada que percibimos tan claramente los conocedores de la jarka. A los pocos minutos, los vimos dirigirse, como fantasmas caóticos, a las cumbres de las colinas. Al principio, dos o tres; luego, centenares, hordas... Nacía el sol hacia Xergui, levantando nubes de arena; estábamos cogidos entre dos fuegos: entre la batalla y la tormenta de sol. Nuestras ametralladoras, con un zumbido de avispas, silbaban sobre aquellas mieses de salvajes. Se segaba cuanto aparecía, a oleadas. Pero eran más numerosos que nuestras balas, y se aproximaban continuamente. Sus banderas verdes

flotaban sobre aquellos rebaños humanos. En suma: cuando nos vimos rodeados, cercados; cuando nuestras ametralladoras, llenas de arena, ya no funcionaban, fué preciso cargar a la bayoneta, y el comandante gritó: «He aquí el *kuss-kuss* para ti, Letellier! Prueba de todos modos. Yo voy por otro lado.» Fuimos... *Zut!* ¡Qué sed tengo, señora! ¿No quiere usted un vaso? Esto conforta el corazón.

Y bebió, bebió ávidamente un largo sorbo, con sedienta fiebre.

—Había delante una horda formada lo menos por ochocientos bárbaros, que hormigueaban sobre una colina y avanzaban con ondulaciones de montaña rusa. Su bandera verde era lo más agradable de mirar en aquella atmósfera purpúrea. Entonces dije a mis hombres: «*Crédieu!* ¡Si les pudiese arrancar ese sucio guiñapo!...» «Yo iré, mi capitán», respondió una voz de bronce, detrás de mí. Un hombre salió de filas. Era el soldado Laire, muy tranquilo. Y, con la bayoneta calada, se lanzó directamente, él solo, haciendo de vez en cuando un ademán, como para separar cortinas. Los demás le siguieron. El corría unos cincuenta pasos delante de nosotros. Llegamos detrás de unas zarzas. A decir verdad, no se sabía si eran plantas o piedras vegetales. Aquellos perros sarnosos no distaban más que veinte metros. También ellos corrían. En el choque, se produjo una refriega espantosa. Y es que allá abajo, en el Garb, se vuelve uno loco, señora. No es heroísmo, es locura. Tenían cogidos los largos fusiles por el cañón y atacaban a culatazos; llevaban también cuchillos, puñales y largos sables marroquíes; pero sus rugidos de leones aun infundían más terror. El comandante iba a atacar por otro flanco. Parte de nuestros hombres, agrupados alrededor de las ame-

tralladoras, disparaban sin descanso para secundar a nuestras bayonetas. Se los veía caer como las espigas segadas, con una especie de risa terrible que los clavaba en tierra. Estábamos empapados en su sangre hasta el puño, hasta el codo; pero siempre surgían más al pie de la colina. ¿Sabe usted cuántas muertes puede causar la mano de un hombre? Yo mismo no lo sé. Muchas, sin duda; mas el peso de los cadáveres acaba siempre por abatir la pujanza de un brazo. Tanto más, que estábamos casi todos heridos, sin contar los muertos. Yo había recibido un balazo en la sien, un culatazo en la espalda y una rozadura en un costado. Pero una herida no duele mientras se está en el Garb. El valiente Laire iba siempre delante de nosotros, sosteniendo él solo un maravilloso combate. Creo que, en aquel momento, el pobre había perdido la razón, porque jamás he visto hacer a un hombre solo semejante estrago. Estaba enrojecido por su propia sangre y por la de los demás, cual si se hubiese caído en el arroyo de un matadero. Los que había tendido con su propia mano y los que rodaban bajo nuestras descargas, formaban en torno suyo una especie de muralla macabra. A algunos pasos detrás de esta muralla, flotaba la bandera verde del Profeta. El avanzaba, siempre imperturbable, para apoderarse de ella, y, aun cayendo sobre sus rodillas, proseguía, ensangrentado, completamente loco. En un momento dado, conté mis hombres: quedábamos treinta y cinco; retrocedimos; el Garb bullía como un mar tempestuoso. No era el valor, sino el aliento lo que nos faltaba. Ya había empuñado mis pistolas para disparar los últimos cartuchos, cuando, de improviso, se produjo un milagro. Una de nuestras ametralladoras, limpiada precipitadamente, volvía a cantar. ¡Qué embriaguez, señora! ¡Qué embriaguez!

Jamás he lanzado a una mujer una mirada tan ardiente como la mirada con que envolvía en aquel instante la hermosa ametralladora.

—¡Despacio!...—le aconsejó el médico—. Tiene usted fiebre.

—¡Ah, tanto peor! La fiebre no es cosa grave. Se cura. Y luego se vuelve a empezar. Después de todo, lo más necio que podemos hacer es curar una herida. ¡Oh esa imbécil necesidad de seguir viviendo!... ¿Con qué fin? Para reventar mañana o pasado en el Garb o en el Guebli, y siempre con el mismo delirio... Todo esto no es ni cómico, no es absolutamente nada... ¡Tonterías!... Oye, mayor, sin duda tu quinina es buena; pero puedo asegurarte que he aprendido algo en la historia del soldado Laire. Mira: desde luego, llevaba en su corazón unos ojos de mujer. Pero esto no le impedía codiciar el guiñapo del Profeta, el trapo verde que esos brutos consideran como un ideal bordado... Sí, positivamente, tengo fiebre; pero me causa gran placer que una mujer hermosa esté sentada sobre mi lecho de campaña. Aunque ¡Dios sabe si ella me escucha!... En sus serenos ojos, hay algo nebuloso...

—Sí, le escucho, capitán—repuso ella con voz tranquila, sin mover la sombra que le tocaba la frente.

—Entonces, cuando cantó la ametralladora, en la batahola de aquellos salvajes vagabundos se observó una especie de largo balanceo, una parada tumultuosa ante la muerte invisible, ante aquellos millares de balas que zigzagueaban en sus filas como lagartos metálicos. El fuego no era continuo, porque también había que defender la otra parte de la columna, que había empezado a luchar en la otra vertiente a las órdenes del comandante; pero nos protegía lo suficiente para que pudiéramos replegarnos, tanto de un lado como de

otro, a fin de agruparnos en torno de las ametralladoras que se pretendía poner de nuevo en acción. El soldado Laire seguía siempre al otro lado de las zarzas; ni aun volvía la cabeza. De cuando en cuando, la ametralladora hacía estragos delante de el; los montones de cadáveres le impedían morir. «¡Soldado Laire—le grité —, atrás! Retroceda con nosotros.» Él sacudió la desnuda cabeza, que una ancha herida teñía de púrpura; dió un salto terrible y hundió su bayoneta en el vientre del gran diablo negro que llevaba la bandera. Se asió con ambas manos al astil del estandarte, y se vió un hormiguero de hombres casi desnudos, gesticulantes, aulladores, desplomarse sobre el enorme cadáver del salvaje abanderado. La ametralladora lanzó hacia allí, durante algunos minutos, su abanico de proyectiles, y casi nadie de aquel grupo volvió a levantar la cabeza. Había sepultado bajo sus cadáveres la bandera del Profeta. Pero hubo un silencio. Y lentamente, como si saliese boca abajo de una *kuba* destrozada, vimos al soldado Laire desprenderse del peso de aquellos cadáveres, surgir y venir hacia nosotros vacilante, con las manos crispadas sobre la bandera del Profeta. ¡No era un hombre, señora, sino un loco rojo, un harapo humano que llevaba un estandarte! Se agitaba, se agitaba, y quizá reía. Oímos su voz ebria: «¡La tengo..., la tengo..., mi capitán!...» Fuimos hacia él, pero la distancia era aun bastante grande. Veíanse negros y berberiscos correr en tropel. Temíamos matarle con nuestras balas. De todos mis hombres, ni uno solo podía correr; ellos corrían como diablos... Pero su voz era tan espantable, que desde entonces sueño con ella cada vez que me quedo adormecido. Laire gritaba: «¡Bien merecen los buenos días sus burgueses, ¿no es verdad? Cuando tenga mi medalla, cuélguela de la ban-

dera..., capitán...; cuélguela... de la bandera..., ca...pitán...!» Esta fué su última palabra. Se apoderaron de él, a pesar de las ametralladoras, y murió con los puños crispados sobre la bandera del Profeta. Olvidaba decirle, señora, que todo esto ocurrió en medio de una tormenta roja, y que volvimos setenta y tres, de los cuales sólo veinticuatro no estaban heridos. Vea usted, por ejemplo, ese valiente, de ojos de camella, que garrapatea papelotes para despachar mi correspondencia. Porque, mire usted, el Garb me ha jugado una mala pasada: no puedo escribir las palabras en línea recta; lo veo todo de través y me salto las vocales...

—¡Ah, esos perros sarnosos! ¡Esos perros sarnosos!... —barbotó el soldadito, chupándose las falanges, manchadas de tinta bituminosa.

Fuera, sobre el oasis amarillo, descendía la noche en amplias llamaradas de tangible perfume. Era casi una lentísima lluvia de polen de oro, que parecía desprenderse de las cargadas ramas de las palmeras, arder, cayendo en la sombra, como una polvareda de sol. Se veía, sobre las flores tropicales, abrirse las bocas ovaladas de los brillantes camaleones. Dos cadáveres de traidores pendían de la horca en la palmera más alta. Permanecían allá, inmóviles, cual dos largos badajos de campana, con las muñecas atadas a la espalda, los ojos podridos, la lengua, gruesa como un tumor, entre las momificadas mandíbulas.

La caravana de Colombéchar se había tendido alrededor de los pozos, entre el desorden de la carga; los camellos masticaban la sabrosa hierba con lentísima voracidad; en grandes ollas de barro, los pacientes camelleros hacían hervir el *kuss-kuss*.

Un negro viejo, de miembros gigantescos, de faccio-

nes casi europeas, fumando en una larguísima pipa que le colgaba de los túmidos labios, hacía examinar a Josuf las monedas de oro y los francos de plata que le habían dado los franceses. Muchos legionarios, sentados fuera de las tiendas, jugaban a las cartas o al *trictrac*, entre la atención de las negritas jóvenes. Alguna de ellas estaba encinta; alguna llevaba los cortos cabellos anudados sobre las sienes con una cinta de color. Tenían largos brazos de miss inglesa; la boca, impúdica, y en los hombros, una especie de resignada, pero gentil pobreza.

Cuando salió Bluette de la tienda del capitán, los legionarios se pusieron a mirarla.

—¡Cristo! Te aseguro, Jaquelot, que está verdaderamente bien hecha la *mome*, y, sobre todo, que verla llorar me produce una dolorosa impresión.

—No hagas caso, Galitzine. Las mujeres tan pronto lloran como ríen... Lo único que verdaderamente desean es que se las desnude.

—¡Pero qué tonto era ese Laire! ¿Verdad, Jaquelot? Haber sobado mujeres como ésta, para concluir en la Legión... Vaya una tontería... ¿No te parece, Jaquelot?

—Sí. Pero, mientras tanto, no me hagas trampas. Veo que estás preparando el mazo. Qué guarro eres, Galitzine... Dame la baraja. Me toca dar. Sí, príncipe. Además, te digo que ese Laire puede que fuese un *poseur*, un aristócrata, un ente que tenía una partícula delante de su apellido; pero lo indudable es que tenía muy buen gusto...

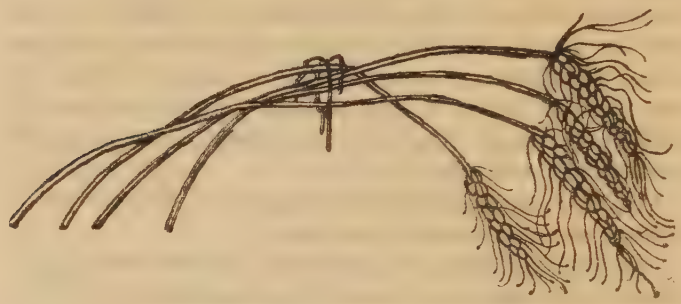
—Oye, Jaquelot. ¿Te irías con ella esta noche si te guiñase el ojo?

—¿Guiñarme el ojo a mí?... Tú chanceas.

—Oye, Galitzine... ¿Sabes lo que pienso?... Que será

el joven mayor quien «se la cargará» esta noche, a la luz del *cafarde*...

—¡Ah, qué pendón!... Pero ¡qué quieres! Esos asquerosos oficiales tienen aventuras hasta en el Garb...



Y entonces volvió.

Volvió, con su alma de enamorada, hacia París la Babélica, hacia el mercado glorioso que, por un destino sempiterno, vendía la belleza y el placer.

Volvió silenciosa, con la frente inclinada, los ojos inflamados por la llama inmóvil que abrasa el remoto Garb. También ella estaba lejos, como los tétricos legionarios de la ergástula caminante. Había dejado caer una a una sobre la caravana del Guebli, como pétalos de su propia vida, las flores de lis de Mimí Bluette. Ahora la sensación del destierro había penetrado en ella como en el alma de aquellos soldados nómadas, que sólo tendrían por tumba la emigrante tempestad. Y volvía para ocultar entre el alborozo de la París Babélica su silenciosa alma de Magdalena.

Llegó en una fría noche de noviembre, cuando el firmamento de electricidad que, a través de las altas nubes, propagan las luces de las calles, se combaba tem-

bloroso sobre la nebulosa metrópoli. Miraba con ojos estupefactos, abiertos, firmes, aquella múltiple vida, mientras en su alma desierta se enardecía un lejano rumor de sol. Aquella era la Ciudad, aquellos eran los Hombres, aquella era la Vida...

¡Pobre pequeña, rubia, Mimí Bluette!...

No sentía, no percibía ya los verdaderos contornos de las cosas; en su profunda esencia femenina se había desecado, bajo la llama del desierto, esa fertilidad límpida y juvenil que toda criatura lleva consigo como un manantial.

Ahora comprendía lo que significa no tener ya camino, llegar a esa hora de ilimitada y espantosa libertad, después de la cual terminan hasta las distancias. «Los demás», esos miles que se llaman «los demás», habían perdido para ella el sentido de seres humanos. Pasaban; eran cosas poco más importantes que los guardacantones de piedra, las columnas de bronce, las ruedas lentas, estúpidas, que repiten indefinidamente su inútil y perpetuo giro. «Los demás» eran los autómatas que cruzaban la vida... La vida, ese ruido, ese color, esa nada.

¿Y después?

¿Las ciudades? ¿Los parques? ¿Las calles? ¿Las familias? ¿Todo ese trabajo que realizan indefensas? ¿Todo ese choque que producen juntos el día y la noche, hora tras hora?... No, no... Era locamente inútil... Inútil. Había un inmenso desierto que «los demás» no veían...

¿Y después?

¿Ser bella? ¿Tener un nombre poético? ¿Poder cubrirse hasta las rodillas con los cabellos rubios?... ¿Tener la carne perfumada, suave, tersa, transparente como la más bella flor cultivada en el milagro de un jardín?

¿Haber sido la alegría, ser aún la alegría..., la bailarina de París, Mimí Bluette?... No, no... Era un error... Nada de esto debía de haber sido... La historia de su vida, el color de sí misma, eran un gran círculo remoto, interminable, de sol...

¿Y después?

¿Qué podían ofrecerle aún aquellas ventanas oscuras que se abren hacia la interna sombra en las casas de los hombres; aquellas ventanas que en las mañanas primaverales se llenan de serenidad y de sol; aquellas grandes ventanas opacas, muertas, como los ojos de una criatura que ya no respira?... ¿Qué podían ofrecerle aún las magníficas calles de la capital, los grandes comercios deslumbrantes, las canciones de las orquestas de los teatros, saturados de neurastenia?... ¡Cuánto rumor para nada!... ¡Cuánto rumor para nada, oh París la Babélica!...

¿Y después?

No había más. Algo no existía; algo, en el mundo, había desaparecido, acabado. ¿Qué? ¿Un ser? No sólo, no sólo esto... ¡La poesía! Todo lo que en el mundo tiene por nombre «vivir». Esa gran ala invisible que levanta el peso de la materia en el color de la felicidad... Ha acabado la poesía.

París la Babélica, era para «los demás». A ella le quedaban sus cabellos rubios, sus manos blancas, sus verdaderos ojos de enamorada llenos de sol, llenos de sol...

Aquella era la ciudad, eran las calles que conocía; aquellas, las oleadas de gente entre las cuales había vagado una noche, llevando consigo, como una flor selvática, su tímido corazón de transalpina... *Maxima Maximum... La Revue de l'Alhambra... Le Matin... Michelin... Galeries... Polin... sait tout...!*

¿Y después?

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién volvería a infundirle aliento?

Recordó las danzas que bailaba, las bellas danzas, con los pies desnudos, sobre un tapiz verde como la más pura esmeralda. Y le pareció que la música no había aun muerto en ella; le pareció que la música era el último placer, el último sentimiento de la vida... Había venido al mundo para eso: para danzar.

No; para amar.

¡Cuántas canciones!... París se las devolvía, las tendía estupendamente, como un lazo, alrededor de sus pies, para hacerla danzar.

Pero, ¿dónde? Pero, ¿cuándo? ¿Para quién?

Las músicas van; quizá van más lejos que todos los caminos; pero mueren; también ellas encuentran su distancia en el infinito dolor...

Vestirse, volver a ser la más bella danzarina de París, cubrir de frías perlas su empolvada desnudez, meter en sus tenues dedos los anillos, vivos como el desierto; reír, cubrirse de flores, ocultar una sonrisa ebria tras el borde de la copa de champaña... ¡Tras el borde de la copa de champaña!... ¡Oh, qué lejos estaba para siempre aquella noche de estupenda poesía!...

Y entonces recordó la voz de su amante en la voz del nómada, en aquella perdida noche. Recordó el perfume que tenían todos los hálitos en el aliento de su viva boca, la fuerza que encerraba la palpitación del mundo cuando estaba con él, apretada, como en un refugio, contra su vehemente corazón. La mujer, la amante que en ella había, tembló en sus profundas venas, porque París, de pronto, la resucitaba. Y con pudor casi de virgen, se asombró de no estar muerta. No; era como la música: podía llegar más allá de todos los caminos.

La alegría de ser para aquel amante una mujer viva e impúdica como una rosa cuando, en los días de verano, se hincha y tiembla por el polen que la embriaga...; la alegría de soltar con las manos un poco contraídas, con las muñecas plegadas, sus bellas y pesadas trenzas, escuchando el insidioso rumor que producen las horquillas al caer, y luego, desnuda, temblorosa, con los senos erguidos, con el regazo ya húmedo, que se mueve exhalando un pequeño y aterciopelado grito, enroscarse a aquella fuerza ruda que se apoderaba de ella estupendamente hasta lo íntimo del alma... Estar desnuda... Esto es quizá lo que significa con felicidad sentirse mujer, constituir su placer, su belleza, la forma femenina de su vida, ser la Magdalena y la amante; esto es lo que se llama la culpa y se llama Dios.

¿No?... ¿Jamás?...

Jamás. ¿Cuál sería la almohada en que sus cabellos sueltos se adornarían con la belleza del pecado? ¿Dónde estaba el espejo en que se mirarían con hilaridad sus ojos marchitos? ¿Dónde habría una boca de hombre que no ofendiese sus renovados labios de virgen? ¿Podía no retorcerse, en un horrendo temor, su indócil desnudez?...

Mimí Bluette... Un nombre, nada más que un nombre; más bien una florecita con que adornar los sombreros de paja en los meses de verano.

Mimí Bluette... Dos palabras demasiado ligeras...

El viento las había arrastrado.

¿Y los cementerios?...

Sí; también los cementerios.

Aquí y allá había muchos. Aquella noche respiraban el humo de la niebla azulada que giraba gravitando sobre la ciudad refulgentísima. También ellos eran como los teatros: una inmóvil representación de la

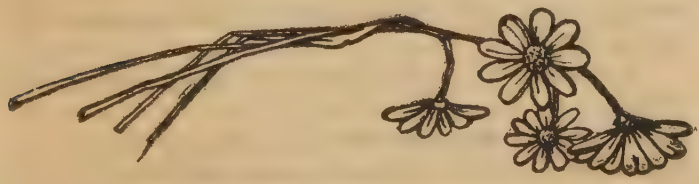
vida. Recordó la frase que él le había dicho en una lejana noche de nieve: «*J'en ai soupé des gens qui connaissent leur cimetière...*»

¿Los cementerios? Sí, el camino más largo; pero, al fin y al cabo, un camino...

¿Y después?

Era forzoso arrojar una vez más su pequeño nombre a la ciudad inmensa, y ya que París había representado alguna hora de su andariega belleza, era forzoso ser hasta el fin la bailarina del antiguo *My Blu;* era forzoso bailar la danza de su corazón muerto, en el escenario más luminoso de París la Babélica...

¿Y después?...



—Sí, Jack; he estado más allá de la muerte, y todavía estoy viva... Aquí me tienes. He deseado verte. Eres el primer hombre, el único cuya mano siento necesidad de estrechar. ¿Por qué me miras, Jack? ¿Me encuentras muy cambiada?

Él estaba conmovido. No hablaba. No podía hablar. Inclinado sobre su rostro, aun juvenil, de bailarina, retenía entre las suyas una mano de Bluette, dulce, fuertemente, con fraternal y enamorada poesía.

—Sí; indudablemente, estoy muy cambiada, muy afeada quizá... ¡Si supieses cómo abrasa el desierto!...

¡Si supieses cómo se estropean los ojos allá abajo, en esa tierra en que todo deslumbra!... Pero, ¡no importa, no importa!... Hablemos de ti, Jack. ¿Sigues bailando?

Él, con un movimiento repentino, apretó los labios y sacudió la cabeza; un gesto contrajo su límpida fisonomía.

—¿No? ¿Es que ya no bailas? ¿No bailas, Jack? ¡Es extraño! ¿Qué has hecho, entonces?

—La he esperado, *Bliouette*.

—¿Me has esperado? ¿Es posible? ¡Qué tipo! Además, no vale la pena de esperar a Mimí Bluette... Mimí Bluette está muerta.

— *What a pity! You are a very naughty Girl!*

—Nada malo, nada absolutamente, Jack. Es la vida la que hace estas cosas. Pero no me guardes rencor por ello. ¡Ríamos, Jack! ¡Si supieras lo triste que es no saber ya reír!...

—Entonces, ¿ha hecho usted un viaje muy *uncomfortable?*

—¿Llamas a eso *uncomfortable?* Sí; eso es. Tal vez tengas razón, Jack... Para mí, no es sólo el África, sino la vida entera la que ha perdido su *comfort*...

Él se miró las uñas, las bellas uñas rosadas de su mano, honrada y tranquila como su corazón. Vacilaba antes de decirle lo que le quería decir. Al fin preguntó:

—¿Va usted a ser siempre una esclava, *Bliouette?*

—No me preguntes nada, Jack. Has de saber que no he vertido lágrimas...

—*Et vous étiez nécessaire de verser des larmes?*

—¡Oh, hacía tanto sol!... No se llora cuando se está ciega. Sin embargo, tú has dicho: «*Vous étiez nécessaire...*» Eso es un gran error, Jack. Valdrá más que digas desde ahora: «*Etai il nécessaire...*, etc.»

—*All right!* Pero yo pregunto si su amigo...

—¡Ah, no, Jack! Eso no. Jamás, jamás; ni una palabra. Tú eres mi compañero de baile, mi bondadoso Jack; pero no preguntes nunca a Mimí Bluette lo que ha pasado allá abajo, en la tierra cálida...

—Oh, *yes*! Linette tenía razón. Soy muy culpable.

—¿Has hablado con Linette?

—No. Ella me ha cuchicheado al abrirme la puerta: «No hable usted, monsieur Jack. Es preciso curarla en seguida.»

—¡Pobre chica! ¡Ha sido tan dulce, tan dulce!... Pero, ¿por qué siguen queriéndome las gentes, si soy de una naturaleza tan horriblemente egoísta?... En fin, si eso te agrada, enciende tu pipa, Jack.

—*Bon. Vous me direz après que je peste.*

—O que tú *empestes*... Pero no importa. Enciende.

Sentáronse. Él apretaba los pólices con atención sobre su rubio Navy Cut.

—Lo pasé muy bien en África. Todo el mundo sabía que yo era Mimí Bluette. En Colombéchar los militares tocaron el *My Blu*.

—Cuando se ha bailado tan admirablemente como usted, Mimí Bluette, es natural que se tenga *sa réclame* hasta en África.

—¿Eso crees?

—*Yes*.

—Pues escucha: Llevaba un soberbio jefe de caravana que me llamaba *Lalla*. Era muy gracioso.

—Cuestión de gustos. A mí eso me hace reír.

—Jack, aun no me has dicho si me he vuelto fea.

—*Oui, un tres petit peu.*

—Porque, mira, tengo un proyecto...

—¡Ay!

—Te quejas demasiado pronto. Es tu defecto.

—Siempre tengo miedo a sus proyectos, My Blu.

—Esta vez no. Va a gustarte.

—¿De qué se trata?

—Se trata... Óyeme bien... ¡Voy a bailar!

—¡Oh..., My Blu!

No supo qué contestarle; pero sus ojos despedían luz. De pronto, cogió sus dos manos, bronceadas todavía por la llama; puso una rodilla en tierra, y la besó.

—Sí, voy a bailar una danza que llevo en el corazón. Me la ha enseñado el movimiento de la caravana; y, además, el sol del Garb, el sol de la tierra donde ellos caen... Jack, ¡donde caen mis hermanos!... Cuando encerraba dentro de mí mi corazón como una piedra, esta danza vibraba en mis venas, envolvía mi ser en una voluptuosidad roja como el sol... Mira: cada uno debe hablar en su propia lengua. Los poetas crean poesía; los pintores se valen del color, y yo, que he nacido danzarina, siento el desierto como una danza, y, para mí, había orquestas en el furor del sol...

—¡Oh, qué bello es lo que dice, *Bliouette!*...

—No, Jack; es sumamente sencillo. Habíamos caminado días y días aletargados en la somnolencia de la caravana; refulgía, allá abajo, ese sol que no has visto jamás; y el furioso silencio de aquella atmósfera deslumbradora me enviaba canciones, amplias como el inagotable desierto... Sentí nacer en mí una música de sol, absolutamente nueva, a cuyo ritmo, nadie, jamás, en ninguna parte, ha bailado... Quiero regalar mi danza a esta ciudad que me ha dado tanto, hasta mi amor...

—Usted atribuye eso a la caravana; pero yo creo que el milagro está en sus pies.

—Si fueses un filósofo, creo que te llamarían materialista. Pero como eres bailarín, no se te puede llamar más que idiota. En fin, tú serás mi empresario, Jack.

Tú me prepararás ese espectáculo. Y, después de bailar mi danza, casi desnuda, sobre rojos tapices, entonces, por complacerte, bailaré también las tuyas contigo. Pero quiero que esto resulte espléndido. Un teatro como París sabe presentar a las bailarinas que ama. Vas a enviarme en seguida un compositor. Yo bailaré; él adivinará la música. Envíame al que escribió el *My Blu*. Aunque ahora frunza el ceño por haber sido tocado en los cuatro extremos de la tierra, gracias a Mimí Bluette, espero que accederá, porque él estaba raído como un calzón viejo cuando vino a ofrecerme su composición al precio de tres luises... ¡una verdadera fortuna! Ahora tiene una tarifa de boxeador negro; mas puedes decir que Mimí Bluette no le dará menos de veinticinco luises. Harás anunciar el espectáculo del modo más ruidoso y lo más lejos que puedas. «*La Danse du Solcil*... Mimí Bluette.» «Mimí Bluette... *La Danse du Soleil*.» ¿Es bonito, eh? La danza del sol... Ese Dios terrible me posee, Jack, y bailaré una danza furiosamente soleada. También rogarás a Sem que me haga un cartel de anuncio. No estoy del todo segura de que Sem sea un dibujante extraordinario; pero sea como sea, la obra es de Sem, y cuaja. Haz, después, una visita de mi parte a los Mrs. Moucheurs de Chandelles, a los Mrs. Strapontin y a sus colegas; busca un medio para enterar a Fred Chinchilla de que Bluette ostentará sobre su tapiz rojo un millón en alhajas... Por último, irás al bar de la Gran Rouquine esta misma tarde para decir a Sanderini que venga por mi casa, porque espero un favor muy delicado de su villano hocico...

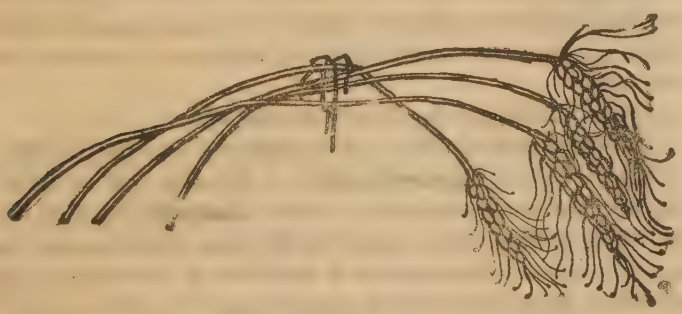
Y pasó aquellos días ceñida por su dolor como por un frío collar de perlas centelleantes.

¡Mimí Bluette!... Un nombre, nada más que un nombre; más bien una pequeña flor con que adornar los sombreros de paja en los meses de verano.

París la había elevado como el vértice luminoso de un surtidor, y ahora que su ligereza no podía ser transparente, en un vértigo extremo de su claridad, París volvía a derribarla.

En la *Danza del Sol*, sobre el tapiz rojo como el Guebli, quería hollar con magnificencia su muerto corazón. Pasar, resplandecer ante la ciudad que estupendamente la había creado, como surge, después de la tormenta, el milagro del arco iris. Gritar a aquellos millones de hombres que respiraban el aire más feliz de la vida: «Yo, que exhalé perfume y que aun danzo semidesnuda al compás de mi delirio, yo soy Mimí Bluette...» Gritar entre la música postrera de sus movimientos alucinados: «¡Ciudad Radiante, ciudad Vertiginosa como el Guebli!... ¡Ciudad Bárbara, donde el sol no declina nunca, mírame una vez más! ¡Éste es el perfume de mi carne, que te enviaron mis flores de lis! ¡Pasé por tu primavera como la música de un rayo de sol; fuí, con todo mi cuerpo, la belleza que te es in-

dispensable, ¡oh París!, hetera de los siglos!... Llegué a tus calles locas un día de mi juventud en que nadie me miraba. Era joven como la primavera, y nadie me miraba. Ni siquiera sabía que el arco iris tenía un color que se llama gloria, y tú me lo revelaste diciéndome: «Ve a mi jardín, llamita, y elige una flor.» He elegido las flores del sol, he elegido estas humildes flores de lis, que tan bien me sentaban. Yo no tenía más que mis cabellos rubios y mis tobillos ágiles; tú me has alzado, como una pluma, entre tempestades de sol... ¡Mira! Ahora bailaré para siempre la danza de mi corazón muerto, hollaré sobre un tapiz rojo como el Guebli, sobre la muerta hierba de mi jardín, las flores de lis de Mimí Bluette...»



Una mañana, París se despertó azul y desbordante de flores de lis, como una cosecha en los meses de estío, cuando el grano debe ser segado.

«Mimí Bluette.—*La Danse du Soleil!...*»

Sobre las fachadas de la inmensa capital brillaba, como una rubia frivolidad, su límpida sonrisa. Andaba por todas partes, con sus pies desnudos, sobre el rojo tapiz azulado por sus flores de lis. Detrás de su naca-

rada carne, detrás de sus cabellos sueltos, se alzaba, como el fulgor del Garb, un torbellino de llamas. Por última vez la Estupenda Ciudad se adueñaba de su belleza; por última vez el alma dionisíaca de París resplandecía en el milagro de su danzadora. En las calles, en las encrucijadas, en los suburbios, en los muelles del Sena, entre un color de llama y de jardín, reaparecía Mimí Bluette.

Los millones de hombres encerrados en el anfiteatro de la inmensa capital, miraban con una amistosa sensación de placer la sonrisa de la divina Bluette.

No todos irían a verla; pero todos recibían con aquel nombre un efluvio de ligera y diáfana poesía. Era para todos una cosa propia, un nombre que había danzado las más bellas danzas de París, una música ligera entre aquel enorme tumulto; más bien una pequeña flor para adornar los sombreros de paja en los meses de verano.

«Mimí Bluette.—*La Danse du Soleil!...*»

Había habido un baile, difundido por los cuatro puntos de la tierra, que se llamaba el *My Blu*; había habido una moda de ser bella que se llamaba la moda de My Blu; había habido una flor del año, cultivada en los escaparates fosforescentes y vendida a mazos por las floristas de la Magdalena, que se llamaba *Bleuet;* había habido el abrigo de pieles, la tela, la pluma, el cuadro, el libro, el escándalo, que se llamaban Mimí Bluette; es decir: la música y la belleza de esta danzadora no habían sido más que la belleza y la música de la triunfal París.

Sus cándidos brazos desnudos se habían ceñido como un perfumado *capestro* al cuello catolicísimo de un rey joven; habían distraído con paciencia el aburrimiento siberiano de un gran duque; en fin, se habían enrosca-

do con delirio a la sombra de un trágico aventurero... París nunca ha pedido más a las criaturas de belleza y de ensueño creadas por su magnificencia.

«Mimí Bluette.—*La Danse du Soleil...!*»

Ahora tornaba del Garb vertiginoso, del vivac de la ergástula caminante; llevaba sobre su cuerpo desnudo la llama de una santa bandera.

—Querido monsieur Bollot: no se mueva usted de su poltrona. Vengo por una futesa. Va usted a reírse.

—¡Oh, hija mía! ¿Es usted? ¡Vaya! Creo que me había adormilado hace cinco minutos. ¡Ay!... Con la edad se vuelve uno dormilón. Pero ahora, ¿dónde están mis gafas?

—Aquí están. Se han deslizado sobre su chaleco. La amplitud de su corbata las ha salvado de una caída.

—¡Ah, ese bribón de escribiente! ¡Eh, tú, Justino! ¿No te he mandado que des unas palmadas cuando veas que me duermo? Pero ese famoso haragán se guarda bien de hacerlo, porque se aprovecha de mi sueño para escribir sonetos de amor que envía a las picaronas.

—No creo que se equivoca ese joven. Porque yo también preferiría ser poeta a copiar las actas de usted,

ásperas, rudas y desabridas como perrillos de rentistas viejas.

—¡Muy bien, muy bien! Ahora viene usted a soliviantar a mi escribiente. Ya especula con mi tinta, mis plumas, mis cartapacios y mi lacre; regularmente, dos veces al mes padece un deseo de no hacer nada que se llama colerina; se pone flores en el ojal y fuma en mi pasillo; tenía una criada de treinte y siete años, y he tenido que tomar una de cincuenta y nueve... Ahora sólo falta usted, señorita Bluette, para aprobar su holgazanería. ¡Tanto peor! Pero vamos a nuestros asuntos. ¿Ha ocurrido algo nuevo desde la última semana? ¿Tiene usted, por casualidad, la intención de pedirme algunos cientos de miles para hacer un viaje aun más largo?

—No se alarme tan pronto, papá Bollot. Ha acabado mi turismo. Además, ya sabrá que actualmente ¡bailo!...

—Sí, la he visto en imagen por todas partes. No se encuentra más que a Mimí Bluette paseándose por París. ¡Eso me alegra mucho! Por lo tanto, irá usted a traerme una fuerte suma. ¡Buena falta me hace, para tapar los agujeros de Africa!

—Sí, papá Bollot; el contrato es de los más ventajosos... Con tal de que pueda danzar hasta el fin...

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada absolutamente, papá Bollot. Quiero decir simplemente: con tal de que mi salud siga siendo buena..., con tal de que el sol de allá no me haya debilitado... Porque, ¿sabe usted?, ¡abrasa!...

—¡Muy bien, muy bien, hija mía! Entonces, veamos: ¿tiene usted algo que decirme?

—Haga salir al escribiente, papá Bollot. Aunque no es nada grave, prefiero estar sola con usted.

—¡Eh, Justino!... ¿Ve usted qué tunante? Se hace el

sordo. Coge tu trabajo, Justino, y vete a mi dormitorio. Pero ¡pobre de ti si me echas una mancha de tinta en la alfombra!

—No, papá Bollot. Por esta tarde, vamos a darle asueto. ¿No es verdad, Justino, que necesita usted una hermosa hora de paseo para confiar las rimas de sus sonetos a las Tullerías?

—¡Quién lo duda, señora!

—Pero cómo, ¿despedirle a la hora que es, apenas las cuatro?... De ningún modo.

—Se lo ruego, papá Bollot. Cuando se tiene un pasante que es poeta... Hágalo por mí; que se vaya.

—Sí; que se vaya al diablo, si puede. ¡Vacaciones un día laborable! Siempre hay alguien que proteja a este Céfiro del papel sellado. Dale las gracias a la señora, y lárgate.

—Gracias, señora.

—Bien. No holgazanees esta noche como un lampazo. Mañana por la mañana, a las ocho en punto. Si vienes tarde, te echaré una multa.

—Bien, señor. Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes. Menos mal que no ha venido usted a las dos, hija mía.

—¿Qué importa? ¡Al menos, él será feliz!...

—¿Es que usted no lo es?

—Voy a serlo, papá Bollot. Lo voy siendo cada día un poco más... Usted sabe que no es tan sencillo curarse.

—Comprendido. Pero la razón debe imponerse siempre. Las almas diáfanas y honradas como la suya siempre tienen fuerza para vencer una gran desgracia.

—Sí, papá... Dejemos eso; me entristece. Ya puedo hacer cosas que creía imposibles; por ejemplo: bailar. Pero aun estoy muy débil para hablar de mi dolor. Todo pasará, se desvanecerá... Estoy segura.

—Bien dicho, hija mía. Así es como hablan las almas fuertes. Pero vengamos al caso; la escucho.

—Va usted a reírse... ¡Dios mío, cómo se va a reír, papá Bollot!

—Con tal de que no haya dinero que desembolsar, que cambiar o que tirar por la ventana, me reiré, de seguro. Porque, hija mía, sus ideas siempre son del género borrascoso o del género cómico.

—Pues bien: ¡vaya por lo cómico! Esta es cómica...

—Veamos. Yo aspiro mi rapé, y voy a reírme estornudando. Es la mejor de las risas.

—Pero antes es preciso que le cuente algunas cosas. Mire usted: el Africa me ha sugerido ideas un poco rojas, por no decir negras... Me ha hecho pensar en cosas que antes estaban tan lejos de mi alma como las ráfagas del Garb. Africa es un país... ¿Nunca ha estado usted en Africa, papá Bollot?

—Afortunadamente, hija mía.

—Bien: Africa es un país que deja unas manchas de herrumbre en el alma, un escalofrío de vejez en el calor de la sangre. Desde que he vuelto de allí, me digo a menudo, por ejemplo, que una mujer joven y fuerte puede enfermar...

—Toda parisina puede decir lo mismo.

—Sí... indudablemente; pero me digo a menudo que una mujer joven y fuerte puede enfermar cualquier día; coger, ¿qué sé yo?, una enfermedad infecciosa; tener un accidente de *auto;* en suma, que bien puede morir.

—Pero, hija mía... ¡Usted había dicho que iba a hacerme reír!...

—Sí, espere. Esto no es más que un preámbulo. Usted se reirá después. Por eso, estando entregada a este cúmulo de reflexiones casi lúgubres, me ha parecido

natural echarme una grave reprimenda: «Tú, Bluette, eres de una imprevisión extraordinaria. Posees una bonita fortuna, una bonitísima fortuna, y nunca has pensado en consignar lo que quieres que se haga si, por un azar cualquiera...» En suma, papá Bollot: he venido para dictarle mi testamento.

—¿Pero qué diablo me dice, hija mía? ¿Su testamento? ¿A su edad? ¿Con el hermoso tiempo que hace? ¿Debo escuchar tales tonterías?

—Sí, sí, papá Bollot. Ríase todo lo que quiera; pero es una idea que traje de Africa, y ya sabe usted que soy muy fiel a las ideas que proceden de allá abajo.

—No digo nada, hija mía. Si está absolutamente resuelta a hacer su testamento, creeré que la ha picado alguna mosca, y nos dedicaremos a ello uno de estos días. Nada nos apremia.

—Al contrario...

—¿Cómo?

—Sí, tiene usted razón; nada nos apremia. En efecto: no urge. Mas, a pesar de todo, quiero que se haga lo más pronto posible.

—¡Ah, querida mía! Esa es una humorada que yo no esperaba de ningún modo. ¡Toma! Usted me hace pensar en el mío..., que es mucho más necesario, aunque muy sencillo.

—El mío es también muy sencillo. Lo he escrito al correr de la pluma, en papel de cartas, anoche, porque no podía dormir...

—Veamos, hija mía... Me inquieta cada vez más el estado de su razón.

—Nada de eso, papá Bollot. No son más que garrapatos. Usted ha de decirme cómo debe hacerse un verdadero testamento. Usted, al fin y al cabo, es un hom-

bre de negocios. ¿No es en sus manos donde se deposita este género de literatura?

—Me niego.

—¿Por simple terquedad? Yo soy muy testaruda; más testaruda que un asno, papá Bollot. Hace días y semanas que me domina esta idea. Será para mí una mascota el haber hecho mi testamento. Sentiré el corazón libre, como después de cumplir un voto, y no pensaré más que en vivir.

—Éste es un asunto en el cual no veo del todo claro.

—No hay en ello, papá Bollot, nada de claro ni de oscuro. Es un testamento, una hoja de papel de cartas... No me obligue usted a ir en busca de otro. Además, como usted ve, es sencillo, claro, neto... «Yo, Mimí Bluette—por nombre Cecilia Malespano—, lego toda mi fortuna, compuesta de ... (usted especificará de qué con exactitud, porque yo no lo sé al detalle); lego toda mi fortuna a los soldados de la Legión Extranjera para que su vida sea menos dura y para que haya alguien que los llore cuando el desierto los mate. El señor ministro de la Guerra se dignará estudiar cómo y en qué forma puede realizarse mejor mi deseo. Si yo muriese antes que usted, aunque soy más joven, usted, papá Bollot, sería mi albacea testamentario y tendría, hasta el fin de su vida, la administración remunerada de mi fortuna. O nombraré a quien usted designe como sucesor suyo. Mientras viva mi madre, la *Œuvre pour la Légion Étrangère* deberá entregarle la tercera parte de mis rentas, más una suma de doscientos mil francos, y además el mobiliario, los tapices, las ropas y todo cuanto se encuentre en mi inmueble de los Campos Elíseos. Lego a Linette Messanges, mi fiel doncella y amiga, una suma de cincuenta mil francos para que

se case con un hombre honrado. Le permito elegir entre mis trajes los que no sean demasiado ostentosos para ella; quiero que se le entregue también uno de mis bolsos de platino, y deseo que siga siendo dulce y amable, como hasta ahora. Entregará usted a mi compañero de baile Jack Morrison el más hermoso brillante de mis sortijas, mi gran retrato, pintado por La Gándara, y un largo rizo de mis cabellos. ¡Que ese bondadoso Jack me perdone si me ha sido imposible hacerle feliz! En vida fuí bailarina; era mi nombre Mimí Bluette; me gustaron los hermosos trajes, las danzas y las flores; llegué a ver el sol de la borrasca africana, y allá abajo pereció mi corazón. Muera donde sea y cuando sea, usted me hará dormir en los umbrales de esta ciudad que amo, y quiero que se me entierre como bailarina en un jardincito del lindo cementerio de Boulogne. Desde la iglesia al cementerio, un cíngaro (puede ser Limka) seguirá mi féretro tocando el *My Blu*. En primavera, las *bluets* florecerán sobre la dulce tierra que me cubra... No se grabará sobre mi lápida más que un simple nombre: el nombre con que firmo dichosa...—MIMÍ BLUETTE.»

Y danzó.

Bella como nunca, llena de ensueño como nunca, viva y desnuda sobre el escenario flamante, con su alma de enamorada, la bailarina inolvidable danzó.

Desde el teatro curvo, atestado, París la contemplaba con sus más bellos y profundos ojos.

Ella sentía latir en la música de su danza el corazón de la Estupenda Ciudad.

Se sentía golpeada por esta fuerza, por esta palpitación como de una inmensa vela. Pero su alma estaba lejos: caminaba, en pleno desierto, por la ruta del perdido Garb.

Un tapiz rojo cubría todo el escenario, sembrado de inestimables alhajas y de sencillas flores de lis. Una gran fogata, más bien una inmensa hoguera de verdaderas llamas, surgía en el centro, incendiando el teatro como una llamarada maravillosa. Todo era fuego y flores; fuego, brillantes y flores.

Se veía rutilar al desierto, refulgir la ruta sin sombra del infinito Garb...

Todo el teatro se tambaleaba entre aquella tragedia de luz; la orquesta, invisible, tocaba la *Danza del Sol* en los arcos y en los címbalos de las músicas mauritanas.

¡Había llegado la noche de gloria, la roja hora de gloria para Mimí Bluette!...

Aquella danza era suya, aquella música era suya; la había dictado, danzando, al músico que la compuso. Su cuerpo era el desierto, era la llama, era el desesperado relampagueo de la tierra nómada, a lo largo de la caravanera. Su cuerpo tenía en sí mismo—como un resplandor convertido en movimiento—la música del sol.

Quizá por un juego de espejos instalados por los escenógrafos de aquel teatro, ella se deslizaba con sus velos, con sus cabellos sueltos, entre las llamas; bailaba más allá de la pira; se veían sus brazos desnudos surgir, retorcerse entre las espirales de las llamas; caía en medio de ellas, desfallecida; la orquesta la hacía resurgir; arrojaba sus joyas a la hoguera; se enamoraba del bellísimo fuego; salía de él desnuda y poseída.

Era el sueño de su largo camino a través de la abrasada tierra que no bebe jamás, allá, donde el desierto asalta con sus errantes arco iris al antípoda centelleante.

Como en aquellos días desesperados, ahora y siempre, en su danza alrededor de la hoguera, en el teatro de la estupenda capital, ahora y siempre, la bailarina de París llevaba el sol. En sí misma, en su propia materia, en sus propios átomos vivientes, la bailarina de París llevaba el sol.

En vez de hablar con su voz, danzando relataba sus amores.

La orquesta, con sus cíngaros mauritanos, tocaba la *Danza del Sol*.

«¡Qué largo, qué largo camino!... ¡Qué infinita melancolía!...

»Como su caravanero, llevaba también el desierto en el alma, y había nacido para la ruta del Sur.

»—*Bon chemin, bon chemin, lalla...*

»Poco a poco la tierra se convertía en un inmenso brasero; toda huella de habitación, todo vestigio de árbol desaparecía. Y pasaban las horas y pasaban los días, interrumpidos solamente, a larguísimas distancias, por el corto oasis de un escuálido palmar.

»Las mujeres del Guebli, oscuras, con ojos en forma de almendra, crespas ya de vello sudanés, agotadas por una salvaje maternidad, venían a contemplar, en silencio, a la bella cristiana. Las muchachas de nueve años tenían los senos maduros y protuberantes como nísperos. En el rumor del agua naciente cantaba la música primordial de la vida.

»En los extremos confines se veían, entre una claridad oblicua de cataclismo, las perdidas dunas marchar a la deriva.

»Los ligeros caballos berberiscos, sedientos y miserables, galopaban ya sin velocidad. La caravana se hundía y se destacaba, siguiendo las firmes ondulaciones del terreno, con un balanceo agotado, cual si ya no rigiesen las rodillas de los animales. Los mulos estaban llagados por el peso de la carga; negras manchas de millares de insectos los cubrían como costras hormigueantes; sólo los camellos, más delgados, más altos, más lúgubres, caminaban siempre, con paso de bestias perpetuas capaces de morir andando.

»Y, por fin, una mañana, en la extrema ruta del Sur, vió iniciarse un confuso y azul dibujo, como un jirón de niebla a ras del suelo, como un peñasco de aire en el ilimitado sol. Miró, miró antes de hablar; después dijo a la mujer, a quien nunca abandonaba...

»Dijo a la mujer: «Para nada.»

»Para nada.

»Los caminos van; son el principio de una distancia, el color del alma que se aleja; llevan mucho polvo, mucho sol; todos tienen una meta, pero no llegan jamás.

»Para nada.

»Un corazoncito de bailarina, enviando una sonrisa tras el borde de una copa de champaña, cierta noche

de nieve, en la París Babélica, se había entregado al sombrío extranjero, como la virgen ebria se arrodilla, temblando, ante el primer seductor.

»Ahora llevaba en el alma el amor de María Magdalena.

»Caminó.

»Llegó adonde guerrean y caen, bajo las armas de la gran República, los soldados sin patria, «la canalla gloriosa» de la Legión Desesperada.

»Aquélla era la gente que jamás tendría sepultura.

»Detrás, en las fronteras del destierro, habían dejado a los hombres sabios, a los hombres tranquilos; habían dejado hasta los cementerios.

»A veces, por la noche, se los oía cantar...

»Cantar a la sombra de las rubias palmeras, a la hora en que se encienden los trémulos fuegos del vivac allá abajo, en la tierra loca, donde, entre huracanes de sol, con el iracundo viento nómada, el sepulcro camina...»

Tal era la *Danza del Sol*.

¡Cómo danzó aquella noche la pobre, pequeña, rubia Mimí Bluette!...

Ninguna poesía de la tierra estuvo jamás tan henchida de ligereza y de alma como su cuerpo, que se movía rítmicamente; ningún jardín, en el mes de mayo, se engalanó jamás de primavera como de música su dolor en la danza en torno de la pira.

Hasta las rodillas la vestían sus cabellos asombrosos, y era tan perfecta en su desnudez, que cada movimiento irradiaba resplandor. Como las mujeres árabes, tenía las palmas de las manos, las uñas, la nariz y el vértice de los senos pintados con tintura de alheña. Un

signo azul, semejante a una profunda incisión, separaba los largos y brillantes arcos de sus cejas; aquel tatuaje se repetía bajo el borde del labio inferior. Los pies, venosos y casi transparentes como joyas de esmalte, con las falanges y los talones miniados con alheña, parecían haber caminado sobre un gran manto de púrpura húmeda.

Emanaba de su belleza cristiana y bárbara, como una sagrada impudicia, una evocación religiosa del abrazo primitivo. Su perfil se recortaba en la llama límpido, con una especie de crueldad; en su luminosa cabellera se anudaban, cual oscuras trenzas, las reverberaciones del fuego.

Siempre era la misma Mimí Bluette, la bailarina de París, con sus ojos de Magdalena, con su boca de mujer perdida; era siempre la joya de príncipe, la hetera para el vicio de un rey...; pero ahora danzaba con el alma, con su alma de transalpina.

Se había enamorado como una simple mujer del país donde se ama el amor; había conservado hasta lo último su macito de flores de lis, como una guirnalda natural de perfume selvático y de azul simplicidad.

París había desplegado para ella aquel gran manto de púrpura para que danzase con los pies desnudos, con los cabellos sueltos; París había exaltado como una gloria el esplendor de su desnudez; pero no había podido subyugar, ni con el fragor de los aplausos ni con el centelleo de los brillantes, su alma fiel de transalpina.

Y entonces el teatro sintió que pasaba ante las luces de la batería, no sólo una de esas maravillosas criaturas tan necesarias en París como la iglesia de los Inválidos o las flechas de Notre Dame en la isla de la Cité; pasaba un alma creadora de belleza, que sabía expre-

sar el sueño en las formas de los movimientos como en el color, o en la música, o en la palabra, o en la piedra, el alma del artista revelador aprisiona la poesía.

Presintió que pasaba un amor ante la llamarada de la vorágine africana; una especie de embriaguez unánime exaltó, arrodilló el alma de aquel teatro que aclamaba con todo su fervor a la espléndida bailarina de París, a la criatura de música y de sol que había caído sobre la extinguida llama entre sus flores de lis... ¡Mimí Bluette!

Mimí Bluette... *La Danza del Sol*...

Un nombre; nada más que un nombre... Más bien una pequeña flor para adornar los sombreros de paja en los meses de verano.

—¿Eres tú, Linette? ¿Qué hay?

—¿La señora ha llamado?

—Pero ¡qué he de llamar! Si entras cada media hora, no es fácil que me duerma. ¿Qué hora es?

—Las once y diez, señora, y hace un día muy claro.

—¡Tanto peor! No he cerrado los ojos. Ese maldito timbre me excita los nervios. Manda decir al portero que no estoy para nadie. ¡Para nadie! Pero abre los postigos. Despacio, poco a poco, con cuidado, y no como si quitases un biombo de tinieblas.

—Bien, señora. Voy a abrir... Pero tápese antes, porque hace bastante frío.

—No he cerrado los ojos en toda la noche. Tengo fiebre.

—Ha logrado usted un gran triunfo, señora. El triunfo embriaga, impide dormir.

—¿Eso crees, Linette?

—Sé que anoche estuvo usted maravillosa..., que todo era maravilloso... Yo tampoco he cerrado los ojos, señora. A las seis estaba en pie.

—¿Para qué?

—¡Caramba, para ver los periódicos!

—¡Ah, los periódicos!... ¿Son galantes? ¿Me dan bombo, Linette?

—Bombo... ¡Dios mío, qué apoteosis! Hay algunos que dicen cosas por las cuales quisiera abrazarlos.

—Eres una altruísta, Linette. A mí me tienen sin cuidado. Con tal de que no vengan a visitarme, con sus guantes que se parecen a sus artículos... ¿No te has fijado nunca en los guantes de los periodistas? Sólo ellos y los cómicos de la legua los llevan iguales. Desearía saber dónde diablos los compran. ¡Dios mío, debo tener una cara tremenda!

—Nada de eso, señora. Un poco fatigada. Yo la friccionaré, y eso pasará.

—¿Tengo hambre? Me parece que sí y que no. Lo ignoro. De todos modos, voy a tomar mi café con leche y los *brioches*. ¡Otra vez ese horror de timbre! *Flute!* Arranca el timbre, rompe las pilas. Y, además, que avise ese camello desde abajo, que avise...

—Le envían a usted flores, tarjetas, cartas... Hay ya una bandeja desbordante.

—Mañana o pasado leeremos esa «literatura».

—También hay ramos y canastillos, tantos, que ten-

dremos que instalar un pequeño jardín de Aclimatación.

—Oyeme bien, Linette: Trae las flores aquí, a mi cuarto, y déjalas en él por muchas que sean.

—Pero la marearán, señora.

—Tal vez me mareen; pero haz lo que te digo.

—Bien, señora. Además hay bomboneras, bomboneras de laca, de brocado y de cartón. Hay una hasta de cristal y bronce. He ahí unas buenas gentes, señora, que me dispensan atenciones inapreciables... Porque usted me da siempre sus bomboneras casi llenas, y las colecciono.

—Las tendrás, Linette.

—Gracias, señora. Además, el *Regisseur* ha venido; el director de escena ha venido; los señores Glimm, d'Hericourt et Vilmière han venido. En fin: también está ahí monsieur Jack, desde las nueve de la mañana. Pero, señora, ¡a ese pobre monsieur Jack no debía despedirle!

—¿Qué dices?

—Me atrevo a decirlo, porque el pobre monsieur Jack salta de alegría como un gorrión esperando que usted se despierte. Quería a todo trance enseñarme una danza que se baila ahora en el *Bal des Quat'Zigues*, o de los *Quat'Flics*, como él ha dicho.

—Que venga ese buenazo de Jack, en vista de que tú le proteges. Pero para cualquier otro, *madame dort*. ¿Has comprendido, Linette? Mañana y tarde, para todo el mundo, *madame dort*. En absoluto, y no quiero volver a oír el sonido del timbre.

Apenas la doncella salió con paso ligero para dar su pasaporte al fidelísimo y paciente Jack, el rostro de Mimí Bluette se apagó; sus brazos cayeron sobre la

ropa; sus ojos se volvieron lentamente hacia la serena ventana.

El cielo estaba lleno de una claridad de mañana invernal, mórbida y casi dorada; el sol ornaba los ondulantes vapores de las nubes, sin lograr atravesarlas.

Mimí Bluette se estiró, con perezosa y doliente voluptuosidad, entre la suave tibieza del lecho. Después, mirando su propia mano, se envolvió el otro brazo, que dejaba transparentar la camisa, de un tejido tan fino como un velo. Envolvióse el brazo, lo recorrió hasta la sombra de la axila, y lo hizo con lentitud, con temor, con dolor, como para volver a encontrar en su cuerpo un perdido recuerdo de sí misma.

Pensaba quizá que en el cuadro azul de la ventana veía reír el sol por última vez.

Y quizá el corazón, íntimamente joven, le dolía un poco, recordando las claras nubes que cruzan el cielo de París en las mañanas de primavera...

Había danzado; estaba cansada. Cansada para siempre.

Por la Ciudad Estupenda, su nombre corría como el humo azul del torbellino que sus brazos desnudos habían dispersado.

Era Mimí Bluette, la bailarina de París, y jamás volvería a danzar...

Jamás.

¡Adiós!... Así acaban todas las bellas horas de la vida. Su gloria, en aquel día de invierno, era una puerta que se cerraba. La ciudad no exaltaría más que su leve nombre... Mimí Bluette..., una gloriosa danzadora acostada..., acostada para siempre... ¡Qué cosa tan triste!... ¡Adiós!...

Jack, que se había sentado familiarmente sobre la linda colcha, sostenía una de las muñecas de Mimí, y, un poco encorvado, le hablaba.

—¿Por qué ser tan *suavagesse*, *Blouette?* ¿No ve a nadie? Eso no es justo. París delira. Jamás se ha visto una danza más bella. Anoche me abrazaba todo el mundo. Yo respondía muy tranquilo: «No soy *Blouette*. ¡Dejadme en paz!»

—Querido Jack: ¿Me llamas *sauvagesse?*... El que hayan querido abrazarte en mi lugar no es una razón para que tú me disfraces con un adjetivo tan ridículo.

—Hablo para que se me entienda, y *sauvagesse* está muy bien dicho. ¡Ya verá qué teatro mañana por la noche! No hay medio de conseguir una localidad antes de quince días.

—¿Es cierto, Jack? Será preciso que descanse esta noche...

—*All right!* Dormir bien, sorber huevos y viejo Shérry. Eso es muy tónico.

—Sí, Jack. Pero has de prometerme no venir por aquí, bajo ningún pretexto, ni esta noche ni mañana...

—¡Cómo! ¿Es que no saldrá usted, *Blouette?* Esta noche querían ofrecerle una gran cena.

—Esta noche, no, Jack. Tengo fiebre. Toca; mis dedos arden.

—*Yes;* los nervios.

—Por lo tanto, si quieres que baile, es preciso dejarme tranquila. Ven a buscarme mañana por la noche para ir al teatro... ¿Has comprendido, Jack?

—Forzosamente, *Blouette*.

—Enséñame la cara; te estás volviendo extraordinariamente guapo. Tienes los ojos como zafiros orientales engastados en una sortija. ¡Oh, oh! Seguramente hay pícaras... que te aman.

—O que lo dicen.

—¿Y tú?

—Yo la amo a usted, *Bliouette.*

—¡Oh, no debes quererme..., no debes quererme!... Pero lo dices como una virgen, mi pobre Jack.

—Sí, porque mi amor es muy puro. La amo a usted, *Bliouette.* No he amado nunca más que a usted, *Bliouette.*

—Hermano mío...

—No me llame hermano. *C'est très plus loin.*

Très plus loin no es correcto, pero ya comprendo. Calla. No hablemos más. Es preciso que me tape... Qué, ¿te levantas?

—*Yes*; me paseo. Usted tiene fiebre; yo también.

—No, quédate, Jack... Dime. Aunque me vieses muy fea, muy fea..., ¿me amarías siempre?

—*Quand on es si belle, vous me pouvez pas être laide.*

—¡Error! ¡Error de sintaxis y de concepto! Aun siendo bella, hay mil accidentes que pueden afear. Por eso te pregunto...

—Me parece que la querría siempre.

—¡Ah!

—Sí, siempre. Cúrese, *Bliouette*; podría ser mi mujer; yo sería su *bon camarade*, y la vida podía ser bella todavía...

—No, Jack; Bluette está muerta.

—¡Oh!... Si una rosa dice: «Yo no soy una rosa», ¿quién ha de creerlo?

—En mí, Jack, se ha desvanecido el perfume.

—¡Qué triste es eso! Pero entonces, ¿a qué baila?

—Porque es preciso que baile. Sí, amigo mío; es preciso que dance una vez más. Pero veamos: ¿Qué haces con los ojos? Lloras...

—No; le aseguro que no.

—Sí; te aseguro que sí. Y eso es tonto, porque Mimí Bluette será siempre tu camarada; te habrá querido como a un hermano, como a un verdadero hermano. Escucha, Jack: dame tus manos, acerca tus labios, si quieres... abrázame, enjuga tus lágrimas en mi hermosa cabellera...

—¡Antes era usted tan diferente!...

—Sí...; antes mi corazón era el de una bailarina... Me habían enseñado a ser bella, y eso era todo lo que sabía hacer. Hoy, cuando pienso en aquella lejana Bluette, creo que se trata de una abuela, cuyo retrato de boda encontrase en un cajón. He querido bailar la más bella danza que pueda ver esta ciudad durante largos años. Pero si esta mañana mis cabellos se volviesen, por casualidad, completamente blancos, Jack, me parece que no tendría la menor tristeza.

—Creo que ha leído usted malos libros. Yo desprecio a los que escriben novelas.

—En efecto, Jack, eres de una adorable ignorancia.

—Pero sé, *Bliouette,* que usted no ha ganado absolutamente nada al convertirse en una mujer sabia.

—¿Sabia?... Pues bien, como quieras, Jack. Pero me sonrío irónicamente. Has sido mi compañero de baile, mi camarada, mi hermano. Cuando yo esté lejos—si por casualidad tengo que irme muy lejos—, piensa siempre que Bluette, en el fondo, muy en el fondo de su ser, no era más que una egoísta...

—No se habla claro cuando no se quiere decir lo que se piensa. En América expresamos siempre nuestras ideas en una forma breve.

—Sí, en América hay menos dolor... Se ama, se llora allí, como en todas partes; pero tenéis almas más frescas, tal vez más jóvenes, y, entre vosotros, hay

menos dolor. Seguís siendo, casi siempre, lo que erais al nacer; a nosotros la vida nos cambia. En nuestra alma originaria, ya existen extraños. Yo, por ejemplo, he sido muchas mujeres.

—¿Y no será usted nunca la mía, *Bliouette?*

—Oye, Jack. Procura comprender lo que significa la frase: *Je n'y suis plus*. Mi alma ha volado a cualquier parte; no queda en mí más que un círculo abierto, anchuroso: el sitio donde estaba su dolor. Te hablo; me escuchas; yo soy Bluette; tú eres Jack; anoche bailé; mañana... bailaré también... Pero, ¿ves?, en mi corazón hay un vacío. Hay un vacío que tú no notas, una sensación de la muerte que nos separa, algo de acabado, de irreparable, que gravita en torno. Cuando miro al sol, me acuerdo de que es él quien ha quemado mi alma.

—Eso se llama *spleen*. Cree usted decirme cosas muy graves; en América llamamos a eso *spleen*, y hay medios para curarlo.

—Eres un definidor, Jack... ¡Es terrible! Lo llamaré *spleen*, por darte gusto. Sí, indudablemente, hay médicos muy sutiles o muy ingenuos que pretenden conocer también la medicina del alma. Pero yo no quiero hacerles caso..., Jack. Son deshollinadores. Yo he estado allá abajo, entre los regimientos extranjeros, donde el sol produce un fuego que hace aullar de luz... Allá abajo hay centenares agobiados por ese *spleen*. Se curan a veces y aun a menudo... cuando caen...

—¡Oh, pero eso no es lo mismo!

—Sí, lo mismo, lo mismo, Jack. Pero no prosigas, hermano mío... No toques esos pobres corazones. Están allá abajo; caminan; el gran sol los abruma... No debes decir nada, Jack; tú no los has visto.

—Van allí porque quieren.

—Sí, sin duda. Eso es lo grave. Yo también quiero...

—¿Qué?

—Nada... Quiero danzar, olvidar, vivir... Pero es preciso que sepas cómo me parezco a ellos, porque ellos también perdieron su alma un día, entre las rachas de la vida, de pronto. Yo la perdí en la última etapa, en el oasis, bajo la tienda de campaña, cuando un capitán herido me respondió con voz militar: «... la mañana del 23 de septiembre, de cara al enemigo.» Hay momentos a través de los cuales se pasa únicamente porque la vida es muy tenaz. Pero, Jack, antes de rogarte que me dejes dormir, quiero aún que sepas una cosa. La vida es muy fuerte, tan fuerte que puede vivirse hasta sin corazón. Sin embargo, es forzoso que cada cual siga su camino... Yo perdí la mitad de mi ser la noche que entré en su casa vacía; recorrí después esa larga distancia; afronté aquel enorme sol y hubiese ido al fin del mundo, sostenida por la fe de volver a verle, de volver a hablar un instante con él... Pero llegué, precisamente, para saber que había obtenido su medalla...; y las mujeres, Jack, no son una bandera...

—Calle, *Blioulte*; veo que eso le hace mucho daño.

—No, Jack; quería que comprendieras lo muerta que estoy y por qué, hermano mío, no debes amarme...

A la caída de la tarde salió tranquila.

Llevaba un ramito de flores de invierno, encerrado en la tibieza de su abrigo de piel de marta.

Andaba con una especie de ligereza, con una sonrisa firme y continua en el borde de la boca perfumada.

Las calles crepusculares ascendían hacia el cielo con temblorosa pendiente. La gente transitaba alegre por las aceras, que despedían irisaciones; después se confundía a lo lejos, entre una luz de agua fuerte, brillando, desapareciendo en aquel relampagueo esmerilado.

Algún escaparate, blanco de electricidad, desembocaba con ímpetu en el color de la calle.

La miraban.

Sus ligeros pies iban calzados de piel de antílope con bordados de plata.

Alguien, detrás de ella, repetía a veces su nombre gentil: «Mimí Bluette.»

Entró en una sucursal de Telégrafos, cogió del distribuidor una hoja de telegrama, eligió atentamente el sitio donde dejar su manguito, y en pie, sobre el escritorio, trazó velozmente estas palabras: «Adiós, mamita. Soy feliz.»

Releyó; firmó sonriendo; entregó una moneda que le cambiaron; salió.

La calle continuaba.

Aquí y allá, en la nítida noche de invierno, en lo alto de las casas de muchos pisos irradiaba serenidad alguna ventana.

Anduvo.

Aquella casa estaba escondida en una pequeña calle tranquila, vieja, de esas que los ediles razonables van borrando poco a poco.

A lo lejos se veía la columna de Julio surgir de la plaza de la Bastilla.

Anduvo.

Iba por el enredado dédalo de los barrios de París, hacia aquella calle perdida.

Recordaba con toda su alma la historia de una lejana noche, cuando salieron juntos del bar de la Gran Rouquine.

«... La nieve, sin viento, caía sobre la ciudad en tranquilas estrías verticales, propagando un temblor en la blancura de la electricidad; el automóvil caminaba sin sacudidas por el dédalo de los barrios desiertos, por los blancos anfiteatros de las plazas, marchando leve, casi tácitamente, sobre aquel elemento mórbido que los faroles envolvían en un ancho alón descolorido en las zonas de oscuridad.

»—Monsieur Laire..., casi tengo frío... Esta piel me hiela...

»Entonces se acercó a ella aún más, hombro con hombro, inclinando la boca sobre su aliento, casi para aspirarla como una flor.

»—¿Qué quiere usted, Bluette? La dicha es lo único que debe temerse en la vida. En cuanto a la desgracia..., ¡qué importa!..., llega todos los días... Se acostumbra uno a ella... y se ríe... Pero amar lo que se ama es un lujo que algunos hombres no deberían permitirse...

»Sólo el esfuerzo del motor interrumpía el aterido silencio del Bosque; pasaban, como las escenas de un cuento del Norte, los lagos llenos de nubes, los hipódromos desiertos como estepas, las granjas cerradas, las cascadas inmóviles, convertidas en un solo témpa-

no, y parecía que, entre tanto invierno, jamás renacería la primavera. La inolvidable primavera del Bosque, embalsamada por las violetas, las acacias y las resinas, en que cada brizna de hierba casi se convierte en una flor, cuando, en las noches de mayo, en anchos nimbos de serenidad, desciende el cielo para perfumarse, y el Bosque túrgido se satura de voluptuosidad primaveral, subyugando al París dorado, sobre el cual lanza, en manantiales de música, el río de su enorme respiración...»

Anduvo.

Su tenso velo quedaba circuido, en torno de los labios, por un vapor de plata.

Le parecía que en el dédalo de París no podría llegar nunca a aquella calle perdida.

Pero la encontró.

Atardecía. Ya no había sol en el escaparate del relojero, y ahora podían leerse a distancia los nítidos carteles colgados de la vidriera:

Montre Oméga.—Or garanti, 18 Carats
Chronomètres.—Reparations.

Parecía que, después de tantos meses, nadie había tocado ni una esfera.

A través del portal, casi oblicuo, se veía brillar el patio. Una barandilla, un poco de cielo, algún árbol sin hojas, interrumpían la altura de la pared opuesta.

Entró.

—¿Qué tal, madame Greuze?

—No me va mal. Pero se fatiga una enormemente. ¿Y usted, señorita Bluette?

—Bien, gracias. Voy a subir un minuto. ¿Dónde están las llaves?

—Se oxidan, señorita Bluette. Además, iba a decirle: ¿a qué pagar un cuarto para quien no ha de volver jamás?

El reluciente gato la miraba fijamente, con sus magníficos ojos redondos, color de azufre.

—Tiene razón, madame Greuze... ¿Y nunca llega ninguna carta para él?

—Ninguna.

Subió.

En la vieja escalera dormía, con ambigüedad, un silencio de edificio desierto. El mecanismo de la cerradura rechinó rebelde, con una especie de herrumbroso dolor; la puerta, al abrirse, chocó contra una resistencia de tinieblas. Venía de las profundas habitaciones un rumor de oscuridad, un peso de polvo muerto.

Bluette buscó, a lo largo de la jamba, la llave de la luz. Pero estaba tan aturdida, que no la encontraba.

Vacilando contra las paredes consiguió encender. Vió vacía la percha.

Tres grabados de cacerías inglesas pendían de un muro. Sobre la mesa, una bandeja de cobre, un vaso de cristal con el esqueleto de algunas flores que había llevado Bluette.

De pronto, como una loca, echó a correr por la casa. Miró, escudriñó... Nada, nada, nada.

Sí, había partido para siempre; partido como un verdadero nómada; partido sin decirle adiós...

Temblando se paró junto al lecho, cálido refugio de ambos en el delirio y en el paraíso de las pasadas noches de amor; arrojó sobre él las flores que llevaba en el abrigo de piel de marta; se tendió sobre las ropas, desesperada, sin verter una lágrima, y, encerrada en-

tre los brazos de su amante, embriagada por su muerto aliento, por última vez en el mundo, con todo su placer, palideció...

Cuando volvió a su casa y vió en su dormitorio todas aquellas flores, se detuvo un instante contemplándolas con poesía.

Hizo un acto férvido con ambas manos, y sonrió ligeramente, cual si quisiera dar gracias a aquellas almas saturadas de perfume que iban en busca suya como para regalarle el último placer.

Aunque eran flores de invierno, como habían nacido en la ribera mediterránea, aturdía su perfume.

Las miró atentamente, con melancolía, con vacilación, cual si quisiera recordar la belleza de cada una.

Creyó necesario adormecerse en el milagro de una gran primavera.

Lentamente dió una vuelta por la habitación; después, parándose en su tocador, se quitó los guantes, se desató el velo.

Los dos agujones que sujetaban el sombrero al peinado, rodaron sobre el mármol brillante con un ruido que ella advirtió.

Por costumbre, antes de quitarse el sombrero permaneció un instante mirándose al espejo; después, cuando levantó el leve peso de su hinchada cabellera, maquinalmente se puso a darle vueltas entre los dedos, como suelen hacer las mujeres cuando piensan en la gente que las miraba por la calle.

Era una joya de Susana Talbot, una bagatela, llena de originalidad, hecha con maestría, armonizando con su color y con su rostro. Lo dejó en la tabla del armario, entre los guantes y el velo; después, con los dedos, se arregló los cabellos para dar a sus sedosos rizos la forma acostumbrada.

Las flores llenaban también el contiguo cuarto de aseo, lleno de espejos y de cristales que quebraban en mil rayos el relampagueo de la inmóvil electricidad. El cuarto tocador, que tenía el zócalo de la pared de mármol rosa y los muebles de una cándida madera transparente como el márfil antiguo, parecía un cofre de nácar, tapizado con esas sedas antiguas que tanto agradaron a la marquesa de Pompadour.

Empezó a desnudarse lenta, perezosamente, con una especie de delicia femenina.

Aunque la casa estaba adormecida, cerró con llave algunas puertas, que la aislaron del resto del piso.

Cuando estuvo en falda de barros, con los brazos desnudos, colocó unas tenacillas en el infiernillo de alcohol y se entretuvo largo rato contemplando la llama violácea.

Después se soltó los cabellos. Aquel peso, aquel tupido y blando peso, le hizo plegar la nuca hacia atrás. En el espejo los veía llover, descender, resplandecer hasta poca distancia de la alfombra. Estaban vivos, ondulantes, cual la más bella cabellera que jamás tuvo mujer alguna. Ella misma, al mirarlos, al deslizar los

dedos entre ellos, sentía por aquellos cabellos voluptuosos una tímida alegría.

Mientras esperaba que las tenacillas se calentasen, fué a buscar en el armario un par de medias tejidas como la trama de un velo, y unos zapatitos de baile arqueados, ligerísimos, semejantes a dos pequeñas vainas recortadas en una estofa de oro.

Quitóse la faldita de fresca seda, y libertó de la mordedura de las ligas las medias que llevaba. Desató y se quitó, uno en pos de otro, los zapatos de paseo, recamados de plata.

Sus bellos y sutiles tobillos, sus largas y agilísimas piernas de danzadora, aparecieron fuera de los encajes de la enagua, tan blancos que parecían modelados en un contorno de azulidad. Los juntó; apoyó los frágiles talones sobre la compacta espesura de la alfombra. Sus canillas eran tan flexibles, que podía, con sus rodillas tensas, apoyar todo el pie. Sus arqueados enfranques estaban entretejidos por diminutas venas. Toda la musculatura de la pierna se acusaba en aquella tensión con perfecto relieve. Sobre los tobillos, sutilísimos, caía la luz con reflejos de oro. En toda la longitud de sus torneadas rodillas se destacaban robustos y ágiles tendones.

Empolvó minuciosamente su piel desnuda; se puso las medias de tul, los zapatos de baile, cortos y escarpados, que centelleaban como filigranas de oro.

Se levantó. Se quitó el cubrecorsé; ocultó la camisa en el sostén elástico de seda que ceñía el intacto esplendor de su tranquilo seno.

Y tan bella y tan desnuda quedó, que, con sus azules ojos, ella misma se contemplaba con envidia.

Eligió en el armario el traje más hermoso que tenía; lo llevó dulcemente sobre las manos, y lo extendió, para no ajarlo, en el respaldo de un largo diván.

La llama violácea oscilaba con aquel viento hasta lamer el vidrio. Entonces probó las tenacillas en un trozo de papel de seda. Quemaban, y las dejó.

Se hizo un grandísimo nudo con su estupenda cabellera; se puso pocas horquillas; cogió un espejo de mano y se miró atentamente.

Sus más leves cabellos, aun no crecidos, brillaban bajo la cabellera como un terciopelo rubio.

Ligeramente, con las tenacillas templadas, onduló los cabellos que le nacían en la frente. Antes de ponerse el traje, se miró por última vez en aquel gran espejo centelleante. Se miró y cerró los ojos: tal placer sensual le producía su desnuda y límpida belleza, que nadie volvería a besar.

Después eligió una bella guirnalda entre las que solía lucir en el escenario, y, besándola con melancolía, se la ciñó en torno de la frente. Era su corona de flores de lis, perfumada con un perfume de Coty.

Entonces apagó la llama, cerró el infiernillo, dejó la borla en la polvera de oro, y, después de hacer ordenada y tranquilamente todo esto, metió con ligereza un pie después de otro en su precioso traje, admirándose como una novia. Y, con las manos a la espalda, aunque era un poco difícil, se lo abrochó prontamente.

De la calle, tranquila, no llegaba ni un rumor; las ventanas, cerradas, ocultas por los cortinajes de telas invernales, la separaban para siempre del espectáculo de la inmensa ciudad. Por un instante su pensamiento voló a los teatros nocturnos, a las orquestas vibrantes bajo las maravillosas baterías; por un momento pensó temblorosa en su ligero nombre de danzarina en aquel azul, inocente perfume de las flores de lis de Mimí Bluette.

Se puso un múltiple collar de perlas, pesado y frío, que le bajaba hasta el regazo.

Alzó sus manitas, las miró al trasluz de la llama eléctrica, quizá para ver en aquella transparencia el dibujo de sus venas azules.

Después sonrió.

Comprendió que en el mundo no tenía nada más que hacer...

Nada más que hacer.

Sí, una cosa...

En aquel instante pasó ante sus ojos la visión de un jardín, de un jardín bárbaro y estupendo que el tren había rozado, en su fuga, a lo largo de los suburbios de Argel.

Cogió un vaso, un vaso fino; cogió una botella que había en su lavabo, y, echando el agua, mirando fijamente el agua, despacio, atentamente, lo llenó casi hasta el borde.

En aquel momento volvió a ver a su madre; volvió a ver a su madre como era antes de enriquecerse, cuando los artífices de París aun no la habían dotado de sus fulgentísimos cabellos rubios.

Abrió el armario. En un cajoncito, dentro de un cofrecillo, entre las inocuas medicinas que suelen tenerse a mano, estaba la caja de cartón, plana, oscura, sellada, que había sabido arrebatar, con muchos ardides, al equívoco y honrado vendedor de paraíso.

En aquel momento volvió a ver el mostrador de la Gran Rouquine, su rostro de cera con dos grandes ojachos verdes de gato. Le pareció volver a oír aquella voz ronca y sonora, requemada por el ardor de los cigarrillos rusos.

Rompió con la uña el sello de lacre. Dentro de la caja, bien ordenadas, como en las celdillas de una colmena, encontró las doce minúsculas ampollas de vidrio, colmadas de un líquido incoloro.

Terminaban en un tubo filiforme, que podía romperse como un sutilísimo husito de paja. Había, además, una jeringuilla fina y tersa, que brillaba en la depresión del estuche de terciopelo. Pero no la tocó. Siguió mirando, con serenos ojos, aquellas doce minúsculas ampollas sin llenar completamente, donde el líquido sin color formaba una especie de ojo tembloroso.

Eran seis y seis; una junto a otra, en las celdillas de cartulina, sobre una capa de algodón. No había nada escrito; no había el más pequeño signo que revelase la potencia homicida.

Con una uña las recorrió todas, como dos diminutos teclados.

Después las sacó una a una de las celdillas donde estaban; contó hasta cinco; después, hasta siete; después añadió una más.

Aquella vez se olvidó de guardar la caja; ni siquiera cerró el cajoncito ni el armario.

Pero sostenía aquellas ampollitas, doblando la palma de la mano para que no se cayesen. Se movían, chocaban con un sutilísimo rumor de vidrio fino. Aquellos ojos temblorosos adquirían el color de su mano.

En aquel instante, con su corazoncito de bailarina que moría, pensó temerosamente en Dios.

Extendió sobre el mármol del lavabo una toalla de felpa, y cuando estuvo segura de que no se caerían al suelo, con atención, con escalofrío, las dejó allí.

Oía el rumor de sus brazaletes.

El rumor intranquilo de su respiración.

Volvió a mirarse en el espejo. Quiso pensar en su rostro muerto...

Pero no le vió.

Rompió una ampolla. Vertió el escaso líquido en el vaso. El agua no pareció alterada. Se produjo algún círculo, que se extinguió.

Oía el rumor de sus brazaletes.

Pensó en el cadáver del soldado Laire, insepulto bajo la borrasca de sol...

Con la boca apretada, se imaginó el sabor de aquel agua inocente, que iba a regalarle el paraíso.

Rompió aún dos, tres ampollitas...

El agua no parecía alterada. El veneno estupendo penetraba en ella con leves burbujas de aire. Estallaban. La estancia, inmóvil, brillaba, reflejándose en el vidrio fino.

Las rompió todas, con deliberada velocidad.

Oía el rumor de sus brazaletes.

Cogiendo el vaso con la mano, quiso sonreír, quiso decir que moría; pero no pudo...

Bebió de un sorbo.

Contempló las flores, el espejo, la vida...

El vaso se quebró.

Al andar describió un círculo. Se miró las palmas de las manos, las rodillas, la estofa de oro de los zapatitos de baile que le calzaban los pies.

Esperaba sentir iniciarse en sí misma una embriaguez profunda...

Nada: un vaso de agua.

Rió.

Pasó ante sus ojos, en el humo de una vasta nube, el

rubio vapor que produce el champaña cuando la mano de una amante ofrece la copa.

En la ciudad lejanísima alguien tocaba el *My Blu*...

Sonaba el *My Blu*.

Oía el rumor de sus brazaletes.

Atravesó el cuarto de baño, el dormitorio; se detuvo, con una especie de temor estático, a la cabecera del lecho.

Permaneció inmóvil junto al lecho.

Sintió deseos de mirar la hora; pero no veía bien la esfera...

No veía bien la esfera.

Creyó perder el equilibrio; asió la colcha con las dos manos; hundió en la seda, llena de irisaciones, las falanges, ya casi insensibles... Alzó una rodilla; después otra; se sentó en el lecho; después se tendió. Hundió la nuca en la almohada; extendió los brazos a los lados... Durmió.

Entonces volvió a ver estupendamente la girándula de fuego: *Maxima Maximum... La Revue de l'Alhambra*... entre el vapor del primer sueño, entre el color de París la Babélica.

¡Mimí Bluette!... ¡Mimí Bluette! Había sido la belleza y la música, desnuda en los maravillosos escenarios... Había llevado, en su alma dionisíaca, el dolor de la eterna poesía...

Nada: un vaso de agua.

Y veía la perdida caravana avanzar entre torbellinos de llama hacia el antípoda centelleante, allá, en la tierra sin sombra, donde, entre huracanes de sol, con el iracundo viento nómada, el sepulcro camina...

El sepulcro camina.

Estaba inmóvil, estaba lejos, envuelta en el gran milagro, sumida en un principio de paraíso...

Allá, en la ciudad lejanísima, casi fuera de la vida, alguien tocaba el *My Blu*...

Sonaba el *My Blu*.

Le pareció, poco a poco, entre la música, sentirse besar divinamente...

Pero no estaba segura ni podía responder; no podía comprender por quién.

Y alguien, sobre la flor del alma, divinamente le decía con amor...: «*Vous êtes ma dernière coupe de champagne, mon dernier bouquet de roses... quelle folie!...*

FIN

Escrito lejos, con poesía, 1914-1915.

«... donde, entre los huracanes de sol, con el iracundo viento nómada, el sepulcro camina...»

Bluette: el sol que dormía en tus cabellos rubios, ya se ha extinguido. Las gráciles flores de lis que azulaban tus profundos ojos de enamorada, han caído y se han dispersado en el lejano crepúsculo de aquel sol.

Tú, que representaste la música de mi vida—y, durante largos años, la música de amor de mi vida—; tú, Bluette, mi primavera de entonces; Bluette, flor de mi jardín, ahora vas maravillosamente por la Ciudad Estupenda, y vas sin mirar a la gente, inmóvil tú también, definitiva tú también, como esos nómadas que ya no tienen camino.

Dormirás allá abajo, entre el perfume de tus cabellos rubios, arrullada por el rumor del río que envuelve la Basílica de Francia; allá abajo, en el pequeño cementerio parisino, en el umbral de la Ciudad Estupenda, sobre la cual vela, con su cúpula de oro, la iglesia de los Inválidos.

Fuiste la más límpida criatura que vi jamás con mis ojos de nómada; fuiste—como es la rosa—lo que en el mundo tiene por nombre poesía; te llevé, como una flor de sencillez, cerca y lejos, hasta el gran color del antípoda, en mi vida errante.

Los caminos van; son la pendiente del sepulcro, el color del alma que se aleja, la meta de un ideal que no existe... Los caminos son el polvo del Tiempo; nada más. El polvo de una distancia que jamás ha comenzado, que no acabará nunca...

Nada más.

Por eso, Bluette, en mi sueño, eras también el camino.

Ahora tu féretro va por las encrucijadas de la Ciudad Estupenda, mientras muere un día de primavera en esta eterna basílica de la soberanía mediterránea.

Pasas, y no eres más que una límpida flor de mi jar-

dín; pasas, y no eres más que la danzadora adormecida para siempre, entre el rumor de París la Babélica.

El violín del zíngaro Limka, llorando, con sumisas melodías te acompaña hasta el cementerio.

Es un sereno día de primera, y la Ciudad Magnífica, en silencio, te ve pasar.

Hoy la Gran Rouquine, mujer que tenía un pasado, por seguirte hasta Boulogne se ha puesto un vestido negro.

Boblikoff habla en voz baja con el efebo Juan Kiki.

¡Oh, el lindo color que reflejan, a esta luz henchida de fecundidad, los claros aleros de París!...

La pobre Linette, la doncella de las medias de *voilé*, tiene el rostro ajado por el llanto, está cansada y va poco a poco, dando el brazo al viejo administrador monsieur Bollot.

De improviso, cruza el cielo un gran perfume de árboles que florecen. Es el mes de los tilos; el aire crepuscular se satura de perfumadas llamas.

Jack te mira con sus claros ojos llenos de Atlántico.

Y Sanderini dice a Fred Chinchilla: «*Ah, 'l beau truc! Voilà 'l moulin à café ed' Pathé Frères!... Encore du cinéma.., Ça biche!... S' pas, Fred?... Mais, si c'est pour un film, j'ai bien 'l titre:*—«*Les bleuets de Biribi.*» *Moi, comme bleuets, j'préfère ceux d'la Banque ed' France!... S' pas, Fred?... Pis, vous allez voir: y aura sûr que'que rousto ed' journalisse, qui, dans son paquelard à chantage m' foutra sur 'l dos 'l meurtre ed' la divine Bluette...*»

Y aun, entre aquella lenta multitud que te acompaña hasta el cementerio, casi creo reconocer a alguna hermana tuya más distante.

Como la Gran Rouquine, también ellas llevan traje

negro, y, silenciosas, fijan en ti sus ojos sin ocaso que tienen las verdaderas enamoradas.

Vuélvete y mira, Bluette: En este día de primavera camina en pos de tus bellas guirnaldas el sutil crujido, lleno de gracia, de la falda de Manon Lescaut...

No era ésta, Bluette, la hora tranquila y serena para deshojar tu macito de flores de lis en la primavera de la Ciudad Estupenda.

Ahora la gente se detiene en las encrucijadas, y luego dice:

«Un nombre, nada más que un nombre; más bien una pequeña flor para adornar los sombreros de paja en los meses de verano.»

Pero ya habías nacido, ya eras Bluette, antes de que los Ulanos del Vándalo llegasen a vivaquear abyectamente en el linde del bosque de Compiègne.

Esta ciudad tan vasta y multánime, que sabía ser el escenario de tu maravillosa desnudez, hoy está llena de un santo silencio; sus teatros están cerrados, como está extinguida para siempre la danza en tus tobillos, Bluette.

Hoy, por las calles del París solitario y humilde, pasa tu entierro.

Tú, que representabas para la Ciudad Dionisíaca su divino y glorioso placer, hoy estás inmóvil, y yaces, y puedes cruzar la metrópoli que te regaló tanta luz, porque has llevado en el alma el amor de María Magdalena.

Naciste como una flor selvática en el dulcísimo valle del Po; atravesaste las borrascas de sol que incendian el terrible Garb; danzaste sobre un tapiz, rojo como el Guebli, la danza de tu corazón muerto...

¡Qué largo, qué largo camino!... ¡Qué infinita melancolía!...

Hoy cantan las bellas ametralladoras.

Has cadenciado la música en el perfume de tus flores de lis; supiste mezclar el ensueño a la armonía de tus movimientos, como el poeta aprisiona la belleza en la música de la eterna Poesía.

Hoy cantan las bellas ametralladoras.

Y París, que siempre tiene una canción para su caminante bandera; París, que puede sonreír hasta en las horas de inmortalidad, se inclina sobre la que vuelve del rojo delirio, y coloca la medalla de Laire sobre el féretro azul de la Transalpina.

Hoy cantan las bellas ametralladoras.

Bluette: llevarás alguna música a la trinchera insomne, desde la blanca cumbre del Stelvio hasta la ola tranquila que refleja las trágicas ventanas de Miramar.

Verás a los que asaltaron las rocas del Carso formidable; a los que, vadeando el río, vencieron terriblemente en el infierno de Doberdó.

Verás a los que subían de noche, sin luna, en gran silencio, para esculpir en el granito inaccesible, la historia de los alpinos del Monte Nero.

Quizá en los vivaques de línea, sobre la hollada hierba de los campamentos nómadas, por la noche, a la luz de las antorchas, desplegarás, danzarina, tu maravillosa trenza rubia. Llevarás en invierno, sobre la nieve del Altísimo, el azul perfume que se desborda de tus sencillas flores de lis...

*

Y entre tanta guerra, séate perdonado ese eterno rumor de chal que produce tu ligereza.

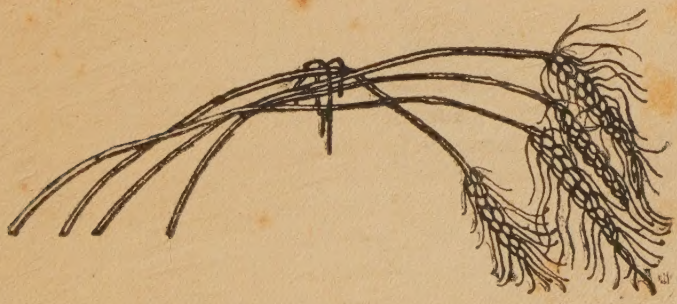
Esto es lo último que queda en los ojos del hombre que no torna: la transparencia de un velo en el color

inolvidable de una trenza; los ojos de una amante lejana, que, enamorada, se adormece en la música de una lejana ciudad...

Esto es lo que queda, aun detrás de las ventanas cerradas, después de los grandes cementerios: un perfume de regazo femenino que hará proseguir la vida, que plegará los ideales de los pueblos hacia las necesarias cunas.

A fin de que pueda el mundo volver a matarse...

Hoy cantan las bellas ametralladoras.



«... donde, entre los huracanes de sol, con el iracundo viento nómada, el sepulcro camina...»

G. DA V.

Mayo, 1916.

DEL MISMO AUTOR

La vida comienza mañana..... Novela.
La que no se debe amar —
El amor que vuelve... —
La mujer que inventó el amor..... —

EN PREPARACIÓN:

Suéltate la trenza, María Magdalena ..... Novela.

De venta en las Librerías de España y América.

Tip. Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.

Precio: 5,00 pesetas.